ALEXANDRA MOODY

Mi querido GRUÑÓN



ALFAGUARA

ALEXANDRA MOODY

Mi querido GRUÑÓN

Traducción de Miriam Lozano
y Amaia Zorriqueta

ALFAGUARA

Para Pete. Mi todo

CAPÍTULO 1

GRAYSON

Enamorarse de tu mejor amiga siempre es peligroso, pero era la primera vez que creía que mis sentimientos por Paige podrían llegar a matarme de verdad. El *muffin* parecía bastante inofensivo cuando me lo ofreció al principio. Debería haber sabido que no tenía que fiarme de nada de lo que cocinara Paige.

De verdad que me estaba arrepintiendo de haberle dado un bocado tan grande y me costaba tragarlo. Sabía como si hubiera confundido el azúcar con la sal en algún momento de la receta. ¿Puede que…, sin querer, también hubiera echado una pizca de chile en polvo? Presioné la mano contra el pecho al tiempo que el *muffin* me iba quemando de camino al estómago. Sentía arder la tripa y empezaba a preguntarme si quizá el día iba a acabar con una visita al hospital.

—Entonces ¿qué te parece? —Paige me sonreía con sus enormes ojos marrones rebosantes de ilusión y orgullo. Siempre me había recordado a un personaje salido de un cuento de hadas: dulce, juguetona y, si supiera cantar, no tengo ninguna duda de que su voz atraería a los pájaros. Solo a mí me podía pasar que la princesa encantadora de mi cuento de hadas me estuviera ofreciendo una manzana envenenada.

De ninguna manera podía decirle lo que en realidad pensaba sobre aquel *muffin*, así que me esforcé por sonreír e ignorar ese sabor desconcertante que todavía perduraba en mi boca.

—Creo que son los mejores que has hecho hasta ahora.

Tampoco distaba mucho de la verdad. La repostería era la última obsesión de Paige y yo había sido el conejillo de Indias de sus elaboraciones durante toda la semana. Los *muffins* por lo menos eran una mejora respecto a sus galletas, con las que casi me rompí un diente.

—¿En serio? —Paige echó un vistazo a los otros chicos del vestuario que estaban mirando sus *muffins* con distintas expresiones de horror. Ya era bastante malo que hubiera decidido envenenarme con su comida, pero ¿también tenía que intentar liquidar a todo mi equipo de hockey? Por lo menos era después del partido que acabábamos de jugar y no antes.

—¿Qué pensáis los demás? —preguntó—. ¿Os gustan?

No quería que Paige se diera cuenta del asco que les daban y mi sonrisa se transformó de inmediato en una mirada asesina para advertirles de que no dijeran nada negativo. Se iban a comer hasta la última miga de aquellos *muffins* tanto si les gustaban como si no. Puede que mi hermano gemelo, Reed, fuera el capitán del equipo, pero como principal defensa y *enforcer* de los Diablos de Ransom, seguía teniendo mucha autoridad entre los chicos.

Cuando vieron cómo los miraba, todos empezaron a asentir y hacer ruiditos de satisfacción.

—Son fantásticos, Paige.

—Nunca había probado nada tan rico.

—Ojalá mi madre cocinara así.

Estaban exagerando un poco, pero no les dije nada. No cuando podía ver lo feliz que le hacía a Paige. Casi daba saltitos de alegría.

Reed comía despacio el *muffin* a mi lado y vi cómo se sacaba un trocito de papel de aluminio de la boca. Me pilló observándole y levanté una ceja mientras esperaba a que diera la razón al resto.

Escondió deprisa el papel de aluminio en la mano.

—Gracias, Paige. Me encanta ese toque especial que tienen. —Le di un codazo para que siguiera hablando—. ¿Es canela eso que noto?

—Sí —dijo Paige con entusiasmo al girarse hacia él—. ¡Qué alegría que os gusten a todos! Os traeré más al partido de la semana que viene.

Estaba a punto de decirle que no hacía falta, pero mi hermano pequeño, Parker, metió baza:

—¡Sería fantástico! —Apenas se entendía lo que decía porque estaba hablando con la boca llena.

Lo curioso era que no creo que mintiera. Se le veía bastante feliz engullendo el *muffin* y, antes incluso de terminarlo, empezó a hacer gestos a Paige para que le pasara la caja con el resto. No me debería haber sorprendido. Parker era como el camión de la basura cuando se trataba de comida y no tenía ningún criterio sobre lo que se llevaba a la boca. En realidad, tampoco tenía ningún criterio sobre lo que salía de ella y era el tipo de persona que decía en alto casi todo lo que le pasaba por la cabeza. En ese sentido, no podríamos haber sido más diferentes.

—Vale, bueno, mejor me marcho antes de que me pillen aquí —dijo Paige. Se despidió de todos con la mano, pero, cuando iba a salir, se paró al lado de mi hermano pequeño y le dijo:

—No te olvides de compartir, Parker.

Estaba demasiado ocupado hincándole el diente a otro *muffin* como para responder, pero sentí cómo el resto de los chicos del vestuario se estremecieron ante la sola idea de repetir. Acompañé a

Paige hasta la salida antes de que pudiera darse cuenta.

Una vez en el pasillo se detuvo y se giró hacia mí:

—No estaban tan buenos, ¿verdad?

De pronto me alegré de que mi rostro cubriera un rango de emociones tan amplio como el de un pececillo de colores.

—No sé de qué hablas. Me han encantado. —En teoría era verdad. Me encantaba todo de Paige, incluso sus asquerosos *muffins*. Por lo visto, el amor no solo era ciego, tampoco tenía sentido del gusto.

Se rio y negó con la cabeza.

—Sé que solo lo dices por ser amable. Pero no te preocupes, la siguiente hornada será mejor. Tengo que clavar esto de la cocina si quiero tacharlo de mi lista.

Murmuré para darle la razón. Había muchas posibilidades de que no sobreviviera a la próxima hornada, pero no quería desanimar a Paige en lo relativo a su lista de cosas por hacer algún día. La había empezado en verano, mientras sus padres, que eran unos adictos al trabajo, la presionaban para que decidiera lo que quería hacer con su vida. Al principio, la lista incluía cosas que Paige pensaba que se podrían llegar a convertir en una forma de ganarse la vida. Pero ahora parecía tener un enfoque mucho más amplio. Desde luego había añadido cosas que nunca la conducirían a un trabajo remunerado. Aunque no sabía muy bien lo que había incluido en la lista, ya que nunca la había visto entera.

Siempre llevaba ese trozo de papel rosa metido en su agenda escolar y era muy reservada al respecto, incluso conmigo. Lo que era extraño, teniendo en cuenta que de todas formas me hacía partícipe de casi todo lo que intentaba hacer. Me arrastraba todo el rato de una actividad a otra. Una semana nos tejía manoplas a todos y la siguiente nos pintaba un retrato. Ahora cocinaba. ¿Quién sabe qué sería lo próximo?

—Cuando perfeccione los *muffins* igual intento hacer un pastel —siguió diciendo Paige—. Sé que te encanta el chocolate. O igual rollitos de canela, por probar algo distinto…

Sus ojos brillaban de emoción y me arrancaron una sonrisa. Me encantaba cómo se le iluminaba la cara cuando presentía un reto. Siempre que probaba algo nuevo, lo ponía todo de su parte. Y aunque no había seguido haciendo nada de lo que había probado hasta entonces, no tenía ninguna duda de que solo era cuestión de tiempo que encontrara lo que la apasionaba.

Paige inclinó la cabeza como si esperara mi respuesta. Había acabado de hablar y, al parecer, había estado tan ensimismado pensando en ella que ahora miraba al vacío en silencio como un completo idiota. No podía evitar que cada vez que ella me prestaba atención el tiempo pareciera ralentizarse y yo me transportara por un breve instante a un universo alternativo, donde mis profundos sentimientos secretos por mi mejor amiga eran correspondidos.

—¿Disculpa? —pregunté, volviendo de golpe a la realidad.

Se rio por lo bajo.

—¿Pastel de chocolate o rollitos de canela? Sé que es una decisión complicada, pero me miras como si hubieras olvidado lo que es la repostería.

—Puede que haya perdido algunas neuronas jugando al hockey, pero tampoco me he dado tantísimo contra las barreras como para eso.

—Sí, eres más de los dan que de los que reciben. —Sonrió—. Entonces ¿qué opinas?

—Eh, ¿quizá rollitos de canela? —Tal vez no volviera a comer *muffins*, no quería que también me fastidiara lo del pastel de chocolate.

—Buena elección. —Paige asintió, pero entonces se le torció el

gesto—. Aunque igual no puedo cocinar durante algún tiempo. Creo que a mi madre la ha poseído el espíritu de un responsable de admisiones universitarias. Está que no para con lo de mis solicitudes. Y como mi padre se va de viaje por trabajo mañana, seré la única que quede en casa a la que pueda dar la lata. Te juro que me va a encadenar a la mesa hasta que las termine.

Arrugó la nariz al pensarlo y sentí una opresión en el pecho de lástima. Era raro ver a Paige sin una sonrisa en el rostro y sin brillo en la mirada, pero, cuando ocurría, los responsables solían ser sus padres. Los dos estaban tan centrados en sí mismos y en sus trabajos que con frecuencia actuaban como si ella no existiera. Y cuando le prestaban atención, Paige a menudo deseaba que no lo hubieran hecho. Que Paige no supiera hacia dónde orientar su futuro era en especial un tema delicado entre ella y su madre.

—Tienes suerte de saber lo que vas a hacer con tu vida —murmuró—. No puedo ni decidir cuáles son mis aficiones, ya no digamos las universidades a las que quiero enviar la solicitud o la carrera que quiero hacer.

La verdad es que me alegraba de tener el hockey en mi vida. Sobre todo porque me habían ofrecido una beca completa para jugar en la universidad de mis sueños, la Universidad de Ryker, el año siguiente. Por desgracia, no era tan sencillo como sonaba. Solo tenía un acuerdo verbal con ellos. Nada sería oficial hasta que firmara, en un par de semanas. Hasta entonces, la situación era delicada y patinaba sobre hielo muy fino.

—¿Y si le dices a tu madre que quieres ser chef? —sugerí.

—Puede. —Paige se echó a reír—. ¿Crees que la convenceré si prueba uno de mis *muffins*?

—Seguro que sí. —Mi tripa eligió ese momento para ponerse a hacer ruidos y recordarme lo mal que mentía—. Eh, mejor vuelvo

dentro antes de que el entrenador Ray empiece a preguntarse dónde estoy.

—Puede que tengas razón —dijo antes de ponerse de puntillas para darme un abrazo rápido. Era algo que había hecho miles de veces a lo largo de los años, pero siempre hacía que se me acelerara el corazón.

—Te veo luego, Gray. —Bajó los brazos y al momento eché de menos su calidez. Esbozó una sonrisa cuando empezó a alejarse hacia atrás—. Ah, gran partido hoy. Has estado increíble. Ese bloqueo del segundo tiempo ha sido espectacular. No habríamos ganado sin ti.

Me reí con ironía. Ese bloqueo por el que me felicitaba no había sido para tanto y sabía que mi rendimiento había estado muy por debajo de mi nivel. Sobre todo había jugado mal en el tercer tiempo, cuando se intensificó el dolor de mi antigua lesión.

La rodilla me llevaba causando problemas desde que me lesioné el ligamento colateral medial hace unos años. Aunque había mejorado en los últimos tiempos, me había apoyado mal en un entrenamiento de la pretemporada. Pero no me podía permitir darle tiempo de reposo. No cuando todo mi futuro dependía de que funcionara.

Solo tenía que aguantar el dolor hasta que la tinta de ese contrato de beca se hubiera secado. No podía permitir que los entrenadores de Ryker vieran cómo empeoraba mi rendimiento o que descubrieran que era mercancía dañada, por si retiraban la oferta del todo. Pero ahora que la temporada estaba en pleno apogeo, con partidos y entrenamientos continuos, no estaba seguro de que mi rodilla fuera a aguantar.

—Estoy convencido de que los chicos se hubieran arreglado sin mí. —Paige sabía que me molestaba la rodilla, pero nunca le había contado lo precaria que era mi situación.

—Qué va. Los Diablos no serían nada sin el feroz Grayson Darling. —Me lanzó una última sonrisa antes de dirigirse hacia la salida—. Hasta mañana.

—¿Cenas el domingo en casa?

—Como siempre —respondió por encima del hombro.

Me quedé mirándola hasta que dobló la esquina antes de volver al vestuario. A pesar de no estar contento con cómo había jugado ese día, ere difícil no sentirse mejor después de hablar con Paige. Entonces abrí la puerta del vestuario.

—¿La novia de Grayson quiere matarnos? —le oí quejarse a alguien.

No era la primera vez que se referían a Paige como mi novia. Pasábamos tanto tiempo juntos que era normal que la gente creyera eso. Sin embargo, la mayoría de mis amigos y compañeros de equipo sabían tan bien como yo que solo éramos amigos.

—¿Novia? —se burló Matt—. Ya quisiera él. —Por lo general, ni siquiera el mejor amigo de Reed se atrevía a vacilarme. O se sentía valiente hoy, o los chicos no se habían dado cuenta de que había vuelto.

—Menos mal que está buena —añadió Elliot—. Ver su culo salir por la puerta casi ha conseguido que me olvidara de que acababa de profanar mi boca con esos *muffins*.

Mis nudillos crujieron al tiempo que apretaba las manos a ambos lados del cuerpo. Puede que Paige no fuera mi novia, pero aun así no permitiría que nadie hablara de esa forma de ella. Como el portero del equipo dijera una sola palabra más, iba a hacer algo que nos dejaría a los dos en el banquillo el resto de la temporada.

Me aclaré la garganta con fuerza y todos en el vestuario volvieron la cabeza de golpe hacia mí. Cuando Elliot vio esa expresión en mis ojos se quedó pálido.

En momentos así no me importaba para nada la infame reputación que nos habían atribuido a mis hermanos y a mí a lo largo de los años.

Siempre circulaban rumores sobre los diabólicos Darling, cada uno más escandaloso que el anterior. La mayoría no eran ciertos, pero a veces podían ser útiles. Como cuando queríamos intimidar a nuestros adversarios en el hielo u obligar a nuestros compañeros de equipo a comer en el vestuario productos de repostería envenenados tras un partido. En este caso, era útil para conseguir que un imbécil como Elliot dejara de cosificar a mi mejor amiga.

—Eh, oh, lo siento, Grayson, yo…

—Creo que lo que Elliot intentaba decir es que los *muffins* eran exquisitos. ¿A qué sí, Ford? —intervino Parker, mirando a Elliot con dureza.

—Sí, sí, eso es —respondió Elliot, tragando saliva con esfuerzo mientras intentaba mirar a cualquier sitio excepto a mis ojos—. Inolvidables, de hecho.

Di un par de pasos lentos y firmes hacia él y, por instinto, retrocedió hacia su taquilla. El resto del vestuario estaba en silencio, como si los otros jugadores estuvieran conteniendo el aliento, esperando ver qué iba a hacer a continuación.

Aunque Reed y Parker no eran tan temibles como pudiera parecer, me solía preguntar si mi mala reputación estaba justificada. Al ser el defensa más despiadado del equipo, mi tarea era intimidar a los adversarios lo máximo posible y a la gente le costaba olvidarse de eso incluso cuando me encontraba fuera de la pista. Yo hacía poco por cambiar su opinión. No era lo que se dice accesible y por lo general tenía una expresión sombría a la que Paige se refería como mi «cara de calma tensa». Provocaba que la mayoría de la gente mantuviera las distancias. Pero me parecía bien.

—No volverá a ocurrir. —La voz de Elliot temblaba un poco y casi me sentí mal. No quería asustarle demasiado. A fin de cuentas, el equipo necesitaba un portero.

—Bien. —No era necesario añadir nada más. Elliot ya estaba bastante atemorizado y lo más probable era que el incidente diera pie a un nuevo rumor sobre mí de todos modos. Le sostuve la mirada unos segundos, lo justo para que sudara un poquito más, pero luego me volví y me dirigí a mi taquilla. Sentí como todo el vestuario soltaba el aliento cuando lo hice.

Cuando llegué a mi taquilla, me senté despacio en el banco que había al lado de Reed. Por primera vez desde el partido, me concedí un momento para sucumbir a los dolores y molestias que me recorrían el cuerpo, en particular la rodilla. El partido de aquel día había sido duro y había tenido que esforzarme en ocultar cuánto me dolía la rodilla. ¿Cómo iba a superar toda la temporada con ese dolor? No tenía claro si iba a llegar a la próxima semana, por no hablar del día de la firma.

—¿Qué tal la rodilla? —me preguntó Reed en voz baja, señalando con la cabeza donde me estaba agarrando la pierna con fuerza.

—Bien. —Aparté la mano con rapidez.

En los ojos de Reed había preocupación.

—Me lo dirías si te está dando problemas otra vez, ¿verdad?

—Como te he dicho, está bien.

—Si tú lo dices… —respondió mi hermano, aunque no parecía muy convencido.

—Pues sí.

Esbozó una leve sonrisa mientras me miraba.

—Así que Paige está cocinando. ¿Es un día especial?

—Ahora le ha dado por la repostería —respondí—. Ya sabes que le gusta probar de todo.

—Ah, la lista. —Reed era una de las pocas personas que sabía lo de la lista—. Creo que prefería cuando intentaba aprender a tocar la gaita.

Me estremecí al recordarlo. Había producido sonidos que creía imposibles y estaba convencido de que había llegado a notas que solo los perros podían oír. Todavía me pitaban los oídos.

—Al menos los ruidos agudos no pueden matarte —añadió Reed.

—Igual tienes que endurecer el estómago. —Ni siquiera mi hermano tenía permiso para insultar a Paige.

—Ah ¿por eso nos ha dado cemento?

Le puse mala cara, pero su respuesta fue una sonrisita burlona.

—Igual es una espía que trabaja en secreto para los Santos de Sunshine Hills —dijo Matt, que se inclinó desde el otro lado de Reed para unirse a nuestra conversación—. Y está intentando eliminarnos a todos.

—Paige, no —dijo Reed—. Le encanta el hockey. ¿Has visto cómo nos anima en los partidos?

—¿«Nos» anima? —dijo Matt—. ¿O solo a uno de nosotros?

Le miré con el rabillo del ojo y le pillé con una sonrisita burlona. Estaba claro a lo que se refería, pero decidió soltarlo de todos modos:

—En serio, Grayson. ¿Alguna vez vas a lanzarte con ella? —Matt sí que se sentía valiente ese día.

—Solo somos amigos —respondí apretando los dientes.

—Ya, pero ¿no puedes cambiar eso? —Matt echó una miradita a Reed como si buscara apoyo. Y aunque mi hermano me miraba como si coincidiera en todo con su amigo, por suerte mantuvo la boca cerrada. Hacía mucho que se había dado por vencido con lo de que cambiara de opinión respecto a Paige.

—¿No quieres ser algo más que amigos? —me picó Matt.

Lo que quería era que esa especie de interrogatorio se terminara. Apenas me podía admitir a mí mismo lo que sentía por Paige, como para reconocerlo ante cualquier otra persona. Y esos sentimientos debían permanecer enterrados, tenía que ocultarlos tan bien que pareciera que no existían. A esas alturas ya casi era un experto. Lo llevaba haciendo desde la primera vez que me sonrió en segundo de primaria.

Ella fue la primera persona que de verdad me vio como algo más que un jugador de hockey con talento. Si no fuera por mi habilidad con el disco, a veces me preguntaba si alguien sabría siquiera de mi existencia. No era un líder nato, como Reed, o extrovertido, como Parker. Pero nunca me sentía invisible si estaba cerca de Paige.

Por desgracia, para cuando me di cuenta del verdadero alcance de mis sentimientos, ya llevaba años atrapado en la *friend zone*. Y si, de milagro, de pronto Paige empezara a mirarme de otra forma, sabía que no me la merecía. Ella encarnaba el sol, así que ¿qué tipo de cretino egoísta sería si fuera a apagar su brillo con mis oscuras nubes de tormenta?

—No quiero que cambie nada. Me gustan las cosas tal y como están.

—Vale, tío. Lo que tú digas. —Matt se encogió de hombros y tuve la esperanza de que con eso se acabaría todo, pero Reed decidió dar su opinión:

—Sin embargo, las cosas van a cambiar —dijo—. Y dentro de nada, te guste o no. Nosotros nos hemos comprometido para jugar por Ryker, pero ¿qué tiene pensado hacer Paige el año que viene?

El entrenador Ray entró en el vestuario y nos pidió que le prestáramos atención antes de que pudiera responder. Reed ya sabía la respuesta a esa pregunta: Paige no tenía ni idea.

Pero en algún momento tendría que tomar decisiones. Y esas

decisiones la podrían llevar a algún lugar en el que yo no estuviera. Podríamos no estar en la misma ciudad o ni siquiera en el mismo estado. Hasta donde yo sabía, Paige podría acabar en otro país. Hace unos meses parecía disfrutar aprendiendo francés, que era otra de las cosas que tenía en su lista… ¿Y si de pronto decidía mudarse a Europa?

El entrenador había comenzado a contarnos que un jugador nuevo se uniría al equipo la próxima semana, pero yo no estaba escuchando. En vez de eso, repetía una y otra vez las palabras de Reed en mi cabeza.

Todo iba a cambiar cuando acabara ese año. Y no me gustaba ni un pelo. Aun así, no iba a hacer ninguna estupidez que pudiera arruinar mi amistad con Paige. Era la chica que quería que estuviera siempre en mi vida e incluso si solo era como amiga, tendría que bastarme.

CAPÍTULO 2

PAIGE

—Baja aquí, Paige. Tengo algo importante que… —En lugar de terminar la frase, mi madre soltó un chillido que me heló la sangre. Le siguió un grito de sorpresa—: ¿Qué narices es eso?

Yo bajaba despacio por las escaleras, pero al oír la voz de pánico de mi madre fui corriendo hasta la cocina. Nunca la había escuchado gritar así antes. Tenía que pasar algo horrible.

Irrumpí en la cocina y me la encontré pegada a la nevera, con una mano temblorosa apuntando al otro lado de la habitación, a un lugar del suelo. Tenía la cara pálida cuando mi padre apareció tras de mí en el umbral de la puerta.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—R… r…

Fuera lo que fuera, parecía que mi madre no era capaz de explicarlo con palabras. Miré en la dirección que señalaba y vi algo pequeño y peludo en el suelo.

—¡Oh! ¿es un ratón? —Lo más probable era que el pobrecito estuviera aterrorizado con tanto grito. Pero cuando me acerqué hasta él, mi madre por fin salió de su estado de shock y levantó la mano para detenerme.

—Paige, no. Está muerto.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Cómo? —No podía evitar sentirme triste, sobre todo dado el tono de alivio de la voz de mi madre cuando dijo que estaba muerto.

—¿Todos esos gritos por un ratón muerto? —Mi padre meneó la cabeza—. Pensaba que había un problema de verdad.

—Me ha pillado por sorpresa, Steven.

—No tengo tiempo para sorpresas, Deborah. Mi vuelo sale en poco más de dos horas y tengo que revisar un montón de emails antes de marcharme.

Se fue ofendido sin decir nada más. Mi madre respiró hondo, se estiró la chaqueta y se alisó con la mano su perfecto pelo oscuro peinado hacia atrás en un moño apretado. En apenas un instante se le había mudado el gesto y casi me olvidé de que había estado temblando en un rincón hacía tan solo unos segundos.

—Bueno, como te estaba diciendo, tengo que comentarte algo importante. —Se giró y agarró su taza de café de la encimera como si no hubiera pasado nada—. Tu padre no es el único que tiene que salir de viaje por trabajo.

—Eh, vale. —No entendía por qué esa noticia superaba al misterio del trágico fin del ratón. Mis padres siempre tenían viajes de trabajo, así que no era ninguna novedad. ¿Es que no tenía respeto por los muertos?

—Me voy esta noche.

Eso captó mi atención.

—Espera, ¿os vais hoy los dos?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estaréis fuera?

—Tengo que estar en Seattle mañana a primera hora —contestó—. Y después en Chicago la semana siguiente. Estaré fuera por lo menos dos semanas, puede que más.

Dio un trago largo al café, como si no me acabara de soltar una bomba.

—Pero papá estará fuera todavía más tiempo, ¿no?

Por lo general, mis padres procuraban cuadrar sus viajes de trabajo para que al menos uno de ellos se quedara en casa conmigo y hacía bastante que no coincidían como ahora. Intenté recordar la última vez que tanto mi madre como mi padre estuvieron fuera de casa. Debió de ser antes de que falleciera mi abuela, porque recuerdo quedarme con ella algunos días un invierno, igual el primer año de instituto. De cualquier modo, estaba segura de que mis padres nunca habían desaparecido durante tanto tiempo a la vez. Ahora que estaba en el último año, me preguntaba si me dejarían quedarme en casa sola.

—Sé que no es lo ideal —siguió diciendo mi madre—, pero tu padre se niega a cambiar sus planes y mi jefe me ha dejado claro lo importante que es este viaje cuando me ha llamado esta mañana.

Desconecté cuando empezó a explicar con todo tipo de detalle por qué su presencia en Seattle, o dondequiera que fuera, resultaba tan crucial. Trabaja de comercial en una empresa tecnológica, así que no podía tratarse, ni mucho menos, de una cuestión de vida o muerte. Pero, para mis padres, los dos, su trabajo era aún más importante que eso.

Ese pensamiento me hizo desviar la atención a la pobre criaturilla que yacía en el suelo a unos metros. Si todavía hubiera estado con nosotros, oyendo a mi madre hablar sobre fomentar relaciones sólidas con los clientes, lo más probable es que de todas formas se hubiera muerto de aburrimiento. Yo no estaba lo que se dice concentrada en lo que me estaba contando, pero siguió con su conversación unilateral, completamente ajena a todo. Tras un rato, por lo visto pasó de hablar de crear confianza entre las partes

interesadas a algo sobre que confiaba en mí para acabar mi redacción para la universidad mientras estaba fuera. Lo cierto es que era impresionante cómo podía llevar casi cualquier conversación de vuelta al tema de mi falta de planes para el futuro.

—¿Qué hay del ratón? —le dije, interrumpiéndola.

—¿Qué pasa con él?

Le señalé con la mano, por si mi madre se hubiera olvidado de que todavía estaba allí tirado.

—¿Qué vamos a hacer con él?

—Lo tiraré a la basura cuando terminemos.

—¿A la basura?

A mi madre le irritó mi sorpresa.

—Bueno, no le vamos a organizar un funeral en el patio, Paige. Ya no tienes cinco años.

—Pero…

—Sin peros. Eso no me preocupa. —Me chasqueó los dedos para asegurarse de que le prestaba toda la atención—. Lo que me preocupa son tus solicitudes para la universidad. Sé que no has trabajado en ellas. Y tienes la reunión con la orientadora profesional la semana que viene. Ahora, como es obvio, no voy a estar por aquí para controlarte, pero espero que hayas redactado todas las solicitudes antes de la reunión para que puedas llevarlas y te aconsejen.

—Pero… —intenté protestar de nuevo, pero esta vez me cortó incluso más rápido.

—¿Qué he dicho sobre los «peros»? Esto es importante, Paige. Tu futuro es importante. Has estado posponiendo esto durante meses y, aunque no voy a estar aquí, me niego a que evites el tema un segundo más.

Sabía que no podía decir nada para ganar la discusión. Tenía

razón. No sobre el ratón. Él sí se merecía un funeral en el patio. Pero había estado retrasando lo de las solicitudes para la universidad y evitando los intentos de mi madre de hablarme sobre mis planes universitarios. O, mejor dicho, sobre sus planes para mí. Le dolía que no tuviera toda mi vida planeada, como ella. Pero cuanto más me presionaba, más quería dejar de estudiar y unirme a un circo.

—Así que asegúrate de meter en la maleta esas guías de admisión a la universidad que te conseguí, además de todos tus libros y deberes…

—¿A qué te refieres con «maleta»?

Mi madre me observó por encima de las gafas.

—No creerías que te iba a dejar quedarte sola en casa durante dos semanas, ¿no? No, lo he arreglado para que te quedes con esa amiga tuya…

Debería haber supuesto que estaba siendo demasiado optimista sobre lo de tener la casa para mi sola.

—¿Te refieres a Bonnie?

—¿Esa con un recién nacido en casa? No, de ninguna manera podrías hacer los deberes con todo ese ruido. Tu otra amiga. La que tiene nombre de color. Coral… Esmeralda… Celeste… —Meneó la cabeza, dándose por vencida—. No sé. Siempre vas a cenar a su casa los domingos.

—¿Gray? —solté sin aliento—. ¿Grayson Darling?

—Eso es. Pensaba que se llamaba Gris.

Abrí la boca sorprendida.

—Mamá, sabes que Gray es un chico, ¿no?

—Eh, sí, sí, claro que lo sé. El chiquitín con el que solías pasarte todo el día correteando por el barrio.

Ahora mismo Grayson no tenía nada de chiquitín, pero eso no era el tipo de cosas de las que mi madre se daba cuenta. Al parecer,

tampoco era consciente de que Gray tenía una reputación pésima. Estaba del todo injustificada, pero nada le gustaba más a la gente de Ransom que difundir rumores sobre Grayson y sus hermanos: los infames diabólicos Darling.

Desde luego, cuando ganaban un partido de hockey todo el mundo besaba el suelo por el que estos tres chicos patinaban, pero lo habitual es que lo hicieran desde la distancia. Había visto a desconocidos cruzar la calle para evitar encontrarse con Reed, Grayson y Parker. Incluso había visto a gente levantarse y salir de la cafetería del barrio solo porque ellos entraban. No creía que hubiera muchas personas que enviaran por voluntad propia a su hija a dormir a la madriguera de los diabólicos Darling. Suponía que era una de las ventajas de tener unos padres demasiado ocupados con el trabajo como para preocuparse de los cotilleos de la ciudad.

—Sabes que ha crecido, ¿no?

Me echó una mirada irónica.

—Soy consciente.

—Y tiene dos hermanos. ¿De verdad me vas a dejar quedarme en una casa llena de chicos?

—Cuando hablé con su madre sugirió que te quedaras en la habitación de su hermana. Pero no veo por qué iba a ser eso un problema. Tampoco es que los chicos y las citas y esas cosas te vuelvan loca…

Por lo visto, incluso mi madre sabía que mi vida amorosa era un desastre. Aunque no estaba equivocada. ¿Cómo me iba a volver loca por los chicos cuando ni uno solo se volvía loco por mí?

—Mira, Paige, esa familia no era mi primera opción —añadió—. Pero la abuela ya no está y este viaje ha surgido a última hora, así que no tenía mucha más elección. Hemos tenido suerte de que la señora Darling estuviera encantada de que fueras a su casa.

Ah, ahí está la verdad. Los Darling eran su única opción. Pero a mi madre le preocupaba más su viaje que dónde iba a vivir su hija las dos próximas semanas. De nuevo, no sabía por qué me sorprendía.

De todas formas, solo pensar en la cálida bienvenida que me ofrecería la familia Darling me hizo sonreír. Sabía que Amy me daría un gran abrazo en cuanto llegara y que Danny me recibiría con los brazos abiertos. A Cammie no le iba a entusiasmar la idea de compartir su habitación, pero Reed estaría feliz de verme, Parker seguro que hacía alguna broma y Grayson, por supuesto, apenas esbozaría una sonrisa. Aun así, su reacción era la que más ganas tenía de ver cuando apareciera allí con la maleta.

—Le dije a la señora Darling que llegarías a las tres, así que más te vale ir a preparar las cosas. —Mamá se detuvo y torció el gesto cuando clavó la mirada en mi ropa—: ¿Vas a ir así vestida?

Bajé la cabeza para contemplar la falda con lunares rosas y la blusa amarilla que llevaba puestas. No entendía qué le desconcertaba a mi madre. Puede que fuera un poco chillón, pero esa mañana me sentía feliz y quería que mi ropa lo reflejara. Al menos, así había sido hasta que alguien murió en la cocina. Ahora me preguntaba si no debería ir toda de negro.

—Solo son una falda y un top, mamá.

—Parece como si te encargaras del entretenimiento en una fiesta de cumpleaños infantil.

—Bueno, tenía previsto hablar con la orientadora profesional sobre echar mi solicitud para la universidad de payasos.

Me di cuenta de que mi broma había tocado una fibra sensible y me gané otro sermón.

—Sé educada en casa de los Darling. Haz los deberes. Friega los platos. Por favor, redacta tus solicitudes y no faltes a la reunión. No me puedo permitir acortar este viaje de trabajo y volver antes.

Confío en ti, Paige.

Me resistí a la tentación de echar más leña al fuego con otra réplica ingeniosa y en vez de eso decidí ir a lo seguro y darle a mi madre la respuesta que quería escuchar:

—No tienes nada de lo que preocuparte, mamá. Te lo prometo.

Hizo una mueca, como si no estuviera segura de si creerme o no. Pero luego asintió con firmeza.

—Bien. Te lo agradezco. De todas formas, te llamaré para ver cómo va todo. —No tenía claro si era una promesa o una amenaza —. Y ahora vete a hacer la maleta. —Me acompañó hasta la puerta de la cocina—. No querrás llegar tarde.

Estaba un poco aturdida cuando salí de la habitación. Después de la tragedia del ratón y del repentino anuncio de que mi madre también se iba de viaje, me parecía como si me hubiera resbalado en el hielo y me hubiera dado un golpe en la cabeza, y ahora el mundo me parecía un poco desajustado. Tenía mucho que asimilar, pero por lo menos ya estaba empezando a superar la sorpresa inicial. Y, para ser sincera, cuanto más pensaba en ir a casa de los Darling, más me parecía que me iba de vacaciones. Bueno, lo que yo creía que serían unas vacaciones. Porque, como mis padres nunca dejaban de trabajar, lo más cerca que había estado de disfrutar unas fue acompañar a Grayson y su familia durante una semana a la casa del lago de su tío un verano cuando estábamos en secundaria. Y aquello no había salido como yo esperaba. El primer día me había caído sobre una hiedra venenosa y Grayson, como el atento idiota que era, decidió que no me dejaría sufriendo sola y también se tiró encima de la hiedra. Nos pasamos toda la semana con picores y echándonos crema.

Estaba subiendo por las escaleras cuando mi madre me llamó:

—¿Paige?

Me dio miedo que todavía le quedara algo por decirme después de haberme echado ya varias broncas y sermones. Miré por encima de la barandilla justo cuando asomó la cabeza por el pasillo.

—¿Algo más, mamá?

—Sí. Por el amor de Dios, no cocines para los Darling mientras estés en su casa. Acabo de echar el ratón a la basura y estaba rodeado de migas de esos *muffins* espantosos que hiciste ayer.

—¿*Muffins* espantosos? —Di un grito ahogado al darme cuenta—. ¿Crees que han matado al ratón?

—Creo que me gustaría que los Darling sobrevivieran a tu estancia en su casa.

—Pero los *muffins* no pueden estar tan malos. Los ha comido mucha gente y están bien.

Me miró con una ceja levantada.

—Eso cuéntaselo al ratón.

Me quedé paralizada cuando mi madre volvió a la cocina. No había matado a ningún ser antes, por lo que sabía. Y de verdad que había creído que esos *muffins* estaban buenos. ¿En serio podrían haber sido tan incomibles como sugería mi madre? Todos los Diablos se habían acabado los suyos y habían hecho comentarios muy positivos.

¿Mentían? Seguro que no. A no ser que… ¿Y si les habían obligado?

Solo había una persona con la capacidad para obligar a todo un equipo de hockey a comerse algo, a pesar de que supiera asqueroso, y esa persona era mi mejor amigo. Grayson Darling se había metido en un lío. Y, por desgracia para él, estaba a punto de mudarme a su casa.

CAPÍTULO 3

PAIGE

—¡Eres un idiota, Grayson Darling!

Estaba tirado medio dormido en su cama cuando llegué, así que agarré una almohada y le golpeé con ella. Ni siquiera se movió. Me arrancó el arma blanda y mullida de las manos.

—Hola a ti también —dijo con un bostezo.

Había entrado por la puerta trasera. Todavía tenía el equipaje en el coche, pero solo porque no estaba segura de si aún quería meterlo en la casa. A pesar de los planes que mi madre tenía para mí mientras ella estuviera fuera, me estaba planteando buscar otra familia que me acogiera.

Crucé los brazos bajo el pecho, pero mi gesto adusto solo pareció hacerle gracia cuando, con calma, añadió esa almohada a la que ya tenía bajo la cabeza.

—Ya sé que soy un idiota, pero ¿por qué me toca ser idiota hoy?

Tenía el pelo castaño revuelto y llevaba puesto su habitual chándal gris, pero solo podía imaginarme cómo reaccionarían las chicas del instituto si estuvieran donde me encontraba yo: en la habitación de un diabólico Darling tirado en su cama medio dormido y despeinado. Ni me atrevía a pensar en cómo podrían reaccionar si supieran que iba a vivir con él durante las próximas dos semanas.

Puede que Reed fuera la cara visible de los Diablos de Ransom, pero a todas las chicas les atraía el magnetismo silencioso de Gray. Solía oírles decir lo guapo que era. Y también lo oscuro, misterioso y peligroso que les parecía. Por suerte, la mayoría tenía demasiado miedo como para acercarse a él, de lo contrario lo más probable es que le hubiera acosado una multitud cada día. A mí no me disuadían ni su belleza ni su diabólica reputación. En especial cuando tenía que ajustar cuentas con él.

—¡Los *muffins* que hice ayer estaban asquerosos y no me lo dijiste!

Grayson evitó mirarme a los ojos cuando respondió:

—No sé muy bien de lo que hablas.

—Hablo de cómo me he paseado hoy por toda la ciudad, ajena al hecho de que estaba repartiendo *muffins* envenenados.

Agarré un boli de su escritorio y se lo lancé para remarcar lo que decía. Aunque no me estaba mirando, de alguna manera logró atraparlo en el aire. Eso solo hizo que me enfadara aún más con él.

—Sabía que quizá no supieran de maravilla, pero no creía que fueran letales. ¿Cómo pudiste no decírmelo? Pensaba que siempre éramos sinceros el uno con el otro.

—No eran letales.

—¿Ah, no?

—Yo estoy vivo, ¿no?

—Pues el precioso ratoncillo que hemos encontrado hoy en mi cocina desde luego no lo está.

Parecía que le estaba costando no reírse, pero consiguió mantener la cara seria cuando siguió hablando:

—Tu comida no ha matado al ratón. Debió de morir por causas naturales.

—Tenía migas de *muffin* a su alrededor.

—Bueno, ¿alguien le ha hecho la autopsia?

—No tiene gracia, Gray.

—Nunca bromeo sobre una masacre de ratones…

Le miré con los ojos entornados.

—Igual debería quedarme con Bonnie —dije, fingiendo reflexionar —. Sé que su hermana recién nacida llora toda la noche. Pero creo que podría ser más fácil que esto.

—¿Quedarte con Bonnie? —Gray se incorporó un poco en la cama —. ¿A qué te refieres?

—Ah, ¿no te has enterado? Mis padres me han abandonado para irse de viaje de trabajo y me han dejado tirada con tu familia hasta que vuelvan.

—¿Te quedas aquí?

—Se supone, sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos semanas.

—¿Dos semanas?

Si no hubiera estado tan volcada en mostrarme enfadada con él, me podría haber reído. Parecía que iba a sufrir una combustión espontánea ante tal perspectiva. Sabía que era mucho que asimilar, pero seguro que la idea de que yo viviera allí no era tan mala.

—No te preocupes, no tenía previsto robarte la cama ni acabarme tus cereales. Tu madre dijo que podía compartir la habitación con Cammie.

—¿No estás de broma?

—¿Te parece que me estoy riendo? —Le estaba costando mucho asumirlo. Si de verdad no me quería en su casa, quizá tendría que seguir adelante con mi amenaza y marcharme con Bonnie.

—Tu madre ha debido de llamar a todos los otros padres de la ciudad.

—Sí, lo más probable es que fuerais el último recurso —admití—. Pero, seamos sinceros, a mis padres en realidad no les importa dónde me quede mientras no afecte a su trabajo.

Gray me miró con lástima y de inmediato me arrepentí de mis palabras. Se suponía que estaba enfadada con él, no buscaba su compasión, así que añadí con rapidez:

—Pero, como te he dicho, sigo considerando mis opciones. Seguro que los padres de Bonnie me aceptarían…

Empecé a acercarme a la puerta, pero no llegué muy lejos. En un segundo, Gray había saltado desde la cama y me había agarrado la mano. Al parecer, no estaba tan adormilado después de todo.

—No, espera. —Sonaba un poco más alterado de lo que habría esperado. Mientras hablaba, miró hacia abajo, al punto donde sostenía mi mano en la suya. Como si le sorprendiera su propia decisión de tenderme la mano, deprisa pero con delicadeza retiró la suya, rozándome un poco los dedos al hacerlo.

—Eh, me refiero a que no puedes irte.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Tu madre quería que te quedaras aquí. Deberíamos cumplir sus deseos. Sé que estás enfadada conmigo, pero no tomemos decisiones precipitadas solo por un pequeño malentendido sobre unos *muffins*.

—Eh, ¿desde cuándo te preocupas por cumplir los deseos de mi madre? No se trata de un simple malentendido y no me puedes retener como rehén.

El gesto serio de Gray se relajó un poco y el brillo volvió a sus ojos. Apoyó con calma el hombro en el marco de la puerta y la urgencia que había mostrado hacía unos segundos se había desvanecido.

—Claro que puedo. Eres tan pequeñita que sería bastante sencillo.

Solté un bufido.

—No soy tan pequeña.

—Sí que lo eres. Pero creo que ambos sabemos que no hará falta que te retenga. Necesitas dormir.

—¿Qué?

—Necesitas dormir como yo necesito comer y no vas a pegar ojo en casa de Bonnie con ese bebé llorando toda la noche.

—Podría ponerme tapones…

—Puede. Pero ¿Bonnie tiene en su habitación un almacén secreto de chucherías que te deja saquear cada vez que la visitas?

—Bueno, no…

Debió notar que estaba ganando la discusión, porque sus ojos brillaron triunfantes.

—Entonces está decidido. Iré a por tu equipaje. —Gray salió hacia el pasillo sin esperar mi respuesta. Parecía tan satisfecho consigo mismo que, la verdad, no me habría sorprendido si hubiera empezado a tararear.

A veces ser la mejor amiga de Grayson era como serlo de un muro de ladrillo. Fuerte, de fiar y perfecto si te hacía falta algo sólido en lo que apoyarte. Pero también del todo inamovible y testarudo.

Le seguí hasta mi coche, pero cuando llegué a la entrada, él ya volvía hacia la casa cargando con mis bolsas en los brazos. Aunque hice todo lo posible, me había costado meter pocas cosas, así que parecía que las bolsas estaban a punto de reventar.

—¿Qué traes aquí?

—Cosas…

—¿Cosas? Como ¿qué? No me digas que has metido toda tu colección de globos de nieve.

—Claro que no he metido mi colección de globos de nieve. —Eso era ridículo. Tenía demasiados y eran demasiado delicados como

para meterlos en una bolsa—. Y no te rías de mí. Los globos de nieve son supergeniales.

—Súper. —No tenía ni idea de cómo mantenía la cara tan seria.

Sabía muy bien lo poco que molaban mis globos de nieve, pero llevaba años coleccionándolos con mi madre. Solía comprarme uno nuevo cada vez que se iba de viaje por trabajo, pero hacía mucho tiempo de la última vez que se había acordado o molestado por traer uno a casa. Ahora estaban acumulando polvo en la estantería de mi habitación. Sabía que era una tontería conservarlos, pero me gustaba lo bonitos que eran.

Gray murmuró algo más sobre lo que pesaban mis bolsas e hice ademán de ayudarle, pero apartó mi equipaje de golpe y con rapidez.

—Ya puedo yo.

Pasé de él e hice otro intento de ayudarle, y le arrebaté la mochila que estaba encima de todo. Me miró contrariado. Era como si de algún modo hubiera minado su hombría al asumir un poco de la carga.

—Me puedes dejar llevar la mochila. Tengo deberes que hacer —expliqué—. Hay que cumplir los deseos de mi madre, ¿no?

Solo gruñó y cargó con mi equipaje hasta la casa.

—¿Estás preparado para reconsiderar todo esto del secuestro? —dije tras él.

—Todavía no —respondió—. Pero vuelve a preguntármelo más tarde…

Sonreía para mis adentros mientras le seguía al interior de la casa. Quedarme allí iba a ser divertido. De todas formas, se me hacía un poco raro entrar en la casa, sabiendo que sería mi hogar durante el próximo par de semanas. Pero no en el mal sentido. Era raro porque ya me sentía mucho más a gusto allí de lo que me había sentido en

mi casa nunca.

Me encantaba todo lo relacionado con la casa de los Darling. Siempre era cálida y acogedora, y en invierno el padre de Grayson encendía a menudo la chimenea en el salón. El aroma del perfume floral de Amy flotaba en la entrada, e innumerables fotos familiares adornaban las paredes. Era una casa antigua, muy diferente a la nueva y llamativa urbanización de mis padres, y a mí me gustaba mucho más.

Parecía como si todas las alfombras antiguas tuvieran historias que contar y las luces solían parpadear por culpa de la vieja instalación eléctrica que Danny seguía diciendo una y otra vez que iba a arreglar. El agua tardaba siglos en calentarse, las bisagras de las puertas chirriaban y el suelo crujía bajo los pies. Tenías que dar un golpe en un punto exacto de la tele para poder ver el canal de deportes y yo me tropezaba todo el rato con lo que los chicos dejaban tirado por ahí. Pero el lugar estaba lleno de vida, casi a rebosar de trastos y gente, y creo que era el caos de la casa lo que más me gustaba.

Gray había desaparecido hacia la planta de arriba para llevar mis cosas al dormitorio de Cammie, pero yo me dirigí a la cocina. No había mentido sobre lo de los deberes. Tenía que estudiar para un examen del día siguiente y había un millón de problemas de matemáticas con los que debía ponerme si quería terminarlos antes de que acabara el fin de semana.

Cuando entré en la cocina, me encontré a Parker asaltando la nevera. Stanley, el dócil golden retriever de la familia, esperaba optimista a sus pies.

—¿Dónde está Amy? —pregunté al tiempo que me sentaba a la encimera de la cocina y sacaba los libros. La madre de Grayson era una fuera de serie en matemáticas y quería aprovecharme de sus

conocimientos.

—Haciendo la compra. —Parker cerró la puerta de la nevera, cargado de comida basura—. Teniendo en cuenta lo preocupada que estaba por asegurarse de que teníamos comida suficiente para ti, uno podía pensar que quien iba a venir a quedarse a casa era todo el equipo de hockey y no una chica humana diminuta.

—Pero ¿qué es lo que pasa con los Darling? —murmuré entre dientes—. No soy tan pequeña.

—Bueno, casi te puedo garantizar que no lo serás cuando mamá haya terminado contigo.

—No veo la hora —dije con una leve mueca. Me unía a la cena familiar de los Darling casi todos los domingos. Y casi todos los domingos, sin excepción, acabábamos pidiendo comida a domicilio porque a Amy Darling siempre le ocurría alguna catástrofe en la cocina. No es que fuera una mala cocinera, no tan mala como yo al menos, pero era famosa porque los domingos por la noche intentaba preparar platos que estaban más allá de sus capacidades. Por lo menos ninguna criatura, humana o de otro tipo, había muerto por culpa de su comida.

—Y qué, ¿estás lista para tu fiesta de pijamas? —Parker soltó todo lo que llevaba para picar en la encimera y empezó a rebuscar en la despensa. Reed y Grayson solían acabar hartos de su hermano pequeño, pero yo tenía debilidad por Parker. Incluso aunque acostumbrara a meterse en problemas y hablara sin pensar, solía ser muy tierno conmigo.

—¿Se le puede llamar fiesta de pijamas si va a ser más de una noche? —pregunté.

—Depende.

—¿De qué?

—De si hay peleas de almohadas estando medio desnudos.

Solté una carcajada incrédula.

—¿Esa es tu definición de fiesta de pijamas?

—Creo que esa es la definición de fiesta de pijamas que haría cualquier tío.

—Entonces, ten por seguro que no va a haber fiesta de pijamas.

—Qué pena. —Parker no podía estar tan decepcionado, ya que me lanzó una sonrisa diabólica—. ¿Y dónde está Grayñón?

—Arriba. Y por favor, no le llames así. No es gruñón.

—Puede que contigo no.

—No es diferente cuando está conmigo que cuando está con cualquier otra persona.

—Pfff. Vale, lo que tú digas.

—Lo digo en serio. Solo porque alguien no sonría demasiado no significa que esté molesto.

—Sí que lo es si se trata de Grayson.

Por mucho que yo defendiera a Gray, la gente no solía estar de acuerdo conmigo, ni siquiera su hermano pequeño. Su naturaleza silenciosa solía hacer que se asumiera que era un gruñón o incluso que estaba enfadado. Para ser justos, por lo general estaba enfadado cuando Parker rondaba cerca. La verdad es que este sabía cómo sacar a Gray de sus casillas.

Parker no era el único que tenía una opinión equivocada de él. Debido al tamaño y la fuerza de Grayson, solían confundirlo con una persona bruta. Pero solo había que mirarle a los ojos para ver que tenía un alma de lo más bondadosa. Lo supe desde la primera vez que nos vimos, cuando teníamos siete años. Estábamos en la piscina municipal y le vi rescatando a una abeja del agua. La había sacado con mucha delicadeza y luego yo le ayudé a buscar un lugar seguro para esconderla entre los rosales. Entonces me quedó claro que Gray era alguien especial y que tendría suerte de que fuera mi

amigo.

¿Que a veces estaba de mal humor? Claro. Pero ¿quién no? Seguro que no ayudaban sus frecuentes dolores provocados por una antigua lesión de rodilla. Con los años, me había encargado a mí misma la misión de intentar que sonriera lo máximo posible, bueno, lo más cercano a una sonrisa que pudiera conseguir. No estaba del todo segura de que los labios de Gray fueran capaces de formar toda la curva hacia arriba.

—Creo que eres la única persona que le soporta —siguió diciendo Parker—. Si no te casas con él, va a acabar viejo y solo.

—No seas ridículo.

—Tienes razón —asintió—. Es demasiado tarde, Grayson ya actúa como si tuviera ochenta años.

—¡Parker!

—¡Paige! —Me imitó antes de sonreír—. De verdad, ¿cuándo vas a sacarlo de su tristeza y salir con él de una vez?

Negué con la cabeza.

—No digas eso, por favor. Sabes que solo somos amigos.

—¿Estás segura?

Odiaba cuando la gente me preguntaba eso. Siempre hacía que me sonrojara, pero no por el motivo que todos creían. Grayson era todo lo que una chica pudiera buscar en un novio. Era dulce, fiel y amable. Pero era algo que me negaba incluso a considerar. Éramos amigos desde hacía muchísimo tiempo, se había convertido en la persona más importante de mi vida, mucho más que ningún amor pasajero de instituto. No quería que eso cambiara.

Además, sabía con certeza que él tampoco me había visto nunca de ese modo. Puede que Grayson fuera difícil de descifrar, pero de eso estaba segura. En todo el tiempo que habíamos pasado juntos, nunca había hecho nada que se pareciera lo más mínimo a tirarme

los trastos y ni una sola vez se había fijado en mí. Le había visto emocionarse más por una buena chuleta que al verme a mí con ropa bonita o en bañador. De hecho, este mismo verano, me había echado un vistazo cuando estaba en biquini y se pasó todo el día en el lago intentando convencerme de que me pusiera de nuevo el vestido. No tenía claro cuál era el tipo de Grayson, ya que no era de los que alardeaban de ligar con las chicas. Solo sabía que no era yo.

—Sí. Estoy segura. Solo amigos.

Parker hizo una mueca para mostrar su desaprobación, pero yo cambié rápido de tema antes de que pudiera seguir.

—¿Cabe la posibilidad de que seas un genio de las matemáticas en secreto y que hayas estado ocultando tu habilidad con el álgebra todo este tiempo?

Parker bajó la mirada hacia el cuaderno que acababa de abrir.

—Uf, no.

—Entonces ¿no se te dan bien las mates?

—Se me dan tan bien las mates como a ti el hockey.

—¡Eh! —protesté—. No soy tan mala.

—La última vez que jugamos en el lago te escondiste detrás de Grayson todo el rato.

—Una estrategia inteligente, en mi opinión. Os adoro, chicos, pero sabéis que os volvéis aterradores en cuanto ponéis un patín en el hielo, ¿no?

Parker sonrió con orgullo.

—Además —añadí—, quiero creer que compenso mi falta de habilidad en el hockey con conocimiento. La mayoría de las chicas del instituto van a los partidos solo para ver a los chicos. No diferencian un *icing* de un fuera de juego.

—Lo siento, Paige, eso no cuenta.

—Claro que cuenta.

—De cualquier modo, no puedo ayudarte con los deberes de álgebra. En lo referente a las matemáticas, no tengo ni habilidad ni conocimientos.

—Mierda. —Me concentré en la página, pero al hacerlo la mano de Parker fue directa a mi mochila y sacó el trozo de papel de color rosa intenso que sobresalía por la parte superior de mi agenda.

—¡Eh! —grité intentando recuperarlo.

Pero Parker era demasiado rápido y ya se había movido hasta la otra punta de la cocina.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Qué tenemos aquí? —murmuraba mientras le perseguía.

—Devuélvemelo, Parker. —Pero no me estaba escuchando. En vez de eso, leía la hoja con ansia.

—¡Parker! —Cuando me acerqué a él, intenté quitarle la hoja, pero la levantó fuera de mi alcance y siguió leyendo. Era una pesadilla. Era la última persona que quería que viera la lista.

—¿Qué es esto? —preguntó, echándome una miradita traviesa. Bajó la lista y por fin pude quitársela.

—Nada.

—Pues pareces muy enfadada por nada.

—Bueno, es algo privado.

—Ya no.

Quizá Reed y Grayson tenían razón sobre Parker. Era lo peor.

—A mí me parece algún tipo de lista… —continuó.

—Sí, de la compra.

—Si solo es de la compra, seguro que no te importará que la vuelva a ver.

Me quejé mirando al techo.

—No vas a dejarlo estar, ¿verdad?

—Nop.

—¿Ni siquiera si te lo pido por favor?

—En especial si me lo pides por favor.

Solté un suspiro.

—Bien. Tienes razón. Es una lista. Es mi lista de cosas por hacer en el último año de instituto. —Parecía confundido así que traté de explicárselo—. Ya sabes, las cosas que quiero hacer antes de graduarme.

—Sí, sí, lo pillo —respondió—. Lo que no pillo es por qué he leído «tejer» y «bailes de salón» en la lista.

La verdad es que no quería explicarle a Parker los motivos por los que esa lista existía. No necesitaba saber que la había empezado para buscar mi verdadera pasión y así demostrarles a mis padres que había algo más en la vida que conseguir un aburrido trabajo de oficina y ascender en la escalera empresarial. En algún momento, la lista se había ampliado para incluir todo tipo de cosas que sentía que debía probar antes de acabar el instituto. Decidí explicarle a Parker la versión corta de la historia.

—Porque nunca he hecho nada de eso antes y quería probarlo —dije—. Y lo de «tejer» ya lo he tachado de la lista. ¿No te acuerdas de las manoplas que te regalé cuando empezó el invierno?

—Ah, sí. Me preguntaba por qué me las diste. —Hizo una breve pausa, pero luego me volvió a quitar el papel e ignoró todas mis quejas mientras la leía.

—¿«Yoga»? —farfulló—. ¿Y «repostería»? ¿Por eso hiciste esos *muffins*?

—Sí. —Parecía confundido, pero yo no entendía por qué—. ¿Te supone algún problema?

Levantó la mirada hacia mí como si, de algún modo, le hubiera decepcionado.

—El problema, Paige, es que si esto es de verdad una lista de

cosas por hacer el último año de instituto, entonces «repostería» no debería estar ahí. Como mucho, deberías intentar hacer *muffins* de maría.

Claro que ese era el consejo de Parker.

—Lo digo en serio —siguió diciendo—. Esta es la lista de cosas por hacer con peor pinta que he visto en mi… espera, ¿qué es esto?… —Su voz se desvaneció cuando clavó la mirada en algo hacia el final de la lista. Cuando me miró de nuevo, estaba atónito—. ¿«Mi primer beso»?

—Oh, no. —Había encontrado la última entrada, una que en efecto todavía no había tachado. Me había olvidado de que estaba allí, lo más seguro que porque había perdido toda esperanza de poder quitarla de la lista—. Por favor, olvida que acabas de leer eso.

—Paige, ¿cómo narices es posible que nunca hayas besado a nadie?

Quería esconderme debajo de la mesa, ponerme en posición fetal y morir. Por desgracia, la sonrisita burlona de Parker me dejó claro que me vacilaría con eso hasta el infinito y más allá.

—No lo sé —protesté—. Supongo que no me he puesto a ello.

—¿Que no te has puesto a ello? No es hacer los deberes, Paige. —Meneó la cabeza como si no pudiera estar más decepcionado conmigo—. ¿Sabe Grayson lo de tus labios vírgenes?

—Madre mía. —Enterré la cabeza en las manos, con las mejillas ardiendo.

—¿Lo sabe o no? —siguió diciendo Parker, sin inmutarse lo más mínimo al ver que me estaba consumiendo allí mismo.

—No —respondí—. No veo por qué iba a ser asunto de Grayson.

—Porque todo lo que tiene que ver contigo es asunto de Grayson.

—Lo que tú digas. —Por fin dejé caer las manos—. Por favor, no se lo cuentes. Ni a nadie, ya que estamos.

—Creo que tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo que andar cotilleando sobre ti. Pero de verdad que tienes que solucionar eso. —Me señaló los labios con una mano y los miró con cara de desagrado—. Y rápido. No puedes terminar el instituto sin que te hayan besado.

—Ya. Soy consciente. Por eso está en la lista.

Parker arrugó la nariz hacia el trozo de papel rosa que todavía tenía en la mano.

—Así que… ¿cómo lo solucionamos?

—¿Solucionamos? Nosotros no vamos a hacer nada. No necesito tu ayuda, Parker.

Su respuesta fue sostener la lista frente a mi cara y señalar la última entrada.

—Claro que la necesitas. De lo contrario habrías tachado esto hace muchísimo tiempo. —Al parecer, iba a escuchar el consejo de Parker tanto si quería como si no.

—No es tan fácil…

—Pues debería. Estás bastante buena. Solo tienes que elegir a un tío y plantarle un beso.

Creo que Parker intentaba ser amable, a su estilo, pero solo estaba consiguiendo que me sintiera más humillada.

—¿Crees que no he intentado eso ya?

—Si lo hubieras intentado de verdad, esto no estaría en la lista —contestó—. En serio, Paige. Escribirlo en un trozo de papel no cuenta como intentarlo. Puedes poner cebo en el anzuelo, pero si no lo metes al agua, nunca vas a pescar nada.

—Mi anzuelo ha estado en el agua.

—¿Ah, sí?

Levanté las manos.

—Puede que a los peces no les guste este tipo de cebo.

—Eres la chica más encantadora que conozco, Paige. Si pescaras como hay que hacerlo, los chicos picarían.

Me sonrojé con su cumplido. Por lo menos, creo que era un cumplido. Al auténtico estilo de Parker, quien, de algún modo, conseguía que sonara tierno y grosero al mismo tiempo.

Solté un fuerte suspiro al pensar en lo que había dicho. Podía pensar que yo era encantadora, pero no estaba segura de que eso sirviera de algo. Nadie quería besar a otra persona solo por ser encantadora. Necesitaba algo más que eso.

—Entonces ¿cómo sugieres que pesque «como hay que hacerlo»? —pregunté—. Porque a veces parece como si tuviera integrado algún tipo de repelente de chicos. En cuanto uno se me acerca y creo que podría llegar a gustarle, desaparece. Puf. Se fue.

Parker levantó una ceja.

—¿Repelente de chicos integrado?

—Sí. —Me crucé de brazos—. Eso existe.

—Claro, seguro que sí. Pero no creo que sea tu problema.

—¿No?

—Por decirlo de alguna manera, te sugiero que empieces por buscar peces que no se asusten con facilidad…

Sacudí la cabeza.

—¿Qué se supone que significa eso?

Se encogió de hombros.

—Parker…

—Venga ya, Paige. No te puede sorprender que todos los peces se escondan entre las rocas cuando tú te sientas al lado de un enorme oso grizzly.

Parpadeé mientras intentaba adivinar de qué narices estaba hablando. Estaba llevando la analogía de los peces demasiado lejos.

—¿Como una metáfora? Mi personalidad es el oso o…

—¡Grayson! ¡Grayson es el oso! —gritó—. Mira mal a cualquier tío que se acerque a un radio de tres metros de ti.

Se me paró el corazón.

—¿Qué?

—Tu mejor amigo da miedo. El otro día pusieron lechuga en vez de carne en su bocadillo y la mirada que llevaba cuando fue a quejarse hizo que la señora del almuerzo se fuera llorando a casa. ¿Por qué otro motivo iba a evitar cualquier tío a una chica como tú?

—Ya sabes cómo se pone Grayson con la comida… —murmuré.

Parker me miró como si yo no estuviera entendiéndole.

Sin duda exageraba. Intenté recordar a Grayson mirando mal a algún chico por mí. Pero era complicado acordarse de algún incidente en concreto. Grayson se pasaba casi toda la vida con el ceño fruncido. Aun así seguía negándome a creer a Parker. Grayson solo quería lo mejor para mí. Estaba segura de que si en algún momento había asustado a algún chico, solo era otro buen ejemplo de con cuánta facilidad malinterpretaba la gente a Grayson.

—No sé, Parker. Me parece una tontería. Nunca haría algo así a propósito.

—No he dicho que lo haga a propósito. Créeme, no le hace falta.

Abrí y cerré la boca varias veces mientras intentaba descubrir cómo seguir debatiendo con él. Pero no sabía qué más decir. Tal vez Parker tuviera razón. ¿El motivo por el que nunca me hubieran besado podría ser que siempre estaba con el oso más aterrador del instituto?

Intenté pensar en todas las veces en las que mi repelente natural de chicos había hecho acto de presencia. Estaba Jon Spencer, en primero, que me dejó plantada sin más en la que habría sido mi primera cita. El año pasado, cuando estaba jugando a la botella, Justin Chen se negó a besarme cuando le tocó a él. Justo este

verano, en una fiesta, había estado bailando con Drew Moskowitz y podría jurar que quería besarme, pero de pronto dijo que se había pasado su hora de volver a casa y que se tenía que ir. ¡Eran solo las siete de la tarde! No era de extrañar que hubiera perdido la esperanza de que me dieran mi primer beso después de todos esos traumas.

—Ya he vuelto —dijo Amy desde la parte delantera de la casa—. Espero que tengáis hambre. Voy a hacer *pad thai*.

Grayson entró en la cocina mientras su madre hablaba, llevando varias bolsas de la compra. Se estremeció al escucharla.

—Suena complicado. ¿Acaso mamá sabe lo que es el *pad thai*?

—Estamos a punto de descubrirlo —dijo Parker con una mueca.

Me reí en bajito de los dos, aunque todavía estaba distraída por mi conversación con Parker. ¿De verdad era Grayson el motivo por el que nadie me había besado? ¿Por el que los chicos nunca me pedían una cita? ¿Por el que literalmente salían corriendo en dirección contraria cuando me atrevía a acercarme? Siempre había supuesto que me pasaba algo malo. Pero ¿mi mayor problema era a quién había elegido como mejor amigo?

Parker se inclinó hacia mí y bajó la voz al tiempo que me devolvía mi preciada lista rosa.

—Solo piensa en lo que te he dicho. —Me mostró una sonrisa de aliento antes de salir de la habitación, dejando un rastro de preguntas sin respuesta y de incertidumbre tras él.

—¿De qué iba eso? —preguntó Grayson mientras yo miraba a su hermano pequeño.

Enseguida metí la lista otra vez en mi agenda antes de que Grayson pudiera verla. Ya era bastante malo que Parker hubiera visto su contenido.

—Solo me ayudaba con los deberes de álgebra.

—¿En serio? ¿Parker? ¿Álgebra?

—Sí, a veces puede ser útil, ya sabes.

Grayson resopló escéptico.

—¿Y era una de esas veces?

—Todavía no estoy segura. —La verdad es que me había dejado con un montón de cosas en las que pensar. Casi había dado por perdido lo de que me besaran por primera vez antes de que acabara el año. Pero Parker hizo que sonara factible. Quizá hasta fácil. Quizá no debería haberme rendido tan rápido. Quizá solo tenía que esforzarme un poco más. Y, si Parker tenía razón, lo primero que debía hacer era tener una charla incómoda con mi mejor amigo.

CAPÍTULO 4

GRAYSON

La cena de aquella noche fue un desastre. El *pad thai* de mamá salió tan picante que era incomible. Mientras veía cómo Paige y la novia de Reed, Violet, movían nerviosas la comida de un lado al otro del plato, no pude evitar sentirme mal porque ellas también hubieran tenido que pasar por eso. Sabía que intentaban ser amables, pero, como todos los demás, habían dejado de comer después del primer bocado. Mi padre hizo lo que pudo para insistir en que la comida estaba bien, pero solo consiguió dar tres bocados antes de que le empezaran a llorar tanto los ojos que se tuvo que excusar para levantarse de la mesa. Cuando llegó a la cocina oí cómo bebía agua a borbotones directamente del grifo del fregadero.

—Has podido con papá. —Cammie lanzó una sonrisita burlona a mamá.

—No seas tonta. Tu padre está bien. —Aunque se sobresaltó cuando papá comenzó a escupir y emitir sonidos fuertes y secos. Sonaba como cuando Stanley se atragantaba con una bola de pelo.

—No parece que esté bien… —dijo Reed.

—Creo que ha tosido tanto que casi se le sale un pulmón —añadió Cammie.

—Seguro que porque la cena era más picante que los libros

subiditos de tono de mamá —bromeó Parker.

Reed le golpeó en el brazo mientras Cammie se quejaba. Violet y Paige se miraron entre ellas e hicieron todo lo posible para no reírse. Mi madre era una santa porque parecía que mi hermano pequeño no la molestaba lo más mínimo.

—Uf, ¡espero que no fuera tan picante! —susurró mientras miraba en dirección a la cocina, con un destello de culpa en los ojos—. Aunque puede que sí que fuera un poquito demasiado picante —admitió.

—¿Un poquito? —respondió todo el mundo al unísono en la mesa. Bueno, todos excepto Paige y Violet, quienes, cual heroínas, aún seguían intentando comer.

—Yo creo que está rico —dijo Paige.

—Sí, no me importa que la comida tenga garra —añadió Violet con una sonrisa.

—Bueno, entonces, este plato de mamá tiene garra y también te saca los dientes —dijo Parker—. Un solo bocado y estás perdido.

—Solo quería que estuviera más sabroso —intentó explicar mamá —. Pero puede que me haya pasado con los chiles. No quiero que nadie se ponga malo, así que, por si las moscas, vamos a pedir comida a domicilio.

Todos soltamos un suspiro de alivio.

—¿Puede alguien fregar los platos mientras pido la comida?

Me levanté enseguida para ayudar y Reed hizo lo mismo.

Mi padre alzó la mirada cuando entramos en la cocina, con los ojos todavía llorosos por su valiente intento de comerse la cena.

—Hacedme caso, chicos —dijo mientras daba un sorbo a un vaso de leche—. Quiero a vuestra madre, pero casaos con una chica que sepa cocinar.

De inmediato me vino el recuerdo de los *muffins* de Paige y no

puede evitar echar un vistazo hacia el comedor. Podía verla a través de las puertas abiertas, se reía de algo que había dicho Violet. Solo podía pensar que soportaría encantado sus terribles dotes de cocinera cada noche durante el resto de mi vida si eso suponía estar con Paige.

—O mejor me convierto yo mismo en un gran cocinero —dije, dando la espalda a mi padre.

Reed me lanzó una miradita elocuente, que yo ignoré.

—Siempre es más seguro —coincidió mi padre. La última vez que cocinaste algo no estaba demasiado malo…

—No sé si alguno de los dos podremos pasar mucho tiempo en la cocina el año que viene —dijo Reed—. ¿Has visto que Ryker ha perdido otra vez hoy?

Mi padre hizo un gesto de pena al tiempo que asentía.

—No están teniendo una buena temporada. Desde luego a vosotros dos os espera un gran reto con esto. Seguro que el entrenador Mercer se muere de ganas de que os unáis al equipo.

Me quedé en silencio mientras mi padre y mi hermano siguieron hablando sobre los Raiders. No me podía permitir pensar en algo tan lejano como el año que viene porque era posible que no me uniera al equipo si mi rodilla no mejoraba. El legendario entrenador de Ryker, Mack Mercer, iba a venir a Ransom dentro de dos semanas para vernos jugar a Reed y mí y para que firmáramos nuestras cartas de intención, con las que nos comprometeríamos cuatro años con la Universidad de Ryker. Era toda una movida. Incluía una presentación formal en el instituto y entrevistas con los medios de comunicación locales y todo eso. Borré la imagen de mi cabeza. Solo tenía que centrarme en llegar entero al día de la firma.

Conseguimos superar el resto de la cena sin problema, aunque Cammie aprovechó el momento para establecer unas reglas básicas

para compartir el cuarto con Paige. Lo que más parecía preocupar a mi hermana era no poder dormir bien. Tenía una competición de patinaje artístico dentro de poco y estaba entrenando con una pareja nueva, lo que significaba que debía madrugar muchos días.

Paige había aceptado de buen grado todas las condiciones de Cammie hasta que mi hermana le dijo que tenía prohibido roncar.

—¿Cómo sé si ronco o no? —le susurró Paige a Violet cuando Cammie se giró.

—No estoy segura… —contestó Violet—. Pero tengo el presentimiento de que lo sabrás mañana por la mañana.

Las dos chicas hicieron una mueca y se echaron a reír. Aunque hacía poco tiempo que Violet y Reed habían empezado a salir, ella y Paige se estaban haciendo muy amigas. Pero las dos habían estado tan enfrascadas en la conversación esa noche que Paige apenas me había dirigido la palabra. Pensándolo bien, casi ni me había mirado.

Tenía la extraña sensación de que estaba enfadada de verdad conmigo. ¿En serio se había mosqueado porque me había reído de sus *muffins* asesinos? Pensaba que solo estábamos de broma. Era por eso por lo que nunca debía intentar ser gracioso.

Mis sospechas solo aumentaron cuando vino a mi habitación después de cenar para hacer los deberes. Tenía un examen al día siguiente, así que le estaba preguntando la lección con un lote de tarjetas de repaso que Paige había escrito con esmero. Estaba bastante callada y concentraba toda la conversación en el examen. Ella era famosa por la facilidad con la que se distraía, en especial cuando estudiaba, por lo que esperaba que se riera de la cena que había preparado mi madre o que cotorreara sobre lo monos que estaban Reed y Violet juntos. Ni siquiera había mencionado las estrictas normas de Cammie todavía. Solo quería hablar de los deberes. No le pegaba nada y no me gustó ni un pelo.

Al final dejé las tarjetas en el suelo.

—A ti te pasa algo.

—No me pasa nada. —Evitó mirarme a los ojos cuando respondió, lo que solo confirmó mis temores.

—Te conozco, Paige. Te estás tomando este examen demasiado en serio.

—Es importante —contestó al tiempo que recogía las tarjetas del suelo y las ojeaba —. Nunca sabes cuándo vas a tener que recitar una lista de datos sobre las nubes cumulonimbos y los sistemas de presión atmosférica. —Leía de las tarjetas, así que podía afirmar que no se había concentrado mucho durante la sesión de estudio.

—Es un examen de geografía sobre tormentas, Paige. Y no hay nada que odies más que las tormentas.

—A la mayoría de la gente no le gustan las tormentas. Dan miedo y tapan las estrellas… Me gustaría que el examen fuera sobre astronomía. Siempre he creído que la gente pasa poco tiempo observando las estrellas.

Sabía que intentaba cambiar de tema y seguía evitando mi mirada inquisitiva.

—Está claro que algo te pasa.

Se quedó callada.

—¿Sigues enfadada porque te he vacilado con lo de ser una matarratones?

—En realidad, he decidido que prefiero el término «asesina involuntaria de ratones».

Me reí entre dientes, pero no se dio ni cuenta porque seguía con la mirada clavada en las tarjetas. De ninguna manera iba a dejar pasar el tema ahora.

—Más te vale soltarlo. Estos días te quedas aquí, así que puedo pasarme las dos próximas semanas dándote la tabarra para que me

des una explicación.

Por fin levantó la vista, pero solo para echarme una mirada asesina.

—Venga, Pidge…

—No me llames así —gruñó. Utilizar mi apodo para Paige siempre era un método infalible para ganarla en situaciones como esta, y ella lo sabía. La había llamado así desde la primera vez que nos vimos. Solo teníamos siete años, pero incluso entonces me había impresionado tanto lo guapa que era que apenas pude hablar. Fui a decir su nombre, pero estaba tan nervioso que me trabé. Diez años después todavía seguía fingiendo que había sido a propósito.

—Sabes que si hay algo que te molesta, puedes decírmelo, ¿verdad? —No era el tipo de chico con el que la gente soliera abrirse. Seguro que porque tendía a suavizar mis respuestas.

—Es solo… —Todavía estaba mirando con el ceño fruncido hacia las tarjetas que tenía en la mano, pero las dejó despacio en el suelo. Esperé con paciencia a que siguiera hablando, pero se quedó callada tanto tiempo que llegué a pensar que no respondería. Entonces, de repente, me miró.

—Quiero que me besen.

Abrí los ojos como platos.

—¿Qué?

—Que quiero que me den un beso —dijo un poco más despacio, como para asegurarse de que la escuchaba. Le devolví la mirada, todavía sin saber del todo si había entendido bien—. Ya sabes, ¿un beso? —añadió por fin, mirándome como si me hubieran dado en la cabeza demasiados discos de hockey—. ¿Dos pares de labios que se juntan? Puede que un poquito de lengua…

—Sí, vale, ya sé lo que es un beso.

—Vale, bien. Porque nunca he besado a nadie y quiero que me

ayudes con la primera vez…

—Eh, ¿ahora? —¿Era demasiado joven como para sufrir un paro cardiaco? Porque el ritmo al que latía mi corazón no podía ser bueno.

—Querías que te dijera lo que me molestaba —dijo—. Así que hablemos de ello.

Me pasé una mano por la cara al entender lo que en realidad significaban sus palabras. Claro que no quería besarme a «mí». Solo quería que la aconsejara. Y eso significaba que quería besar a otra persona. Ya me estaba arrepintiendo de haber empezado esa conversación y comenzaba a preguntarme a quién iba a tener que asesinar.

—No se me va a acercar ningún chico… —siguió diciendo, y clavé mis ojos en los suyos.

—¿Por qué? —espeté—. ¿Qué problema tienen? —Puede que no me gustara el hecho de que Paige saliera o se besara con alguien, pero la idea de que un tío no fuera capaz de ver lo increíble que era me enfurecía.

—Ese. —Me señaló—. Ese es el problema.

—¿Yo? —Imité la forma en la que me señalaba el pecho.

—Estás ahuyentando a los chicos.

—¡Qué va! —Al menos no creía que lo hiciera. A lo largo de los años había habido algunos chicos que se habían interesado en Paige, pero la mayoría eran unos ligones que no le llegaban ni a la suela de los zapatos. No les había dicho que no pudieran pedirle una cita. No de ese modo. Solo les había advertido de que si le rompían el corazón se las tendrían que ver conmigo.

Vale, de acuerdo, tal vez los estaba ahuyentando.

—Piénsalo —continuó diciendo—. Casi todos los chicos del instituto te tienen miedo. Solo tienes que mirarlos mal y echan a

correr en la otra dirección.

—Yo no puedo hacer nada si algunas personas son de carácter débil… —Se cruzó de brazos y se me quedó mirando—. Vale —cedí con rapidez ante su mirada glacial—. Puede que tu nombre haya surgido al hablar con uno o dos chicos del instituto.

—Y…

—Y solo dejé claro que si en algún momento te hacían daño, yo les haría daño a ellos.

—¡Grayson!

—¿Qué? No pensaba que eso les fuera a impedir salir contigo. —A ver, quizá una parte de mí esperaba que ese fuera el resultado, pero no podía dejar que ella lo supiera.

—¿Lo que me estás diciendo es que el motivo por el que nunca me han pedido una cita, la razón por la que nunca he salido con nadie ni me han besado, es porque has amenazado a cualquier chico que tan solo intentara acercarse a mí?

La culpa me generó un enorme nudo en la garganta mientras Paige hablaba. No solía ser habitual que se enfadara de verdad, pero tenía los ojos encendidos y las manos cerradas en pequeños puños a los lados del cuerpo. Si no me sintiera tan mal, habría sonreído de lo mona que estaba.

—Paige, nunca tuve la intención de que ocurriera eso…

Levantó una mano para interrumpirme.

—No voy a acabar el instituto sin que me haya besado un chico. Y me vas a ayudar a arreglar eso.

—¿Arreglarlo? ¿Cómo? —La confusión y la ansiedad empezaban a amontonarse sobre la culpa. No estaba seguro de querer saber adónde iba a llegar con esto. Paige y yo rara vez hablábamos sobre relaciones y cosas así y cuando lo hacíamos solo me servía para que me quedara todavía más claro que mis sentimientos por ella no eran

correspondidos.

—Necesito que te hagas a un lado y seas amable —dijo.

En realidad nunca había entendido el concepto de ser amable, pero no podía decirle que no a Paige. Haría cualquier cosa para que fuera feliz. Y si eso era lo que quería, entonces era lo que iba a hacer. Incluso aunque supiera que me mataría por dentro poco a poco.

—Vale. Puedo hacer eso. Seré amable.

Siguió con la mirada clavada en mis ojos.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio. Maldita sea, Paige, sabes que nunca haría nada que te hiciera daño a propósito.

Pasó un instante antes de que ella soltara despacio el aliento.

—Ya sé que no lo harías, Gray. —Se colocó un mechón suelto de su corta y oscura melena detrás de la oreja—. De todos modos, no creo que hubiera un montón de chicos haciendo cola para besarme.

—Paige, cualquier tío sería afortunado si te besara. —También sería afortunado por estar vivo, gracias al nuevo decreto de Paige según el que ya no podía amenazarlos. Esto iba a ser más duro de lo que creía.

—Eres mi mejor amigo. ¿Qué vas a decir tú?

Era justo por ser su mejor amigo por lo que no debería.

—Y ¿por qué ese interés repentino en esto? —pregunté—. ¿Hay algún chico en particular o…?

—No —respondió con rapidez—. Ninguno.

Una oleada de alivio me recorrió el cuerpo.

—Entonces ¿a qué se debe tanta urgencia?

Se encogió de hombros.

—Está en mi lista.

—¿En tu lista? ¿En tu lista de cosas por hacer?

—Sí.

—¿«Besar a alguien» aparece en tu lista de cosas por hacer?

Se echó a reír al ver mi sorpresa.

—Eso es lo que he dicho.

De pronto deseaba haberle pedido leer su lista con más atención antes de ese momento y estaba un poco aterrorizado por las otras cosas que pudiera incluir. Era un cambio radical con respecto a lo de hacer velas o tejer manoplas.

—Me parece un mal motivo para querer besar a alguien.

—No se me ocurre uno mejor. Está en la lista porque quiero que ocurra. Y ya es hora de hacerlo. Quizá ahora tenga una oportunidad de que suceda de verdad.

El remordimiento volvió a inundarme el pecho cuando me recordó que la culpa era mía.

—Solo digo que no es el tipo de cosa en la que debas precipitarte —añadí—. Desde luego, me parece bien si quieres que pase pronto, pero tampoco tienes que besar al primer tío que veas.

Aunque, dado que yo estaba sentado justo frente a ella, quizá no fuera del todo una mala idea.

—Parker le restó importancia al tema.

—¿Has hablado con Parker sobre esto?

Se le dibujó una sonrisita en los labios al ver la indignación en mi rostro.

—No es que tuviera mucha elección —admitió—. Vio la lista por casualidad y tenía mucho que decir sobre mi falta de experiencia a la hora de besar.

No era la primera vez que me entraban ganas de asesinar a mi hermano pequeño.

—Nunca deberías hacer caso a Parker.

—Pero creo que podría tener razón. Tengo que salir y tomar más

la iniciativa. Puede que el hecho de que tú seas amable no baste para cambiar las cosas. Quizá deberías empezar a hablar bien de mí. Ya sabes, hacerme quedar bien delante de los chicos del instituto. Una especie de celestina…

—Eh… —«Tan solo di no. Dos letras. Una palabra. Fácil». ¿Por qué no era capaz de decirlo?

—Por favor. —Me miró pestañeando con sus enormes ojos marrones.

—No pongas esa cara —me quejé—. Sabes que siempre te sales con la suya cuando pones esa cara.

—Entonces ¿me ayudarás?

—Sabes que siempre te ayudaré —respondí—. Con lo que te haga falta.

—¡Gracias! ¡Gracias! —chilló al tiempo que se lanzaba a mis brazos. Esos instantes eran la mejor y la peor parte del día. Paige siempre olía a algo dulce, como los caramelos que solía coger a hurtadillas. Y encajaba tan bien en mis brazos que parecía hecha adrede para ellos. Cerré los ojos, deseando por millonésima vez que las cosas fueran distintas. Que yo fuera el tipo de chico que se merecía a Paige. Que mis sentimientos fueran correspondidos. Que fuera tan egoísta como para arriesgar nuestra amistad y demostrarle lo fantástico que sería si fuéramos algo más.

Se separó de mí sonriéndome.

—Y seguro que pensabas que iba a ser aburrido que me alojara aquí. Mira qué divertidas acabo de poner las cosas para los dos.

—Sí, genial. Me muero de ganas.

Se echó a reír y me dio una palmadita en el pecho.

—Te veo por la mañana. Eso si sobrevivo a pasar la noche con Cammie. Tengo un poco de miedo de no lograrlo.

Contuve la risa.

—Seguro que estarás bien.

—Puedes reírte lo que quieras, Grayson Darling. Pero si tu hermana acaba conmigo, me echarás de menos cuando ya no esté.

La vi marcharse y sentí la habitación mucho más vacía que antes. No me preocupaba que Paige desapareciera de mi vida porque mi hermana estuviera un poco trastornada. Pero sí que lo hacía el que me abandonara por otro tío. Tenía miedo de perderla, incluso aunque no fuera mía. Cualquier idiota podía ver lo increíble que era Paige y si se corría la voz de que andaba buscando a alguien con quien besarse, habría una fila kilométrica de chicos ofreciéndose voluntarios.

Quería ser el primero de esa fila, pero ¿cómo podría serlo si sabía que ella no me quería allí? Quería que fuese su celestino, un amigo incondicional. Así que iba a tener que seguir fingiendo que eso era suficiente. ¿Acaso tenía alguna otra opción?

CAPÍTULO 5

PAIGE

—¡Sigo sin creerme que estés durmiendo con los diabólicos Darling! —dijo Bonnie con un grito ahogado cuando apareció junto a mi taquilla a la hora del almuerzo. Lucía un nuevo corte *pixie* con el que parecía todavía más segura de sí misma de lo habitual. Pese a que Grayson era mi mejor amigo, Bonnie había sido una digna rival desde que se mudó a la ciudad el primer año de instituto. Aunque si seguía gritando las cosas así para que todo el mundo pudiera oírlas, puede que me tuviera que replantear nuestra amistad.

—¿Puedes bajar la voz? —le dije entre dientes cuando varias chicas nos miraron—. Me estoy quedando en su casa, no durmiendo con ellos.

Bonnie esbozó una sonrisa traviesa.

—Es más o menos lo mismo.

—Desde luego que no.

Le restó importancia a mi preocupación encogiéndose de hombros y se concentró en colocarse bien la *blazer*. Iba siempre tan bien conjuntada a clase, como si en cualquier momento la pudieran llamar para algún trabajo del periódico del instituto. Se tomaba su puesto de editora en *El Abogado de los Diablos* muy en serio. Pero cuando llegaba el fin de semana aparecía su lado salvaje y prefería

ponerse tacones infinitos y vestiditos negros. Siempre había ido muchísimo más a la moda que yo.

—Lamento que no te pudieras quedar conmigo —añadió—. Pero no del todo. Creo que podría estar haciéndote un favor. Yo preferiría sin lugar a dudas dormir con tres jugadores de hockey buenorros en vez de con un bebé llorón. Lo de Tabitha sigue siendo un suplicio.

—En teoría, de estar durmiendo con alguien, sería con Cammie.

—También está buena —contestó Bonnie, aunque enseguida desapareció el brillo de diversión en sus ojos—. Aunque da un poco de miedo. ¿Has tenido que dormir toda la noche con un ojo abierto?

—Claro que no. Cammie no es tan mala.

—He oído que amenazó a su última pareja de patinaje con cortarle las pelotas con un par de patines…

—Igual tuvo un mal día.

—¡Ya te digo! —Bonnie soltó una carcajada—. Pero ya basta de hablar de tu nueva compañera de cuarto chalada. ¿No tenías que contarme algo? ¡Suéltalo!

Respiré hondo.

—Parker encontró mi lista.

—¿Y?

—Bueno, hay una cosa en la lista de la que habría preferido que no se enterara, pero ahora tanto él como Grayson saben lo que es.

—Me he perdido. —Bonnie sacudió la cabeza—. Pensaba que la lista solo era un montón de aficiones que querías probar. ¿Qué es lo que tiene esa cosa que te da tanta vergüenza?

Bonnie era una de las pocas personas que conocía lo de mi lista, pero no estaba segura de que la entendiera de verdad. A diferencia de mí, ella sabía perfectamente lo que quería hacer con su vida y cómo conseguirlo. Inquisitiva por naturaleza y capaz de sacar a relucir los trapos sucios de casi cualquier cosa o persona, estaba

destinada a cumplir su sueño de trabajar para uno de los principales periódicos nacionales. Yo seguía sin saber cuál era mi sueño. Se suponía que la lista me iba a ayudar a averiguarlo.

Se me habían ocurrido todo tipo de cosas que podría probar para intentar descubrir mi pasión en la vida. Comencé a plantar un huerto, luego quise aprender a tocar un instrumento. Hice de voluntaria en un hospital de la zona y me ofrecí como paseadora de perros los fines de semana. También había intentado coser un vestido, fui a clases de carpintería y me presenté a la audición para la obra del instituto. Incluso me había pasado todo un día en el taller de Danny Darling.

Nada había cuajado. Las verduras del huerto no prosperaron, uno de los perros se había escapado y el vestido que hice parecía un disfraz de Halloween apañado en el último momento. Bonnie había visto cómo pasaba de un fracaso al siguiente y nunca había llegado a saber si le parecía gracioso, penoso o tan solo aburrido.

Sin embargo, a mí me había divertido probar todas esas cosas tan diferentes. La lista también me obligaba a salir de mi zona de confort y hacer cosas que nunca habría intentado de otro modo. Así que cada vez que se me ocurría algo que quería hacer antes de graduarme, lo añadía al final de la lista. Lo de «besar», bueno, ahora me estaba arrepintiendo muchísimo de haberlo añadido.

Saqué la lista de la mochila y se la pasé.

—Míralo tú misma. Es lo que está al final.

Su mirada se clavó en la parte inferior de la página y de inmediato empezó a sonreír.

—¿Eso es lo que te preocupaba? Ya te lo he dicho más veces. No te tienes que avergonzar por no haber besado a nadie. Es solo un poco de mala suerte. Si de verdad quieres, estoy convencida de que podrías hacerlo cuando te apeteciera.

—Solo que no es mala suerte.

Me miró con curiosidad mientras esperaba a que me explicara. Habíamos llegado a la entrada de la cafetería y la aparté a un lado para que la gente no pudiera oírnos.

—Es Grayson —susurré—. Me ha estado espantando a los chicos.

Bonnie se quedó un momento en silencio, pero luego soltó una carcajada.

—Oh, claro que sí.

—No tiene gracia. —Se lo estaba tomando mucho mejor que yo—. ¿Y por qué parece que no te sorprende?

—Porque eso explica a la perfección lo de tus problemas con los chicos —contestó—. Eres como Rapunzel: atrapada en una torre con un dragón lanzafuego haciendo guardia. La bestia es tan aterradora que solo los caballeros más valerosos del reino se plantearían luchar contra él para rescatarte.

—Gray no es un dragón.

—Oh, sí, claro que sí. Con escamas y todo. —Sonrió—. Tu propio dragón particular. Es algo bastante genial. Estoy celosa.

Me pasé la mano por la frente.

—¿Y si no quiero que me rescaten?

—¿No quieres que un valiente guerrero suba a la torre, trepe hasta la alcoba más alta y te libere?

Le di un codazo en las costillas. Fuerte.

—A ti te pasa algo, Bon. Me refería a que no necesito que me protejan de los chicos y desde luego no necesito que me «liberen».

—Es una pena. —Parecía pensativa—. Quizá entonces Grayson te lo va a tener que compensar… —Dejó en suspenso la frase, como si supusiera que yo debería saber lo que insinuaba. Al no recibir respuesta, completó la frase por mí—: ¡Con sus labios, Paige!

—¡No, Bonnie! —Negué con la cabeza—. Ya me ha dicho que me

ayudaría, pero no así. Le he pedido que se haga a un lado y quizá que vaya hablando bien de mí con los chicos. Eso es más que suficiente.

Soltó una risita incrédula.

—Mira, Paige, estás desesperada por besar a un tío y Grayson es uno de los que más bueno está de todo el instituto. La mayoría de las chicas matarían por recibir una mínima parte de la atención que él te presta. Me sorprende que todavía no le hayas tirado la caña.

—¡No estoy desesperada por besar a un tío! —protesté, todavía intentando evitar llamar la atención, aunque era cada vez más difícil porque me estaba poniendo muy nerviosa—. Y no es eso lo que hay entre Gray y yo. Sabes que solo somos amigos.

—Sí, bueno, creo que si añadierais algunos besos seríais una pareja perfecta. —Y para recalcar su punto de vista lanzó besitos al aire haciendo ruido.

—¡Para! —Le tapé la boca con la mano—. No voy a besar a Gray.

—Podría ser cosa de una sola vez. —Su voz sonaba amortiguada porque todavía le estaba tapando la boca con la mano, así que la retiré. —Seguro que besa muy bien…

Enseguida deseé no haberle destapado la boca.

—No nos vamos a besar, sería rarísimo. Y, lo que es más importante, no quiero que mi primer beso me lo den por compasión. No se me ocurre nada peor.

—Vale, vale. Tienes razón —dijo Bonnie por fin—. Además, en este instituto hay un montón de solteros entre los que elegir. —Se le iluminó la cara cuando un grupo de chicos de su equipo de atletismo pasaron por ahí cerca—. ¿Qué te parecen los corredores?

—No voy a elegir al primer tío que pase. —Nunca había hablado con ninguno de esos chicos.

—Vale —admitió Bonnie, aunque enseguida volvió a esbozar una

sonrisita—. Pero ¿sería tan mala idea elegir a un chico que corra rápido? Por lo menos podría escaparse si Grayson fuera a por él…

Decidí que ya había escuchado bastante y me encaminé hacia la cafetería. Bonnie se iba riendo entre dientes cuando me alcanzó. Sabía que estaba bromeando, pero me abrumaba la idea de tener que elegir a un chico para besarle. Nunca me había planteado o dado cuenta de verdad de cuántos chicos diferentes iban a nuestro instituto. Un montón de solteros entre los que elegir, como había dicho Bonnie. En mi caso, era como si hubiera un millón de formas distintas de experimentar el rechazo. No iba a ser tan fácil como Bonnie lo pintaba.

Me giré hacia mi amiga en cuanto nos sentamos a nuestra mesa habitual y ella sacó su almuerzo. Se negaba a comer nada de la cafetería del instituto desde que había escrito un artículo sobre el menú del almuerzo para el periódico. Con los nervios a flor de piel como los tenía, tampoco estaba segura de si podría comer algo ese día.

—¿Cómo narices se supone que voy a elegir a un chico?

—Ahí es donde entro yo, claro está. —Parecía casi demasiado ansiosa y sentí al mismo tiempo alivio e inquietud por su entusiasmo. Bonnie lo sabía todo de todo el mundo en el instituto, así que no me cabía ninguna duda de que era la persona perfecta para descubrir quién era el chico adecuado para mí.

—¿En serio quieres ayudarme?

—¡Claro que sí! —Su gesto mudó deprisa en cuanto se puso en modo investigación—. Empezaremos con la pregunta más obvia: ¿te interesa alguien?

—Eh… Pues la verdad es que no. —La triste realidad era que ya casi había renunciado a los chicos. No le veía el sentido cuando, por lo visto, yo no le gustaba a ninguno.

—¿Nadie? ¿Segura? —Bonnie me presionaba para que respondiera.

—Ahora mismo no.

No es que nunca me hubiera gustado un chico, pero la verdad es que no se me ocurría nadie reciente. ¿Es que me pasaba algo? ¿No se me debería acelerar el corazón aunque fuera por lo menos por un chico? A no ser que lo hubiera cerrado a cal y canto para protegerme.

—Hum…, de acuerdo —murmuró Bonnie—. Supongo que eso quiere decir que todos los chicos tienen potencial. Aunque tendremos que acotarlo un poco. Lo ideal sería que fuera alguien a quien Grayson no haya intimidado todavía.

—Ya conoces su reputación —dije—. Puede que eso descarte a todos los chicos del instituto.

—Seguro que no a todos. —Cuando Bonnie vio mi gesto escéptico, continuó con rapidez—: Vale, puede que tengamos que buscar un poco más lejos. Pero no te estreses, Paige. Aunque tengamos que ir hasta la Antártida, te encontraremos a un chico.

Eso no sonaba muy alentador, pero Bonnie no iba a dejar que nada la detuviera.

—Este fin de semana hay una fiesta después del partido de hockey. Sería la ocasión perfecta para un primer beso…

—¿Crees que tengo que besar a alguien este fin de semana? —Las cosas iban demasiado deprisa para mi gusto—. ¡Acabas de decir que tendríamos que ir hasta la Antártida para encontrar a ese chico!

—A ver, es ambicioso, pero ¿por qué no? Siempre ayuda tener una fecha límite.

Me estaba quedando sin argumentos para discutir con ella. Y, para ser sincera, este primer beso se estaba convirtiendo a pasos agigantados en una especie de tirita putrefacta en el brazo. La había

dejado allí demasiado tiempo y la tenía que arrancar lo antes posible.

—¿Igual podríamos empezar ya a hacer una lista? —sugirió—. Ver qué tipo de chico te gusta y después ir puliendo nuestra selección.

—Venga, vale. —No sonaba mal del todo.

Pero entonces se puso a señalar a todos los chicos que pasaban por allí.

—Dave es dulce, pero todo el mundo sabe que está más salido que el pico de una plancha. Oh, seguro que no te lo esperas, pero Jackson tiene los abdominales marcados bajo esas camisetas de Spider-Man. ¿Ese es Harvey? Todos saben que es muy hábil con las manos en el campo, pero he oído que es incluso mejor cuando está fuera… y Derek, un buen tío, pero lo deberíamos descartar. Me siento enfrente de él en Inglés y tiene un serio problema de halitosis…

—¡Bonnie! —La agarré de la mano y tiré de ella hacia debajo de la mesa para que dejara de ser tan descarada—. ¿Quieres que me muera de vergüenza?

Se rio.

—¿Qué? Por fin he descubierto cómo aprovechar los años que he pasado observando a nuestros compañeros.

Enterré la cabeza entre las manos.

—No me puedo creer que ya me esté arrepintiendo de haberte pedido ayuda.

—¿Qué? Tengo muy buen gusto cuando se trata de chicos.

—Tu gusto es discutible, como poco. La semana pasada se te caía la baba por ese tío de la serie de Netflix que estábamos viendo.

—Y…

—Bon, era un documental sobre un asesino en serie.

Se echó a reír.

—Hablando de chicos altos, oscuros y siniestros… —Miró por encima de mi hombro justo cuando Grayson se aclaró la garganta detrás de mí.

—¿Hay sitio para uno más?

Llevaba una bandeja repleta de comida y su gesto era tan estoico como de costumbre, pero aun así podía adivinar cierta duda en su mirada. No siempre se sentaba con nosotras durante el almuerzo, así que quizá le preocupaba estar interrumpiéndonos.

—Siempre. —Le sonreí—. Ya sabes que no tienes ni que preguntar.

—Solo estamos buscando talentos —dijo Bonnie.

Grayson me lanzó una mirada confundida y tuve que resistirme para no darle una patada a Bonnie por debajo de la mesa. Ya me había puesto bastante en ridículo en los últimos minutos y me daba todavía más vergüenza la idea de que Grayson estuviera cerca para oír sus comentarios.

—Eh, Bonnie me está ayudando a encontrar al chico perfecto. —La expresión de Gray no cambió, así que seguí hablando—. Ya sabes, para ese punto en particular de mi lista de cosas por hacer.

Soltó un gruñido de compresión antes de sentarse en el asiento que había a mi lado. Noté el sutil aroma a madera de su colonia y cuando su brazo rozó el mío, de algún modo me sentí más a gusto y tranquila. Siempre estaba más relajada cuando tenía a Grayson cerca.

—Vas en serio con eso, ¿eh? —dijo entre dientes, así que no me quedó claro si me lo preguntaba de verdad o si solo hablaba para sí mismo.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

Todo lo que obtuve como respuesta fue otro de los gruñidos de Grayson, marca de la casa, antes de que cambiara de tema.

—He visto que todavía no tenías comida, así que te he pillado un

par de cosas. —Señaló la bandeja con la cabeza—. Espero que tengas hambre.

Levanté una ceja por el descaro con el que había evitado mi pregunta, pero así era Gray. Le iba a llevar un tiempo aceptar todo esto. Lo más probable es que todavía estuviera intentando asimilar que su mejor amiga era una chica con labios capaces de besar.

Miré su bandeja a rebosar de comida. Tenía suficiente como para alimentar a un equipo de hockey. Bueno, igual no a su equipo de hockey, esos chicos se abalanzaban sobre cada comida como si fuera la última. En particular los Darling.

—¿Seguro que tienes suficiente para mí? No querría que te quedaras con hambre.

—Claro. No me puedo comer todo esto.

—No deberías querer comerte nada de eso —dijo Bonnie en bajo en tono de burla mientras le daba un bocado a su sándwich casero.

Me reí, haciendo todo lo posible por ignorar su *vendetta* contra la cafetería.

—Te conozco, Gray. Puedes ser un poco susceptible cuando no comes suficiente.

—Siempre soy un poco susceptible —contestó—. Coge lo que quieras, Pidge.

Miré con más atención su enorme almuerzo. La pizza debía de ser para mí, Gray sabía que era mi comida favorita. Supuse que la bolsa de gusanos de gominola era para mí también, porque en realidad él nunca comía golosinas, así que eso fue lo primero que pillé.

—Gracias.

—De nada —murmuró.

—Chicos, ¿podemos volver al tema que nos ocupa, por favor? —Bonnie señaló con la mano al resto de la cafetería—. Tu primer beso no se va a elegir él solito, Paige.

—Mierda —dijo Grayson—. Me he olvidado del kétchup.

—Voy yo —dije, levantándome de un salto. Me venía genial una excusa para irme un momento. Bonnie apretó los labios. Sabía bien lo que estaba haciendo. Pero aun así me puse de pie y me alejé de la mesa antes de que pudiera detenerme.

Me tomé mi tiempo para coger la salsa, feliz de retrasar mi vuelta lo máximo posible. ¿Era demasiado esperar que sonara la campana que indicaba el fin del almuerzo?

Cuando volví a la mesa, me esperaba encontrar a Bonnie y Grayson sentados en medio de un silencio incómodo. No es que no se llevaran bien, pero tampoco es que tuvieran muchísimo en común. Por desgracia, cuando me acerqué, parecía como si estuvieran discutiendo sobre algo.

—¿Y qué opinas de Levi? —dijo Bonnie.

—Demasiado egoísta —respondió Gray sin vacilar.

—¿Tyler?

—Trata mal a su madre.

—¿Elliot? Sé que tiene un año menos, pero está bueno y juega en tu equipo.

—Desde luego que no. Nunca reconoce sus errores.

Oh no. Debería haber sabido que no podía confiar en Bonnie. La idea de que arrastrara a Grayson a esto me hacía querer esconderme debajo de la mesa y no salir nunca más. En ese momento, Grayson ya estaba analizando a todos los chicos de la cafetería como si fuera un oficial de fronteras buscando contrabando.

Al observarle en ese momento, me pregunté cómo no lo había visto antes. Cómo no me había dado cuenta de que él era el motivo por el que los chicos me evitaban como si tuviera la peste. Me sentí como si estuviera en una novela de Jane Austen y él fuera mi padre

superprotector que intentaba buscarme el pretendiente ideal.

Bonnie suspiró, desesperada.

—Vale, entonces dime tú un nombre.

Grayson se encogió de hombros. Empezaba a creer que debía interrumpirlos. O por lo menos, hacerles saber que estaba ahí. Pero su conversación me horrorizaba e intrigaba al mismo tiempo, y no me atreví a intervenir.

Bonnie siguió hablando:

—Bueno, si nadie es suficiente para ella, quizá su mejor amigo debería dar un paso al frente… —Se echó para atrás en su asiento con una sonrisa de satisfacción en el rostro mientras esperaba a que Grayson respondiera.

Sabía que tenía que haber vuelto a sentarme cuando había tenido la oportunidad. ¿En qué estaba pensando Bonnie? No estaba segura de querer escuchar la respuesta de Gray y por instinto empecé a retroceder. Pero contestó antes de que pudiera escapar.

—Somos amigos. Soy la última persona a la que Paige debería besar.

Esperaba sentir alivio. Solo repetía lo que yo le había dicho a la gente un montón de veces antes. Era algo que ya había dicho yo misma al menos una vez aquel día. Pero una pequeña parte de mí sintió un atisbo de decepción. ¿De verdad Grayson me encontraba tan poco atractiva?

—Ya estoy aquí —dije lo más animada posible mientras colocaba los sobres de kétchup en la bandeja de Grayson.

—Gracias —murmuró, con la mirada clavada en la comida. Lo más probable es que todavía estuviera molesto por la sugerencia de Bonnie e intentara no estremecerse ante la imagen mental de besar a su mejor amiga.

—Por fin —dijo Bonnie—. He tenido tiempo para reflexionar

mientras no estabas.

Empezaron a sonar las alarmas cuando me fui a sentar.

—Vale…

—Desde que Grayson ha llegado a la mesa, te juro que no se ha acercado ningún chico. —Le lanzó una mirada acusadora, pero él siguió centrado en la comida.

—Así que… —masculló.

—Así que, una espada recién afilada sería menos cortante que tu mirada. En serio, la gente da un rodeo para evitarte.

—Solo estoy aquí sentado, tomando el almuerzo —gruñó.

—Exacto —respondió Bonnie—. El «efecto Grayson» es mucho peor de lo que pensaba. Creo que vamos a necesitar que nos des una lista de todos los chicos a los que no hayas asustado todavía…

Gray levantó la mirada de su bandeja y nos miró a Bonnie y a mí. Estaba claro que le había sorprendido que le hubiera contado a Bonnie lo del llamado «efecto Grayson» y me sentí un poco culpable.

—¿Cómo se supone que voy a saber a quién le asusto y a quién no? —protestó Gray—. Lo de asustar no lo hago a propósito.

—Debes de tener alguna idea —contestó Bonnie—. ¿Qué chicos te hablan? ¿A qué chicos has amenazado, sin querer o de otra forma? ¿Qué chicos echan a correr en dirección contraria cuando te ven por el pasillo?

Se cruzó de brazos mientras esperaba su respuesta. Yo también tenía ganas de oírla.

—Bueno, hablamos de esta semana —dijo— o…

Solté un quejido y me volví de nuevo hacia Bonnie.

—Vamos a tener que ir hasta el fin del mundo para encontrar a alguien para mí, ¿verdad?

—Seguro que no es para tanto. Podemos… —Hizo una pausa y sus ojos se clavaron en algo detrás de mí, antes de que se empezara a

formar despacio una sonrisita de satisfacción en la comisura de sus labios.

—Vaya, vaya. Hola, Antártida.

Seguí su mirada hasta la entrada de la cafetería. Reed acababa de entrar y estaba con un chico al que yo no conocía. Era enorme, quizá hasta más alto que Reed y Gray, con la piel bronceada y el cabello rubio arena que le caía con suavidad como si saliera de un anuncio de champú. No podía verle bien la cara desde donde estaba sentada, pero incluso desde ese ángulo era fácil afirmar que era atractivo.

—Madre. Mía —dijo Bonnie sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo no he pensado antes en esto?

—¿Pensar en qué? —Aparté la mirada del chico misterioso para volverme hacia Bonnie.

—Debe de ser el chico nuevo del que todo el mundo estaba hablando hoy —explicó.

Ella no era la única que parecía intrigada. Todas las miradas de la cafetería se habían vuelto para recibir al recién llegado. No había nada más fascinante que un estudiante nuevo en un instituto. En especial, si empezaba en medio del curso y ya era amigo de Reed Darling, el rey, muy a su pesar, del instituto de Ransom.

—¿Un chico nuevo? —me pregunté en alto—. No había oído nada.

—Yo me he enterado esta mañana —respondió Bonnie—. Es su primer día. ¿Y sabes lo que significa eso? —No esperó la respuesta y se contestó a su propia pregunta—: Empieza de cero. No está contaminado por la infame reputación de Grayson. ¡El candidato perfecto para tu primer beso!

—Tienes razón… —Me giré deprisa para mirarle de nuevo. Pero él y Reed habían desaparecido entre un montón de gente. Mi corazón comenzó a acelerarse, pero no estaba segura si se debía a los

nervios, la emoción o a algo más. No tenía ni idea de quién era ese chico. No sabía si tenía una sonrisa bonita o una cara amable. Ni siquiera sabía su nombre. Pero era justo lo que necesitaba: alguien a quien Grayson no hubiera ahuyentado.

Gray gruñó para mostrar su disconformidad.

—Ves, hasta Grayson cree que deberías ir a por ello —continuó diciendo Bonnie—. Parece que está bueno. Y es muy alto. Tendrás que trepar por él como si fuera un árbol si quieres un beso, pero ahí está la gracia…

Antes de que pudiera decirle a Bonnie que bajara la voz, Grayson emitió un sonido ahogado.

Me giré para ver qué le pasaba, pero me quedé en shock al ver que su cara estaba de un tono rosado que no había visto nunca.

—¡Dios mío, Gray! ¿Estás bien?

Asintió y levantó la mano, como si intentara decirme que necesitaba un segundo. Pero yo no estaba segura de que tuviera ese segundo. Parecía que se estaba atragantando con la comida.

Me acerqué y le di palmadas en la espalda. Ni siquiera se resistió. ¿Lo había hecho bien? Era tan grande que lo más probable es que hiciera falta más fuerza de la que tenía. De verdad que me habría gustado prestar más atención cuando nos enseñaron primeros auxilios porque no tenía ni idea de qué hacer. Le di otro manotazo fuerte en la espalda y pareció toser algo. Contuve el aliento mientras esperaba a ver si lo que había hecho bastaba. Todavía tenía la cara de color rojo vivo. ¿Debería darle un último manotazo para asegurarme? Levanté la mano, pero Gray me interrumpió antes de que pudiera bajarla.

—Ya puedes dejar de golpearme.

Bajé la mano despacio.

—¿Estás bien?

Tosió para aclararse la garganta.

—Estoy bien.

No parecía estar bien.

—En serio, Paige. —Agarró su botella de agua y le dio un trago largo.

—¿Seguro?

—Sí.

—Porque si todavía te estás atragantando, creo que eres demasiado grande como para que te haga la maniobra de Heimlich.

—Como he dicho, estoy bien.

—¿Debería pedirles a Parker o a Reed que vinieran?

—Como llames a uno de mis hermanos, desearé que el almuerzo hubiera acabado conmigo.

Me relajé y me puse cómoda en el asiento.

—Mastica bien la próxima vez, ¿vale?

Le eché una mirada a Bonnie, que se había quedado quieta viéndolo todo y que incluso parecía haberlo disfrutado.

—Vaya reflejos, Bon —dije—. Recuérdame que nunca me atragante cuando estemos juntas.

Sonó la campana y Bonnie se levantó de un salto, todavía sonriendo.

—Me tengo que marchar. —Se dio prisa en recoger sus cosas—. He de pasar por la redacción antes de ir a clase. Pero no te preocupes por nuestra búsqueda de los labios idóneos. Tengo un buen presentimiento sobre el chico nuevo.

—¡Ni siquiera le conozco! Podría estar loco.

—Mientras bese de locos, es lo único que importa. —Me lanzó una sonrisita por encima del hombro y se marchó.

—Estoy empezando a dudar de si pedirle ayuda a Bonnie ha sido una buena idea —dije mientras Grayson y yo seguíamos despacio al

resto de los estudiantes para salir de la cafetería—. Aunque le pone ganas, eso sí se lo concedo… —Me detuve cuando oí que nos llamaban.

—¿Grayson? ¿Paige?

Me giré para ver de dónde procedía la voz y me encontré con un par de ojos azules, piel bronceada y pelo de color rubio arena: era el chico nuevo. Y por algún motivo lucía una sonrisa de oreja a oreja. Me llevó un momento adivinar de qué nos conocía, pero cuando le miré a los ojos, le reconocí de golpe.

—¿Damien? —dije asombrada.

Gray se puso tenso a mi lado. El primer candidato de la lista de Bonnie para mi primer beso no solo era el chico nuevo. También era mi primer amigo. Mi primer amor. El chico que se marchó.

Y ahora había regresado.

CAPÍTULO 6

GRAYSON

¿Damien? ¿Por qué me sonaba tanto ese nombre? ¿Y por qué reconocía ese pelo rubio despeinado y esa sonrisita arrogante? Un segundo después, me di cuenta. Damien Stone. Creía que hablar sobre el primer beso de Paige era lo peor que me podía pasar aquel día. Por lo visto, me equivocaba.

«¿Damien?». Por la forma en la que Paige había dicho su nombre, uno pensaría que era la respuesta a todas sus oraciones y el protagonista de todos sus sueños. No vaciló ni un segundo, corrió a lanzarse a sus brazos.

Él la hizo girar, levantándole los pies del suelo. Me quedé ahí clavado mirando, esperando que acabaran su reencuentro como si mi corazón no se estuviera rompiendo en mil pedazos al verlos. Paige siempre estaba sonriendo y bromeando con los chicos del equipo, pero sentí algo diferente al verla con Damien.

Damien Stone vivía al otro lado de la calle cuando éramos críos. Salía de vez en cuando conmigo y mis hermanos y con otros chicos del barrio. Nunca me había caído bien, pero grabé a fuego su nombre en mi lista negra el día de mi octavo cumpleaños, cuando sopló mis velas y me robó el deseo que me tocaba. Pensándolo bien, no es el mejor motivo para odiar a alguien, pero cuando ya te

tocaba compartir el cumpleaños con tu hermano gemelo, no tenías ganas de compartir también las velas. No me había dado ni un poquito de pena verle partir cuando su padre consiguió un trabajo en otro estado y tuvieron que mudarse. Sobre todo, estaba feliz de ya no tener que compartir a Paige con él.

Ellos también habían sido amigos cuando éramos pequeños y siempre me había parecido que competíamos por ver quién le gustaba más a Paige. Yo había supuesto que era Damien, porque él siempre la hacía reír. Y luego estaba lo de la boda. Ese recuerdo me hizo estremecer. Nunca me acuerdo de a quién se le ocurrió lo de jugar a disfrazarse aquel día. Pero jamás olvidaré que fue Damien quien se colocó junto a Paige debajo del árbol que había al fondo del jardín de sus padres e hizo como que se casaban. Yo tuve que quedarme al margen como dama de honor de Paige y ser testigo de cómo entraba de forma oficial en la *friend zone*.

—Estás enorme. —Todavía parecía que a Paige le faltaba el aliento cuando Damien la volvió a poner en el suelo. Le mostraba una gran sonrisa y él también sonreía de oreja a oreja—. Y ahora eres alto. Quizá hasta más alto que Grayson.

Me puse un poco más recto cuando me di cuenta de que podía tener razón. Damien era más alto que yo. No mucho, pero pocas veces quedaba a la altura de los ojos de otro chico y estaba acostumbrado a ser el más alto en cualquier sitio al que entraba. Ya no, por lo visto.

—Y tú sigues siendo bajita —respondió, haciéndola reír—. Y ¿cómo estáis, chicos? —Damien se giró con su bonita sonrisa hacia mí, pero no me dio la oportunidad de responder—. Tan alegre como siempre, ¿eh, Grayson?

No había dicho nada. ¿Era tan obvio el dolor en mi rostro? Por lo general, no me solía costar ocultar mis emociones, pero estar cerca

de Damien debía de complicarlo.

Decidí ignorar su «alegre» puñalada y centrarme en lo importante.

—¿Qué te trae de nuevo por la ciudad? —pregunté.

Al parecer, había dicho algo graciosísimo porque Damien reía de nuevo y sacudía la cabeza.

—No has cambiado una pizca.

—Ni tú —gruñí—. Entonces ¿estás de visita? —añadí con optimismo.

—En realidad… —respondió—, tienes delante al nuevo jugador de los Diablos de Ransom.

De pronto iban encajando todas las piezas. El entrenador Ray había comentado algo sobre un jugador nuevo. Quizá debería haberle prestado más atención.

—Eso es fantástico —dijo Paige emocionada. ¿Tenía que sonar tan feliz por la noticia?—. ¿A que es genial, Grayson?

—Sí, estupendo. —Ni siquiera intentaba ocultar el desdén en mi voz. Aunque a Damien no parecía molestarle mi frialdad. Estaba mucho más interesado en Paige.

—Pero cambias de instituto en medio del último año —dijo Paige, centrada de nuevo en él—. ¿Qué ha pasado?

—Mis padres se han separado —contestó Damien—. Mi madre quería volver a Ransom y aquí estoy. —Mostró una sonrisa de agotamiento. Estaba claro que regresar aquí no había sido decisión suya y que estaba haciendo todo lo posible por sobrellevarlo. Al oír lo de sus padres me sentí un poco culpable por el frío recibimiento que le había brindado. Pero entonces Paige estiró la mano para tocar la suya y enseguida volví a despreciar su mera presencia.

—Siento oír eso —dijo Paige con amabilidad.

—Es lo que hay. —Se encogió de hombros—. Pero me alegro de ver algunas caras conocidas.

—Bueno, nos alegramos de verte. —Paige volvía a lucir su gesto alegre—. ¿Qué clase tienes ahora?

—Eh, déjame comprobarlo. —Sacó un trozo de papel del bolsillo y lo miró—. Biología. Aunque no tengo ni idea de dónde está el aula.

—Ah, es fácil —dijo Paige riendo—. Sube esas escaleras que hay detrás de ti y es la primera puerta a tu izquierda. ¿Quieres que te acompañe?

Damien negó con la cabeza.

—No hace falta. Creo que me las apañaré. Si me pierdo, seguiré el olor a lejía y a guantes de látex.

—De acuerdo. —Paige se volvió a reír, pero esta vez el sonido era agudo y resultaba torpe. Le fruncí el ceño. Hacía tiempo que no escuchaba esa risita. Solo hacía acto de presencia cuando estaba muy nerviosa o la pillaban por sorpresa. La última vez que había dejado escapar ese sonido fue jugando al voleibol en Educación Física el año pasado. Estaba mirando hacia arriba cuando iba a golpear la pelota, pero sin querer le dio a Matt en el culo. Era un motivo comprensible para morirse de vergüenza. No podía entender lo que la había provocado en ese momento.

Enseguida se aclaró la garganta, como si también se hubiera dado cuenta e intentara calmarse.

—Buena suerte —añadió.

—Gracias, P, te veo luego. Tenemos que ponernos al día. —Recalcó sus palabras con un guiño.

—Vale —gritó. ¿Se estaba sonrojando? ¿Por qué se sonrojaba?

—Grayson. —Damien se despidió con un movimiento de cabeza antes de dirigirse a las escaleras. Le seguí con la mirada, todavía intentando comprender lo que acababa de pasar. Estaba un poco sorprendido. Un poco sorprendido y muy enfadado.

—¡Madre mía! ¿Te puedes creer que Damien haya vuelto? —dijo

Paige con entusiasmo y un brillo de emoción en los ojos al volverse hacia mí—. Está diferente, pero me sigue resultando familiar. Desde luego más alto. Mucho más alto. Bonnie tenía razón, ahora está bueno, ¿no crees?

Inspiré hondo varias veces, intentando recordarme a mí mismo que era su mejor amigo incondicional.

—¿Qué tal he estado? —siguió diciendo mientras recorríamos el pasillo—. No he sonado demasiado atolondrada o desesperada, ¿no? ¿Te puedes creer que puede que mi primer beso acabe siendo con Damien Stone?

No, no podía creérmelo. Todavía estaba sorprendido por lo en serio que se estaba tomando todo eso del primer beso. Y nunca la había visto cotorrear así de un chico. En circunstancias normales, habría pensado que su reacción era adorable. Tenía los ojos enormes y las mejillas un poco sonrojadas. Me encantaba cuando se emocionada por algo y soltaba todo lo que se le pasaba por la cabeza. Pero en ese momento estaba hablando de otro chico y, por muy mona que fuera Paige, eso era horrible.

—Has estado bien. La cantidad justa de atolondramiento.

Me puso una mueca graciosa, pero entonces frunció el ceño.

—No pareces muy contento de que haya vuelto.

Odiaba cuando su emoción se evaporaba por mi culpa. Debería haber estado contento por ella. En vez de eso, la estaba amargando por unos celos infantiles. Eran momentos así los que me recordaban por qué no me la merecía. Por qué ella estaría mucho mejor con otra persona.

—¿Por qué no iba a estar contento?

Paige me miraba con intensidad, como si pudiera ver a través de mí.

—Es tu amigo, Grayson. Pero le miras como si fuera un partido de

hockey y él estuviera en el equipo contrario.

—Estaba en otro equipo hasta hoy. Y no; Damien es «tu» amigo, Paige.

Hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia.

—Me pregunto cómo será ahora. Todavía parece muy majo. ¿O crees que ha cambiado desde la última vez que le vimos?

—Bueno, no le he visto desde que teníamos unos diez años, así que espero que sí.

Paige siguió adelante, por lo visto decidida a ignorar mi comentario.

—Me sorprende su regreso, incluso aunque sus padres se hayan separado —dijo—. Empezar en un instituto nuevo a mitad del último año debe de ser complicado.

—Seguro que le irá bien.

—Claro que sí. —Sonrió con confianza—. Es Damien. —Dijo su nombre como si fuera una especie de superestrella.

No me fiaba de mí mismo para responder. Cada vez era más duro ver cómo aumentaba el entusiasmo de Paige por un chico que acababa de ser elegido como el candidato perfecto para que ella le besara. Aunque es cierto que Bonnie y Paige habían tomado esa decisión antes de darse cuenta de quién era. Cuando creían que era un estudiante nuevo cualquiera. Igual esto cambiaba las cosas.

—Entonces ¿sigues pensando que Damien es el chico adecuado para… ya sabes…? —No estaba seguro de poder terminar la frase, pero Paige me miraba expectante.

—Para… —me animó a seguir hablando.

Que se abriera un socavón bajo mis pies y me tragara de forma trágica sería mucho más cómodo que esa conversación.

—El beso —respondí—. ¿Sigue siendo el chico al que quieres besar?

Se le sonrojaron las mejillas y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Por qué? ¿No crees que debería ser él?

—Eh, no lo sé. Es Damien, ¿no? Le conocemos. No es que no tenga antecedentes, como dijo Bonnie.

—Bueno, ¿le has amenazado hace poco?

—No.

—Entonces creo que está bien.

—Pero…

—¿Sí?

—Yo, eh, pensaba que con vuestro pasado, lo más probable es que estuviera en la *friend zone*.

—¿*Friend zone*? —Me clavó la mirada durante un instante, pero de pronto pareció como si tuviera una revelación—. ¿Crees que no querrá besarme porque somos amigos?

—En realidad no me refería a eso.

—¿No crees que los amigos se puedan convertir en otra cosa?

Esa cuestión era en el fondo lo que me amargaba la existencia y que me lo preguntara tal cual me hizo pensar de nuevo en el socavón.

—No, no estoy diciendo eso.

—Porque fuimos amigos hace mucho. Quizá ya no lo seamos. Además, estoy bastante segura de que la *friend zone* no es como una fortaleza impenetrable. La gente puede entrar y salir.

¿Lo decía en serio? No sabía si sentirme de pronto esperanzado o del todo abatido. ¿Se podía salir de la *friend zone* así de fácil? Según mi experiencia, no. Yo estaba tan instalado en ese lugar con Paige que casi era su alcalde. Puede que solo se estuviera intentando convencer a sí misma de que la *friend zone* no era para tanto porque quería tener la razón sobre Damien.

En cualquier caso, odiaba haberla hecho dudar de sí misma. Ahora se estaba planteando si podría llegar a gustarle a un chico y, de nuevo, era culpa mía.

—Tienes razón —dije—. Fue hace mucho y sería un idiota si ahora no le interesaras.

—Eso no lo tengo claro —dijo con una sonrisa dulce en los labios —. Pero supongo que tendremos que esperar a ver qué pasa. Solo asegúrate de no ahuyentarlo, ¿vale?

Me señaló con el dedo en broma, pero había inseguridad en su mirada. ¿De verdad le preocupaba que intentara estropearle esto a propósito? Supongo que tenía todo el derecho. Por lo visto ya había asustado a algunos chicos sin querer y ahora mi instinto me decía que hiciera lo mismo con Damien. Pero, por mucho que quisiera ceder al impulso protector que me recorría el cuerpo, sabía que tenía que guardarme mis opiniones para mí mismo.

—No lo haré —le dije. Solo porque no fuera a decirle a Damien que no le hiciera daño a Paige no significaba que no podría ocuparme de él si lo hacía. Pensar eso me reconfortó un poco.

—Esta es la mía —dijo señalando con la cabeza el aula a la que acabábamos de llegar—. Ya sé que tienes entrenamiento después de clase, pero ¿te veo en casa esta noche?

Salió disparada hacia la clase antes de que pudiera responder.

Cuando la vi desaparecer por la puerta, no puede evitar preguntarme cuándo se había torcido tanto mi vida. Desde luego, la *friend zone* de Paige no era mi destino soñado, pero por lo menos era un lugar seguro. Era cómodo. Las cosas se habían descontrolado de repente y no tenía ni idea de hacia dónde nos dirigíamos. Paige estaba decidida a encontrar a un chico al que besar, Damien había reaparecido justo en el peor momento y, de algún modo, yo había acabado aceptando ayudarla con toda esta movida. Pero sin lugar a

dudas era la persona menos indicada para esa tarea. Lo único que quería hacer era abrazarla y besarla yo mismo para poder poner fin a toda esta pesadilla.

Solo esperaba haber sufrido suficiente por un día.

Debería haberme imaginado que las cosas no harían más que empeorar.

* * *

Solo era su primera sesión con los Diablos de Ransom, pero enseguida Damien se sintió como en casa. Estaba por toda la pista, robando el disco y gritando indicaciones a los otros chicos como si llevara entrenando con nosotros durante años en vez de minutos. No sabía cómo iba a lidiar el resto de la temporada con esa actitud tan entusiasta. Que fuera un buen jugador solo empeoraba las cosas. Era veloz sobre los patines y todos sus pases eran precisos y directos. También era invencible en defensa.

Por norma general, que un jugador con talento se uniera al equipo no me preocuparía, pero tanto Damien como yo éramos defensas. Él venía a por mi puesto en el equipo y tal y cómo tenía la rodilla, podría llegar a tener una oportunidad de robármelo. Todavía debía demostrar lo que valía a los entrenadores de Ryker, así que no me podía permitir que mi lesión ni Damien Stone me derrotaran.

—He visto muy bien a Damien en el hielo —dijo Reed—. Podría ser muy útil para el equipo.

Gruñí y, al parecer, ese sonido fue suficiente para que él supiera justo lo que estaba pensando.

—No te preocupes —dijo dándome una palmadita en el hombro—. No te va a robar el puesto. El infame Grayson Mirada Asesina es irremplazable. —Le miré con los ojos entornados y se echó a reír

como si eso demostrara a lo que se refería.

—Da gracias por haber sido nombrado ya capitán —solté—. Creo que eras al único al que no estaba gritando órdenes.

—Seguro que se tranquiliza cuando se adapte al equipo. —Reed se encogió de hombros—. No dejes que te afecte.

Asentí, pero entonces me di cuenta de que me seguía observando.

—¿Qué? —pregunté.

—Oh, nada. —Sonrió—. Solo que, si no te conociera, diría que estás celoso.

—No es tan buen jugador.

—No estoy hablando de hockey.

Antes de que pudiera responder, a Reed le llamó el entrenador Ray, así que me conformé con lanzarle otra mirada asesina. Aunque no tenía el mismo efecto cuando iba dirigida a la espalda de alguien, por lo que me volví y seguí caminando hacia el vestuario.

—Ha sido un entrenamiento fantástico —dijo Damien, alcanzándome.

Asentí con un leve gesto de cabeza con la esperanza de que si no le respondía podría pillar el mensaje y dejarme solo, pero, por lo visto, no se dio cuenta de que le hacía el vacío.

—Tengo que admitir —siguió diciendo— que estaba nervioso por unirme a otro equipo con la temporada ya empezada, pero me parece que encajaré bien con vosotros.

—Seguro que sí —dije, aunque casi se me atragantan las palabras. Quería ser por lo menos algo amable, porque así es como Paige querría que tratara a Damien. Solo que no estaba seguro de que me saliera. No cuando no dejaba de imaginármela en sus brazos. No cuando ella había comentado que abandonaría con gusto la *friend zone* para besarle.

—Ha sido genial volver a ver a Paige hoy —dijo Damien. Puede

que mi hermano no fuera el único que podía leerme la mente—. Parece que seremos de nuevo los tres mosqueteros.

Solo que nunca habíamos sido los tres mosqueteros. Habían sido Paige y él y Paige y yo. Tres son multitud.

Damien me seguía mirando con cautela, como si estuviera esperando que le contestara. Al final, rompió el silencio:

—Vosotros no estáis juntos, ¿verdad?

—No. —Tuve la esperanza de que mi cortante respuesta cerrara el asunto, pero solo consiguió que a Damien se le iluminara la cara.

—¿En serio? —Parecía sorprendido—. Pensaba que…

—Paige y yo solo somos amigos. Nada más. —Cada vez se me hacía más duro decir esas palabras. Se me clavaba un puñal en el pecho cada vez que salían por mi boca, pero en esta ocasión me dolió un poco más de lo habitual.

—Vale —respondió con una sonrisa—. Y ¿sale con alguien?

Este era el momento en el que se suponía que yo debía ser un amigo incondicional. Cuando debía hacer del mejor celestino del mundo y poner a Paige por las nubes. Pero no parecía ser capaz de decirlo en alto. ¿No bastaba con que no hubiera amenazado al tío?

—Nop —dijo Parker, que se acercó a nosotros desde atrás—. Está soltera. —Si hubiéramos estado solos le habría pegado.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó Damien—. Está buenísima.

Parker me lanzó una sonrisita de satisfacción. Me preguntaba si sabría que me hervía tanto la sangre de rabia que existía una clara posibilidad de que mi cabeza explotara.

—Creo que todavía no ha aparecido el chico adecuado —respondió Parker. Hablaba con Damien, pero ese brillo travieso en su mirada se dirigía a mí.

—Hum, bueno, puede que acabe de llegar. —El gesto creído en el rostro de Damien era suficiente como para hacerme querer romper

allí mismo todas las promesas que le había hecho a Paige. Pero no se me permitía decir o hacer nada. Ella nunca me perdonaría si lo hiciera. Así que, en vez de eso, me quedé en silencio echando chispas.

—Puede —coincidió Parker.

Entramos en el vestuario y Reed le dio a Damien una palmadita en la espalda cuando se acercó a nosotros.

—Gran trabajo hoy, Stoney. —¿De verdad era la única persona a la que no le gustaba este tío?

—Sí —añadió Matt cuando vino a sentarse frente a nosotros—. Es como si fueras un paso por delante de todos. Contigo en nuestras filas, nadie va a poder superar nuestra defensa esta temporada.

Daba la impresión de que el mejor amigo de Reed también quería estar en mi lista negra. Todo el mundo parecía emocionado y tenía el mal presentimiento de que la repugnante positividad de Damien era contagiosa. Era como una especie de enfermedad.

—Sí, bueno, es solo porque ya tenía un gran equipo con el que trabajar —dijo.

Desvié la atención hacia mi taquilla para no tener que compartir mi opinión sobre Damien.

—Voy a la ducha —comenté sin dirigirme a nadie en particular.

—No tengas prisa —respondió Parker—. Tengo que hablar con el entrenador antes de que nos vayamos…

—Pero…

Se marchó del vestuario antes de que pudiera replicar. Seguro que Parker podía ir a casa con Reed. No quería llegar a casa tarde porque sabía que Paige estaría allí.

—¿No puedes llevarle, Reed?

—No voy directo a casa —respondió encogiéndose de hombros—. Supongo que tendrás que esperarle.

Lo más probable es que hubiera quedado con Violet. Aunque tampoco podía quejarme. Reed se lo había currado mucho para conseguir su camioneta, haciendo turnos con mi padre y metiendo horas en el taller para arreglarla. Su recompensa era la libertad de tener su propio medio de transporte, mientras que yo me veía obligado a compartir nuestra vieja camioneta familiar con Parker.

—Más le vale no tardar mucho —gruñí de camino a las duchas.

A pesar de mi prisa por llegar a casa, seguí el consejo de Parker y me tomé mi tiempo. Conociendo a mi hermano, acabaría enseguida con el entrenador Ray, pero luego se distraería con cualquier cosa, como un cachorrillo. Quién sabía cuánto iba a tardar. Pero me dolía la rodilla y la sensación del agua caliente deslizándose por mi piel era un auténtico alivio. Me había exprimido al máximo en el entrenamiento de aquella noche porque no quería que Damien me superara. Y ahora estaba pagando el precio por ese esfuerzo adicional y me estaba costando la vida no hacer gestos de dolor.

Cuando volví al vestuario, se encontraba en silencio. Las luces estaban bajas y por un instante me pregunté si todo el mundo se había ido. Pero entonces me di cuenta de que había gente apiñada en torno a mi taquilla. Estaban Reed y Matt y su hermano pequeño, Owen. Parker también había vuelto de su reunión con el entrenador. Estaba de pie sobre una silla y parecía pegar una especie de pancarta o cartel encima de mi taquilla.

—¿Qué está pasando?

Todos se volvieron hacia mí a la vez, con la misma mirada de culpa grabada en sus rostros. Parker bajó de un salto de la silla y se escondió el cartel en la espalda.

—¿Y bien? —repetí señalando el cartel con la cabeza—. ¿Qué es eso?

—No tiene sentido esconderlo ahora —murmuró Matt.

—Sí, díselo —añadió Owen.

—A ver, Grayson, no te enfades —dijo Reed.

Parker sacó despacio el cartel de detrás de él y lo extendió para que lo viera. Cuando leí las palabras escritas a toda prisa en él, me quedé unos segundos con la mirada fija, del todo confundido.

—Os dije que no sabía leer —dijo Parker riendo.

—Sé leer perfectamente —refunfuñé—. Lo que no entiendo es por qué estáis pegando un cartel con esa palabra encima de mi taquilla.

Reed le dio un codazo a Parker en el costado antes de dar un paso adelante. Me tendía las manos al tiempo que se acercaba, como si estuviera caminando hacia una bomba de relojería.

—Porque, hermano, esto es una intervención.

CAPÍTULO 7

GRAYSON

¿Una intervención? Me crujió la mandíbula mientras miraba el cartel que tenía Parker en las manos. ¿Una intervención para qué?

—Reed… —Era evidente el disgusto en mi voz, pero, de todos ellos, confiaba en que mi hermano gemelo fuera honesto conmigo y me explicara lo que estaba pasando.

En vez de eso, tan solo señaló uno de los bancos.

—¿Por qué no te sientas?

—No quiero sentarme. ¿Qué está pasando?

Todavía estaban todos apiñados en una esquina cerca de mi taquilla y me observaban con temor. Debía de estar mirándolos con tanta furia como sentía. ¿Qué esperaban? Parecía el inicio de una conversación de ruptura.

—¿Y bien? —les di pie a hablar.

—Vale —dijo Reed al fin—. Eh, creo que empezaré yo. —Dio otro paso más hacia mí y soltó un suspiro—. Queríamos que estuvieras solo para poder hablar. Pero con Paige en casa es un poco difícil…

—¿Por qué? —pregunté.

Se miraron nerviosos entre ellos. Lo que sea que estuvieran a punto de decirme debía de ser algo malo. ¿Tendría que ver con mi rodilla? Se me hizo un nudo en el estómago cuando me pregunté si

habrían notado cuánto me había dolido durante el entrenamiento. Reed había intentado convencerme de que me tomara un descanso del hockey la última vez que me dio problemas. Si creía que me iba a convencer con más facilidad con Parker, Matt y Owen aquí, se iba a llevar una gran decepción. Yo era un buen jugador, pero no una superestrella como Reed. Estaba seguro de que Ryker no dudaría en retirar su oferta de beca si descubrían que era mercancía dañada. Aunque eso no explicaba qué tenía que ver Paige con todo esto. Quería respuestas, y rápido.

—¿Alguno va a soltarlo de una vez?

Reed respiró hondo.

—Parker nos contó lo de la lista de Paige.

Me quedé paralizado. ¿Así que era sobre eso? Parker no debería haber contado nunca lo que incluía la lista de Paige y por eso le iba a matar más tarde. Pero primero tenía que escuchar por qué los chicos creían que esa lista tenía algo que ver conmigo.

—¿Y? —Mi tono sonó glacial cuando les insté a seguir hablando.

—Creemos que ha llegado el momento de que Paige y tú dejéis de ocultar vuestros sentimientos —dijo Matt.

Reed asentía a su lado.

—Y que dejéis de fingir que todo lo que queréis es ser amigos.

—Tienes que armarte de valor —añadió Parker.

Hubo una pausa y todos se volvieron hacia Owen, que parecía hacer todo lo posible por no echarse a correr y esconderse detrás de su hermano mayor.

—Eh, sí, ha llegado la hora de que le digas lo que sientes —consiguió decir al fin.

Me estaban asaltando desde todos los ángulos y no sabía a quién dirigir mi contraataque primero.

—Lo que siento es rabia —dije—. Y aumenta por segundos.

Owen comenzó a arrimarse a Matt. El pobre chico nunca se había enfrentado a mí antes. Si no estuviera tan furioso, habría sentido lástima por él.

—Venga, Gray —rogó Reed—. Solo escúchanos un momento.

Agarré mi bolsa para marcharme.

—Ya he oído demasiado.

Pero Parker se movió para bloquearme la salida.

—Sabemos lo que sientes por ella.

—Está claro que estáis hechos el uno para el otro —añadió Matt.

Debería haber dejado a Parker tirado y ducharme en casa.

—Lo que sea que creéis saber, olvidadlo. No me gusta en ese sentido —dije—. Paige es mi amiga. Eso es todo.

—Todos sabemos que eso es mentira —dijo Parker—. Llevas años enamorado de ella.

—No, llevamos años siendo amigos.

—¿Amigos? —Reed negó con la cabeza en mi dirección—. No la miras como si fuera solo una amiga.

—Claro que sí.

—No, Grayson. La miras como si fuera todo tu mundo.

El resto asintió.

—Ni yo lo podría haber dicho mejor, Reed. —Parker parecía ser el único que disfrutaba con la situación.

Los amenacé con la mirada. ¿De verdad tenía que decirlo en alto? Todos parecían muy implicados en esta «intervención», así que, al parecer, sí que tendría que hacerlo.

—Incluso aunque fuera verdad…, que no lo es, eso no cambiaría nada. Paige no siente nada por mí.

En lo que a mí respectaba, eso debería haber dado por terminada la conversación. Pero aquellos chicos no se rendían con tanta facilidad.

—Quizá sí que siente algo, pero todavía no se ha dado cuenta —sugirió Owen.

—O puede que lo hiciera si le dieras la oportunidad de verte de ese modo —añadió Matt.

Solté un suspiro, sabiendo que cuanto antes cediera y les dejara decir lo que pretendían, antes me podría marchar y fingir que todo esto no había ocurrido jamás.

—De acuerdo. Os seguiré la corriente —dije—. Pero ¿qué se supone que tengo que hacer exactamente?

—Bueno, la primera fase de cualquier intervención que se precie es admitir tener un problema —dijo Parker.

Todo esto parecía mucho peor cuando salía de él.

—Y luego… —pedí que siguieran hablando al tiempo que apretaba los dientes.

—Y luego, permitir a tus amigos que te ayuden —respondió Reed e hizo un gesto de asentimiento a Parker.

La sonrisita de suficiencia que lucía mi hermano pequeño desde que había empezado todo el asunto se hizo más amplia. Casi saltó hasta el otro extremo de la habitación, donde estaba la pizarra táctica del entrenador Ray. La arrastró hacia nosotros y le dio la vuelta y así todas las jugadas dibujadas desaparecieron y fueron reemplazadas por otra cosa. Era una lista. Y me la quedé mirando sin apartar la vista, paralizado de horror, cuando leí el título que había arriba.

—¿«Operación Shrek»?

—Desde luego no podíamos llamarla «Operación Príncipe Encantador»… —dijo Parker riendo.

Cuando eché un vistazo a la lista, me di cuenta de que el título era la menor de mis preocupaciones.

Operación Shrek

1. Cambio de imagen. Vestir mejor y cortarse el pelo.
2. Halagarla, pero no demasiado.
3. Coquetear con ella, pero sin acosarla.
4. Mostrar tu lado sensible. Si no tienes, fíngelo.
5. Tócala más. ¡Demuéstrale que tenéis química!
6. Sé encantador. O por lo menos, inténtalo.
7. Interésate por sus aficiones.
8. Sé menos gruñón Grayson.
9. No seas demasiado pegajoso ni demasiado bueno.
10. Si todo lo demás falla, tan solo dile lo que sientes.

—Y así es como te sacamos de la *friend zone* —dijo Parker con orgullo—. Tienes que demostrarle que puedes ser algo más que un amigo.

—¿Ser menos Grayson? —Clavé la mirada en el número ocho de la lista.

Parker se encogió de hombros.

—Gruñón, Grayson: da un poco lo mismo.

Apreté los labios hasta formar una fina línea cuando eché otro vistazo a la lista. No quería hacer nada de aquello, en especial el número diez. Seguro que eso ahuyentaría a Paige.

—¿Queréis que sea una persona que no tenga nada que ver con cómo soy? ¿Esa es de verdad la única forma en la que creéis que Paige podría tener interés en mí?

—Eh… —vaciló Parker.

—E incluso aunque quisiera vuestros consejos, que no los quiero, vuestra lista de las narices me resulta inútil. Si supierais lo que pone en la lista de Paige, entonces sabríais que busca a alguien que le dé su primer beso. Y quiere que esa persona sea Damien Stone.

Los chicos reflexionaron un momento sobre lo que había dicho,

pero entonces Parker comenzó a sonreír.

—Creo que todavía podemos ser de ayuda. ¿En qué destacas cuando juegas al hockey?

—¿En qué…? —Me pregunté adónde quería llegar—. Destaco en más de una cosa.

—Seguro que sí. —Me parecía que Parker me hablaba como si yo tuviera cinco años—. Tan solo responde a la pregunta.

Solté un suspiro incómodo.

—No sé. ¿Patinar?

—No.

—¿Manejar el palo?

—Desde luego que no. Te daré una pista. ¿Por qué recibiste el mayor número de penalizaciones el año pasado?

—¿Interferencias? —probé.

—Bingo. —Parker chasqueó los dedos.

—¿Eso es en lo que destaco? ¿Cómo va a ayudar eso?

—Vamos a interferir en los intentos de Paige por besar a Damien —dijo Parker sin más. Como si entrometerse en la vida amorosa de Paige fuera la opción fácil y obvia.

—No la voy a sabotear a propósito —respondí. Sobre todo, cuando me había pedido que fuera amable—. Si quiere ir a por Damien, tendré que respetar su decisión.

—¿Y qué hay de lo que tú quieres? —preguntó Owen.

—No te des por vencido —añadió Matt—. Podemos ayudar.

Una parte de mí deseaba que pudieran, pero no me hacía falta mirar de nuevo su plan de la pizarra para saber que esto les quedaba grande. Estaba solo con mis sentimientos y su lista no iba a cambiar nada. Cortarme el pelo o intentar ser «menos Grayson» no iba a conseguir que Paige de pronto me viera de otra forma.

—Gracias por la intervención, chicos. Pero no habéis entendido

nada. De verdad que no necesito esto. —Me coloqué la bolsa en el hombro y me encaminé hacia la salida, maldiciéndome por no haberlo hecho antes. La puerta se acababa de cerrar tras de mí cuando volvió a abrirse para que mi hermano gemelo me siguiera hasta el pasillo.

—Creo que he oído suficiente por esta noche, Reed.

Levantó las manos como para indicar que venía en son de paz.

—Sé que te hemos pillado desprevenido.

—Eso es quedarse muy corto.

—Pero llevamos años observándoos a los dos y sé que sientes por ella algo más de lo que dices. Es hora de que hagas algo.

—Puede que me gusten las cosas tal y como son —dije—. Puede que no quiera que nada cambie.

Reed soltó un largo suspiro, como si tratar conmigo le dificultara hasta el mero acto de respirar.

—Tú mismo lo has dicho. Paige está buscando a otro chico para su primer beso, ¿no? Quién sabe a dónde podría conducir eso. Y sé que el año que viene te vas a Ryker, pero Paige no tiene ningún plan. Podría acabar en cualquier sitio. Tienes que mover ficha ahora, antes de que sea demasiado tarde.

No quería entrar en pánico, pero cuando Reed lo explicó de ese modo, sentí como si el tictac de un reloj se cerniera sobre mí. Existía una gran probabilidad de que Paige y yo nos viéramos obligados a seguir caminos diferentes el año que viene. Y si besaba a Damien, podría no llegar a recuperarla nunca.

—Se merece algo mucho mejor que yo —dije con un suspiro.

—Eres el único que piensa eso —dijo Reed—. Tú eres bastante bueno para ella. Ella sería la primera en decírtelo.

Odiaba que las palabras de Reed me estuvieran afectando. Tentándome de un modo que nunca me había dejado tentar.

—No me quiere —alegué.

—Puede. O puede que nunca haya pensado en ti de esa manera.

—¿Y si voy tras ella y la pierdo para siempre? —Sonaba patético. Justo por eso no hablaba demasiado. Era imposible decir alguna estupidez si mantenías la boca cerrada.

—Supongo que es un riesgo que tienes que correr —respondió Reed—. Pero también tienes que darte cuenta de que no hacer nada es igualmente arriesgado. Podrías perderla de ambas formas.

Clavé la mirada en mi hermano, asimilando sus palabras. Puede que no la perdiera de golpe, pero si Paige estuviera con otro chico, entonces, día a día, empezaría a perder esas partes de nuestra relación que eran tan especiales. Al principio podría ser algo sencillo, como los mensajes que me enviaba cada noche. Pero después podría ser esa sonrisa sutil que solo compartía conmigo. O aún peor, la forma en la que se reía cuando nos vacilábamos y el brillo en su mirada cuando conseguía que yo reaccionara.

Si revelaba mis verdaderos sentimientos por Paige podría fracasar de manera estrepitosa. Pero si no hacía nada, existía el mismo riesgo de perderla. Si iba a pasar eso, mejor perder luchando.

—Se queda en nuestra casa dos semanas —siguió diciendo Reed —. Podría ser tu mejor oportunidad para demostrarle lo buena pareja que haríais juntos.

O puede que la alejara para siempre. Mi corazón quería ser optimista a toda costa, pero llevaba tanto tiempo atrapado en la *friend zone* con ella que no sabía cómo escapar de allí.

—Tan solo dime que te lo pensarás —dijo Reed—. Y que sepas que tendrás apoyo si decides que quieres hacer algo.

—Vale —refunfuñé—. Lo pensaré.

La verdad era que ya estaba pensando en ello más de lo que quería. Debería descartarlo por completo. Paige nunca me iba a ver

como algo más que un amigo. Pero ¿y si era mi única oportunidad y la estaba desperdiciando? ¿Y si hubiera algún modo de que ella me viera de otra forma?

Supongo que tenía que decidir si por fin iba a tomar el control de mi propio destino. Y, lo que es más importante, si era tan egoísta como para intentar conseguir conquistar a Paige.

CAPÍTULO 8

PAIGE

Estaba haciendo todo lo posible por ver jugar a Grayson, pero era un poco difícil concentrarse cuando los comentarios de Bonnie se basaban solo en la habilidad de cada jugador para poner morritos en vez de su habilidad con el palo.

—¿No se supone que estás cubriendo el partido para el periódico? —pregunté.

—Naaaa. Se lo he encargado a Abby. Sabía que este partido iba a requerir toda mi atención por un motivo diferente. —Seguía de cerca a los jugadores, pero lo más probable es que ni siquiera supiera cómo iba el marcador.

—Y ese motivo es… —Ya sabía la respuesta.

—Damien Stone. —Me lanzó una sonrisita—. Intento planear la mejor manera de que le entres en la fiesta de esta noche.

—¿Y eso implica verle patinar?

—La forma en la que un jugador de hockey patina dice mucho de su personalidad.

—¿Y qué es lo que te dice la forma de patinar de Damien?

—Que le gusta asumir el control de una situación.

—Seguro que podrías decir eso de la mitad de los chicos del equipo.

Se encogió de hombros y siguió elaborando su plan.

—Creo que lo mejor sería que coquetearas con él esta noche y luego lo atrajeras hasta la pista de baile, pero dejándole creer que es él quien lleva la iniciativa.

—Coquetear. Bailar. De acuerdo —murmuré. ¿Por qué parecía tan sencillo y a la vez tan aterrador?

Me distrajo lo que pasaba en la pista, cuando un jugador de los Gigantes del instituto Jefferson se dispuso a lanzar el disco a la portería de los Diablos. Contuve el aliento cuando me di cuenta de que nuestro portero, Elliot, estaba fuera de posición. Seguro que los Gigantes marcaban. Pero entonces Grayson apareció de la nada y se abalanzó para colocarse frente al jugador del Jefferson antes de que este pudiera mover su palo. Gray le robó el disco, lo que sorprendió tanto a su oponente que perdió el equilibrio y acabó tirado boca abajo en el hielo.

Aplaudí la jugada de Grayson junto a los otros aficionados de los Diablos que había en el pabellón, pero entonces, por instinto, me moví hacia el extremo de mi asiento cuando dio un pase milimétrico a Parker, que tenía una clara oportunidad de marcar. Cuando con un movimiento de muñeca envió el disco hacia el extremo superior de la portería del Jefferson, todo el mundo se puso de pie de un salto y el ruido ensordecedor del público casi hizo temblar el pabellón. Yo seguía mirando a Grayson, que aceptaba con modestia las felicitaciones de los compañeros que estaban cerca, incluidas las de un aliviadísimo Elliot, mientras Parker lo celebraba a lo grande en la otra punta de la pista.

Bonnie no podía parecer menos interesada en el partido mientras aplaudía sin ganas a mi lado.

—Aún quieres seguir adelante con esto, ¿verdad? —me preguntó al tiempo que el aplauso se apagaba y nos volvíamos a sentar.

No tenía ni idea de cómo esperaba que me centrara en esta conversación y en el partido al mismo tiempo.

—¿Lo del beso? —pregunté.

—Claro.

—Eh…, creo que sí. —No me sentía con tanta confianza como esperaba. Por mucho que quisiera acabar cuanto antes con lo de mi primer beso, me ponía nerviosa pensar en besar a alguien, en especial a alguien como Damien. No habíamos tenido mucha oportunidad de hablar aquella semana, pero siempre que lo veía por el instituto parecía encantador y seguro de sí mismo. Era el tipo de chico que conseguiría que a cualquier chica le temblaran las piernas. ¿De verdad podría interesarle alguien como yo?

—Porque si no tienes claro de lo Damien, siempre podemos probar con otra persona —dijo Bonnie, desviando la mirada hacia los jugadores de los Diablos—. Como Elliot Ford, que tiene un buen culo —añadió señalándole.

—Aunque es un inútil como portero —murmuré. Parecía que hoy tenía a Grayson salvando su «magnífico culo» en cada jugada.

Pero Bonnie no se dejaba desviar del tema.

—Y he oído que Matt Cleaver besa muy bien, lo que es bastante importante para la tarea que nos ocupa…

—Ni loca. Besar al mejor amigo de Reed sería demasiado raro.

—Vale. ¿Y qué opinas…?

—No, tiene que ser Damien —zanjé antes de que pudiera sugerir más nombres—. No me puedo arriesgar a que otro chico se esfume y, como dijiste, Grayson todavía no ha tenido la posibilidad de ahuyentarlo. Además, ya sé que éramos muy pequeños cuando Damien se fue de la ciudad, pero incluso entonces estaba loquita por él.

—¿En serio?

—Sí. Pensaba que era muy mono.

—Ay, qué tierno. Es como si estuvierais predestinados a estar juntos.

—No sé si diría tanto…

—Yo sí. —Bonnie inclinó la cabeza y pestañeó varias veces—. Los labios de Damien son tu sino.

Le lancé una miradita elocuente. Era difícil estar tranquila cuando a Damien le estaban persiguiendo chicas toda la semana y nosotros solo habíamos intercambiado un par de palabras. Se me revolvió el estómago con una combinación de ilusión y preocupación al pensar en lo que esperaba lograr esa noche.

Eché un vistazo al marcador, con la esperanza de que hubiera cambiado mientras no miraba. Podría ser que los Diablos perdieran y su fiesta de la victoria tuviera que cancelarse. Pero no había tenido tanta suerte. Y por si fuera poco, Reed marcó un gol un instante después, adelantando los Diablos por tres tantos en el marcador. El partido casi había terminado, así que el otro equipo ya no podía hacer nada.

El público estalló en vítores y silbidos para celebrar el gol. Por una vez, me costaba estar a la altura de su entusiasmo. Ahora ya no había ninguna posibilidad de que cancelaran la fiesta, lo que significaba que mis planes con Damien también tendrían que seguir adelante. Sabía que debía quitarme de encima lo de mi primer beso, pero me daba la sensación de que todo estaba sucediendo demasiado rápido.

—Y no te olvides de llevar caramelos de menta esta noche —dijo Bonnie.

—Vale.

—¿Y seguro que no quieres que primero te vea practicar con la mano para que te pueda dar alguna indicación?

—¡Bonnie! —Lo había dicho bastante alto, justo cuando los vítores del público se apagaban, y la chica que estaba delante se volvió y nos miró con curiosidad.

—Es broma, obviamente —aclaró Bonnie, aunque yo no estaba del todo segura. Mi vergüenza solo fue a peor cuando el chico que acompañaba a la chica también se giró hacia nosotras. Era bastante guapo y Bonnie debió de pensar lo mismo porque me pasó el brazo por el hombro:

—Mi amiga Paige busca a alguien a quien besar esta noche. ¿Te ofreces voluntario?

El chico empezó a sonreír, como si pudiera estar interesado, pero la chica que estaba junto a él me lanzó una mirada furiosa y luego le obligó a volver la cara hacia la pista. Me hundí en el asiento.

—Creo que es su novia, Bon.

—Sí, bueno, debería estar dispuesta a sacrificarlo una sola noche. Esto es casi una emergencia médica. Te podrías morir con los labios vírgenes si no resolvemos pronto esta situación.

Se estaba pasando de dramática.

—No voy a morir con los «labios vírgenes».

Sonó la sirena que marcaba el final del partido y el público volvió a gritar. Como de costumbre, los Diablos habían ganado. Sonreí a Grayson cuando salía de la pista. Siempre tan fuerte y potente. Pero últimamente, cuando acababa cada partido, era como si pudiera ver cuánto le pesaba el cansancio. Esperaba que estuviera bien.

Levantó la mirada hacia mí cuando salió del hielo. Sin importar dónde me sentara entre el público en sus partidos, de algún modo siempre conseguía saber justo dónde estaba. Levanté las manos y aplaudí solo para él. Esbozó una leve sonrisa antes de continuar hacia el vestuario.

Suspiré al bajar las manos. Había estado un poco distante esa

semana y parecía como si algo le molestara. Me preguntaba si le había sentado mal que le pidiera un poco de espacio o puede que el hecho de que yo viviera con su familia le resultara un poco agobiante. Yo podía ser demasiado intensa como para estar las veinticuatro horas conmigo, aunque teniendo en cuenta todo el tiempo que pasaba entrenando, la verdad es que no nos habíamos visto tanto.

Puede que estuviera preocupado por el hockey y su rodilla. Cada noche se ponía hielo durante un montón de tiempo y solo quedaba una semana para el día de la firma. Sabía que su futuro entrenador de la Universidad de Ryker también iba a venir al partido ese día. Lo más probable es que eso le pusiera bastante nervioso. Mis problemas con los chicos eran, casi seguro, la menor de sus preocupaciones.

Me di cuenta de que Bonnie seguía hablando y me volví hacia ella.

—¿Qué has dicho? —Había desconectado por completo mientras observaba a Grayson. Por suerte, el público estaba armando bastante ruido, así que esperaba que Bonnie pensara que ese era el motivo por el que no la había oído.

Me mostró una sonrisita de suficiencia como si supiera sin lugar a dudas quién me había distraído.

—He dicho que tengo que ir a buscar a Abby. Quiero comprobar sus notas sobre el partido antes de que escriba el artículo. Está sentada en algún lugar de la parte de atrás, así que lo más fácil será que nos veamos a la salida.

—De acuerdo. Asegúrate de que incluya ese extraordinario bloqueo que ha hecho Grayson al final del primer tiempo cuando solo ganábamos de uno. Y cuando le ha salvado el culo a Elliot. Ah, ¿y sabías que el último gol ha sido el vigésimo gol de Reed esta temporada?

Bonnie me miró con una ceja levantada.

—¿Algo más?

—Eh, sí. Los entrenadores tienen que aprovechar mejor los cambios en el tercer tiempo y esa penalización de Parker en el segundo ha sido una decisión arbitral horrible. Pero no sé si puedes decir eso…

Se echó a reír.

—Te lo juro, Paige, deberías ser tú la que escribiera la crónica de estos partidos.

—Eh, no. Soy una escritora horrible. —Negué con la cabeza—. Lo mejor es que se lo deje a los expertos. Nos vemos enseguida.

Empecé a bajar por las gradas antes de que Bonnie pudiera darle más vueltas a esa idea. De cualquier forma, seguro que bromeaba. Nunca se me había dado demasiado bien escribir algo que no fuera un mensaje de texto. Cada redacción que entregaba me la devolvían llena de correcciones en rojo. Me costaba organizar mis ideas y jamás parecía capaz de plasmarlas de modo que tuvieran sentido. Era frustrante y la idea de hacerlo por voluntad propia, sobre todo cuando habría una fecha de entrega estricta y otros estudiantes podrían leerlo, era casi mi peor pesadilla.

El público todavía seguía saliendo del pabellón mientras esperaba a Bonnie. No solía venir en coche conmigo, pero teníamos previsto prepararnos juntas para la fiesta de esa noche. En esos momentos, estaba desesperada por salir de su casa, así que le sugerí que viniera a la de los Darling.

Solía poner a su hermana como excusa para escapar de su casa, pero en esta ocasión me preguntaba si era más su propia curiosidad que los cólicos de la recién nacida lo que había hecho que no se lo pensara dos veces para venir. Seguro que tenía la esperanza de demostrar o refutar uno de los muchos rumores que circulaban

sobre Gray y sus hermanos.

Mi teoría quedó más que confirmada cuando por fin llegamos a la casa de los Darling y de inmediato empezó a hacer preguntas:

—¿Me puedes enseñar la casa?

»¿Es aquí donde comen?

»¿Te importa si echo un vistazo al baño?

»¿Dónde está el sótano?

Pasé de todas sus preguntas y la empujé escaleras arriba. Había un silencio poco habitual en la casa. Los chicos habían ido directos a casa de Matt después del partido y me preguntaba si el resto de la familia seguiría fuera.

—No fisgonees, Bonnie.

Soltó un gritito ahogado y se puso una mano en el pecho.

—Nunca haría eso.

—«Fisgona» es casi tu segundo nombre.

—Venga, Paige. ¡Por favor! —insistió—. No se trata de fisgonear, es solo un poco de curiosidad sana. No puedo permitir que mi mejor amiga se quede en una casa con un laboratorio de meta en el sótano…

—Madre mía. ¡Ese rumor es ridículo! Los Darling ni siquiera tienen sótano.

—¿Un cobertizo en el patio trasero?

Le lancé una mirada severa.

—Esto no tiene nada que ver con mi seguridad, ¿verdad?

—Vale, de acuerdo. —Bonnie levantó las manos al aire—. Es periodismo de interés general, Paige. La gente se merece saber la verdad sobre sus ídolos.

—Eres demasiado lista como para hacer caso a los rumores sobre Gray y sus hermanos. La mayoría no son ciertos.

—Lo que significa que algunos sí lo son…

—Si quieres la verdad, solo tienes que preguntárselo a Gray. Estás con él todo el tiempo.

—No. Estoy contigo y Grayson sufre mi presencia. No es mi mayor fan.

—Tan solo es Gray siendo Gray. Le caes bien. Lo que pasa es que no se le da bien demostrarlo.

—Ajá. —No parecía muy convencida, pero sabía que era inútil intentar hacerle cambiar de opinión. Lo único que podría lograrlo sería que se lo dijera el propio Grayson, pero incluso así Bonnie desconfiaría—. Lo que tú digas —dijo entre dientes—. Solo para dejarlo claro: ¿me estás diciendo que no puedo asaltar el cajón de los calzoncillos de los chicos para descubrir si prefieren bóxer o *slip*?

—Desde luego que no. Creía que habías dicho «de interés general» —solté riéndome.

—Creo que subestimas el interés que tiene el público en estos chicos.

—Venga, vamos a vestirnos para lo de esta noche.

Aceptó a regañadientes, pero no dejó de preguntarme lo que había en cada habitación por la que pasábamos ni de caminar despacio cuando había una puerta abierta por la que pudiera echar un vistazo.

Justo cuando llegamos a la habitación de Cammie recibí un mensaje de Grayson:

Gray

Sigues en la pista?

Yo

No, ya estoy en casa. Bonnie y yo nos preparamos para esta noche.

Por lo visto es importante lo que
me ponga para la fiesta de Matt.

Gray
Lleva lo que llevabas en el partido.
Estabas perfecta.

Yo
Llevaba tu camiseta.

Gray
Por eso…, perfecta.

Puse los ojos en blanco. Llevar su camiseta a la fiesta no sería buena idea. Sobre todo si quería lanzarme con Damien. Esa noche tenía que verme sexy y desde luego no iba a llamar su atención con el nombre y el número de otro chico en mi espalda.

Por desgracia, no estaba segura de si sería capaz de verme sexy. Había escogido toda la ropa de mi armario según las sensaciones que me transmitía. Nada combinaba del todo y solía elegir las prendas cada día en función de cómo me sintiera. Y en ese momento me sentía como si debiera ponerme mi abrigo de invierno más grande, una bufanda de pelo inmensa y un gorro con pompón. Estaba nerviosa y eso hacía que quisiera taparme con el mayor número de capas. Esa noche, al parecer, iba a tener que salir de mi zona de confort de más de una forma.

—¡Vaya! Así que esta es la habitación de Cammie Darling —dijo Bonnie—. No es tan intimidatoria como esperaba. ¿Dónde está el ataúd en el que duerme todas las noches?

—Eso no es muy…

—En realidad, tengo el ataúd en el ático. —Me sobresalté cuando Cammie cruzó la puerta detrás de mí. No tenía ni idea de que estuviera en casa—. Me gusta estar cerca de mis murciélagos.

—Oh, eh… Cammie… —tartamudeó Bonnie—. No pretendía…

—Pero lo has hecho —respondió Cammie, que pasó a nuestro lado para coger sus auriculares del escritorio—. Parece que has estado muy pendiente de los cotilleos de la ciudad. Habría esperado más de la editora del periódico del instituto. Puede que la próxima vez quieras intentar pensar por ti misma.

Abrí los ojos como platos y luego me volví hacia Bonnie para ver que ella estaba incluso más sorprendida que yo. Nunca la había visto quedarse sin palabras. Cuestionar la integridad periodística de Bonnie era casi lo peor que alguien podría decirle para insultarla. Cammie se marchó de la habitación sin decir una palabra más y yo me apresuré a seguirla, dejando a Bonnie todavía boquiabierta.

—Cammie, espera —dije cuando la alcancé en el pasillo—. Siento lo de mi amiga.

Pero me respondió con una sonrisa.

—¿Estás de broma? Llevaba todo el día con ganas de poner a alguien en su sitio. Ha sido divertido.

—¿Ah, sí?

—Sí, puede que pillar a la gente cotilleando sobre mí sea mi pasatiempo favorito.

—Eh, vale.

—Ya sé que es raro. —Se encogió de hombros—. Pero, tal y como yo lo veo, si la gente dejara de cotillear sobre mí significaría que me he vuelto aburrida. Qué más da. Me voy a la pista, que he quedado con Eric.

—¿Es tu nueva pareja de patinaje? —Había tenido tantas que a veces era difícil llevar la cuenta—. ¿Qué tal os va?

—No muy bien. Se niega a llegar a un acuerdo sobre la música para nuestra próxima rutina. Y yo me niego a volver a patinar con *Carmen* o *El lago de los cisnes*. —Se estremeció para mostrar su disgusto—. Acabaré por convencerle. De una forma u otra. Deséame suerte.

Se fue por el pasillo antes de que pudiera responder a su último comentario, un pelín siniestro. Sin lugar a dudas, Cammie Darling era única. Podía entender por qué asustaba a la gente con facilidad, pero me daba envidia su confianza. También me sentía bastante afortunada por haber conseguido evitar acabar en su lista negra.

Cuando volví a la habitación, parecía que Bonnie se había recuperado un poco, pero estaba claro que seguía inquieta.

—¿Me acabo de enemistar con Cammie Darling?

—Creo que tienes que hacer más que eso para alcanzar el estatus de enemiga —respondí con una carcajada—. Y para ser sincera, no creo que Cammie considere ofensiva una bromita sobre un ataúd. Te estaba tomando el pelo.

—Si tú lo dices… —masculló Bonnie—. Pero la próxima vez nos preparamos en mi casa, haya o no haya un bebé llorón.

Asentí, pero me di la vuelta para que no me viera sonreír. Había sido divertido ser testigo de la incomodidad de Bonnie ante la ira de Cammie. Para que nos centráramos de nuevo, empecé a revolver en mi maleta y saqué el conjunto que había pensado llevar esa noche: una de mis faldas favoritas de cuadros escoceses y un top azul marino que combinaba muy bien con ella.

—Es mono —dijo Bonnie cuando lo levanté, aunque su ceño fruncido revelaba lo que en realidad pensaba antes de que añadiera —: si eres una abuela.

Eché un vistazo al conjunto que tenía en las manos.

—Eh, a mí me gusta mucho.

—Estoy seguro de que les gusta a todos en el asilo.

Esperaba que solo quisiera ser graciosa.

—Pero siempre voy con ropa de este estilo.

—Y quizá por eso te siguen confundiendo con la bibliotecaria del instituto.

—¡Solo fue una vez! —la corregí, aunque no me hizo sentir mucho mejor—. Si esto no basta para impresionar a Damien, entonces igual no es el chico para mí.

—No buscas casarte con él. Solo tienes que besarle. —Cuando vio mi gesto decidido, soltó un largo suspiro—. Supongo que peinada y maquillada podría funcionar…

—Genial. —Suspiré. No tenía claro por qué estaba siendo tan obstinada con lo de la ropa. Seguramente porque no quería fingir ser otra persona. Quería que alguien me besara porque le gustaba tal y como yo era.

Bonnie me ayudó a peinarme y maquillarme y, cuando acabó, fui al baño para verme. No estaba segura de si sentirme aliviada o decepcionada cuando vi mi reflejo. Había hecho un gran trabajo con mi maquillaje. Estaba bastante guapa, pero de una forma nada memorable. Seguía siendo yo. No había máscara o sombra de ojos capaz de transformarme en una especie de diosa de los mares que haría que todos los chicos cayeran rendidos bajo mi embrujo. Y aunque en realidad nunca me había sentido insegura sobre mi aspecto, me invadió un atisbo de duda. Seguro que era una de las pocas alumnas de último año a las que nunca habían besado. Puede que la única. ¿Y si no era tan solo mi arisco mejor amigo quien espantaba a los chicos? ¿Y si el problema era yo?

Me puse recta y me saqué la idea de la cabeza. Tenía que creer que esa noche sería diferente. Grayson se había apartado y el chico perfecto había aparecido justo a tiempo. No tenía claro si creía en el

destino, pero todas las señales apuntaban al hecho de que las estrellas por fin se habían alineado. Solo debía esperar que eso significara que mi mala suerte con los chicos se había terminado y que todo estaba a punto de cambiar a mejor.

CAPÍTULO 9

PAIGE

A pesar de las numerosas palabras de aliento que me fui diciendo de camino a la fiesta, sin duda estaba nerviosa cuando llegamos. La presión por conseguir mi primer beso me tenía atacada de los nervios y no ayudaba que el tiempo hubiera empezado a cambiar durante el trayecto. Ojalá estuviera equivocada, pero parecía que se avecinaba una tormenta. Las odiaba desde que era pequeña, cuando, mientras dormía, un rayo alcanzó un árbol que había junto a mi casa. Rompió una rama que se estrelló contra la ventana de mi dormitorio. Ahora, cada vez que se desataba una tormenta, tenía la sensación de que traería algo siniestro con ella.

Respiré hondo y me recordé a mí misma que, aunque las nubes eran oscuras, solo se había levantado un poco de viento y apenas llovía de forma ligera. Así que no tenía por qué haber rayos y truenos, ni ser un mal presagio, ni significar que esa noche no fuera a salir bien.

Me estiré la ropa con la mano mientras echaba un vistazo al salón. La fiesta había empezado hacía poco, pero la casa de Matt ya estaba abarrotada. La gente se apretujaba al bailar la animada música que inundaba la habitación y me costaba imaginarnos a Damien y a mí haciendo lo mismo. ¿De verdad era ahí donde quería que me dieran

mi primer beso? Desde luego no era nada romántico. Ni siquiera estaba segura de que me resultara tentador.

—¿Va todo bien? —preguntó Bonnie.

—Sí. No. No lo sé.

Esperó a que me explicara.

—¿Y si no tengo química con Damien? ¿Y si decido que no es el chico al que quiero besar esta noche? ¿Y si yo sí que quiero, pero él no? —Era lo último lo que más miedo me daba.

—Si él no quiere, entonces es idiota.

—¿Estás segura de eso?

—Por supuesto. —Sonrió—. Pero, si por un sorprendente golpe de mala suerte estoy equivocada o si tú cambias de opinión, entonces encontraremos a otro chico. No puede ser la única persona de la ciudad a la que puedas besar.

—Creo que sí —dije con un gruñido—. Y no quiero ir literalmente hasta la Antártida.

—Yo tampoco —dijo ella riendo—. Tan solo sigue nuestro plan y vamos a ver qué pasa. Si hay algún problema, se nos ocurrirá un plan B. Puede que tengamos que intentarlo otra vez con el juego de la botella.

Sentí vergüenza con solo pensarlo.

—De momento —siguió diciendo Bonnie—, vamos a pensar en positivo, ¿vale?

—Tienes razón. —Solté un suspiro—. Esto me está poniendo de los nervios.

Tendió la mano y me apretó el brazo.

—Va a salir bien, Paige.

Para ella era muy fácil decirlo: ya tenía experiencia en eso de besar. Aun así, volví a prestar atención a la fiesta e intenté centrarme en mi tarea. Esa noche tenía una misión y seguro que no

la lograba si seguía reaccionando de esa manera.

—¿Ves a Damien por algún lado?

Bonnie echó un vistazo rápido a la sala y se encogió de hombros.

—Lo más seguro es que esté en la parte de atrás, con los otros jugadores.

Asentí.

Gray, Reed y el resto de los chicos del equipo de hockey solían estar en la sala de juegos de Matt cuando este celebraba fiestas. Parecía que Damien ya se llevaba bastante bien con sus nuevos compañeros y había almorzado toda esa semana con los otros jugadores.

—Vamos a buscarle. —Bonnie me tendió la mano, pero dudé en aceptarla.

—¿No crees que es demasiado pronto para intentar besarle?

—No lo sé, pero lo que está claro es que no va a pasar nada si estáis en dos habitaciones diferentes.

—Vale. Supongo que por lo menos podemos ir a hacer una ronda de reconocimiento.

Me mostró una sonrisa cuando le di la mano y dejé que me llevara hacia la parte de atrás de la casa. Pero cuando pasamos por la cocina, Bonnie se paró de golpe y me señaló la puerta con la cabeza. Había varias personas dentro y enseguida vi a Damien. Sentí un vuelco en el estómago al verlo. Cuando le vi hablando con Elliot, me di cuenta de cuánto destacaba Damien. Su altura, su aspecto, incluso su ropa era demasiado bonita para una fiesta del instituto de Ransom. Su jersey de punto y sus pantalones caqui no habrían desentonado en un catálogo de ropa masculina.

Incluso cuando éramos críos, Damien era popular y guapo, y mirándole ahora, me costaba encontrarle un solo fallo. Era perfecto, tanto que casi resultaba difícil creer que fuera de verdad. El pelo le

caía en unas preciosas ondas, los dientes eran de un blanco reluciente y sus pómulos marcados le daban un aspecto atractivo. Era demasiado bueno para ser verdad, y me preguntaba si al besarlo sentiría lo mismo. Seguro que no podía ser guapo, tener talento y encima besar bien.

—Tiene que tener algo malo —murmuré, antes de mirar a Bonnie —. ¿Qué opinas?

—Creo que parece que intentas dejarte dominar de nuevo por los nervios.

Grayson no estaba en ese momento para sabotear mi oportunidad, pero, por lo visto, ya lo estaba haciendo muy bien yo solita. Me esforcé por apartar mis miedos.

—Vale. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Vete a hablar con él. Coquetea un poco.

No tenía ni idea de cómo coquetear. Ni siquiera tenía claro si lo había hecho alguna vez. Al menos, no a propósito. ¿Y si me ponía en ridículo?

—Pero, Bon, ¿y si se me da mal lo de coquetear?

—No se te va a dar mal —dijo con firmeza—. Sabes cómo hablar a los chicos. Tu mejor amigo es un chico.

—Eso es diferente. —Hablar con chicos que eran amigos no era lo mismo que intentar conseguir que uno te besara. Nunca me había preocupado o dado vueltas a lo que le decía a Gray. En ese momento, mis pensamientos iban a tal velocidad que no estaba segura de si sería capaz de decir algo a Damien.

—No es tan distinto —insistió Bonnie—. Sé tú misma, pero un poco más sexy. Sé divertida pero coqueta. No te olvides de sonreír y ríete con cualquier cosa que diga. Pero no demasiado. Tienes que dejarle queriendo más. ¿Lo pillas?

No, no pillaba nada de nada. ¿Cómo se supone que iba a hacer

todo eso al mismo tiempo?

—Creo que me hace falta más tiempo para prepararme. Quizá debamos intentarlo un poco más tarde… —Quizá más tarde me habría armado de valor para pasar por todo eso o quizá habría abandonado del todo la misión. Quizá podrían besarme por primera vez en la universidad. O nunca.

—¿Quieres que te besen o no? —preguntó Bonnie.

—A ver, sí…

—¿Y es Damien el chico que quieres que lo haga?

—Eh…

—Sabes que la respuesta es sí, Paige. —Alguien estaba sirviendo chupitos en la encimera que había junto a la puerta y Bonnie estiró la mano y robó dos.

—¡Eh!

Ignoró las protestas del chico y en cambio me sonrió.

—Ahora tómate esto y entra en la cocina antes de que te acobardes.

Dudé cuando me ofreció el vaso.

—Hasta el fondo —me ordenó.

Arrugué la nariz y me tragué la bebida, antes de que me pasara también la suya.

—Te hace más falta a ti que a mí —dijo al tiempo que me hacía gestos para que también me la bebiera.

Sabía perfectamente que me iba a arrepentir de eso por la mañana, pero hice lo que me ordenó y me bebí deprisa el segundo chupito.

—Mucho mejor —dijo Bonnie—. Ahora entra ahí y a coquetear como nunca. Te mandaré un mensaje con alguna frase para ligar si te quedas en blanco. Y si todo falla, dile que tienes que ir al baño y lárgate.

—La verdad es que eso no ayuda…

—Deja de posponerlo. —Me dio un empujón y crucé la puerta dando un traspié hasta la cocina. Un par de personas me miraron extrañadas, pero por suerte Damien seguía inmerso en la conversación y no se había dado cuenta. Le lancé a Bonnie una mirada asesina por encima del hombro, pero tan solo me guiñó un ojo y se marchó.

No tenía claro si sentirme aliviada de que se hubiera ido o abandonada por completo.

—Vale. Puedo hacerlo —murmuré cuando me giré para volver a mirar a Damien. La cocina era grande, pero no estaba muy lejos de mí. Me habría gustado que la distancia entre los dos fuera mayor y así tener más tiempo para ordenar mis pensamientos. No era capaz de acordarme de ninguno de los consejos de Bonnie. Me había dicho que me riera, ¿no? ¿Y también algo sobre dejarle con ganas de más? Pero ¿con más de qué, en realidad? Madre mía, esto era una pesadilla.

Me vibró el teléfono y la opresión que sentía en el pecho disminuyó un poco al ver aparecer el nombre de Bonnie. Resulta que me había enviado una frasecita. Pero en cuanto abrí el mensaje, me arrepentí.

Bonnie

He perdido mi osito de peluche.

Dormirás conmigo en su lugar?

Le respondí al momento.

Yo

No voy a decir eso.

Bonnie
Puf. Vale. Sé aburrida. Dile que tu teléfono está roto porque no tienes su número.

Yo
Es igual de mala.

Bonnie
Y qué tal: sé que no vamos a clase juntos, pero creo que tenemos química.

Yo
Yo no hago química.

Bonnie
Obvio.

—¿Paige? —Levanté la vista y me encontré a Damien mirándome. Al parecer, mientras Bonnie y yo nos estábamos escribiendo, de algún modo había acabado frente a él.

Me quedé en blanco cuando intenté pensar qué decir. Solo tenía que decir hola. Pero no fue eso lo que salió de mi boca:

—¿Tienes química conmigo?

—¿Qué? —Damien inclinó un poco la cabeza.

—Eh… en el instituto. —Parecía una auténtica idiota—. Ya sabes, la tabla periódica, átomos, gases… —¿En serio acababa de decir «gases»? Tenía que dejar de hablar, ya.

—Lo siento, Paige. Yo no hago química.

—Vale. Ya. Yo tampoco. —Me reí. Era eso lo que me había dicho Bonnie que hiciera, ¿no? Por desgracia, me salió una especie de risita aguda y extraña que me hacía parecer más un cerdo chillando que un ser humano. Damien parecía incluso más confundido que antes. Desde luego no estaba consiguiendo dar una buen impresión y tenía que arreglarlo rápido.

—He perdido mi número de teléfono, ¿lo has visto? —No, espera. Esa no era la frase. ¿Qué me pasaba? Culpé a Bonnie por meterme esas estúpidas frasecitas en la cabeza.

—Perdona, me refería a mi teléfono. He perdido el teléfono.

—Eh, creo que lo tienes en la mano…

Bajé la vista hacia el móvil que estaba en mi mano y solté una risita incómoda, asegurándome de que en esta ocasión sonara a una frecuencia un poco más baja.

—Ay, sí. Aquí está.

—Me alegro de haberte ayudado a resolver ese gran misterio. —Su sonrisa parecía auténtica, pero lo más probable es que fuera la misma que le mostraba a las demás chicas chifladas que hablaban con él. Me pregunté si los jugadores de hockey de élite como él necesitaban clases sobre cómo tratar con aficionadas y grupis trastornadas. Sonreír, asentir y no hacer movimientos bruscos: efectivo tanto con animales peligrosos como con chicas inútiles en el ámbito social.

Pero para mi sorpresa, Damien señaló el cubo de hielo de la encimera que había junto a mí:

—¿Quieres tomar algo?

Teniendo en cuenta cómo había estado actuando, seguro que pensó que ya me había tomado demasiados. Pero me di prisa en aceptar. Tenía que hacer algo, lo que fuera, para reiniciar la

conversación.

—Sería genial, gracias. —Me pasó una botella y di varios tragos largos. Por desgracia, la bebida no consiguió calmar mis nervios.

—Una fiesta fantástica, ¿no? ¿Te lo estás pasando bien? —me preguntó.

Otra risita nerviosa ridícula salió de mi boca y cerré los labios a toda prisa. La presión de intentar impresionar a este chico me estaba superando. Me estaba volviendo loca.

Esperó con paciencia a que respondiera y, de puro milagro, conseguí balbucear las palabras: «Sí, ¿tú?».

En vez de buscar cualquier excusa para salir pitando de allí, Damien me volvió a sorprender al responder. Parecía bastante contento cuando comenzó a charlar y de algún modo consiguió redirigir la conversación al partido de ese día. Enseguida, Damien se puso a contarme con todo lujo de detalles su épica asistencia en el primer tiempo. Desde el punto de vista técnico, no estaba segura de si contaba como asistencia. Había pasado el disco a Reed, pero un jugador rival lo había interceptado. Solo tuvo el disco durante medio segundo antes de que Reed se lo robara de nuevo y marcara el gol.

No me atreví a interrumpir a Damien. Dudaba que quisiera que le corrigiera y había muchas probabilidades de que me pusiera en ridículo otra vez. Parecía bastante feliz de tener público para su historia y Bonnie me había dicho que le dejara hablar a él, así que por lo menos estaba haciendo una cosa bien. «¡Solo escucha y asiente y haz cualquier otra cosa que no sea hablar o soltar risitas nerviosas, Paige!».

—¿Has ido al partido de hoy? —preguntó.

Oh, no. Quería que hablara otra vez. Fui a dar un trago a la bebida para retrasar mi respuesta, pero estaba tan distraída que no me la llevé a la boca y me eché todo el contenido de la botella por

encima del top. Solté un grito ahogado y juré entre dientes mientras el frío líquido empapaba mi ropa y me llegaba hasta la piel.

—¿Estás bien? —Damien me tendió la mano—. ¿Necesitas servilletas o una toalla o algo?

—Estoy bien —dije con un quejido.

—¿Estás segura? Porque puedo…

—¡Solo tengo que ir al baño! —En medio del ataque de pánico, casi le grité esas palabras cuando seguí el último consejo de Bonnie: me largué de allí.

Mi intento de coquetear con Damien había sido un completo desastre y solo pensar en que nos besáramos después de mi pésima actuación era ridículo. Era más probable que pidiera una orden de alejamiento contra mí.

Mientras huía del escenario del crimen en busca del baño casi me choco con Bonnie en el pasillo.

—¿Qué ha pasado? —murmuró sobresaltada y desviando de inmediato la vista hacia mi top empapado.

—Digamos que al final no me hace falta un plan B, me hace falta cambiar toda mi personalidad.

—Oh, no. ¿Tan malo ha sido?

—Con «malo» ni siquiera puedo empezar a describirlo.

—Lo siento mucho, Paige.

Meneé la cabeza.

—No es culpa tuya. Y resulta que ni siquiera es la culpa de Grayson que no me hayan besado. Soy la única culpable. Soy un caso perdido con los chicos.

—No eres un caso perdido.

Me señalé el top calado para remarcar mis palabras.

—No seas tan dura contigo misma. Ha sido tu primer intento. Lo harás mejor la próxima vez. Solo tienes que practicar un poco más.

—¿Practicar un poco más? Preferiría que me hicieran un trasplante de cerebro. —Intenté separar el top de mi piel, se me estaba empezando a pegar—. Tengo que ir a ocuparme de esto.

—Vale —dijo—. Podemos quedar luego otra vez. Quizá probar un enfoque diferente.

Asentí, pero en el fondo sabía que había dado la noche por terminada. Había echado a perder tanto las cosas con Damien que iba a necesitar mucho más que las palabras de aliento de Bonnie si quería darle la vuelta a la situación. Iba a tener que hacer algo drástico. Solo que no tenía claro qué podría ser.

CAPÍTULO 10

GRAYSON

Preferiría comer una nueva hornada de los *muffins* envenenados de Paige antes que verla besar a otro chico. Seguro que la muerte era menos dolorosa que el sufrimiento que estaba padeciendo por el mero hecho de imaginármela con alguien que no fuera yo. La fiesta acababa de empezar, pero me había pasado todo el rato de pie en la sala de juegos, oteando la puerta como un halcón. Sabía que Paige podía llegar en cualquier momento y me había estado mentalizando para lo que podría pasar cuando lo hiciera.

—Todavía no ha llegado —dijo Reed cuando se acercó a mí. Era como si me hubiera leído la mente.

—No sé de quién o de qué me estás hablando.

—Ajá. —Reed parecía contener una sonrisa—. ¿Has reflexionado sobre el consejo de amigos que te dimos el otro día?

—¿Consejo de amigos? ¿Te refieres a cuando me arrinconasteis en el vestuario y me dijisteis que tenía que cambiar toda mi personalidad?

—Sí, eso.

—Estaba haciendo todo lo posible para fingir que no había pasado.

Me llevé la bebida a los labios y di un trago lento.

—¿Así que te vas a cruzar de brazos y no hacer nada?

—Ese es el plan. —Aunque, pensar en no hacer nada casi me molestaba más que la insultante lista de sugerencias de Reed y los demás. Llevaba toda la vida sin hacer nada y, para sorpresa de nadie, no había conseguido nada.

—De verdad que tienes que dejar de ser tan terco —dijo Reed—. Te está haciendo sufrir.

—Puede que me guste sufrir. —El sufrimiento era seguro. El sufrimiento era cómodo. Y por mucho que sufriera en ese momento, fijo que eso no podía ser peor que la devastación que sentiría si confesaba mis sentimientos y arruinaba mi amistad con Paige.

Reed negó con la cabeza.

—Sabes que puedes elegir ser feliz, ¿no? Puedes luchar por la felicidad. Te arrepentirás de no hacer nada y solo te podrás culpar a ti mismo.

Mientras hablaba, seguí su mirada hacia el otro extremo de la habitación, donde Violet charlaba con Matt. Reed la miraba con los ojos muy abiertos y brillantes. Había tenido esa expresión en el rostro casi todos los días desde que habían empezado a salir de forma oficial.

—Ya no tienes que suspirar por ella desde la distancia —dije—. Ya has conseguido a la chica.

—Lo sé. —Reed sonrió mientras apartaba la vista de ella para mirarme a mí—. Es genial. Deberías probarlo.

Se fue hasta donde Violet y la abrazó por la cintura. Hacía que pareciera sencillo. Como si solo tuviera que agitar una varita y todo encajaría de golpe. Que por arte de magia me convertiría en el chico que Paige se merece, que correspondería a mis sentimientos y que viviríamos felices para siempre. Era una fantasía. Una que deseaba con todas mis fuerzas que se hiciera realidad.

Casi agradecía que me siguiera doliendo la rodilla por el partido.

Me hacía falta distraerme. Aunque ni siquiera eso era suficiente como para aliviar la ansiedad que me revolvía el estómago.

—Entonces ¿qué vas a hacer si Paige besa esta noche a Damien? —preguntó Parker, que salió de la nada para ponerse a mi lado—. Matt me ha apostado cincuenta dólares a que le darás un puñetazo. Mi apuesta es que vas a interferir en todo el asunto antes de que él tenga la oportunidad de besarla.

¿Qué les pasaba a mis hermanos y su repentina obsesión por mi relación con Paige?

—¿No tienes nada mejor que hacer que fastidiarme?

—Claro que sí —respondió Parker—. Estamos en una fiesta. ¿Crees que ayudarte es lo primero de mi lista de prioridades?

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—No me has dejado mucha elección. Estás plantado en un rincón, malhumorado y poniendo mala cara a cualquier cosa que se mueva. No necesito que las chicas te tengan más miedo del que ya te tienen. Eso me puede perjudicar.

Supongo que eso explicaba los motivos de Parker para ayudarme. Al final él siempre tenía su propia motivación.

—Además, también he pensado que quizá debía decirte que Paige estaba aquí.

—¿Qué? —Recorrí la habitación con los ojos.

—Sí, ya está hablando con Damien.

—¡¿Y por qué no has empezado por eso?!

El rostro de Parker se iluminó con una sonrisa pícara.

—Solo quería estar seguro de que Matt estuviera preparado con la cámara. —Levantó el pulgar y se colocó a mi lado al tiempo que Matt giraba su móvil hacia nosotros—. Creo que podemos enmarcarla y llamarla: «El momento en el que Grayson se dio cuenta de que había cometido un error garrafal».

—Déjame en paz. —Le di un empujón—. ¿Dónde está?

—En la cocina.

Me encaminé hacia la puerta, pero Parker me siguió.

—¡Ja! ¡Sabía que ibas a elegir lo de interferir! Los cincuenta dólares más fáciles de mi vida.

Ignoré a mi hermano y salí hecho una furia en dirección a la cocina. Pero cuando me acerqué a la estancia y vi a Paige y Damien me paré de golpe. Se sonreían y él se reía de algo que había dicho ella. Tenía el corazón a mil por hora, pero por los motivos equivocados. Solo quería irrumpir allí y decirle a Damien Stone que se volviera al agujero del que había salido. Pero no podía hacerlo. Si era lo que Paige quería, no podía echar a perder su oportunidad con él. No podía interferir. ¡Maldición! Me encantaría poder.

Se me hundieron los hombros cuando lo entendí todo: ya no tenía tiempo. Había tenido años para aprovechar la oportunidad de ser feliz con Paige, pero ya era demasiado tarde. Puede que por ahora Damien y ella solo estuvieran hablando, pero si Paige tenía previsto besarle, entonces seguro que era inevitable. Pensaba que Damien era uno de los mayores imbéciles de Ransom, pero ni siquiera él sería tan estúpido como para desaprovechar la oportunidad con Paige. Ella era lo mejor de este lugar.

Intenté convencerme a mí mismo de que solo se trataba de un beso. De que no significaba nada. Pero parecía mucho más que eso. Había querido a Paige durante años y no había hecho nada. Reed tenía razón. Ahora existía la posibilidad real de que la perdiera por completo y me arrepentiría toda la vida de no haber hecho nada.

Empecé a girarme, para poder dejarles en paz, pero entonces salió un extraño sonido de la boca de Paige. Era una rara combinación de una risita con un chillido. Oh no, su risita nerviosa.

Fue solo entonces, al mirarla con más atención, cuando me di

cuenta de lo incómoda que estaba. Tenía una sonrisa forzada y la mirada parecía un poco desquiciada. No dejaba de colocarse el pelo por detrás de las orejas y de asentir a lo que decía Damien. En el salpicadero del coche de mi abuela solía haber uno de esos muñequitos cabezones de Elvis Presley que no paran de mover la cabeza y en esos momentos Paige bien podría haber sido su Priscilla.

Supe que las cosas debían de ir fatal cuando se le volvió a escapar su infame risita nerviosa. Me recorrió un escalofrío y no sabía si sentir vergüenza o lástima por ella. Por mucho que quisiera que las cosas no fueran bien con Damien, tampoco deseaba que fueran tan mal. Y justo cuando pensaba que no podían empeorar, fue a dar un trago a su bebida, no acertó en la boca y se vertió todo el contenido encima.

Mierda.

Damien intentó ayudarla, pero Paige tan solo gritó algo sobre el baño y huyó. No estaba muy lejos de ella cuando atravesé la cocina intentando alcanzarla. Aunque fue demasiado rápida y desapareció por el pasillo antes de que tuviera oportunidad de hacerlo.

Solté un juramento entre dientes porque sabía lo alterada que debía de estar.

Quería comprobar cómo se encontraba, pero mi apremio por seguirla parecía algo más que eso. Tan solo verla hablar con Damien había sido una especie de castigo que no quería volver a sufrir nunca más. No quería que se aturullara ni se pusiera nerviosa por otro tío. Si iba a soltar una risita aguda y derramarse la bebida por el top, quería que fuera por mí. Y ya no estaba seguro de si podría volver a quedarme de brazos cruzados sin hacer nada.

Yo siempre había levantado una barrera entre los dos, siempre había intentado ignorar mis sentimientos porque sabía que no me la merecía. Pero las palabras de Reed se repetían en bucle en mi

cabeza. Si seguía sin hacer nada podría perderla para siempre. Quizá esa bebida que se le había caído era una señal. Me había dado una última oportunidad.

Vi a Bonnie y corrí a su lado.

—¿Has visto a Paige?

—Está en el baño —respondió con un gesto de disgusto—. No le ha ido bien con Damien…

—Bien. —Me aclaré la garganta cuando me di cuenta de que lo había dicho en alto—. Quiero decir, eh, voy a ver si está bien.

Bonnie esbozó una sonrisa socarrona como si pudiera leer mis pensamientos más oscuros.

—Qué gran idea.

Pasé deprisa junto a ella antes de que pudiera seguir escrutándome. La amiga de Paige tenía la desagradable costumbre de hacer preguntas que no quería responder y era una experta en descubrir secretos que la gente no tenía intención de revelar.

Por suerte, no había cola fuera del baño cuando llegué, así que llamé a la puerta.

—¡Un segundo! —gritó Paige.

—Soy yo.

La puerta se abrió un instante después y Paige me agarró de la sudadera y tiró de mí hacia dentro.

—Gracias a Dios.

Tenía la camisa empapada y la estaba secando con una toalla de mano.

—Necesito que me des tu opinión sincera. ¿Cómo de malo es?

—¿Hablas del top o de otra cosa?

—Oh, no. No me has visto con Damien, ¿no?

—Más o menos.

Se le hundieron los hombros y dejó de intentar secar la prenda.

—Qué idiota soy. Después de esto no me va a volver a hablar y mucho menos besarme. —Levantó despacio la mirada hacia mí—. Y supongo que te debo una disculpa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Resulta que no era culpa tuya que nunca me hubieran besado. No sirvo para esto.

Me bajé la cremallera de la sudadera, me la quité y se la ofrecí.

—Claro que sirves. Solo has derramado una bebida.

Aceptó agradecida la sudadera y empezó a ponérsela por encima del top mojado.

—No. También dije lo que no debía y empecé con mi risita nerviosa en los momentos más estúpidos. ¿Has oído mi risita nerviosa?

—Podría ser peor. Me gusta tu risita nerviosa.

—¿Podría ser peor? ¿Cómo reaccionarías si una chica se plantara frente a ti y se riera de esa manera?

—Estaría superpreocupado. Pero solo porque yo nunca digo nada divertido.

—Eso no es verdad. —Una leve sonrisa amenazó con romper su gesto de desánimo.

—Lo más probable es que él pensara que estaba siendo graciosísimo.

—Pero si ni siquiera estaba bromeando —respondió con una sonrisa de frustración y decepción en los labios—. Convertí la conversación en algo incómodo. Me estaba comiendo tanto la cabeza que fue un desastre total. Creo que he dicho alguna estupidez sobre perder el teléfono…

—Lo tienes en la mano…

—Exacto —masculló—. Y luego le he preguntado si teníamos química.

—¿Por qué harías eso?

—Se supone que eran frases para ligar. Y no sé cómo, pero ¡incluso he empezado a hablar sobre gases!

No pude evitar soltar una carcajada de sorpresa.

—No tiene gracia, Gray.

—Un poco de gracia sí que tiene.

Frunció el ceño. Pero su ceño fruncido era la cosa menos aterradora del mundo. Solo hizo que estuviera más mona.

—No voy a besar nunca a nadie, ¿verdad? —suspiró—. Ni siquiera puedo coquetear con un chico. Deberían enseñar este tipo de cosas en el colegio porque no son ni de lejos tan fáciles como parecen. Sería mucho más útil que la clase de álgebra. ¿Qué sentido tiene saber matemáticas si vas a acabar soltera?

—No vas a acabar soltera.

No pareció oírme al darse la vuelta y mirarse en el espejo.

—Nunca le he gustado a ningún chico de verdad y nunca lo haré.

Me rompía el corazón verla así y en mi cabeza casi estaba gritando que yo la quería. Que siempre la había querido. Quizá si se lo hubiera dicho en algún momento de la última década, no se estaría sintiendo así. Habría sabido lo perfecta que es. Habría sabido que no le hacían falta frasecitas horteras para ligar ni una risa coqueta para llamar la atención de un chico. Habría sabido que al menos había una persona en el mundo que la quería tal y como era y que estaba de pie frente a ella. Estaba desesperado por hacerla entender lo equivocada que estaba sobre ella misma, pero ¿cómo podría hacerlo sin exponer mis sentimientos, que con tanto celo guardaba?

La verdad era que no había forma de evitarlo. No podía seguir sin hacer nada. No podía dejar que se sintiera así y no podía quedarme de brazos cruzados y verla sonrojarse, coquetear y reír con nerviosismo con el próximo tío que le llamara la atención. Tenía que

actuar por fin y aceptar las consecuencias, fueran las que fueran. Respiré hondo, sabiendo que cuando exhalara, iba a pronunciar las palabras que podrían destrozar la base de nuestra amistad para siempre.

—Está claro que no sabes lo perfecta que eres. —Mi voz sonó profunda y ronca y se me partió el alma, porque era verdad.

Se apartó del espejo para mirarme.

—¿Qué vas a decir tú? —murmuró—. Eres mi mejor amigo.

Sentí un nudo en el pecho. Nuestra amistad era como un muro de ladrillo que se levantaba entre los dos y evitaba que ella viera lo que tenía justo delante. Tenía que derribarlo con un mazo y atravesarlo. Reed, Parker y mis amigos me habían dicho que debía conseguir que Paige me viera como algo más que un amigo y recordé la intervención y su estúpida lista de consejos. ¿Qué decía? Halagarla. Coquetear con ella. Tocarla. Ser menos Grayson. Parecía que iba a tener que hacer todas esas cosas para que ella me creyera. Para que se sintiera querida de verdad.

Antes de que pudiera cambiar de idea, di un paso hacia ella. Se echó hacia atrás hasta que estuvo pegada a la encimera y yo le puse las manos a ambos lados, encerrándola entre las dos.

—No tendría por qué decir nada —susurré—. Excepto lo guapa que estás esta noche.

Abrió la boca sorprendida. Podría haberme reído al ver con tanta claridad la sorpresa en su rostro, pero tenía el corazón a mil. Por muy preocupada que hubiera estado por coquetear con Damien, casi podía asegurar que era una fracción del miedo y la esperanza que me recorrían el cuerpo en ese momento.

—¿De verdad? —Se le cortó la respiración al responder y las palabras le salieron como un pequeño chillido.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. ¿Era coquetear? ¿O

solo me estaba poniendo en ridículo? Intenté poner un gesto juguetón cuando me incliné para acercarme todavía más a ella, pero la sonrisa irónica de mis labios me parecía algo tan ajeno a mí como las palabras que intentaba decir. De algún modo, conseguí mantenerla cuando seguí hablando.

—Lo estás —respondí—. Y sé que sientes como si esta noche hubieras fallado, pero tienes frente a ti a un chico que quiere oír todas tus frasecitas para ligar y al que le encanta tu risita nerviosa.

Extendí la mano y con delicadeza le coloqué un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. Fue en ese momento cuando me di cuenta de lo cerca que estábamos el uno del otro. De cuánto me gustaba verla con mi sudadera. Y de con cuánta desesperación quería soltar todos y cada uno de mis sentimientos no correspondidos durante tanto tiempo. Intentaba aparentar tranquilidad, pero ahora que había comenzado a hablar, parecía que no podía contenerme.

—Pero ¿sabes qué es lo que más quiero?

Se le movió la garganta arriba y abajo al tragar saliva y respondió con un susurro apenas audible:

—¿Qué?

—A ti, Paige. Te quiero a ti.

La tensión en el ambiente era palpable y estaba seguro de que ella también la notaba, porque bajó la mirada a mis labios. La inquietud y la ilusión recorrían mis venas. Mi anhelo de hacerla sentir querida me había llevado a expresar mis verdaderos sentimientos y era liberador soltar por fin esas palabras. Pero ¿estaba funcionando de verdad? Me dio la sensación de que Paige podría estar mirándome de forma diferente. ¿Podría estar pensando en mí como algo más que su mejor amigo por primera vez en su vida? Al menos no había huido. De hecho, me atrevía a soñar que quizá ella también sintiera algo.

Pero entonces Paige se echó a reír. No la risita nerviosa que le había salido con Damien. Una risa alegre de verdad.

—¡Madre mía, Gray! Eres bueno.

—¿Qué?

—El coqueteo —dijo—. Casi me has engañado durante un segundo.

¿De qué estaba hablando? ¿Pensaba que estaba de broma? Era como si me hubieran echado un cubo de agua helada por encima.

—¿De dónde ha salido eso? —siguió diciendo—. No sabía que se te daba bien.

—Eh. No estoy seguro —contesté tartamudeando. Había salido directo de mi pobre y olvidado corazón, pero la confianza que había sentido hacía un momento se había evaporado y me vi reculando con rapidez—. Algo innato, supongo.

—Bueno, si alguna vez empiezan a enseñarlo en los colegios, tendrás un trabajo para toda la vida. Podrías ser… —Soltó un gritito ahogado antes de acabar la frase. Entonces extendió la mano y me agarró del brazo, con los ojos casi brillando de emoción—. Se me acaba de ocurrir una idea genial.

¿Por qué de pronto me preocupé?

—¿Ah, sí?

—¡Sí! ¿Qué opinas de enseñarme?

—Enseñarte ¿qué?

—A coquetear así. La cercanía, las frases, el toque de colocarme el pelo. Ha sido increíble.

Quité las manos de donde estaban colocadas a su lado en la encimera y me eché hacia atrás. Seguía estando cerca, pero el espacio entre los dos parecía inmenso de pronto y aquel maldito muro aún se mantenía en pie, fuerte. Había fracasado. Se había creído que solo era su mejor amigo intentando que se sintiera mejor.

Pensó que había sido todo un teatrillo. Podría decirse que así había sido. Nunca antes me había visto actuar así. Pero las palabras que había dicho no podían haber sido más en serio.

—Va a ser genial —continuó, ahora con una expresión reflexiva, como si estuviera ideando un plan ingenioso—. Olvida lo de ir hablando bien de mí. Esto va a ser mucho más efectivo.

—¿En serio? —Me daba la sensación de ir en un tren de mercancías descontrolado y no tenía ni idea de cómo podía frenarlo. Los vagones iban a toda velocidad, abriéndose paso a través de las señales de stop y descarrilando cuando se precipitaban por las curvas.

—Por supuesto. Está claro que sabes lo que haces. Y está claro que yo no tengo ni idea. Con tu ayuda podría llegar a tener una oportunidad real con alguien como Damien.

—Vale. —El universo me odiaba de veras. ¿Dónde estaba esa vía inacabada colgando sobre un barranco cuando te hacía falta?

Se oyó un golpe en la puerta y los dos nos sobresaltamos.

—¡Ya casi estamos! —gritó Paige antes de volver a centrarse en mí.

—¿Estamos? —dijo alguien al otro lado de la puerta.

Paige le ignoró al tiempo que me miraba con sus enormes ojos marrones.

—Entonces ¿qué opinas? ¿Me puedes enseñar a hacer… lo que sea que haya sido eso?

Me rasqué un lado del cuello mientras intentaba averiguar cómo salir de aquel lío.

—¿De verdad quieres que te ayude con esto? No soy ningún experto.

—Eh, creo que podrías serlo —dijo abanicándose la cara con la mano—. Todavía estoy un poco alterada por tu actuación. Venga,

por favor. Aunque solo sea practicar un poco, para adquirir confianza antes de volver a intentarlo.

—¿Quieres practicar lo de coquetear?

—¿Y por qué no? Si sabes que hay algo que no se te da bien, entrenas, ¿no? Acuérdate de tu primer año, cuando el entrenador Ray te dijo que tenías que trabajar el tiro de *slap*. Estuviste practicando después del entrenamiento todas las noches durante semanas. Ahora eres uno de los que tiene mejor técnica del equipo.

—Supongo que sí.

—Bien, pues yo tengo que practicar mi tiro de *slap*, entrenador.

Parecía tan optimista, pero yo sabía que era una mala idea. No quería ser el tío de prácticas. Quería ser «el» tío.

—Gray, por favor. Eres la persona ideal para ayudarme con esto. Todavía tenemos una semana hasta que vuelva mi madre. Eso nos deja tiempo de sobra para trabajar en lo que hago mal y en lo que puedo hacer de otra manera. Además, estoy tan cómoda contigo y sé que no hay posibilidad de que entiendas mal la situación. De verdad, si no puedo lograr coquetear contigo, entonces es que soy un caso perdido.

Estaba metido en un lío. En un auténtico lío. A pesar de todos mis esfuerzos por aniquilar la *friend zone* de una vez por todas, me estaba hundiendo en ella todavía mucho más que antes. Ya no era su alcalde, me acababa de autoproclamar su rey.

—¿No crees que sea una buena idea? —Paige parecía desanimada y debía de haberse dado cuenta del recelo en mi mirada.

Me aclaré la garganta:

—No, suena genial.

—Porque Bonnie dijo que organizaría una partida del juego de la botella si las cosas con Damien no salían bien…

—¡No! —grité antes de calmarme con rapidez—. No. Tienes razón.

En sus ojos había optimismo y esperanza.

—Entonces ¿lo vas a hacer? ¿Vas a ser mi entrenador de coqueteo?

De verdad que esperaba que ese no fuera mi nuevo título. Esto era un error. Pero entonces ¿por qué asentía?

—Sip. Te ayudaré, Pidge.

Dio un gritito y se lanzó a abrazarme al cuello.

—Gracias. Gracias. Gracias.

Al principio estaba rígido, pero luego me relajé entre sus brazos.

Esto iba a ser una auténtica tortura. Pero no tenía mucha elección. Al menos había conseguido algo de tiempo para intentar arreglarlo. Solo tenía que demostrarle que yo era el chico con el que debería estar coqueteando, aquel al que en realidad quería besar y el destinado a estar con ella.

Puede que tuviera que volver a echar un vistazo a la lista de la intervención de los chicos.

CAPÍTULO 11

GRAYSON

—Y ¿cómo ha ido? —preguntó Parker.

Acababa de llegar a casa de la fiesta. Paige había ido a la planta de arriba para darse una ducha y limpiarse toda la bebida que se había tirado por encima. Pero yo me moría de hambre, así que fui derecho a la cocina. Me hacía falta un momento para relajarme y a la última persona que quería ver en ese momento era a mi hermano pequeño.

Paige había deseado irse de la fiesta después de su percance con Damien, y yo tampoco es que tuviera muchas ganas de celebrar nada después de mi desastroso intento de coquetear con ella. El poco alcohol que Paige había bebido pareció subírsele a la cabeza de regreso a casa porque estaba demasiado emocionada ante la perspectiva de que le enseñara a coquetear. Parecía estar segura de que yo fuera el ingrediente secreto que le haría conquistar a Damien.

—¿Y bien? —dijo Parker con una sonrisita.

—¿Cómo es que ya estás de vuelta? —Fui a abrir la nevera, con la esperanza de que si ignoraba su pregunta, dejaría de preguntar. De puro milagro quedaba un poco de pizza de la cena de la noche anterior. Lo más probable era que, al estar aquí Paige, una persona

más, mamá hubiera decidido pedir suficiente como para un ejército.

—Matt estaba un poco soso esta noche y yo me encontraba cansado después del partido —contestó Parker.

—A ver si lo adivino. ¿No has podido convencer a ninguna chica de que se líe contigo?

—No soy un animal, Grayñón.

Eso era discutible. Le di un mordisco a un trozo de pizza fría. Nunca me fiaba de nadie que dijera que era mejor recalentarla.

—Entonces ¿me vas a contar lo que ha pasado con Paige o no?

Al parecer, era imposible desviarle de su propósito. Sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que me lo sonsacara. Eso no facilitaba decirlo en alto, así que las palabras salieron en voz baja y como un murmullo.

—He coqueteado con ella y ahora quiere que le enseñe a hacerlo.

Contuve el aliento y me preparé para la reacción de mi hermano, pero tan solo inclinó la cabeza.

—¿Qué has dicho? No te he oído.

No tenía claro si me estaba tomando el pelo, pero parecía confundido de verdad, así que volví a decirlo un poco más alto:

—He coqueteado con ella y ahora quiere que le enseñe a hacerlo.

—Uy, aún no lo he entendido. Tienes que vocalizar, Grayson.

—¡He coqueteado con ella y ahora quiere que le enseñe a hacerlo! —No grité pero casi. Menos mal que Paige estaba en la ducha porque de verdad que lo que menos necesitaba en ese momento era que escuchara esta conversación.

—¿Qué? —Parker se quedó ahí plantado, casi paralizado, pero de golpe estalló en carcajadas.

—No lo voy a volver a decir.

Me hizo un gesto con la mano como para indicar que no hacía falta.

—Pero ¿en serio? ¿Cómo narices ha acabado pasando eso?

¿Por qué se seguía riendo? Su reacción era mucho peor de lo que esperaba y empecé a apretar los puños a ambos lados de mi cuerpo.

—Le fue mal con Damien y yo estaba intentando que se sintiera mejor consigo misma —intenté explicar—. Por lo visto, se me da tan bien coquetear que cree que le puedo enseñar a hacerlo y así ella podrá captar su atención.

—Para, para. —Parker seguía riéndose, agarrándose el costado con una mano y limpiándose una lágrima perdida con la otra—. Te lo juro, solo tú podías cagarla tanto.

—Me alegro de que mi fracaso te esté divirtiendo. —Me iba a marchar, pero me agarró del brazo.

—No, no te vayas. Tenemos que arreglar esto.

De camino a casa esa noche, había estado valorando pedir ayuda a mis hermanos, pero después de cómo había reaccionado Parker, no creía que mereciera la pena.

—¿Tenemos? No, no vamos a hacer nada —dije—. Sigo lidiando con los efectos colaterales de la última vez que os hice caso a Reed y a ti. Nunca debería haber ido a por ella.

—Mira, todo esto de que seas su entrenador puede no ser lo ideal, pero seguro que podemos utilizarlo.

—Gracias, pero ya lo resolveré por mi cuenta.

—Venga, Gray. No tienes que hacer esto solo. Sé que te saco de quicio, pero siempre puedes contar conmigo. Déjame ayudarte.

Solté un fuerte suspiro. Sí que me sacaba de quicio. Pero también tenía razón en lo de que los chicos Darling siempre nos cuidábamos entre nosotros. Parker parecía de verdad preocupado por mi relación con Paige y, para ser sinceros, necesitaba toda la ayuda posible.

Aunque me libré de tener que responderle de inmediato porque justo entonces se abrió la puerta trasera y entró Reed. Stanley se

apresuró a saludarle y Reed casi se tira al suelo para revolcarse con él. Juro que nuestro perro nunca había movido el rabo con tanta intensidad por mí.

—¿También os habéis ido pronto? —preguntó Reed cuando levantó la mirada y se percató de que Parker y yo estábamos en la cocina.

—Me aburría —contestó Parker encogiéndose de hombros.

—Paige se derramó la bebida sobre el top y quería que volviéramos —añadí.

—Cuéntale qué más ha pasado…

Lancé una mirada de advertencia a mi hermano menor.

—¿Qué? —Reed alternó la mirada entre ambos.

La verdad es que no quería volver a ese tema tan pronto. Ya era bastante malo habérselo contado a Parker la primera vez.

—Gray ha decidido ser entrenador. —Parker parecía más que encantado de contestar en mi lugar.

—¿De un equipo juvenil? —preguntó Reed.

—Se trata más bien de un entrenamiento personalizado… —continuó Parker. Me habría encantado poder borrarle esa sonrisilla de un puñetazo, pero mi madre tenía una política de tolerancia cero con la violencia en casa.

Reed estaba del todo confundido y yo solté un gruñido, sabiendo que no tenía sentido retrasarlo más:

—La he cagado con Paige —dije—. Y ahora me ha pedido que la entrene para que aprenda a coquetear y así poder besar a otro tío.

—Entonces ¿no hablamos de hockey?

Ojalá.

—No, no hablamos de hockey.

—Pero no pasa nada —dijo Parker—. Grayson estaba a punto de pedirnos ayuda a los dos para enderezar la situación y conquistar a

la chica. ¿A que sí, Gray?

Los dos me miraron, expectantes. Tenía la sensación de que me iban a ayudar estuviera de acuerdo o no.

—Vale, de acuerdo. Podéis ayudar. —A Parker se le iluminó la cara —. Pero si cualquiera de los dos vuelve a sugerir un cambio de imagen, se acabó.

—No lo haremos —dijo Reed—. De todas formas, fue idea de Parker.

—Claro que fue idea mía —dijo Parker, orgulloso—. Y tengo más ideas geniales. Te digo que debes aprovechar al máximo lo del entrenamiento.

—¿A qué te refieres?

—Utilízalo como una oportunidad para coquetear con Paige a la mínima ocasión. Provócala tanto que no le quedará más remedio que darse cuenta de que te desea de formas que nunca imaginó…

—Ya he intentado coquetear con ella y no ha funcionado. En todo caso, ahora estoy más lejos de mi objetivo que antes.

—Puede que lo estés haciendo mal. —Parker se encogió de hombros—. La próxima vez, pregúntate a ti mismo: ¿qué haría Parker?

—No voy a hacer eso.

—No puede ir por mal camino —interrumpió Reed—. A fin de cuentas, ella le ha pedido que la entrene. Pero sí que creo que Parker ha dado en el clavo en algo.

—No me gusta cómo suena eso —murmuré, pero Reed siguió hablando.

—Va a llevar su tiempo —dijo—. Llevas años en la *friend zone*, así que no vas a cambiar eso de la noche a la mañana. Sigue coqueteando con ella y, para cuando vuelva a casa de sus padres, estoy seguro de que te va a mirar de una manera diferente por

completo.

—O eso o la habré convertido en tal *femme fatale* que podrá conseguir a cualquier hombre que quiera.

Reed se echó a reír y meneó la cabeza, como si creyera que eso no era muy probable.

—No le des demasiadas vueltas —dijo—. Lo de entrenarla significa que puedes actuar con ella como siempre has querido. Decirle lo que no te has permitido decirle en todos estos años.

¿Que no le dé demasiadas vueltas? Ya tenía suficientes pestañas abiertas en la cabeza y ninguna acababa de cargar del todo. Además, le había dicho lo mucho que me gustaba y no se lo había tomado en serio.

—Y recuerda —añadió Parker—. Nosotros y los chicos te estamos apoyando. No hay manera de que esto pueda salir mal.

Yo veía muchas, muchísimas formas en las que podría salir mal. Pero no tenía ninguna idea mejor. Quizá mis hermanos tenían razón. La mejor oportunidad para que Paige me viera de forma distinta era que siguiera actuando de forma distinta. A fin de cuentas, cuando había coqueteado con ella en la fiesta me había sentido diferente. Fue liberador revelar una pequeña parte de lo que en realidad sentía por ella. Me había gustado estar tan cerca de ella y estaba seguro de que su cuerpo había reaccionado a mis palabras y a que la tocara. Solo tenía que volver a conseguir esa reacción, hasta que se diera cuenta de la química que había entre los dos.

—Primer punto en el orden del día —siguió diciendo Parker—. Vamos a intentar darte un poco más de tiempo. Tengo una idea genial de lo que puedo decirle a Paige para…

El sonido del grifo cerrándose en la planta de arriba sugería que había acabado de ducharse.

—Ni una palabra a Paige —ordené a Parker.

—Pero…

—Me tengo que ir. Podemos hablar de esto más tarde.

Tiré el cartón vacío de la pizza al cubo de la basura y salí de la cocina antes de que Parker pudiera añadir alguna más de sus brillantes ideas. El problema con mi hermano pequeño es que solía actuar sin pensar bien las cosas. Ya me parecía que estaba demasiado involucrado y no quería que lo enredara todo.

Me encontraba a medio camino por las escaleras cuando me vibró el teléfono con una alarma. Me habían añadido a un chat grupal llamado «Amigos sin derecho a roce». Solté un gruñido entre dientes y decidí ignorar los mensajes que fueron llenando el chat, todos de Parker. No me hacía falta abrirlo para saber que estaba avisando al resto del grupito de la intervención sobre su nueva tarea. En realidad no quería que nadie más me ayudara con eso, pero suponía que era demasiado tarde.

Una parte de mí seguía preguntándose si no sería mejor decirle a Paige que todo había sido un error. Que tendría que arreglárselas sola. Pero cuando llegué al rellano superior apareció por la puerta del baño y supe que no haría tal cosa.

Tenía el pelo sujeto en un moño medio deshecho y todavía llevaba puesta mi sudadera, además de unos pantalones de pijama de cuadros rosas y azules. No le quedaba ya ni una pizca de maquillaje, pero su piel parecía brillar. Hablaba en serio cuando le dije que estaba preciosa en la fiesta, pero estaba igual de deslumbrante cuando no lo pretendía. Nunca había entendido por qué una chica tan increíble querría tener algo que ver conmigo.

—¿Qué? —Frunció el ceño cuando levantó la vista y me pilló observándola. Reprimí un taco. ¿La había estado mirando de forma tan evidente?

—¿Por qué me estás mirando así? —continuó.

—Eh… —Piensa, Grayson, piensa. No era de extrañar que sospechara de mí. Casi estaba apretando los dientes y los puños mientras luchaba contra el impulso de acortar la distancia entre los dos. De inclinarme hacia ella, susurrarle al oído y apartarle el pelo de la cara. De rebuscar cualquier pista en su reacción que indicara que ella podría sentir lo mismo. Pero entonces me di cuenta de algo. Si seguía el consejo de mi hermano, no tendría que luchar contra ese sentimiento. Podía dejarme llevar.

—Espera ¿estás a punto de darme otra lección de coqueteo? —Se le iluminó el rostro y soltó una risita.

—¿Es eso lo que quieres? —susurré, acercándome a ella.

—Eh, no lo sé. —Sonrió—. Todavía estoy un poco aturdida por la última vez que usaste tus tácticas conmigo.

Puede que fuera el alcohol lo que la hacía sentirse mareada, más que cualquier cosa que yo estuviera haciendo. Lo más probable es que le hiciera falta irse a la cama. Quizá, solo por esa noche, la dejaría con ganas de más.

Di otro paso hacia ella y con un dedo le levanté la barbilla para que me mirara a los ojos.

—En otro momento, entonces. Tú también me has dejado un poco aturdido esta noche…

Hubo un destello de sorpresa en sus ojos. No estaba seguro de si era por lo cerca que estábamos o por lo que dije, pero, al parecer, se me daba mejor eso de lo que pensaba. Coquetear con Paige era adictivo y después de solo una noche ya estaba enganchado.

Me aparté, dándonos a ambos espacio para respirar.

—Podemos seguir mañana donde lo dejamos.

Empecé a caminar hacia mi habitación, pero me llamó:

—¿Lo prometes? —Algo en su voz me hizo sentir un nudo en el estómago de la emoción.

—Lo prometo.

Por lo visto, no solo corría el riesgo de destruir nuestra amistad, también corría el riesgo de enamorarme de Paige con más intensidad que nunca.

CAPÍTULO 12

PAIGE

Mi corazón palpitaba de una forma extraña y desconocida cuando miré la puerta cerrada de Grayson. No eran mariposas, desde luego que no. No, era más una sensación de sorpresa y emoción. Nunca antes había visto esta faceta de Grayson y me había dejado un poco atónita. ¿A qué chica no le haría falta recuperar el aliento después de que coquetearan con ella de esa manera?

—¿Cómo va lo de tu primer beso?

Con un sobresalto me giré para encontrar a Parker en el pasillo tras de mí, apoyado en la pared.

—¿De dónde has salido? —solté con un grito ahogado. Y lo que era más importante, ¿cuánto tiempo llevaba allí? No nos había oído a Grayson y a mí hablar sobre lo del entrenamiento, ¿verdad? Lo cierto es que tenía que prestar más atención. O quizá no aceptar cuando Bonnie me ofreciera chupitos con una pinta sospechosa. Estaban complicándome mucho lo de pensar con claridad.

—Las escaleras. Detrás de mí. —Parecía como si Parker estuviera conteniendo la risa—. Por aquí se va a mi habitación, ya sabes.

—Claro. —Meneé la cabeza—. Lo siento. No sabía que había vuelto nadie más de la fiesta de Matt.

—Bueno, yo sí y he oído que tú has tenido que volver después de

tirarte toda la bebida por encima mientras hablabas con la última incorporación a los Diablos de Ransom.

—¿Te lo han contado? —dije con un quejido.

—Ha pasado en medio de la fiesta. ¿De verdad te sorprende que lo sepa?

—Medio esperaba que nadie se hubiera dado cuenta y que pudiera llevarme el secreto a la tumba. ¡Qué vergüenza!

—No es tan malo. Si te hace sentir mejor, una vez una chica se puso tan nerviosa cuando hablaba conmigo que se cayó sin querer en una piscina. Acabó mucho más empapada que tú. Pero a mí me pareció adorable.

Me reí.

—Aunque parezca mentira, sí que me hace sentir mejor. Gracias, Parker.

Me dirigí hacia el dormitorio de Cammie. Estaba encantada de dar la noche por acabada, pero Parker me adelantó y se apoyó contra la puerta.

—Entonces ¿es Damien el chico con el que quieres compartir tu primer beso?

—Eh, no es de tu incumbencia, Parker.

—Porque si te has tirado por encima la bebida cuando estabas hablando con él, supongo que eso significa que no estáis más cerca de besaros.

Le fulminé con la mirada.

—Solo ha sido un accidente. Lo haré mejor la próxima vez.

—¿Y qué tienes previsto hacer diferente?

—Lo tengo controlado.

—Ajá.

—¡Que sí! —insistí, aunque estaba claro que no me creía.

—Además, supongamos que esta noche hubiera ido según el plan

—dijo Parker—. ¿Liarte con un chico en una fiesta es de verdad como quieres que sea tu primer beso?

—Supongo.

—Porque siempre había creído que eras más romántica que eso.

—¿De verdad?

—Desde luego. Me imaginaba que querías la experiencia completa. Ya sabes, empezar con un poco de coqueteo, luego quizá una bonita primera cita. Que el chico afortunado te susurre palabras de amor en una playa tranquila al atardecer. Que haya chispas y química y emoción. No un ligue en medio de la pista de baile y que todo el mundo esté mirando.

Levanté una ceja.

—¿De verdad has pensado en todo esto?

—Claro que sí. Incluso mi primer beso fue especial.

Eso me pilló por sorpresa.

—¿Especial? ¿En serio?

—Sip.

—¿Cómo fue?

Sonrió con suficiencia.

—Fue en la pista de hielo, lanzando penaltis contra una chica que me gustaba. Me apostó a que no le podía marcar. Yo me aposté un beso.

—Entonces ¿metiste el gol?

—Nop. Fallé a propósito y le dije que no quería ganarme el beso. Que iba a esperar hasta que me besara porque ella quisiera. Y, más pronto que tarde, acabó haciéndolo.

Era una historia preciosa. Demasiado bonita para Parker.

—¿Te lo acabas de inventar o por dentro eres cursi y empalagoso en secreto?

—Eso no importa —dijo guiñándome el ojo—. Lo que importa es

que yo sé que tú sí que eres cursi y empalagosa por todos lados. Y por eso me sorprende que no esperes algo más de la primera vez que beses a un chico.

—Es solo un beso, Parker. —Me sorprendió lo poco convencida que parecía. Solo era un beso, ¿no? No era para tanto. No necesitaba todo lo demás. Aunque Parker había logrado que besar a alguien en una fiesta de instituto abarrotada y bulliciosa no sonara demasiado atractivo. Ya era bastante malo que la gente viera mis intentos de coqueteo. No me hacía falta ningún testigo de mi primer beso porque lo más probable era que también acabara en algo vergonzoso.

Parker se encogió de hombros.

—Solo digo que tu primer beso solo ocurre una vez. Pensaba que querrías que fuera especial.

—Pues no. —De nuevo, no conseguí ni convencerme a mí misma. ¿De verdad me estaban afectando las palabras de Parker?—. ¿Querías algo más?

—La verdad es que no. —Entró a toda prisa en la habitación de Cammie y le robó un cargador de la pared—. Solo he venido a por esto. Buenas noches, Paige.

No tuve oportunidad de responder antes de que desapareciera por el pasillo hacia su habitación. Me quedé ahí plantada con la mirada fija en él, preguntándome cómo una charla rápida podía hacer que me cuestionara tanto a mí misma. Parker era la última persona de la que habría esperado ese consejo. Si incluso él creía que dar mi primer beso en una fiesta era una mala idea, entonces debía de ser pésima de verdad.

Bonnie me había animado a hacerlo, pero hacía años de su primer beso. Y, ahora que lo pensaba, había sido un momento supermono en una casa del árbol con un chico que era su vecino. Quizá lo había

entendido todo mal. Quizá sí me hacía falta la cita y la química y la emoción y todo lo que conllevaba un primer beso. Y, quizá, mi nuevo entrenador también pudiera ayudarme con todo eso.

* * *

—¿Tampoco te gusta patinar sobre hielo? —Violet estaba sentada junto a mí en el banco que daba al lago helado. Era una tarde perfecta en Ransom y Gray y sus hermanos nos habían arrastrado hasta allí para patinar antes de la cena del domingo. El sol se estaba poniendo en el cielo y las nubes se habían tornado del color del algodón de azúcar. El suave resplandor rosado se reflejaba en el hielo como si fuera un sueño.

Reed y Gray estaban echándose carreras por el perímetro del lago, mientras que Cammie se había dirigido al centro y trazaba círculos perfectos en el hielo. Acabábamos de llegar, pero Parker ya había encontrado a un grupo de chicas y estaba haciendo todo lo posible por conseguir sus números de teléfono. Parecían bastante mayores como para estar en la universidad, pero a él eso no daba la impresión de incomodarle.

—Por lo general, no me importa —dije—. Solo que lo disfruto menos cuando el suelo se niega a quedarse quieto. Apenas tomé dos chupitos anoche, pero está claro que mi cuerpo odia el tequila.

Violet me miró con gesto compasivo.

—Siento no haberte visto en la fiesta.

—No estuve mucho tiempo. Me eché la bebida por encima y le pedí a Gray que me llevara a casa.

—Es un buen amigo.

—Sí. El mejor.

La carrera se había terminado y Reed lo celebraba mientras Gray

ponía los ojos en blanco. Aunque, en cuanto se apartó de su hermano, torció el morro como si estuviera esforzándose por no sonreír. El sol de la tarde le iluminaba el pelo desde un ángulo perfecto, casi creando una especie de halo. En momentos así era fácil ver por qué las chicas del instituto sentían tanta curiosidad por él.

—¿Y qué hay de ti? —Señalé con la cabeza los patines que Violet aún no se había puesto.

—Eh…, el patinaje y yo no nos llevamos bien. Pero no está tan mal cuando Reed me ayuda.

Era imposible no notar la calidez en su mirada cuando hablaba de Reed. Sentí una pequeña punzada de celos. Desearía tener un chico por el que se me iluminara el rostro. Aunque no todo estaba perdido. Puede que anoche las cosas con Damien no hubiesen ido como yo esperaba, pero tenía una nueva estrategia.

—¿Fue Reed el primero al que besaste? —pregunté.

—Uy, no. —Violet se estremeció como si le hubiera pasado una ráfaga de viento glacial por debajo de la chaqueta—. Ojalá.

Me eché a reír por su reacción.

—¿A qué te refieres?

—Mi primer beso fue horrible. Fue con un chico en mi ciudad natal, en California. Me babeó entera y me dejó con un inmenso herpes labial.

—¡Oh, no! —Me llevé las manos a la boca para sofocar la risa.

—Un desastre, ¿verdad?

—¡Qué horror!

—Y además fue justo antes de las fotos para el colegio —explicó con otro escalofrío—. Mi prima encontró la foto y la ha configurado como mi imagen de contacto, así que aparece cada vez que la llamo. Dijo que le hacía falta el recordatorio diario para no conformarse

nunca con un chico que podría pegarle un herpes.

—Es un consejo bastante bueno —admití con una sonrisa.

—Deja de reírte. Fue horrible en aquel momento.

—Lo siento. —Hice todo lo posible por ponerme seria, pero los labios de Violet dibujaron una sonrisa.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Cómo fue tu primer beso?

—Eh…, está en proceso.

Abrió los ojos incrédula.

—¿Nunca has besado a nadie?

—Todavía no —respondí encogiéndome de hombros.

—¿Y cómo es posible?

—No se me dan muy bien los chicos. —Como había demostrado la noche anterior. La contribución negativa de Grayson a la situación era casi una nimiedad en comparación con mis propias y desastrosas acciones. Ahora que lo pensaba, me preguntaba si en realidad me había hecho un favor. ¿Cuántos momentos vergonzosos más habría tenido que soportar si hubiera terminado besando a uno de los chicos que él espantó?

—Me cuesta creerlo —replicó Violet—. Deberían estar haciendo cola por ti, eres una de las personas más simpáticas que he conocido aquí.

—Eso solo es porque no quiero besarte. Si quisiera, ahora mismo estaría actuando como un auténtico diablillo.

Se echó a reír.

—¿Un diablillo?

—Sip. Ojos rojos brillantes, cuernos puntiagudos, zarpas afiladas. Habrías salido corriendo.

—Bueno, puede que a algunos chicos les vaya ese rollo.

—Eso espero. —Levanté las manos en broma para enseñarle los dedos cruzados.

—Solo una cosa, cuando encuentres a uno, no cometas el mismo error que yo. Mira primero a ver si tiene alguna marca en los labios.

Me volví a reír y asentí.

—Desde luego.

Reed se dejó caer en el banco junto a Violet.

—¿Tenéis previsto acompañarnos en algún momento?

—Yo no puedo —respondí—. El hielo no se queda quieto.

Reed frunció el ceño, confundido.

—Eh…, Paige, está congelado por completo.

—El problema no es el hielo…

—Vale. —Se echó a reír con dudas, antes de volver su atención hacia Violet—. ¿Qué dices tú, Sunshine?

—Creo que puede que sea alérgica al hielo y la nieve —contestó.

—Conque alérgica, ¿eh?

—Puede llegar a ser mortal —añadió—. Qué pena. Pero por lo menos las vistas desde el banco son impresionantes.

—Entonces supongo que tendremos que disfrutarlas juntos.

Violet había convertido a Reed en un mimoso. Nunca le había visto actuar así con nadie. Desde luego nunca antes había rechazado una tarde de patinaje por sentarse en un banco con una chica.

Gray se aclaró la garganta. Había patinado hasta la orilla del lago y estaba plantado frente a mí con su mano extendida.

—Yo también soy alérgica al hielo y a la nieve —le dije.

—Entonces procura no tocarlo si te caes.

Entorné los ojos hacia él. ¿Dónde quedaba la compasión?

—Venga, Pidge. —Casi le brillaban los ojos y me parecieron muy atractivos.

—Hace años que no patino y sigo en un barco desde que Bonnie me dio esos chupitos anoche.

—Eso son solo excusas.

—Válidas. De verdad que hoy no me apetece caerme de culo.

—¿Crees que dejaría que te pasara algo malo?

—Creo que es más probable que mantenga el hielo alejado de mi culo si no patino.

—Tan solo entra a la pista, Paige.

—Vale, vale —dije quejándome—. Ya voy. —Podía llegar a ser muy terco cuando sabía lo que quería.

Acepté la mano que me ofrecía, sabiendo que era mucho más probable que aguantara de pie si me quedaba cerca de él. No es que fuera una mala patinadora, pero ya no solía practicar tanto como antes y de verdad que todavía estaba un poco mareada por la noche anterior.

—Vamos a evitar pasar cerca de Cammie —dije cuando salimos—. Verla dar vueltas me está mareando.

—¿Tan mal estás?

—Solo cuando respiro.

Gray dejó escapar una risita.

—¿Y si te distraigo?

—Vale. ¿Cómo?

Respondió a mi pregunta girando para colocarse frente a mí de modo que patinaba hacia atrás mientras me sujetaba ambas manos. Sin lugar a dudas me distraía, en especial cuando me dedicó una sonrisa furtiva. Costaba ver sonreír a Gray, así que siempre que me miraba así sentía una calidez que se extendía por todo mi cuerpo.

—¿La distracción es tu cara bonita? —pregunté. Si es que era eso, tenía que admitir que estaba funcionando de verdad.

Sonrió un poco más.

—¿Crees que soy guapo?

—Creo que me has prometido una distracción y no estás cumpliendo.

Sus ojos rezumaban diversión.

—Vale. ¿Por qué no me explicas un poco mejor lo que implica todo ese rollo del entrenamiento? Eso te distraerá.

—Ah, eso… —Arrugué la nariz. Anoche me había parecido una gran idea. Ahora, a la demasiado brillante luz del día, no estaba segura. En especial cuando me estaba replanteando toda mi postura hacia los primeros besos. ¿Era demasiado pedirle a Grayson que me ayudara con algo más que con un poco de coqueteo inocente?

—El primer beso de Bonnie fue en una casa del árbol —le solté.

Gray inclinó la cabeza y frunció el ceño, confundido.

—Violet eligió al chico equivocado y pillo un herpes labial.

—Vale…

—Incluso el primer beso de Parker fue algo tierno.

Dejó de patinar, tirando de mí para que me parara también.

—¿Has estado hablando con Parker sobre besos?

—Durante medio segundo. —Resté importancia a la pregunta—. Pero he estado pensando que quizá no quiero que mi primera vez sea un beso sin sentido en una fiesta. Quiero que sea algo más especial. Quiero que salten chispas con el chico. Quiero que haya fuegos artificiales. Quiero que me pidan salir, ponerme guapa y tener una cita. No quiero un herpes. Quiero… —Señalé al otro lado del hielo.

Grayson siguió mi mirada hasta donde Violet y Reed seguían sentados en el banco. Incluso desde allí se podía apreciar la química que tenían cuando reían juntos. Había una atracción irresistible entre ellos.

Cuando Grayson volvió a mirarme, parecía todavía más confundido.

—¿Quieres a mi hermano?

—¿Qué? ¡No!

—¿Quieres a Violet?

—No los quiero a ellos. —Estaba claro que iba a tener que decirlo en alto—. Quiero lo que tienen ellos. Quiero esa química. Y quiero un beso que surja de algo más que de un par de chupitos seguidos de unas risitas incómodas.

—¿Y cómo te puedo ayudar con eso exactamente?

—Bueno, tengo claro que me puedes ayudar con lo del coqueteo, vista tu actuación de anoche —dije—. Pero necesito practicar algo más que el coqueteo si quiero que esto funcione. Nunca me han pedido salir, así que está claro que no sé cómo atraer la atención de un chico. No tengo ni idea de cómo actuar en una cita. Por no mencionar que he perdido toda la confianza en mí después de mi serie de rechazos bochornosos.

—Eh, ¿algo más?

—Sí. Bonnie dice que necesito un cambio de imagen.

—¿Un cambio de imagen? —Escupió las palabras como si tuviera algo sucio en la boca y se lo tomó como una ofensa personal—. ¿Por qué narices crees que te iba a hacer falta un cambio de imagen?

—Dice que visto como una bibliotecaria.

—Las bibliotecarias pueden ser sexis.

—¿Qué bibliotecarias?

—No sé. ¿Las de las pelis?

—Grayson, ¿qué tipo de pelis has estado viendo?

—Eh…, no…, me refería…

Parecía tan avergonzado que no pude evitar reírme.

—Solo te estoy tomando el pelo, Gray.

Un destello de diversión brilló en sus ojos, pero enseguida volvió a parecer imperturbable.

—¿Así que quieres que te enseñe a coquetear, conseguir que Damien te pida salir, practicar lo que se hace en una cita y que te

cambie de imagen?

—Sí. Más o menos.

—Sabes que en realidad no necesitas ayuda, ¿no? Y que no necesitas cambiar nada. Eres perfecta tal y como eres.

Cuando decía cosas así, me preguntaba cómo es que ninguna chica había caído rendida a sus pies. Era muy tierno, pero estaba equivocado por completo.

—Si fuera perfecta, no estaría metida en este lío para empezar. Y no la habría fastidiado tanto con Damien anoche —respondí—. Por favor, Gray. Soy una inútil y no quiero volver a cagarla. Si tengo otra oportunidad con él, tengo que conseguir que se le caigan los pantalones.

Grayson levantó una ceja, mirándome.

—¿Que se le caigan los pantalones?

—Sip. Tengo que ser guay y coqueta y segura de mí misma y estar tan guapa que se le caigan los pantalones de puro asombro.

Resopló, pero me daba la sensación de que, poco a poco, su frustración iba dando paso a la aceptación.

—Ya sé que no es esto lo que aceptaste, pero ¿me ayudarás? ¿Serás mi ECR?

—¿ECR?

—Entrenador de citas y relaciones —expliqué—. Es un ascenso considerable desde entrenador de coqueteo. Felicidades.

Soltó un fuerte suspiro. Estuve a punto de recordarle que él era parte del motivo por el que necesitaba tanta ayuda. Pero sabía que yo era igual de culpable. Estaba pidiendo demasiado, así que no quería forzarlo.

Cuando se volvió hacia mí vi cansancio en su mirada.

—Vale. Te ayudaré. Salvo con lo del cambio de imagen.

A mí me valía con eso.

—De acuerdo. Gracias, Gray. —Sonreí y él refunfuñó a modo de respuesta.

—Venga, vamos a seguir patinando antes de que me lo piense mejor.

Asentí, pero me quejé en bajito en cuanto empezamos a patinar otra vez. Me había sentado bien parar un minuto. Era demasiado complicado hablar y patinar al mismo tiempo.

—Entonces ¿practicarás lo de coquetear conmigo? —preguntó.

—¿Ahora?

—No veo por qué no. Según tu nuevo plan, tenemos muchas cosas por hacer, ¿verdad?

—Supongo que sí, pero no esperarás que coquetee y patine al mismo tiempo, ¿no? Es como si quisieras que me cayera y muriera.

—Te estoy sujetando las manos, Pidge. No vas a morir.

—Eso es discutible.

Pero ignoró mi queja.

—Venga, haz que se me caigan los pantalones.

—Vale. —Me devané los sesos en busca de algo que pudiera servir para coquetear. Por desgracia, solo podía pensar en las frasecitas que me había enviado Bonnie por mensaje la noche anterior. Eran horribles, pero eran mejor que nada, así que recité la primera que me vino a la cabeza—. Sabes, me he olvidado de mi osito de peluche. ¿Dormirás conmigo en su lugar?

—¿Qué? —No tenía claro si estaba atónito, decepcionado o avergonzado de mi frasecita para ligar.

—Me he olvidado de…

—No, ya te he oído. —Juraría que se estaba sonrojando.

—¿Sigues con los pantalones puestos?

—Desde luego —replicó sin vacilar—. ¿De verdad eso es lo mejor que puedes hacer? ¿Una frasecita hortera que lo más probable es

que sea de Parker?

—Eh, de Bonnie en realidad.

La expresión de su cara sugería que pensaba que eso era mucho peor.

—Mira, aquí tienes la primera lección sobre el coqueteo: no uses frasecitas para ligar. Segunda lección: no asesines con la mirada al chico cuando se las digas. Si esto es lo que hay, quizá sí que necesites mi ayuda después de todo.

—Me has pillado desprevenida —resoplé. De verdad que de golpe se estaba tomando su trabajo como entrenador muy en serio. Lo próximo sería obligarme a patinar alrededor del lago como castigo.

—Aun así esperaba algo mejor.

Le solté las manos y me detuve de golpe. ¿Quería que coqueteara mejor? De acuerdo. Pero sin duda no iba a intentarlo mientras estuviera en movimiento. Se paró un par de metros más lejos, lo más seguro que porque creía que tenía intención de gritarle. Ni se imaginaba que tenía previsto demostrarle lo equivocado que estaba. El único problema era que no tenía ni idea de cómo se supone que iba a conseguirlo.

Pero, cuando le miré, me vino de golpe la inspiración. Me acordé de un truco que había visto a las chicas utilizar allí en el lago muchas veces antes. No estaba segura de si sería capaz de repetirlo yo misma, pero estaba tan enfadada con Grayson que estaba dispuesta a probar casi cualquier cosa. Puede que llegara a matarme intentando coquetear al tiempo que patinaba.

Antes de que pudiera pensármelo mejor o de que me faltara el valor, acorté la distancia entre los dos y fingí resbalarme en el hielo para caer con gracia en sus brazos.

Soltó un juramento, pero me agarró con facilidad.

—¿Estás bien?

—Ups. —Solté una dulce risita—. Ya te he dicho que hoy estaba torpe.

Mis manos presionaron su pecho y me dio un vuelco al corazón al sentirlo. Sus brazos me rodeaban la cintura con fuerza para sostenerme. Siempre había sabido que Grayson estaba en buena forma, pero pasar los dedos por sus músculos era otra cosa muy diferente.

—Qué fuerte estás —murmuré. Se me escaparon las palabras antes de darme cuenta siquiera de que las había pensado. No tenía claro si había querido soltarlas, pero enseguida añadí una sonrisa tímida y le miré por debajo de las pestañas. Se suponía que estaba coqueteando, más me valía darlo todo—. ¿Has estado entrenando?

Noté el movimiento de su garganta cuando tragó saliva.

—Eh, ya sabes que hago ejercicio todos los días.

—Mmm. Pero has tenido que levantar muchas pesas en los últimos meses.

—Supongo.

—¿Crees que podrías hacer *press* de banca conmigo?

—Eh… —Volvió a tragar saliva—. Lo más probable.

Subí despacio las manos por su pecho hasta que tuve los brazos alrededor de su cuello y mis dedos jugueteaban con su pelo. Sentí un estremecimiento inesperado al levantar la vista hacia él. Pensaba que lo sabía todo sobre Gray, pero nunca me había dado cuenta de que sus ojos azules tenían un casi imperceptible círculo de color verde alrededor de la pupila.

Me estaba distrayendo. Tenía que centrarme en la tarea que me traía entre manos. Todavía debía conseguir que se le cayeran los pantalones. Me estiré un poco hacia arriba para poder susurrarle al oído:

—¿Quizá podemos volver a tu casa y entrenar allí juntos?

Tartamudeó y tosió para aclararse la garganta.

—Que si podemos… ¿qué?

Tenía los ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir de las órbitas. ¿Era así como se suponía que reaccionaban los tíos? Fuera como fuese, estaba disfrutando muchísimo más de esto que de la noche anterior, cuando había estado riendo nerviosa como una idiota y tirándome la bebida por encima. El coqueteo era mucho más divertido cuando en realidad no intentabas lograr gustar al chico. Miré a Gray a los ojos sin desviar la mirada durante unos segundos más antes de sonreír y apartarme.

—¿Qué tal lo he hecho?

—¿Qué?

—El coqueteo. ¿Qué tal ha ido? Has dicho que esperabas algo mejor… Supongo que eso ha tenido que ser una mejora, ¿no?

La sorpresa en sus ojos desapareció poco a poco mientras se frotaba con una mano el cuello, justo donde habían estado apoyadas mis manos.

—Claro. El coqueteo. —Tomó aliento un par de veces antes de continuar—. Desde luego, una gran mejora. ¿También eran frasecitas de Bonnie?

—No. —Seguía sonriendo—. Pero eran un poco tópicas. Me sorprende que me hayas seguido el juego durante tanto rato.

—Sí. —Soltó una risa incómoda—. Lo has hecho mucho mejor esta vez. Pero en realidad no estabas bajo presión, así que tampoco debería subírsete a la cabeza todavía. Veremos cómo lo haces la próxima vez…

—A ver —murmuré. No era la brillante crítica que había esperado, pero al menos había admitido que estaba progresando.

Unas carcajadas llamaron mi atención desde el otro lado del lago, donde Parker seguía charlando con el grupito de chicas. Todas

parecían ser mucho más hábiles que yo a la hora de coquetear. Incluso sus risitas nerviosas sonaban adorables y seductoras. Para nada bochornosas como habían sido las mías la noche anterior.

—¿Crees que Parker de verdad va a conseguir los números de todas esas chicas? —pregunté.

Gray miró hacia donde estaba su hermano.

—Espero que no. Si lo logra, se pasará toda la semana presumiendo.

—La verdad es que parece que sabe lo que está haciendo. No se cansan de él.

—Si a Parker se le da tan bien, ¿por qué no le pediste ayuda a él?

Me giré para mirar a Grayson, sorprendida por su pregunta.

—Porque confío en ti —dije—. Estoy cómoda contigo. No podría hacer esto con nadie más.

Asintió despacio, como si estuviera sopesando mi respuesta con cuidado.

—Además, no paro de decirte lo impresionante que estuviste anoche. Apuesto a que Parker podría aprender un par de cosas de ti también. —Me callé un instante, cuando algo en lo que en realidad nunca había pensado me pasó por la cabeza—. ¿Cómo es que nunca te veo intentando conseguir el número de las chicas?

—Yo no soy Parker.

—Obvio. —Me eché a reír, antes de volver a ponerme seria—. Pero está claro que sabes lo que haces, así que tienes que tener un poco de experiencia. ¿Por qué nunca te veo con otras chicas?

—Estoy demasiado ocupado con el hockey.

No estaba del todo segura de a qué se refería. ¿Quería decir que estaba demasiado ocupado como para tener novia o que no tenía tiempo para chicas y punto?

—Parker también está ocupado con el hockey.

—Por favor, deja de compararme con mi hermano pequeño.

—Vale, Reed también está ocupado con el hockey y está con Violet.

Señalé con la cabeza al otro lado del lago, donde los dos seguían acurrucados en el banco.

—Reed ha encontrado a la chica adecuada —dijo Gray.

—¿Así que es eso? ¿No has encontrado a la chica adecuada?

Se tomó un instante antes de responder.

—No sería un buen novio.

—¿Por qué narices piensas eso? Serías un novio increíble.

—Casi todos los años, mi boletín de notas dice que soy reservado, introvertido y que no me relaciono bien con los demás —dijo—. No suena como para ser un buen novio.

—Para la chica adecuada, sí —razoné—. ¿Quieres que la busquemos cuando resolvamos mi situación amorosa?

Antes de que pudiera responder, alguien gritó desde el otro lado.

—¡Cuidado!

Levanté la mirada justo a tiempo para ver cómo se acercaba un disco volando a toda velocidad. No tuve oportunidad de reaccionar, pero los reflejos de Grayson fueron rapidísimos. En un momento dado estaba de pie frente a mí y al siguiente me había agarrado del brazo y apartado de la trayectoria del disco. La fuerza del gesto hizo que perdiera el equilibrio y acabara por el aire.

Me iba el corazón a mil por hora y no podía respirar. Cerré los ojos con fuerza mientras esperaba a que me recorriera el dolor. Pero, por algún tipo de milagro, parecía que el disco no me había dado. Y no me había caído al hielo. Grayson me había cogido y me sostenía en sus brazos justo por encima de la dura superficie del lago.

Aparte de los gritos que lanzaba Parker a los chicos que habían lanzado el disco en nuestra dirección, el único sonido que oía eran

los latidos de mi corazón mientras levantaba despacio la mirada hacia Gray. Me estaba mirando y sujetándome con tanta firmeza y a la vez con tanta delicadeza que me imaginé que podríamos parecer una pareja haciendo la típica inclinación al final de un baile romántico.

Gray me levantó y me agarró la cara con las manos.

—¿Estás bien?

No me dolía nada, pero temblaba por la adrenalina que me recorría el cuerpo.

—Solo un poco alterada. ¿Y tú?

—Estoy bien.

—¿No te ha dado el disco?

—No. No nos ha dado a ninguno.

—Qué rápido has reaccionado.

—Ya te dije que no dejaría que te pasara nada malo.

Seguía con el corazón desbocado, pero cuando me miró de esa forma y dijo esas palabras, no estuve del todo segura de si era por culpa del disco volador.

Sin embargo, el momento se rompió cuando se le oscureció la expresión y echó un vistazo por encima de mi hombro.

—¿En qué estaban pensando? No puedes hacer el tonto así con un disco cuando hay gente patinando cerca.

Le agarré la mano para calmarle. En sus ojos se asomaba una mirada asesina.

—Se está encargando Parker —dije, ya que todavía le oía gritar.

Gray parecía a punto de salir corriendo y enfrentarse a los otros chicos, pero le sujeté la mano con firmeza.

—Creo que he terminado de patinar por hoy. ¿Quieres un helado?

Vaciló, pero poco a poco volvió a centrarse en mí.

—Lo que quiero es matar a esos tíos.

—Solo ha sido un accidente, Gray. Y nadie ha salido herido.

—¿Estáis bien los dos? —gritó Reed mientras patinaba hacia nosotros. Violet estaba junto a la orilla del lago con un gesto de preocupación en el rostro.

—Estamos bien, Reed —le grité—. Pero vamos a dar el día por acabado. Os vemos después.

Tiré de la mano de Grayson para sacarle del hielo. Lo último que me hacía falta era que Reed viniera y le ofreciera refuerzos a Grayson. Los chicos que jugaban al hockey ya estaban aterrorizados cuando Parker fue a por ellos. No querrían tener a los tres chicos Darling defendiéndome.

Gray estuvo en silencio mientras nos poníamos los zapatos y regresábamos a su camioneta. Solo cuando estuvimos dentro habló de nuevo.

—Es la primera vez que he tenido miedo en el hielo —dijo.

—¿En serio? Supongo que el hecho de que te venga un disco volando es diferente cuando llevas casco.

—No, es diferente cuando vuela hacia ti. —Tenía una mirada tan intensa cuando nuestros ojos se encontraron que noté cómo se me formaba un nudo en la garganta—. No puedo ni imaginar que te pasara algo malo, Paige.

—Bueno, no ha pasado nada malo, gracias a ti.

Asintió y apartó la mirada, antes de respirar hondo.

—Me había imaginado esta tarde un poco diferente.

—¿En qué sentido?

—Menos discos a la cara —dijo meneando la cabeza—. Más patinar, supongo.

Siguió mirando al frente y me quedé pensando si había algo que no me estaba contando. Puso en marcha la camioneta antes de que le pudiera hacer más preguntas.

—Entonces ¿helado? —preguntó.

—Sí, por favor —respondí.

Desde luego estaba afectado por lo de que casi nos hubieran dado y seguía con el gesto afligido cuando se incorporó a la carretera. No era el único. No había nada como un maldito disco volando hacia tu cabeza para ponerte el corazón a mil. Pero seguía sin estar segura de si el disco era el único culpable.

CAPÍTULO 13

GRAYSON

Menudo comienzo como entrenador de Paige. Había tenido la esperanza de que una tarde de patinaje en el lago hubiera sido una buena oportunidad para coquetear un poco más con ella, con la excusa de enseñarla. Pero fue un auténtico desastre. Desde luego que coqueteamos, pero, para mi sorpresa, había resultado que se le daba muy bien. Tan bien, de hecho, que todavía me palpitaba el corazón cada vez que me acordaba de cómo me había acariciado el pecho. Paige, por otro lado, le había quitado importancia como si solo fuera un juego. Estaba claro que todavía me quedaba muchísimo para convencerla de que me viera como algo más que un amigo mientras que yo era el idiota que se iba enamorando cada vez más.

Aunque ahora mismo ni siquiera eso era mi mayor problema. De algún modo, me había acabado comprometiendo con mucho más que lo de practicar el coqueteo. Paige no solo quería besar a Damien. Quería la experiencia completa. Una primera cita. Romanticismo. Chispas. Química. Un beso estando borracha era una cosa y lo más probable era que lo olvidara con el tiempo, pero todo lo demás podría llevar a que Paige se enamorara de verdad de Damien. ¿Cómo podía ayudarla sabiendo que el resultado podría ser

que yo la perdiera para siempre?

Y luego casi la mata un disco perdido. La había apartado justo a tiempo de la trayectoria y no podía dejar de repetir el momento en mi cabeza. Me había afectado mucho verla tan cerca de sufrir graves daños. Solo pensar en ello hacía que se me encogiera el corazón. Era un recordatorio doloroso de lo importante que era ella para mí. De cómo el que me le arrebatara otra persona no era una opción.

En el trayecto de regreso del lago, Paige había tomado mi estado reflexivo por mal humor y cuando llegamos a casa se convenció de que yo necesitaba que me animaran. Así que ahora estaba experimentando lo que para Paige era algo que te revitaliza: un tratamiento facial.

—Así no es como se anima a un tío, Paige.

Me ignoró como si nada y siguió untándome la cara con un extraño mejunje que había preparado mezclando ingredientes. Justo en ese momento, estaba a solo una manicura de quedarme atrapado en la *friend zone* para toda la vida.

—No seas tonto —bufó—. Así es como se anima a cualquiera. Y llevas de mal humor toda la tarde.

—No he estado de mal humor.

—Que sí. Desde lo del patinaje. Ni siquiera el helado te ha levantado el ánimo. Y has estado muy callado durante la cena. Apenas has comido nada.

—La lasaña de mi madre tenía un aspecto sospechoso.

—Estaba buenísima.

—Ya sabemos que tú no tienes papilas gustativas.

—Puede que mis papilas estén de vacaciones. Tu estómago, por otra parte, es un pozo sin fondo que nunca descansa. Siempre tienes hambre. Si no comes es que debe ser el fin del mundo.

—No es el fin del mundo. Aunque da la sensación de que este

fango que me estás poniendo en la cara podría sobrevivir al apocalipsis.

Se echó a reír mientras me miraba. Puede que no estuviera disfrutando demasiado del tratamiento facial, pero no me oponía lo más mínimo a cuánto se me tenía que acercar Paige para ponérmelo ni a sentir sus dedos extendiendo la plasta por mi piel. Puede que no odiara tanto estos tratamientos como pensaba.

—Grayson, ¿qué narices tienes en la cara? —preguntó Reed, sonriendo de oreja a oreja cuando entró en mi habitación.

—¡Paige, pensaba que habías cerrado la puerta!

—Ups. —Seguía sonriendo y se encogió de hombros antes de volverse hacia Reed—. Le estoy poniendo una mascarilla.

—¿Una mascarilla? —preguntó él riendo.

—Sí. ¿Te apuntas? —le ofreció Paige—. ¿Puedo hacértelo a ti también?

Me levanté de un salto del asiento y con rapidez dirigí a mi hermano hacia la puerta.

—Reed está ocupado.

—En realidad…

Endurecí la mirada para enviarle un aviso, pero no tuvo el efecto que esperaba. La expresión de mi hermano solo se tornó más divertida.

—¿Qué? —insistió—. Esa cosa que tienes en la cara huele bastante bien.

Le empujé hacia la puerta, ignorando su risa cuando la cerré de golpe tras él.

—Parecía que quería apuntarse —dijo Paige, que también estaba conteniendo la risa.

—No me calientes. Más te vale que Parker no se entere de esto o me vacilará toda la vida.

—Será nuestro secretito —respondió, aún sonriendo.

Solté un bufido mientras volvía a mi asiento.

—Entonces ¿ahora qué? —Llegados a este punto, lo mejor era entregarme de lleno a la experiencia.

—Ahora veremos una película de chicas mientras la mascarilla penetra en la piel. Hazme caso, te reconfortará el alma.

—Me reconfortará el… —me detuve, preguntándome por qué seguía resistiéndome. Paige estaba en racha. Ya no había modo de pararla—. Vale. Me parece bien.

Se mostró sorprendida de que hubiera aceptado con tanta rapidez. Y para ser honesto, yo también estaba un poco sorprendido.

—Dame un segundo —dije—. Necesitaré algo para picar si tengo que sobrevivir a una peli de chicas.

Se echó a reír cuando me encaminé hacia la puerta.

—Pensaba que no querías que tu familia te viera la cara.

—Entonces supongo que tendré que ser rápido.

Ya había salido por la puerta antes de que se ofreciera a ir en mi lugar y fui directo al dormitorio de Reed, al otro lado del pasillo. Por desgracia, Cammie eligió ese momento para salir de su habitación.

—Madre mía. —Empezó a reírse en cuanto me vio. Siempre había sabido que mi hermana podía dar un poco de miedo, pero nunca la había oído soltar una risa tan diabólica—. ¡Eres un calzonazos!

—No sé de lo que estás hablando. —Por lo visto mi respuesta solo consiguió que se riera aún más y todavía seguía haciéndolo entre dientes cuando continuó recorriendo el pasillo.

Me abalancé contra la puerta de Reed y desaparecí en su habitación antes de que pudiera aparecer Parker para investigar. Podía imaginarme lo pesado que se iba a poner mi hermano menor si me viera así.

Reed empezó a sonreír cuando volvió a tenerme delante.

—En realidad te queda bien, Gray. Creo que el verde es tu color.

—Mira, solo tengo un minuto, así que guárdate las bromitas para luego —dije—. Necesito que me ayudes. El plan no está funcionando.

—¿Con Paige? Solo ha pasado un día.

—Y mírame. —Agité la mano hacia el mejunje verde de mi cara—. Estoy tan hundido en la *friend zone* que es imposible sacarme de ahí.

Se le borró la sonrisa de los labios y creí que por fin podría estar tomándome en serio. Se inclinó hacia atrás en la silla del escritorio.

—Bien, para empezar, lo más probable es que tengas que quitarte esa basura de la cara.

—Obvio —gruñí—. ¿Y después?

—Dímelo tú. Se supone que la estás conquistando con lo del entrenamiento. ¿Qué es lo siguiente que tienes pensado enseñarle?

—Ese es el problema —dije—. Ahora quiere algo más que lecciones sobre cómo coquetear. Me ha liado para ayudarla con un montón de otras cosas del estilo. Me pide que la enseñe a atraer la atención de un chico y a ser romántica en una primera cita. Incluso hablaba de que la ayudara con un maldito cambio de imagen.

No podría asegurar si Reed sentía vergüenza ajena o si estaba esforzándose por no reírse otra vez. De pronto se le relajó el gesto.

—Bien, eso es bueno.

—¿Bueno? ¿Cómo que es bueno? En esencia quiere que le ayude a enamorarse de otra persona.

—Es bueno —repitió—. Porque son todo oportunidades para que le muestres una faceta tuya diferente. Y así Paige empiece a verte como algo más que su mejor amigo. Justo como habías planeado.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí. Utiliza cada lección para coquetear, para ser

romántico con ella. Hazme caso, antes de que te des cuenta, se estará enamorando de ti.

Desde luego hacía que sonara bonito, demasiado bonito para ser verdad, lo más probable.

—No estoy tan seguro.

—Tienes que tener más confianza en este tema —dijo—. Mira, ya la impresionaste con tu coqueteo en la fiesta. Solo tienes que decidir qué va a ser lo siguiente. Idear un plan de acción. Nunca vas a ganar el partido si no has pensado en todas las jugadas.

—Esto no es hockey, Reed. Y no creo que nadie se espere que alguien se lance a la pista con la cara llena de pringue verde.

—El pringue es un ejemplo perfecto de lo que te estoy diciendo —dijo—. Sácale provecho.

—¿Cómo?

—Igual le puedes devolver el favor. Ofrécete para ponerle su mascarilla o valora si prefiere que se lo devuelvas en forma de masaje. Utilízalo como una manera de acercarte a ella.

No tenía muy claro lo del masaje, pero pensé que su consejo no era malo del todo. Podía ver si Paige también quería una mascarilla. Por mucho que me hubiera quejado, me había sentado genial tenerla cerca de mí. Puede que mi hermano en realidad sí que supiera lo que decía.

—¿Algún otro consejo?

—Menos fruncir el ceño. Llevas toda la noche de mal humor y apenas has cenado.

—No tenía hambre. —¿Qué problema tenía la gente con cuánto debía comer?

—¿Estás enfermo?

Ignoré la pregunta.

—Y no le fruncía el ceño a ella.

—¿Estás seguro?

—Sí, del todo. —A decir verdad, no estaba convencido, pero eso tenía fácil solución—. ¿Algo más?

—Gray, vas a tener que seguir tu instinto.

—¿Porque hasta ahora me ha ido genial?

Reed se echó a reír, al parecer incapaz de contenerse más.

—Lo siento, es que es muy difícil concentrarse cuando pareces una especie de criatura que ha emergido de las profundidades.

Ni todos los mejores consejos del mundo compensaban esto, así que me rendí y me fui de la habitación. Pero cuando salí al pasillo, Cammie apareció en lo alto de la escalera, esta vez acompañada por Parker.

Los ojos de mi hermano pequeño se iluminaron como si fuera la mañana de Navidad mientras que mi hermana rezumaba una especie de alegría siniestra.

—Te dije que merecía la pena subir hasta aquí —comentó.

Solté un juramento entre dientes.

—Oh, Grayson —lamentó Parker meneando la cabeza—. ¿Qué es lo que te ha hecho?

—Sonríe —añadió Cammie antes de apuntarme con su móvil. Me tapé la cara con la mano, en un intento desesperado de no salir en la foto. No me hacía falta que Cammie y Parker tuvieran ese material para usarlo contra mí.

—Más os vale a los dos dormir con un ojo abierto —zanjé con un gruñido antes de salir hecho una furia hacia mi habitación, con sus risitas ahogadas flotando tras de mí.

Paige se sobresaltó cuando irrumpí en la habitación. Puede que hubiera sido un poco brusco cuando empujé la puerta a toda prisa para escapar de mis hermanos. Señaló con la cabeza mis manos vacías.

—¿No había nada para picar?

—No, lo siento. He estado un poco ocupado evitando los *paparazzi* del pasillo.

—¿*Paparazzi*?

—Cammie, intentando conseguir una prueba fotográfica para chantajearme.

—Oh, no —dijo Paige haciendo una mueca—. Lo siento, ha sido culpa mía. Pensé que la mascarilla te relajaría. La he cagado.

—No pasa nada, Pidge. Mi cara huele a verano. Esos idiotas pueden sacar tantas fotos como quieran.

Me sonrió.

—A verano, ¿eh?

—Sí.

Se acercó a mí y me colocó las manos en el pecho al tiempo que se ponía de puntillas para olerme. Me quedé paralizado al sentir el contacto. Reed había sugerido que utilizara lo de la mascarilla como excusa para acercarme a Paige y aquí estábamos. Pero no tenía ni idea de qué se suponía que tenía que hacer ahora.

—Mmm. Hueles bien —dijo—. Dan ganas de lamerte.

—Eh… —Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Iba en serio?

Pero entonces se echó a reír y se apartó de mí con rapidez. Me quedé ahí plantado un instante mientras intentaba resetear mi cerebro y poner en orden mis pensamientos. Menudo entrenador de citas estaba hecho. La oportunidad perfecta para meter baza se había presentado sola y me había quedado paralizado como un idiota.

Paige saltó de nuevo a la cama, se puso cómoda y empezó a elegir una película en mi portátil. Cuando me pilló mirándola, dio unas palmaditas en la cama junto a ella.

—Ven, ayúdame a escoger. Sabes que si no, solo repasaré toda la

biblioteca.

Puede que hubiera perdido la oportunidad de utilizar lo de la mascarilla en mi favor, pero quizá ver una peli con Paige en mi cama fuera una nueva oportunidad para acercarme más a ella. Al pensarlo se apoderaron los nervios de mí e hice todo lo posible por mantenerlos a raya.

—Mejor me quito esto —dije señalándome la cara—. Por muy delicioso que sea, no me gustaría que se te olvidara que no soy un postre mientras vemos la peli.

—Ja, ja —dijo con cara seria.

Me lavé deprisa la cara en el baño antes de volver a la habitación. Apagué la luz del techo y me puse en la cama junto a Paige. Estaba apoyada en un montón de cojines y yo posé mi brazo encima. Aunque no hubiera traído nada de picar de la cocina, Paige ya había asaltado el alijo privado de chucherías que tenía para ella.

—¿Quieres? —me ofreció el paquete de gusanos de gominola.

—Claro. —A Paige le encantaban las golosinas, en especial los gusanos de gominola, pero nunca habían sido mis favoritos. Aunque siempre me comía uno o dos cuando estaba, porque no quería que se diera cuenta de que solo los compraba para ella.

—¿Estás listo para que se te reconforte el alma? —preguntó dando un mordisco a uno de los gusanos.

Asentí con un gruñido y obtuve una risita ahogada como respuesta. Una peli de chicas no habría sido mi primera opción, pero no me importaba tanto si la iba a ver con ella. Haría cualquier cosa si eso suponía tener a Paige cerca.

Empezó la peli y se acercó un poco más y apoyó la cabeza en mi pecho. Estaba tan cerca que, cuando respiraba, inhalaba ese sutil aroma tan exclusivo de ella. Solía pensar que olía como la primera señal de la primavera tras un frío invierno y adoraba ese olor más

que nada en el mundo.

Había tenido razón sobre lo de que la peli me presentaba otra oportunidad. Reed me había dicho que usara cualquier excusa para acercarme a ella. Para tocarla. Para actuar de forma distinta. Pero apenas estaba apoyada en mí y yo ya sufría. Tenía miedo de moverme. De respirar. Porque cada inhalación era dolor y tentación, y otro recordatorio de cuánto me costaba resistirme a ella.

Lo peor era que ella no se daba cuenta de mi agitación interior. Le afectaba tan poco que, incluso antes de llegar a la mitad de la película, se quedó dormida. Había vuelto a dejar pasar el momento. Y mientras notaba cómo se acurrucaba aún más en mis brazos, procuré centrarme en encontrar una solución a mi problema más que regodearme en la desesperación.

Resultaba evidente que no me estaba saliendo muy bien lo de aprovechar cada oportunidad que surgiera. Igual tenía que hacer caso a Reed y planear con antelación para saber lo que iba a pasar. Una vez Paige estuviera satisfecha con las prácticas de coqueteo, querría pasar a lo de atraer la atención de un chico. En concreto, la atención de Damien. ¿Cómo narices podría ayudarla con eso sin sabotearme a mí mismo? Damien ya se estaba interponiendo, no quería convertirlo en un obstáculo aún mayor.

Me puse tenso cuando Paige suspiró y bajé la vista hacia ella, todavía dormida sobre mi pecho. Tenía el gesto relajado y una leve sonrisa dulcificaba sus rasgos. Parecía que estaba soñando y me pregunté qué sería. Me arrepentí enseguida cuando me di cuenta de que lo más probable era que estuviera soñando con una romántica primera cita con Damien.

Soltó otro suspiro, esta vez más alto, y separó los labios. No me atrevía a moverme, por si estuviera a punto de despertarse. Pero entonces se mordió el labio inferior y dejó salir un gemido suave y

profundo de placer.

Dios, de verdad que esperaba que en el sueño no apareciera Damien.

Parecía que lo estaba disfrutando muchísimo. Tuve la repentina necesidad de despertarla y traerla de nuevo a la realidad, conmigo, pero antes de poder moverme abrió los ojos.

Aunque Paige tenía la mirada clavada en mí, en los ojos se veía que estaba aún medio dormida.

—Grayson —susurró con una sonrisa feliz todavía en los labios—. Estabas…

Parpadeó un par de veces, como si estuviera intentado despertarse del todo, y luego me miró de nuevo, esta vez con turbación en la mirada.

—¿Grayson?

—Eh, ¿sí?

Se levantó sobresaltada y salió de entre mis brazos antes de moverse hasta situarse en el extremo de la cama. Echó un vistazo a la habitación, casi como si no estuviera segura del todo de dónde se encontraba.

—¿Qué hora es?

—No lo sé. Solo llevábamos una hora de película. Te has quedado dormida sobre la mitad.

—Ah, vale —murmuró, casi para sí misma—. La película. Eso es lo que estábamos haciendo.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Sí —dijo con otro susurro—. Claro que sí. Solo estaba… Solo estábamos…

Se detuvo y fijó la mirada en mí. Me quedé clavado donde estaba en la cama mientras esperaba a que continuara. Estaba claro que algo le había desconcertado. Pero entonces su teléfono rompió el

silencio con un fuerte zumbido.

Paige lanzó un juramento y agarró el móvil de la mesilla de noche.

—Es mi madre, tengo que contestar.

Casi saltó de la cama y salió de la habitación incluso antes de que pudiera exhalar el aliento que había estado conteniendo. No tenía claro lo que acababa de pasar, pero, por algún motivo, me pareció que estaba huyendo. Y de nuevo, me vi preguntándome qué o con quién había estado soñando.

CAPÍTULO 14

PAIGE

—Respira, Paige —me dije a mí misma con un susurro—. Respira. Solo ha sido un sueño.

Estaba de pie en el pasillo con la espalda apoyada contra la puerta cerrada del dormitorio de Grayson. Me sentía como una idiota después de haber huido de su habitación como un ratoncillo asustado e intentaba convencerme a mí misma de que lo que acababa de pasar no era para tanto.

Pero no era solo un sueño. Era un sueño sobre mi mejor amigo.

Ahora los detalles eran confusos, pero estaba segura de que Grayson había salido en él. Y, a pesar de que en ese momento me encontraba bien despierta, podía recordar con claridad las sensaciones. Nervios. Emoción. Quedarme sin aliento. Tenía calor y todavía sudaba un poquito, pero también notaba un suave escalofrío que me recorría la piel. Incluso aunque no podía recordarlo con claridad, sabía con toda certeza que no era el tipo de sueño que se supone que debas tener sobre tu mejor amigo.

Lo curioso era que esas sensaciones no eran del todo nuevas. Había sentido los mismos nervios y emoción al coquetear con Gray en la pista ese mismo día. Aunque en ese momento, era mucho más intenso.

Quizá solo era eso, que toda la práctica del coqueteo se me había metido en la cabeza. Además, había estado tumbada en brazos de Grayson, viendo una comedia romántica. No es de extrañar que se hubiera colado así en mis sueños. No era nada anormal. Nada de lo que preocuparse. ¿Verdad?

El teléfono volvió a vibrar, rompiendo el silencio del pasillo, y miré la pantalla. Ya me había perdido la primera llamada de mi madre y no había esperado más que unos segundos antes de volverlo a intentar. No bromeaba cuando dijo que me iba a controlar y recibía al menos una de esas llamadas al día. Sabía que no iba a parar hasta que contestara.

Aun así, no respondí al momento. No quería molestar a nadie. La casa estaba en un silencio poco habitual, por lo que crucé el pasillo y bajé las escaleras. Asomé la cabeza en el salón y lo encontré vacío, así que me dejé caer en el sofá.

Mientras había estado buscando un poco de privacidad para responder la llamada, el teléfono había dejado de vibrar. Mamá no dudó en volver a intentarlo y esta vez respondí de inmediato.

—Te pedí que hicieras una sola cosa, Paige —dijo en cuanto se estableció la conexión. No: «Hola, Paige. ¿Cómo estás?». Directa al grano—. Me ha llegado un email de tu orientadora profesional —continuó—. No acudiste a la cita que tenías con ella la semana pasada, ¿verdad?

Arg. Yo también había recibido el email, pero tenía la esperanza de que mamá estuviera demasiado ocupada con el trabajo como para comprobar los emails del instituto. O que quizá, de milagro, la orientadora hubiera decidió no informar a mis padres. La verdad es que era mucho esperar, ya que mi madre casi tenía a esa mujer entre sus números favoritos.

—Lo siento, mamá. Lo olvidé por completo.

Soltó un fuerte suspiro.

—No te puedes olvidar de esas cosas, Paige. Esto es importante. Sobre todo teniendo en cuenta que te perdiste la feria de empleo de hace unas semanas.

—Ya. Lo sé.

—Tienes que empezar a centrarte en tu futuro.

—Ya lo sé.

Otro largo suspiro me llegó por la línea.

—Está claro que una semana sin tu padre y sin mí te está haciendo perder todavía más el rumbo. Le dije que tenía que reprogramar su viaje para que uno de los dos se quedara en casa. Pero ¿me hizo caso? No…

Parecía que mi madre estaba a punto de soltar otra diatriba sobre los defectos de mi padre. Y para ser sincera, no la culpaba. Era adicto al trabajo y así había sido la mayor parte de mi vida. Aunque ella tampoco era mucho mejor. Sospechaba que esa era la única razón por la que su matrimonio funcionaba. Los dos estaban demasiado ocupados como para darse cuenta de que nuestra vida familiar era un desastre.

—Voy a ver si puedo librarme de alguna de las reuniones de la semana que viene y volver a casa antes —dijo.

—¡No! —exclamé casi gritando, pero enseguida me calmé—. Quiero decir, no tienes por qué hacerlo. Siento haber faltado a la reunión con la orientadora, mamá. De verdad que fue sin querer. Sé lo importante que es tu viaje. Por favor, no vuelvas antes por mí. No se me pasará la próxima cita, te lo prometo.

El otro extremo de la línea se quedó en silencio por un segundo.

—De acuerdo —dijo al fin—. Se ha reprogramado para el miércoles a las 10.00. Asegúrate de asistir. Las decisiones que tomes ahora afectarán a todo tu futuro.

«Sin presión, Paige. Solo es toda tu vida la que está en juego si no eliges el camino correcto ahora». Qué pensamiento tan alegre para acabar el fin de semana.

—Allí estaré —dije.

—Bien. Tengo que hacer otra llamada, así que te pego un toque mañana. Buenas noches, Paige.

—Buenas noches, mamá. —No había acabado de pronunciar las palabras cuando colgó. Mi madre tenía auténtico talento para hacerme sentir como una mierda, incluso a cientos de kilómetros de distancia. Cerré los ojos y respiré hondo antes de soltar el aliento con tanta lentitud como me era posible, procurando expulsar todas las vibraciones negativas que ahora me erizaban la piel.

—¿Estás bien, Paige?

Abrí los ojos y vi que el padre de Grayson había entrado al salón. Había estado toda la tarde fuera ayudando a alguien que necesitaba la grúa con urgencia y debía de haber llegado a casa justo en ese momento.

—Creo que no te había visto fruncir el ceño nunca —añadió.

Suspiré.

—Está claro que nunca me has visto con mi madre.

Se sentó en el sofá, enfrente de mí.

—¿Quieres hablar de ello?

Lo dijo con tanta dulzura que sabía que no tenía que contarle nada si no quería, pero también que me estaba dando el espacio necesario para desahogarme si me hacía falta. Me habría gustado que mi padre se pareciera más a Danny Darling.

—Quiere que haga planes para mi futuro —expliqué—. Pero no tengo ni idea de lo que quiero hacer con mi vida.

—Ah —asintió—. Bueno, nunca es mala idea tener un plan. No siempre salen bien, pero pueden ayudarte a orientarte en la

dirección correcta.

Sabía que Danny, como sus hijos, había sido jugador de hockey con la esperanza de dedicarse a ello de forma profesional. Todo el mundo decía siempre que estaba destinado a jugar en la NHL, pero ese sueño se esfumó cuando se lesionó la rodilla en la universidad. Acabó trabajando como mecánico y ahora tenía su propio taller. No era su plan original, pero era fácil ver lo mucho que le gustaba lo que hacía.

—¿Cómo decidiste que querías trabajar en un taller? —pregunté.

—Siempre me han gustado los coches —respondió—. Y se me da bien arreglar cosas, así que surgió de forma bastante natural.

—¿Y qué hay de Amy? —pregunté—. ¿Siempre ha querido ser contable?

—Pues la verdad es que no lo sé. —Soltó una risita—. Pero siempre se le han dado bien los números, así que supongo que tiene sentido.

—Ese es mi problema —expliqué—. No hay nada en lo que yo destaque. Nada que me apasione de verdad como a ti. Este año he estado haciendo una serie de cosas que tengo en una lista para ver si encontraba algo que se me diera bien, pero te juro que soy un caso perdido en todo.

—Me cuesta mucho creer eso —dijo Danny—. Se te da bastante bien hablar con la gente.

No diría eso si hubiera visto mi actuación con Damien el sábado por la noche.

—Haces sonreír a Grayson —continuó—. Lo que es casi una tarea imposible. Y siempre consigues encontrar la parte buena de las situaciones no tan buenas.

—No estoy segura de que mi madre estuviera de acuerdo si le dijera que quiero hacer una carrera basada en charlar con la gente,

ser positiva y hacer que Gray sonría —dije.

Danny se echó a reír.

—Supongo que no. Pero tampoco menosprecies esas cualidades. Son habilidades que puedes utilizar en un montón de carreras diferentes. Es genial que hayas estado probando cosas nuevas, pero tampoco te presiones tanto para decidirlo todo ya. Tienes muchísimo tiempo.

—¿De verdad? Me gradúo dentro de poco y ni siquiera he empezado a rellenar los formularios de admisión de las universidades. Es que no quiero elegir mal y quedarme atrapada en un sitio en el que no me apetezca estar.

—La universidad es solo parte del camino —dijo—. Y es algo más que un medio para ayudarte a conseguir un buen trabajo. Tan solo elige un lugar en el que creas que serás feliz y disfruta del viaje.

—¿Eso crees?

—Desde luego. —Sonrió—. A veces, cuando dejas de pensar en el futuro y te centras en lo que tienes justo delante, eso que llevas buscando tanto tiempo te acaba encontrando a ti.

Noté cómo se me relajaban los hombros y le sonreí desde el otro lado de la habitación.

—Gracias, Danny.

—No hace falta que me lo agradezcas. Solo te lo digo como… —Se distrajo cuando parpadearon las luces del techo—. Debería revisar ese cableado que falla. —Negó con rapidez con la cabeza y se puso de pie—. Pero esta noche no. Se está haciendo tarde y deberías descansar un poco. No vas a resolver tus problemas si te quedas despierta dándole vueltas a la cabeza.

—No, lo más seguro es que no —coincidí.

De todas formas, ahora me sentía un poco más optimista respecto a esos problemas. La actitud de Danny era tan diferente de la de mis

padres… Ellos me hacían sentir como si fuera el fin del mundo que no tuviera planeado al detalle todo mi futuro mientras que Danny lograba que pareciera que todo se iba a resolver solo, de una u otra forma. No estaba segura de quién tenía razón, pero esperaba que fuera Danny.

Salí del salón y subí por las escaleras. Pero cuando me acercaba a la habitación de Cammie, no pude evitar echar un vistazo a la puerta de la habitación de Gray. Una parte de mí quería volver a entrar allí, tumbarse junto a él y acabar de ver la peli, pero todavía me rondaban por la cabeza vagos fragmentos de mi sueño. Demasiado vagos como para formar la imagen completa, pero bastante claros como para evitar que me acercara a su puerta. Fuera lo que fuera, necesitaba dormir para que se me pasara. Rápido.

* * *

—Vaya cara de mierda tienes —dijo Parker cuando entré en la cocina a la mañana siguiente—. ¿Has dormido mal?

A pesar del consejo de Danny, estuve desvelada hasta muy tarde. Repetía en bucle las palabras de mi madre en la cabeza y me preocupaba que dormir me trajera más pensamientos inapropiados sobre mi mejor amigo.

Sofoqué un bostezo e intenté alisarme el pelo. Se me había revuelto un poco por la noche por todas las vueltas que di en la cama, y el baño estaba ocupado por la mañana, así que no había podido ducharme ni lavarme el pelo todavía. Por lo general me hacía falta una ducha de agua caliente para acabar de despertarme del todo.

—He dormido bien, gracias, Parker. —Extendí la mano y le robé la caja de cereales de las manos antes de sentarme en un taburete de

la encimera de la cocina junto a él.

Me mostró una gran sonrisa.

—Paige Price, ¿puede ser que esta mañana estés un poco… «gruñona»?

—No estoy gruñona.

—¡Ja! Claro que sí.

Le lancé una mirada seria, que solo consiguió que sonriera aún más.

—Es increíble —dijo—. ¿Quién habría pensado que nuestro pequeño arcoíris humano fuera capaz de convertirse en una nube negra y tormentosa?

Era demasiado temprano para esto.

—Soy una persona, Parker. No una nube o un arcoíris.

—Sin duda estás más cerca de ser un arcoíris que una persona. Por lo menos, sueles estarlo.

Sabía que me tenía que haber quedado en la cama hasta que se liberara la ducha.

Amy irrumpió con energía en la cocina y le dio un beso a Parker en la cabeza. Tuve que reprimir una carcajada porque él se quedó en shock por el gesto de su madre. Aunque tampoco se quejó. Esa era una de las cosas de los chicos Darling que la mayoría de la gente no se creería en la vida: siempre eran muy tiernos con su madre.

—Buenos días, Paige. ¿Qué tal has dormido? —me preguntó Amy mientras agarraba la jarra de café y se servía un poco en el termo.

—Bien, gracias.

—¿Qué dices tú, macaco?

—¿Macaco? —Miré a Parker, cuyo gesto había pasado de contrariado a horrorizado.

—No me llames así. —Parker le lanzó una mirada asesina a su madre antes de volverse hacia mí—. No me llama así.

—No hay nada de lo que avergonzarse, Parker —dijo Amy—. Estoy segura de que Paige no le contará a nadie que sigues siendo mi macaco descarado. —Le revolvió el pelo y salió de la cocina con el café antes de que Parker pudiera añadir algo más. Parecía que quería que se lo tragara la tierra.

—De pronto me siento un poco más arcoíris —dije.

—Lo retiro. No eres un arcoíris. Eres el malvado duendecillo que guarda el oro que hay al final del arcoíris.

Me volví a reír.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó Grayson al entrar en la cocina.

—No estoy segura. —Sonreí con malicia—. ¿Por qué no se lo preguntas al macaco?

Parker me miró con los ojos entrecerrados.

—Sin lugar a dudas, un malvado duendecillo —dijo antes de marcharse ofendido de la habitación.

Me giré para sonreír a Grayson, pero se me quedó la boca seca cuando le vi. No llevaba camiseta y el chándal gris le quedaba por debajo del estómago. Todavía tenía el pelo revuelto de dormir y extendió la mano para peinárselo. Ya sabía que Gray era guapo. Y que estaba muy fuerte. Y tonificado. Todo el mundo lo sabía. Pero en ese momento parecía más bien que lo hubiera tallado en piedra un escultor de la antigua Grecia. Entonces me dedicó una leve sonrisa adormilada que dulcificó sus afiladas facciones y que provocó que una sensación extraña me recorriera por dentro.

De pronto apareció una imagen en mi cabeza y sentí que se me sonrojaban las mejillas cuando me di cuenta de que se parecía mucho al sueño que había tenido la noche anterior. Gray tampoco llevaba camiseta. Y me sonreía justo así. Desvié la mirada deprisa.

—Entiendo que eso significa que has oído el apodo que tiene mi

madre para Parker —dijo Gray mientras se acercaba y me cogía la caja de cereales de las manos. Todavía no me había echado en mi cuenco, así que Gray fue a rellenármelo.

—¿Esto es lo que quieres?

Incluso estaba empezando a sonar como en mi sueño. Asentí con suavidad. Cuando terminó, levantó el cartón por encima del cuenco y me empezó a verter la leche.

—Solo dime que pare.

Me atraganté con la tos y casi me caigo del taburete. Ahora estaba citando mi sueño tal cual. De repente todo volvió con detalles vivos e impactantes, y ya no me quedó ninguna duda de que no era el tipo de sueño en el que se supusiera que tu mejor amigo debía tener un papel protagonista. A no ser que… ¿puede que estuviera soñando en ese momento? Me llevé la mano a la pierna para pellizcarme y solté un gritito ahogado de dolor:

—¡Ay!

—¿Estás bien? —preguntó Grayson, arrugando un poco la frente.

—Eh, sí, bien —murmuré—. Anoche dijiste algo parecido.

—¿Hum?

—Eh, no, nada, no te preocupes —dije tartamudeando y colocándome mejor en el taburete—. ¿Qué planes tienes hoy? —Cambié de tema con rapidez.

—Bueno, he estado pensando —dijo apartando incómodo la mirada de mí para centrarse en el desayuno—. Y como entrenador tuyo que soy, tengo algunas ideas para la próxima clase.

—¿Ah, sí? —El entrenamiento era de lo último que me apetecía hablar en ese momento. Estaba convencida de que todas las prácticas de coqueteo tenían la culpa de mi vergonzoso sueño y de las sensaciones inusuales que seguía experimentando cuando echaba un vistazo al torso desnudo de Grayson.

—Sí, tu intento de coqueteo en el lago ayer fue un buen comienzo —dijo—. Creo que es el momento de subir de nivel.

—¿De verdad? —No sabía si sentirme feliz porque alabara mi habilidad o nerviosa por lo que implicaba el «siguiente nivel». Más que nada, creo que estaba sorprendida de que Grayson hubiera sacado tiempo para planificar las clases.

—¿Crees que debería volver a intentar coquetear con Damien otra vez?

—No exactamente —dijo—. Eso todavía es un poco avanzado para ti.

—Entonces ¿qué? —Me crucé de brazos, un poco frustrada por no ser todavía una experta.

—Bueno, dijiste que querías aprender a llamar la atención de un chico. Esa es tu próxima clase.

—Vale, adelante.

—Vas a ignorar a Damien.

—¿Ignorarle?

—Sip. Del todo. Hacer como que no existiera.

—¿Qué? ¿Cómo voy a lograr llamar su atención así?

—Porque justo en este momento todas las chicas del insti están tonteando con él y cayendo rendidas a sus pies. Si quieres destacar, lo mejor que puedes hacer es justo lo contrario. Tienes que hacerte de rogar.

—Eso no suena bien.

—Confía en mí —dijo Gray—. Está bien. ¿Sabes lo que le vuelve loco a un chico?

Negué despacio con la cabeza y me aparté un poco, porque parecía que él se había acercado. Olía tan bien que me estaba volviendo un poco loca. Además, seguía sin camiseta. ¿Por qué seguía sin camiseta? En serio, ¿no notaba el frío?

—Ver algo que quiere y saber que no lo puede tener. —Por cómo clavaba la mirada en mis ojos me hizo sentir curiosidad por lo que se sentiría al ser lo que Grayson quería. Y no solo en un sueño. Parecía que hablaba por experiencia y me planteé quién podría ser la chica, si todavía la seguía queriendo y si yo sería capaz de salir impune de un asesinato. Se apoderó de mí un fuerte sentimiento de propiedad. No quería que Gray mirara a nadie así. Solo cuando se centró de nuevo en su comida pude volver a respirar con cierta dificultad. Esa mañana me pasaba algo. Tenía que ser aquel estúpido sueño. Mi madre siempre andaba diciéndome que no tomara chucherías antes de dormir, quizá ese era el motivo. Demasiados gusanos de gominola y por lo visto las pesadillas se convierten en maravillas.

—¿Te está volviendo loco alguna chica, Gray? —pregunté riendo sin muchas ganas en realidad. Así es como habría respondido por lo general, pero me costaba mantener mi habitual actitud alegre. Además, estaba demasiado ansiosa mientras esperaba su respuesta.

—Solo tú —respondió con una sonrisa juguetona.

Sabía que solo bromeaba, pero sus palabras me relajaron. Puede que hubiera sentido algo así por una chica hace tiempo. Al menos eso significaba que no tendría que empezar cada día buscando en Google «cómo enterrar un cadáver en medio del invierno».

Gray acabó su desayuno y fue a fregar el cuenco en el fregadero. Al tenerlo en el otro extremo de la cocina, podía pensar con un poco de claridad. Tomé un par de cucharadas más de cereales mientras reflexionaba sobre su sugerencia.

—Entonces ¿solo tengo que ignorar a Damien? Parece demasiado sencillo.

Gray se volvió para mirarme, apoyándose en la encimera de la cocina.

—Eso es porque ignorarle es solo la primera fase del plan.

—¿Solo la primera fase? ¿Cuál es la segunda?

—Bueno. —Se aclaró la garganta—. En realidad hay una cosa que enloquece todavía más a un chico que ver algo que quiere y saber que no puede tenerlo.

—¿Y cuál es?

—Ver que otra persona consigue lo que él quiere.

—Me he perdido.

Se echó a reír.

—A la vez que pasas de Damien, coqueteas con otra persona.

Menudo entrenador estaba hecho Grayson.

—Eso suena como que va a acabar en desastre. Sería como repetir de nuevo lo del sábado por la noche. La única diferencia es que esta vez Damien estará entre el público. ¿Cómo sabes que no haré un ridículo total también con el otro chico?

—Porque el otro chico seré yo, claro está.

Casi me caigo de nuevo del taburete.

—¿Tú?

—Sí, ¿por qué no? Se supone que soy tu entrenador, ¿no?

—Supongo, pero… —Me quedé callada. En realidad no podía decirle a Grayson que de pronto tenía reservas sobre lo de practicar el coqueteo con él. Que después de solo un día de entrenamiento estaba soñando cosas poco apropiadas y que me estaba costando apartar la mirada de su cuerpo y evitar clavar la vista en sus abdominales tan marcados.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo…

—Venga, Pidge, puedes decírmelo.

¿De verdad podía? ¿De verdad podía contarle a Grayson que había soñado con él? ¿Podía decirle lo guapo que estaba con solo un pantalón de chándal gris poco ajustado?

—Solo… —Nop. No podía hacerlo—. Solo que me preocupa que podría pensar que estamos juntos o algo así. —No era lo que más me preocupaba del plan de Grayson, pero seguía siendo un problema potencial.

—No lo hará.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque le dejé claro que no estamos juntos.

Eso no lo sabía.

—¿Cuándo?

—En algún momento de la semana pasada. Me pediste que te hiciera de celestino, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo. —Solo que no pensé que iba a hacerlo de verdad. También estaba un poco sorprendida, porque una parte de mí nunca creyó que Grayson se fuera a implicar tanto en ayudarme a encontrar un chico al que besar. Por lo visto estaba equivocada—. ¿Cómo de claro se lo dejaste?

—Cristalino.

Eso respondía a la pregunta de qué grado de implicación tenía Grayson. No solo estaba planificando las cosas con antelación. También se estaba tomando muchas molestias por ser un buen celestino. Yo era la que estaba defraudando al equipo. Tenía que deshacerme de mi inseguridad y centrarme en el plan, como Grayson.

—Vale —dije—. Vamos a hacerlo. ¿Cuándo estabas pensando?

—Eh, ¿hoy en el almuerzo? —Se trabó un poco al responder, como si mi entusiasmo le hubiera pillado por sorpresa, pero enseguida recobró la compostura—. Me aseguraré de sentarme cerca de Damien y tú asegúrate de hacer todo lo que puedas para fingir que no existe.

—Me parece bien. —Quise sonar convincente, pero me parecía

abrumador. Esto era pasar a otro nivel y no estaba segura de estar lista tras solo una clase.

—A no ser, por supuesto, que quieras idear un nuevo plan —dijo mirándome con un deje de preocupación. ¿Puede que adivinara que tenía reservas o era él el que las tenía?—. No pasa nada si no te sientes capaz de coquetear en público todavía…

¿O solo dudaba de mi capacidad?

—¿No crees que pueda hacerlo?

—Creo que hay mucha diferencia entre un entrenamiento y un partido.

Apreté la mandíbula al tiempo que me ponía de pie y recorría la distancia que nos separaba para darle golpecitos con el dedo en su estúpido y tonificado pecho.

—Te equivocas conmigo, entrenador. Y te lo demostraré en el almuerzo.

En su mirada había un brillo de diversión. Puede que no hubiera dicho nada, pero se lo estaba pasando bien.

—Voy a coquetear de tal manera contigo que te olvidarás hasta de tu nombre —dije antes de marcharme ofendida.

—No te olvides de que vamos al insti juntos en coche —gritó, echando a perder mi salida dramática.

Le enseñé el dedo del medio. Cuando salí de la estancia me siguió el débil sonido de sus risitas. Coquetear con Gray. Ignorar a Damien. Debería ser pan comido.

Qué pena que tuviera la costumbre de quemar todo lo que cocinaba.

CAPÍTULO 15

GRAYSON

Damien estaba hablando de él mismo. Menuda sorpresa. Hoy presumía de cuántas universidades le estaban ojeando para que jugara al hockey con ellos. Por su manera de hablar, uno creería que era el único jugador de los Diablos con posibilidades de seguir jugando al hockey más allá del instituto. Preferí no sacarle de su error. No era una competición. Y de serlo, de verdad que me daba igual quién la ganara. Podías tener un millón de ofertas encima de la mesa, pero solo podías aceptar una, y eso era lo único que importaba. Yo tenía mi propio futuro del que preocuparme. Cuando Reed y yo por fin hubiéramos llegado al día de la firma y nos hubiéramos comprometido con Ryker, ya me preocuparía de adónde iría Damien el año siguiente. Con suerte, acabaría en una universidad en la otra punta del país. O mejor aún, en la otra punta del mundo. ¿Juegan al hockey sobre hielo en Australia?

Seguía con la atención puesta en la bandeja de la comida, así que solo tenía que asentir y murmurar en señal de aprobación mientras Damien seguía hablando. Le había estado evitando todo lo posible desde que había vuelto a la ciudad, y el único motivo por el que ahora mismo estaba cerca de él era porque casi había llegado el momento de mi sesión de entrenamiento con Paige.

Todavía tenía dudas sobre mi decisión de haberle propuesto este plan. Sugerir que coqueteara conmigo delante de Damien era un intento de crear una oportunidad para que me viera como siempre había soñado que haría. Había intentado seguir el consejo de Reed y ser más proactivo. Pero me preocupaba un poco que mi plan funcionara demasiado bien.

A Damien le interesaba Paige sin lugar a dudas. Ya había preguntado si estábamos juntos y había visto la emoción en su mirada cuando le dije que no lo estábamos. Era probable que Paige ya hubiera llamado su atención, pero, conociendo a Damien, verla coquetear conmigo sería la guinda del pastel.

Hasta hacía poco, podría haberle dicho a Damien un par de cosas con firmeza y al instante se olvidaría de que alguna vez estuvo interesado en Paige. Pero había jurado apoyarla, de modo que eso ni se planteaba. Para ser sincero, lo más probable era que con Damien tampoco funcionara. No era como los otros chicos de por aquí. No le importaba mi reputación. Estaba demasiado preocupado por la suya. Y si Damien seguía pareciéndose un poquito al niño con el que solíamos pasar el rato hacía tantos años, no le importaría lo más mínimo que me enfadara. De hecho, creo que lo disfrutaría.

Me sudaban las manos mientras esperaba a que Paige llegara a la cafetería. Solo llevaba allí diez minutos, pero me parecía la hora del almuerzo más larga de toda mi vida. Damien continuaba hablando y me pregunté cómo conseguía comer y hablar al mismo tiempo sin que sus palabras sonaran amortiguadas. Era una habilidad bastante impresionante. Puede que le ofrecieran una beca universitaria por eso también.

—¿Has oído, Grayson? —dijo Damien—. Me ofrecieron una beca completa.

—Sí, genial —respondía sin tener ni idea de sobre qué equipo

estaba hablando.

De pronto noté una mano en el hombro y me puse rígido cuando oí a Paige decir:

—¿Te importa si me siento aquí?

No tenía claro si sentirme aliviado porque hubiera llegado y así por fin Damien se callaría o cabreado porque eso suponía que había llegado el momento de empezar a seducirle. Pero cuando levanté la mirada hacia ella, me olvidé de mis sentimientos encontrados. Sabía que tenía que estar nerviosa, pero se percibía una sensación de confianza en su mirada y un poco de picardía en la forma en la que curvaba la comisura de los labios. Lo único que sentía era admiración porque, maldita sea, mi mejor amiga estaba guapísima cuando luchaba por lo que quería. Solo tenía que seguir trabajando para asegurarme de que esa persona fuera yo.

—No me importa para nada. —Mi voz sonó grave y ronca. Ella no tenía ni idea del efecto que ya provocaba en mí.

Paige me guiñó un ojo y luego se sentó en mi regazo y me rodeó el cuello con las manos. Me quedé paralizado. Sabía que iba a coquetear conmigo, pero no me había dado cuenta de que eso significaba que iba a usarme como asiento privado. Tampoco es que me quejara.

Se movió sobre mí al ponerse cómoda. No, claro que no me quejaba. Aunque no estaba seguro de qué hacer yo. No tenía ni idea de dónde poner las manos y las coloqué con delicadeza en su cintura. Tenía cuidado de no hacer nada que la incomodara, pero a ella no parecía importarle en absoluto lo cerca que estábamos el uno del otro.

Mientras me dedicaba una sonrisa, me pregunté cómo iba a conseguir acabar el almuerzo sin entrar en combustión. Me parecía como si estuviéramos jugando con chispas cerca de un bosque de

leña seca. Un solo movimiento en falso y lo incendiaríamos todo.

Me había vuelto un experto en reprimir mis sentimientos. En asegurarme de que ella no se diera cuenta de cuánto me importaba. Pero, por una vez, no tenía que contenerme. No tenía que fingir que no estaba enamorado de ella. En todo caso, se suponía que tenía que hacer justo lo contrario. Tenía que seguirle el juego. No es que supusiera ningún tipo de reto. Yo quería besarla. Quería ponerle la mano en el pelo y acercarla hacia mí. Aunque lo más probable es que eso hubiera sido llevar el teatrillo demasiado lejos.

Me pregunté si ella podría saber lo que estaba pensando, porque vi un destello de sorpresa en su mirada y se mordió el labio inferior mientras clavaba sus ojos en los míos.

—Eh, P —dijo Damien a mi lado.

—Ah, hola, Damien —respondió Paige, aunque no apartó la mirada de mí. No podría haber parecido menos interesada en él y, aunque sabía que lo hacía por el teatrillo, era difícil contener la sonrisa. Me miraba como si yo fuera el chico que le gustaba y mi pobre corazón se esforzaba por no dejarse engañar por la farsa. Haría cualquier cosa para que ella me mirara así todo el rato. Para que me mirara así de verdad.

—Vaya, Grayson. —Paige sonrió coqueta mientras me pasaba los dedos por los hombros—. ¿Has estado entrenando?

Sus palabras explotaron la burbuja que nos rodeaba y me recordaron que todo era fingido. Era la misma frase que había utilizado ayer en el lago. Quizá se ceñía a lo que funcionaba. Aunque ella no tenía ni idea de lo efectivo que era. No era la frase en sí, sino el sonido de su voz suave y seductora y sentir sus dedos recorriéndome los hombros y la nuca.

—Tengo que impresionar a las chicas de alguna forma —dije, logrando recobrar un mínimo de compostura para responder—. No

es que las atraiga mi personalidad cordial.

—Ay, a mí me gusta tu personalidad —soltó una risita—. Además, los chicos taciturnos tenéis algo sexy.

—¿Ah, sí?

Eso era nuevo para mí, pero seguí con mi tono informal e inquisitivo, en vez de sorprendido. Mi madre siempre hablaba con entusiasmo de los chicos taciturnos de sus libros románticos, pero nadie quería a ese chico en el mundo real, ¿no? Era como elegir ir de paseo bajo la tormenta en vez de en un precioso día soleado. Y sabía lo mucho que Paige odiaba las tormentas.

—Ajá. —Ahora deslizaba despacio los dedos hacia el centro de mi pecho—. En particular cuando tienen tanto talento para el hockey.

Damien se aclaró la garganta a nuestro lado.

—Bueno, P. Qué suerte tienes de estar rodeada de todo un equipo de jugadores de hockey con talento.

Puf. Casi me había olvidado de que estaba ahí. Por lo visto, nuestra pequeña farsa estaba funcionando. Cuando miré a Damien había deseo en su mirada. Volvía a repetirse mi octavo cumpleaños, pero esta vez no le iba a permitir robarme las velas. Paige era mía y ahora que había probado lo que sería que me mirara como si yo también fuera suyo, no iba a rendirme sin pelear.

—Puede —respondió Paige al comentario de Damien, pero seguía mirándome a mí—. Pero cuando se trata de hockey, solo tengo sitio para un número en mi camiseta. Y siempre me ha gustado el número siete…

Le sonreí y me devolvió el gesto. Siempre llevaba mi número en los partidos. Nunca había querido que eso cambiara. Me mataría verla apoyando a otro.

Sonó la campana y Paige levantó la mirada al oírla.

—Oh, ¿ya se ha acabado el almuerzo?

Se fue a levantar, pero por instinto la estreché aún más por la cintura, manteniéndola con firmeza sentada en mi regazo. Abrió la boca, como si le hubiera pillado por sorpresa, pero entonces me dedicó una sonrisa traviesa.

—¿No vas a dejar que me vaya?

—Nunca.

—¿N-nunca? —tartamudeó al responder, lo que me hizo darme cuenta de lo serio que había sonado, de con cuánta atención la había estado mirando cuando hablaba y de lo entrecortada que era su respiración. ¿Me había pasado? ¿Había revelado demasiado? Pensé en dar marcha atrás, pero ya estaba harto de hacerlo. Si quería hacer progresos con Paige, más me valía doblar la apuesta. Puede que solo tuviera la oportunidad de jugar este partido con ella una vez, así que iba a darlo todo.

Me incliné un poco más.

—¿Por qué iba a hacerlo cuando estás justo donde quiero que estés?

Inhaló hondo en silencio y sus ojos se volvieron a clavar en mis labios. De verdad que sentía que la tenía justo donde quería, en más de un sentido, pero entonces soltó una risita, haciendo añicos el espejismo.

—Bueno, pues me tendrás que dejar ir en algún momento —dijo —. Llegaré tarde a clase. No querrás que me meta en problemas, ¿no? —Intentó levantarse de mi regazo de nuevo y esta vez dejé caer las manos de su cintura. Odié el aire frío que reemplazó su calidez—. Te veo luego, Gray.

Mientras la contemplaba irse, deseaba que la campana no hubiera sonado tan pronto para que hubiéramos podido seguir fingiendo para siempre.

Damien también estaba mirando cómo se iba y soltó un silbido

largo y grave.

—Si hubiera sabido que Paige tenía debilidad por los jugadores de hockey, le habría hablado más sobre mis habilidades el sábado por la noche.

Hice caso omiso de su comentario y me levanté de la mesa con la intención de poner tanta distancia entre Damien y yo como fuera posible. Había cumplido con mi parte, demasiado bien por lo visto.

Pero me alcanzó cuando salía de la cafetería.

—¿De verdad que no estáis juntos?

—No. —Le trataba de forma seca, con la esperanza de que captara la indirecta. Pero, como siempre, pareció no enterarse.

—¿Así que me la puedo pedir?

Me paré en medio del pasillo y le miré.

—No puedes pedírtela —dije—. Es una persona.

Sonrió con suficiencia.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Solo sé que si un chico le hace daño, tendrá que vérselas conmigo.

Me di cuenta demasiado tarde de que había roto mi promesa a Paige. No podía intimidar a otros chicos y desde luego no se suponía que debía amenazar a Damien de forma directa. Pero no me podía quedar ahí plantado sin decir nada. No cuando hablaba de ella de ese modo. Iba a protegerla siempre, con promesa o sin ella, y Damien tenía que darse cuenta de que Paige no era un juguete que pudieras pedirte y luego dejar de lado cuando te aburrieras.

Damien respondió con una risita.

—Vale, tío. Lo pillo.

—No estoy bromeando —gruñí.

—Claro, porque sería toda una novedad, ¿no? —Volvió a reírse antes de darme una palmadita en el hombro—. Te veo luego, Gray.

Me quedé allí con la mirada fija en él. La verdad es que a Damien no le daba miedo. Ni siquiera se había dado cuenta de mi tono amenazante. Eso sí que era una novedad. No era una sorpresa del todo, dado lo egocéntrico que era el tío. Pero no me preocupaba. Si Damien iba a por Paige, no podía hacer nada para evitar que él le rompiera el corazón. Tendría que seguir adelante con mi plan para que él no tuviera ningún tipo de relevancia.

Como si mis pensamientos la hubieran convocado, apareció Paige ante mí con los ojos brillantes y llenos de esperanza.

—Bueno, ¿qué tal ha ido, entrenador?

—Has sido muy convincente —dije intentando no parecer decepcionado. La verdad es que Paige había bordado la farsa, pero había suscitado el interés de Damien y añadido leña a la hoguera que ya ardía en mi interior.

—¿De verdad?

—Sip. Se me ha olvidado hasta mi nombre.

—Tú tampoco has estado mal. —Se echó a reír y apartó la mirada de mí antes de colocarse el pelo detrás de la oreja—. En especial con esa frase sobre no dejarme marchar nunca. —Siguió con la mirada clavada en sus pies, que restregaba por el suelo—. ¿Cómo se te ha ocurrido eso?

Tan solo dije lo que sentía de verdad. La diferencia era que por norma general me guardaba esos sentimientos secretos en lo más profundo de mi ser. Entrenarla me estaba permitiendo soltarlos aunque solo fuera un momento y me gustaba la sensación. Me aterraba, pero me gustaba.

—Supongo que me has inspirado.

Por fin levantó la mirada para encontrar la mía y sonrió. Pero luego miró por encima de mi hombro y señaló con la cabeza en dirección a donde Damien desaparecía por el pasillo.

—¿Crees que ha funcionado con él? —Parecía ilusionada pero con reservas, y eso me fastidiaba.

—Sí, creo que sí.

—¿De verdad crees que he llamado su atención? Y ahora, ¿qué hago?

Vacilé. Responder a esa pregunta era mucho más difícil de lo que Paige podría haber imaginado. No quería que ella supiera cuantísimo interés tenía Damien y lo fácil que debería ser para ella tachar lo del primer beso de la lista si quisiera. Pero tampoco podía mentirle y fastidiar sus opciones con él. Tendría que darle mi opinión sincera y esperar conseguir salir de la *friend zone* antes de que Damien moviera ficha.

—Sigue haciendo lo mismo —dije.

—¿A qué te refieres? ¿Que siga ignorándole?

—Sip. Espera a que él se te acerque. Ya has preparado el terreno, no quieres arriesgarte a estropearlo pareciendo demasiado interesada.

—Supongo que tiene sentido. ¿Algo más?

—Sigue coqueteando conmigo, claro.

Se echó a reír.

—¿De verdad?

Traté de aparentar indiferencia, como si el mero hecho de pensar en coquetear con ella no me estuviera poniendo el corazón a mil por hora.

—Nunca se tiene demasiada práctica.

Me miraba con atención, pero sonrió.

—Vale. Lo tendré en cuenta.

Ya había pasado bastante rato desde que sonó la campana y en nada llegaríamos tarde a clase, así que empezamos a recorrer juntos el pasillo. Estaba casi vacío y me sentí con un poco más de confianza

a medida que seguíamos hablando.

—¿Así que los chicos taciturnos de verdad tienen algo sexy? —pregunté. Me dio con la mano en el estómago—. Ay, jo.

—Lo que pasa cuando coqueteamos se queda allí —respondió.

—Vale, vale. —Levanté las manos en señal de rendición—. No hace falta que me ataques.

—Casi no te he tocado.

—Me podrías lesionar.

—Sobrevivirás.

—Nop. Creo que me has roto una costilla.

Me echó una mirada escéptica.

—Un tío de noventa kilos te aplasta contra las barreras y sales patinando tan campante. ¿Una chica que es la mitad de grande que tú te da un golpecito de nada en el estómago y necesitas atención médica?

—Eres más fuerte de lo que pareces.

Siguió andando.

—Bueno, tú no eres tan taciturno como pareces.

—Pero ¿sigo siendo sexy?

Levantó la mirada hacia el cielo, pero luego sus ojos se encontraron de nuevo con los míos.

—Me encantaría que coquetear con otras personas fuera tan fácil como hacerlo contigo —dijo—. Igual después del cambio de imagen me siento con la misma seguridad al volver a intentarlo con Damien.

Se me secó la garganta cuando mencionó lo de su cambio de imagen.

—¿Vas a seguir adelante con eso?

—Sí… —Frunció el ceño—. Me dijiste que no me ibas ayudar, pero eso no significa que no vaya a seguir adelante. Como hoy he llamado la atención de Damien, es hora de pasar a la siguiente fase,

¿no?

—Supongo —dije con un gruñido—. ¿Cuándo lo vas a hacer?

—Esta noche —respondió con una sonrisa indecisa—. Bonnie me va a llevar de compras. Va a hacer que esté irresistible.

—¿De verdad es lo que quieres? —pregunté.

—¿Quién no quiere estar irresistible?

—Me refiero a si de verdad quieres cambiar tu aspecto.

Paige bajó la mirada hacia su ropa y se encogió de hombros.

—No se trata de lo que quiero. Se trata de lo que necesito.

Cada vez estaba más en contra del cambio de imagen. Y tampoco parecía que ella estuviera muy entusiasmada con todo eso. Me preocupaba en especial que Bonnie se hiciera cargo de la transformación. No podían tener gustos más diferentes en lo referente a la ropa y me daba miedo que Paige acabara pareciendo otra persona que no se pareciera en nada a ella.

—Yo te llevaré. —Se me escapó la frase antes de pensarla.

—¿Qué?

—Que yo te llevaré —repetí despacio.

Paige se paró en seco y me miró.

—No quieres llevarme de compras.

—Claro que sí. —Seguí caminando para que no pudiera analizar mi respuesta demasiado y tuvo que echar una carrerita para alcanzarme.

—¿No tienes entrenamiento de hockey hoy?

—Me inventaré una excusa y no iré.

—Pero nunca faltas a un entrenamiento. —Me miraba con recelo —. Ni siquiera te los saltaste cuando casi estabas muriendo de gripe el mes pasado. Además, ¿este fin de semana no viene a verte el entrenador de Ryker?

—Eso es el fin de semana. No va a venir al entrenamiento de hoy.

El equipo sobrevivirá si me pierdo una sesión.

Arrugó el entrecejo y me analizó, como si buscara cualquier señal de lo que pasaba bajo mi estoica fachada. Iba a tener que buscar un rato si quería respuestas, mi expresión era del todo imperturbable.

—¡No quieres venir de compras conmigo! —Levantó las manos como para remarcar la frase—. Sé que no quieres.

Era cierto. Había pocas cosas que me gustaran menos que ir de compras. Pero no quería que Paige se viera obligada a llevar ropa con la que no estaba cómoda solo para impresionar a un chico. Además, mi pequeña charla con Damien me había dejado claro que me estaba quedando sin tiempo. Quién sabe, quizá la salida para ir de compras fuera otra oportunidad para acercarme a ella.

—Como tu entrenador de citas, creo que es bastante importante que esté allí —dije—. ¿No quieres la opinión de un chico?

—Supongo que sí. —Apretó los labios mientras lo pensaba.

—Y puede que sea divertido. —Ahora me miraba como si le preocupara que me hubieran trasplantado el cerebro de un alienígena. Puede que me hubiera pasado de entusiasmo, así que señalé el aula con la cabeza cuando llegamos—. Esta es tu…

—De acuerdo. —Miró hacia la puerta—. ¿Estás seguro?

—No me ofrecería si no lo estuviera.

—Vale… —Seguía sin parecer convencida y me lanzó una última mirada de escepticismo antes de entrar en el aula. Intenté sonreír para tranquilizarla, pero lo más seguro es que me saliera algo parecido a una mueca.

¿De verdad había decidido saltarme el entrenamiento para ir de compras? Paige debía de creer que había perdido el juicio. Puede que por fin lo hubiera hecho.

CAPÍTULO 16

PAIGE

—No pienso volver a confiar en Abby para que escriba la crónica de un partido de hockey nunca más. —Bonnie echaba humo cuando nos vimos junto a las taquillas al final de clase.

Dejé de colocar los libros de texto para prestarle atención:

—Oh, no. ¿Qué ha pasado?

—¿Por dónde empiezo? Ha confundido el nombre de la mitad de los jugadores, se equivocó con el resultado del partido, y no me hagas hablar de la forma en que ha maltratado el idioma. Me he pasado la hora de la comida entera haciendo las correcciones de su artículo. Si no fuera esto un periódico escolar, la despediría ahora mismo.

—Vaya, lo siento, Bon.

—No te preocupes, ya estoy acostumbrada. Seguro que esto no les pasa a los editores del *New York Times*. —De repente cogió una bocanada de aire y me agarró del brazo—. Ay, Dios mío. ¿Por qué no me has interrumpido? Cuéntame qué pasó.

—¿Qué pasó con qué?

—¿Con qué iba a ser? —se mofó de mí—. La hora de la comida. Tú con Damien y Grayson; el coqueteo, los celos, el drama… Me he perdido el espectáculo, así que tienes que contármelo todo.

No había habido mucho drama; de los celos no estaba segura, pero lo que no dejaba lugar a dudas era que había habido coqueteo.

—No te has perdido mucho —dije con toda la calma que pude—, aunque ha ido bien.

Bonnie me miró con desaprobación.

—Voy a necesitar muchísimos más detalles. ¿Cómo reaccionó Damien? ¿Retó a Grayson a batirse en duelo por tu corazón? ¿Echaba espuma por la boca? ¿Se derramó alguna bebida? ¡Ay, no! No se te ocurriría usar esa risita nerviosa otra vez, ¿verdad?

No confiaba nada en mí. Supongo que no debería haberme sorprendido después de mi fallido coqueteo en público con Damien. Sin embargo, con Grayson había sido completamente diferente. Antes de entrar en la cafetería estaba nerviosísima. Tenía miedo de que los efectos del sueño de la noche anterior y la cercanía con Damien dieran al traste con todo. Sin embargo, respiré hondo y fui a por todas. En cuanto me senté en el regazo de Gray y le acaricié los hombros firmes se me pasaron todos los nervios.

Al recordarlo en ese momento se me dibujó una sonrisa en los labios y se me erizó la piel. ¡Había sido tan divertido coquetear con Gray! No había dicho nada especialmente original y no había duda de que necesitaba practicar más, pero no podía quitarme de la cabeza la forma en la que había sonreído cuando le dije que su número era el único que llevaría en la camiseta. Gray no se prodigaba con las sonrisas, así que siempre me daba un subidón cuando conseguía provocarlas. Y cuando me dijo que jamás me dejaría marchar…

Ese comentario me había dejado descolocada. Lo había dicho con tanta seguridad en sí mismo que me pilló por sorpresa. Lo más seguro es que solo tratara de darle a su actuación el gran final que se merecía, pero entonces ¿por qué tenía esa sensación en la boca

del estómago de que había algo más?

—No, mi sonrisita ridícula no ha hecho acto de presencia hoy, gracias a Dios. —Negué con la cabeza para responder a su pregunta y para tratar de apaciguar el rubor—. Tampoco se derramó ninguna bebida ni se lanzaron el guante, pero creo que Damien mordió el anzuelo.

Esto último era lo que debería haberme emocionado. En lugar de eso, me preguntaba cuándo tendría la oportunidad de volver a coquetear con Grayson y si él lo había disfrutado tanto como yo.

—¿Y? —me alentó Bonnie.

—No hay mucho más que decir. —Me encogí de hombros—. Se supone que tenía que pasar de Damien, ¿recuerdas?

—Te has debido de dejar algo. ¿Damien no dijo nada?

—Sí. Le dije a Grayson lo bien que jugaba al hockey y Damien mencionó que existían otros jugadores con talento en el equipo.

—Esa es una buena señal —dijo asintiendo con la cabeza en señal de aprobación. Aunque, al contemplarme, ladeó la cabeza—. ¿Hay algo más?

—No. Eso es todo.

—Paige, hay algo que no me estás contando.

Al parecer no había quedado satisfecha con mi respuesta.

—¿El qué? No hay nada…

Inclinó la cabeza un poco más y enarcó una ceja.

—Te lo juro.

Bonnie seguía observándome a la espera de que desembuchara lo que creyera que le estaba ocultando. No había nada más que decir. Bueno, nada más sobre Damien.

—Es solo que me lo he pasado muy bien coqueteando con Gray.

—¿En serio?

—Sí. Ha sido muy divertido. Así es como me imagino yo que

deberías sentirte cuando coqueteas con alguien. Creo que estoy mejorando mucho.

Bonnie miró en derredor al alumnado que pasaba por nuestro lado. Luego se acercó más a mí.

—¿Te gusta?

—¿Cómo dices?

—Si te gusta Grayson. —Recalcó el verbo gustar con mayor claridad esta segunda vez para que no hubiera lugar a equívocos.

—Pues claro que no. Ya sabes que somos amigos. Por eso fue tan divertido coquetear con él.

—Te emociona más lo bien que lo has pasado con Gray que la reacción de Damien.

Me burlé de la idea.

—Estoy de subidón por el éxito de la misión.

—Suena como si la misión se hubiera ido por otros derroteros.

—No, no. Fue por donde tenía que ir. —Le hice un mohín—. Solo ha sido un coqueteo inocente, Bon. Que lo haya disfrutado no significa nada.

Negó con la cabeza.

—Que lo hayas disfrutado significa que vas detrás del chico equivocado.

—Creo que te has pasado demasiado rato corrigiendo artículos para el periódico. Ves historias donde no las hay.

—O tal vez haya destapado la exclusiva del año.

—Estás como una cabra —dije al tiempo que cerraba la taquilla.

—Como una cabra muy observadora. Mi olfato de reportera huele estas historias a kilómetros de distancia.

—Pues tu olfato se equivoca. Incluso los perros rastreadores fallan de vez en cuando. —Me eché la mochila al hombro y empecé a caminar hacia la salida con la esperanza de que eso pusiera fin a las

teorías conspiratorias de Bonnie.

No tardó en alcanzarme.

—Vale, puede que tengas razón, pero más te vale tener cuidado. Todo este coqueteo con tu mejor amigo te está afectando.

Era difícil llevarle la contraria, sobre todo después del sueño de la noche anterior. Pero si lo que insinuaba era que mis sentimientos iban más allá de la amistad, estaba yendo demasiado lejos. Aunque fuera de mentira, estábamos coqueteando. Eso descolocaría a cualquiera. El olfato de Bonnie seguía el rastro equivocado. Seguro.

—Tal vez recupere el olfato con nuestra visita al centro comercial de esta tarde —añadió.

—Ahora que lo mencionas, Grayson quiere apuntarse.

A Bonnie casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿Grayson quiere venir de compras?

—Claro. Dice que nos vendrá bien un punto de vista masculino.

—Bueno, no nos vendría mal. Es solo que no me imaginaba que ir de compras fuera lo suyo.

—Porque no lo es. Solo trata de ayudarme.

—Bien, porque necesitas toda la ayuda que puedas conseguir para arreglar esto. —Señaló con la mano mi atuendo.

Y yo que pensaba que ese día lo había hecho bien. Llevaba un vestido azul vivo y una chaqueta azul marino muy mona. Con el azul quería llamar la atención de Damien y la chaqueta… Bueno, vale, la chaqueta me la había puesto porque tenía frío, pero, aun así, ¿podía mejorarse el conjunto? La última vez que me había puesto ese vestido Gray había dicho que me favorecía ese color. Pensé que si había logrado llamar la atención de Gray lo bastante como para hacerme un cumplido, también funcionaría con Damien.

Miré a Bonnie a los ojos.

—Me gusta lo que llevo.

—A la señora Shannon también. —Apuntó con la cabeza al otro lado del pasillo, donde se encontraba la señora Shannon, que acababa de salir de la sala de profesores. Llevaba un conjunto muy parecido al mío.

—No es exactamente el mismo vestido —farfullé, pese a no tenerlas todas conmigo. No había más que una tienda de ropa en el centro de Ransom, y al parecer no era la única en el instituto que compraba allí. Compartía ese honor con la ancianísima profesora de inglés. Los demás iban al lujoso centro comercial a las afueras de Sunshine Hills.

—Paige, lleváis hasta los mismos zapatos cómodos.

Puse una mueca cuando corroboré que efectivamente era cierto: eran exactamente iguales.

—Vale, puede que mi atuendo se parezca ligeramente al de nuestra profesora más molona…

Bonnie se echó a reír.

—No te preocupes. De aquí a mañana tendrás el aspecto de una adolescente de diecisiete años superpopular. —Sonrió y me dio un golpecito en el hombro con el suyo cuando me la quedé mirando con cara de pocos amigos—. Será divertido. Ya lo verás.

En cuanto salimos al aparcamiento localicé a Grayson, reclinado contra su camioneta. Tenía los brazos cruzados. Viéndolo desde lejos, podía entender por qué la gente se sentía intimidada a su alrededor: resultaba imponente y la expresión de su rostro no solía ser muy amable que digamos. Sin embargo, al verme, su mirada se volvió más luminosa y de repente ya era prácticamente imposible imaginarse por qué la gente le tenía miedo.

—Tengo el coche aquí —dijo Bonnie—. Nos vemos en el centro comercial.

—¿No quieres que vayamos juntas? Puede llevarnos Grayson.

—No, no. Es mejor así. Cuando terminemos tengo que ir a comprar leche en polvo que me ha encargado mi madre e irme directa a casa. Se ha puesto muy nerviosa antes cuando se ha dado cuenta de que casi no quedaba. —Se volvió hacia Gray, que seguía apoyado en la camioneta esperándonos—. Además, me parece que tu mejor amigo preferiría ir a solas contigo…

—No seas tonta. Seguro que no le importa.

—Prefiero no jugármela. Llevo mucho tiempo merodeando por los alrededores de su lista de indeseables. Paso de meter la pata y arriesgarme a ocupar el primer lugar.

—No tiene una lista de indeseables.

—Ese chico ha nacido con una de serie —se rio antes de dirigirse al coche—. Nos vemos allí.

Empecé a preguntarme si no sería desastroso ir de compras con Bonnie y Gray. Nunca se ponían de acuerdo en nada. Seguro que tenían opiniones opuestas acerca de la ropa que debería llevar.

—¿Estás seguro de que quieres venir? —le pregunté al acercarme a la camioneta.

Me abrió la puerta del coche.

—Quiero ir contigo a todas partes, Pidge.

Ahí estaba de nuevo esa sensación en la boca del estómago. ¿Por qué se me iba la mente a lugares que no debía transitar? En serio, ¿cómo era posible que Grayson no tuviera novia? Hice memoria para ver si siempre había hecho este tipo de comentarios. Seguro que sí, pero, por alguna razón, esa dulzura no se había limitado a reconfortarme como una brisa fresca en un día de verano; me había calado hondo y me había hecho estremecer. ¿Estaría incubando algo? Había muchos casos de gripe.

—No creo que necesites un cambio de imagen —dijo Grayson sin darme tiempo a responder. Seguía esperando con la puerta de la

camioneta abierta, así que me libré de esos pensamientos y me monté en el asiento del pasajero.

—Aunque cueste creerlo, Grayson Darling, a veces te equivocas. Necesito ese cambio de imagen. Nadie me va a pedir salir si sigo vistiendo así. Sobre todo alguien como Damien.

—Por mí podrías vestirte solo con una bolsa de papel y seguiría sin creer que necesitas un cambio de imagen.

Madre mía, qué cabezón era. Pero me quedé con las ganas de decírselo, porque cerró la puerta y rodeó el coche hacia el asiento del conductor.

—De hecho, esa bolsa de papel mejoraría mi aspecto —dije una vez se hubo montado en la camioneta—. ¿Sabes que hoy llevaba la misma ropa que una profesora?

Eso le bajó un poco los humos.

—Estoy convencido de que esa profesora tiene buen gusto.

—Era la señora Shannon.

No supe distinguir si Gray quería reírse o sentía vergüenza ajena. Lo que estaba claro era que había abierto los ojos como platos de la sorpresa.

—Supongo que está bien que vayamos de compras —arrancó el motor—, pero, para que quede claro, la señora Shannon es muy guay para sus ochenta años.

Me eché a reír. Igual no era tan mala idea ir de compras.

* * *

Cuando estábamos llegando al centro comercial recibí un mensaje de Bonnie donde me decía que nos diéramos prisa, que ella ya estaba allí. ¿Cómo había conseguido llegar tan rápido? Cuando por fin accedimos a los grandes almacenes desde el aparcamiento,

Bonnie ya había revisado las perchas y llevaba los brazos llenos de ropa. Grayson la miró horrorizado. Seguro que se sentía fuera de lugar y ver a Bonnie con toda esa ropa no ayudaba nada.

—Perdonad que no os esperara —dijo Bonnie mientras seguía añadiendo prendas al montón—. Tengo que irme…

—¿Cómo?

Era ella quien me había forzado a hacer el cambio de imagen. ¿Cómo me podía dejar tirada justo antes de empezar?

Sacó un vestido de su percha y lo inspeccionó de arriba abajo antes de devolverlo a su sitio.

—Me acaba de llamar mi madre. Se ha acabado la leche de fórmula y Tabi no deja de llorar. Necesita que la compre y se la lleve a casa ahora mismo.

—Ah, bueno, no pasa nada. Podemos quedar otro día.

—No seas tonta. Tu armario no va a resistir otra noche sin una operación de urgencia. Damien nunca te va a pedir salir si sigues con esa pinta. Parece que le vas a poner una amonestación por hablar fuera de turno.

Echó un último vistazo por la tienda y suspiró.

—Esto tendrá que bastar —dijo antes de acercarse y descargar toda la ropa seleccionada en mis brazos.

—Parece más que suficiente —murmuró Gray.

Bonnie lo ignoró y siguió a lo suyo.

—He intentado ofrecerte distintas opciones, aunque todo lo que he seleccionado es más atrevido que lo que sueles llevar. Deberías elegir algo que realce tus curvas, no que las esconda. Pruébatelos todos, ¿vale? Como mínimo tiene que haber uno que te guste.

—De acuerdo.

Después Bonnie se dirigió a Grayson, señalándolo con el dedo.

—Te dejo al mando. No me decepciones.

—Ya. No lo haré. —Se le veía nervioso, tal vez por primera vez en su vida. ¿Se sentía Grayson un poco intimidado?

—Perfecto. No os lo paséis demasiado bien sin mí.

Y, como un torbellino, desapareció de allí. La consecuencia de ese arrebato era la montaña de ropa con la que cargaba. Sonreí y me volví hacia Grayson.

—Vale, deberíamos empezar a buscar la combinación perfecta de atrevido y ceñido al cuerpo. —Perdí el hilo al percatarme del ceño con el que miraba Grayson la ropa que había seleccionado Bonnie. Seguro que se estaba arrepintiendo de haber venido, aunque también me di cuenta de que tenía las mejillas ligeramente sonrosadas. ¿Acaso le daba vergüenza?

—Acabemos con esto —dijo al tiempo que me cogía el montón de ropa para llevarlo por mí. Me estremecí al sentir su piel rozar la mía. ¿Qué me ocurría hoy? Grayson estaba actuando como siempre. No había ningún motivo para sobresaltarme solo porque me hubiera rozado el brazo con la mano.

Me miró de forma extraña y me reí para salir del atolladero.

—Sabía que no te apetecía venir.

—¿De qué hablas? No querría estar en ningún otro sitio.

Eso no era cierto. Sobre todo porque podría estar jugando al hockey en ese preciso instante. Pero agradecía que estuviera aquí, y más ahora que Bonnie se había tenido que ir.

—Bueno, en cualquier caso, te lo agradezco. Y alégrate. Te lo pagaré con un helado.

—Esto no lo pagas con un helado —refunfuñó.

Sin querer, me había fijado en sus labios, así que me volví rápidamente a buscar los probadores. Juraría que él también había mirado los míos. O no. Seguro que me lo había imaginado…

—Te lo estás imaginando todo, Paige —me dije por lo bajo—.

Todo.

CAPÍTULO 17

GRAYSON

Odiaba ir de compras más que nada en el mundo. Más que las alturas. Más que notar el estómago vacío. Incluso más que cuando la temperatura sobrepasaba los veinte grados. Era mi definición del infierno. Me costaba creerme estar aquí con Paige cuando debería estar en el entrenamiento. Aunque lo más increíble era que lo estaba disfrutando. Paige tenía la capacidad de convertir cualquier cosa en algo divertido. Ojalá no estuviéramos haciendo esto para que otro chico le pidiera salir.

—¿Qué te parece? —preguntó al salir del probador con una floritura.

Se había probado un vestido claro color teja que parecía bastante inocente, hasta que se dio la vuelta y vi que dejaba la espalda al aire. Los tirantes no eran más que un hilo de tela, que le recorría la espalda en una curva sinuosa desde la altura del escote hasta la cintura. El estilo le favorecía, aunque no me costaba nada imaginarme a Damien colocándole la mano en la baja espalda desnuda, por lo que no me quedó más remedio que odiarlo.

—Te queda muy bien, Paige.

Puso los ojos en blanco.

—Has dicho lo mismo de los dos anteriores.

—Supongo que también te quedaban bien.

—Vale, pero tenemos que elegir uno. —Suspiró, volvió a meterse en el probador y cerró la cortina—. Necesito que empieces a hacer crítica constructiva o no llegaremos nunca a decidirnos —dijo elevando la voz para que la oyera desde fuera.

No le había mentido. Todo lo que se había probado le quedaba bien, aunque no parecía ella misma. Y tampoco tenía la sensación de que a ella le convenciera lo que había seleccionado Bonnie. Era muy fácil darse cuenta de lo que emocionaba a Paige, porque se le iluminaba la cara e irradiaba entusiasmo. Al contrario que conmigo, nunca había la menor duda de lo que sentía Paige en cada momento. Por lo que había visto hasta el momento, era obvio que se sentía poco impresionada o incluso incómoda.

Casi me da un ataque al corazón cuando reapareció con el siguiente conjunto.

—¿Vas a llevar eso al instituto?

Lucía unos tejanos tan ajustados que parecían pintados sobre la piel y un top oscuro ceñido y escotado. No sabía dónde mirar. Cerré las manos, que reposaban sobre el regazo, en un puño mientras observaba el conjunto, controlándome para no quedarme mirando donde no debía más tiempo del necesario. No había duda de que el conjunto cumplía con el criterio estricto de Bonnie: más atrevido que lo que solía llevar Paige y ceñido. Si se presentara así en el instituto nos expulsarían a los dos; a Paige por saltarse las normas de vestimenta y a mí por romperle la nariz al primer tío que se quedara mirándola.

—Vale. Ya sé que te he dicho que quería una crítica constructiva, pero tampoco esperaba que fueras tan tajante —dijo mirándose la ropa—. ¿Es que no me queda bien?

—Yo no he dicho eso. —Le quedaba estupendo. Demasiado bien.

Era solo que, igual que el resto de la ropa que había escogido Bonnie, no parecía Paige.

—Pero era lo que querías decir.

—De eso nada —protesté—. Lo único que pasa es que es distinto de lo que sueles llevar.

—Por eso estamos aquí, Grayson —contestó con una sonrisa—. Se supone que debo cambiar de imagen. Fíjate, el top lleva estrellitas. Ya sabes cuánto me gustan las estrellas…

Entorné los ojos y me fijé en el top. Vi que la tela oscura llevaba unos dibujos de estrellas. Me encogí de hombros.

—Lo que te gusta es contemplar las estrellas. Esto no tiene nada que ver. Y las estrellas no son el problema.

Se cruzó de brazos y me miró fijamente.

—¿Y cuál es el problema si puede saberse?

—Pues que se nota que no te sientes cómoda.

—Cierto. Noto que tengo el culo a punto de reventar las costuras —dijo riéndose de nuevo—. Y tengo la sensación de que si me inclino un poco hacia delante se me van a salir las tetas del top.

«Respira hondo —me dije a mí mismo—. Respira hondo».

Por suerte se me daba genial esconder mis sentimientos.

—No quería decir eso. Al conjunto no le pasa nada. Estás muy guapa. Siempre lo estás. Es solo que se te ve incómoda y no pareces tú misma.

—Pero esto es lo que les gusta a los chicos, ¿no?

—Supongo que a algunos sí.

Se llevó la mano a la cadera y enarcó una ceja.

—A chicos como Damien…

Tenía los puños tan apretados que me estaba clavando las uñas en la palma de las manos.

—Puede.

—Y ¿a ti? ¿Te fijarías en una chica si fuera vestida así?

—A mí nunca me gustaría una chica solo porque fuera vestida así.

Al fin y al cabo estábamos hablando de Paige, y ese era un tema completamente diferente. Claro que me gustaba vestida así, pero también cuando llevaba el viejo pijama a cuadros azules y rosas que había traído a casa. Qué digo, me gustaba hasta en primero cuando fue a la fiesta de Halloween de Cory Carter vestida de pulpo. Esa fue una tarde muy confusa…

—Venga ya. Sé que este no es mi estilo, pero ¿de verdad me estás diciendo que no te volverías a mirarme si pasara por tu lado con esta ropa?

Me encogí de hombros.

—¡Grayson Darling! —Había una incipiente sonrisa en su rostro—. ¿Eres un mojigato?

Entrecerré los ojos.

—Lo que me preocupa es el número de chicos que se va a fijar en ti.

Se le iluminó la cara. Acababa de meter la pata si lo que pretendía era que no eligiera esa ropa.

—Entonces ¿es este el que debo elegir?

—Veamos el siguiente.

—Me lo tomaré como un sí.

—El siguiente, Pidge.

Seguía luciendo una sonrisa cuando desapareció en el probador. No quería ni imaginarme lo que se estaría probando ahora. Tendría que confiar en que no fuera tan atrevido. No sabía si mi corazoncito podría aguantar otra conmoción.

Mi teléfono no había parado de vibrar, así que lo saqué sin muchas ganas, solo para distraerme de lo que ocurría en el interior de ese probador. El grupo que había creado Parker para lo que había

llamado «Operación Shrek» estaba a reventar de mensajes. También le habían cambiado el nombre: «Los ogros son como las cebollas». Entré en el chat, resignado.

Matt
¿Dónde te has metido,
Gray?

Reed
El entrenador ha dicho que había
una emergencia.

Owen
¿Ha ocurrido algo?

Parker
¿No habrás pasado del
entrenamiento para hacerte otro
tratamiento facial, verdad?

Matt
¿OTRO?

Puede que saltarme el entrenamiento no me hiciera perder la titularidad en el equipo o mi fichaje por Ryker, pero estaba claro que iba a perder la dignidad.

Yo
Estoy ayudando a Paige. Ella es la
de la emergencia.

Reed
¿Está bien?

Matt
Tuve clase a última hora con ella.
Parecía estupenda.

Parker
Es un tratamiento facial. Esa es mi
apuesta.

Matt
¿¿¿Qué le pasa al cutis de
Grayson???

Owen
¿Forma parte del entrenamiento
de Paige?

Parker
A Grayson le gusta que su cutis
huela a gotas de lluvia y esté
suave como el culito de un bebé.

Debería haber sabido que iban a querer una explicación. Mierda. ¿Para qué me habría sacado el móvil del bolsillo? Se me había dado bien fingir que este hilo no existía hasta ahora. Al parecer ver a Paige probándose toda esta ropa me había nublado el juicio. No iba a poder librarme de decir la verdad. Si no contestaba rápido

empezarían a hacer más preguntas sobre tratamientos faciales.

Yo
Hemos ido de compras.

Suspiré al ver la notificación que salió en la pantalla: «Parker está escribiendo…».

Parker
jajajajajajajajaja

Parker
Tío, eso es incluso
peor.

Reed
¿Por qué te has saltado el
entrenamiento por eso?

Yo
En su momento me pareció buena
idea. Fuiste tú el que me dijo que
aprovechara todas las
oportunidades que tuviera.

Reed
No me refería a saltarte el
entrenamiento para ir de
COMPRAS.

Matt
¿Y no puedes marcharte sin más? Todavía puedes llegar a tiempo.

Owen
¡Cómo va a marcharse! Paige le ha pedido ayuda y él trata de conquistarla.

Parker
Primero el tratamiento facial y ahora esto. ¿De verdad quieres que deje de verte como a un amigo?

A la mierda Parker. Lo único que he hecho ha sido seguir sus consejos y actuar conforme a mis sentimientos no correspondidos por Paige. Todavía no había descifrado cómo me ayudaría estar en esta tienda. No parecía estar consiguiendo mucho aquí sentado aconsejándole sobre ropa.

Me guardé rápidamente el móvil en el bolsillo al tiempo que se descorría la cortina del probador. Esta vez, Paige sonreía de verdad, parecía entusiasmada, y yo le devolví la misma expresión cuando me fijé en su atuendo.

Llevaba un vestido rosa moteado con florecitas blancas. La tela era ligera y delicada y se le ceñía ligeramente en las caderas, pero tenía vuelo a la altura de las rodillas. No difería mucho de los vestidos que ya había en el armario de Paige. Me sorprendió que Bonnie lo incluyera en el montón que había seleccionado. No tenía nada que ver con el conjunto anterior y, aun así, estaba perfecta. El

corazón me latía con fuerza como si estuviera de acuerdo.

—Este sí que te queda bien —dije—. Olvídate de lo que te he dicho de los otros.

Se le iluminó todavía más la cara y me dedicó una sonrisa. Se miró el vestido y se lo alisó con las manos:

—Gracias. Me encanta, aunque no es lo que he venido a buscar.

—¿Qué quieres decir?

—No cumple los requisitos de Bonnie.

—Bueno, lo ha elegido ella, ¿no?

Paige volvió a mirarme a los ojos y arrugó la nariz:

—No del todo. Igual lo he cogido yo de camino a los probadores. No he podido evitarlo.

Me entraron ganas de sonreír al pensar en lo que se habría enfadado Bonnie de haber estado aquí. Esto explicaba por qué a Paige le había gustado tanto.

—Supongo que eso significa que este no puedo comprarlo. —Suspiró.

—¿Por qué no? Deberías llevar lo que te hace feliz. Y se te ve muy feliz con él puesto.

—Bueno, igual no es solo por el vestido —susurró—. Me lo estoy pasando muy bien contigo.

Consiguió arrancarme una sonrisa. Quise leer sus palabras como una prueba de que el esfuerzo que estaba haciendo empezaba a dar sus frutos. Aunque en el fondo sabía que no significaba nada.

Se miró en el espejo por última vez y volvió a suspirar.

—Será mejor que me cambie.

—Voto por comprar este vestido e irnos a por un helado.

—Pues claro que es ese tu voto.

—Qué puedo decirte. Soy un hombre fácil de complacer.

—Ya. No es muy difícil cuando lo único que te interesa es el

hockey y la comida.

—Y tú… —susurré al verla entrar en el probador.

Lo había dicho tan bajo que no dejó de sorprenderme que se diera la vuelta para mirarme.

—¿Qué has dicho?

—*Fondue* —tartamudeé—. Lo único que me interesa es el hockey, la comida, y la *fondue*.

Me miró con el ceño fruncido y se echó a reír.

—Creo que la *fondue* sigue siendo comida, Gray.

—Cierto. Ya sabes que no puedo pensar cuando tengo hambre. Llevo horas sin comer.

—Sí, ya lo sé. No tardo nada. Solo me queda un vestido por probarme. Luego tendremos que decidirnos.

Dejé escapar un suspiro cuando desapareció tras la cortina del probador. ¿*Fondue*? ¿Eso era lo mejor que se me había ocurrido? Parker tenía razón: debía esforzarme más o acabaría por hundirme para siempre en mi rol de amigo. Por un lado deseaba haberle dicho la verdad. Haberle dicho que lo único que necesitaba, lo único que me importaba era ella, pero sabía que aún no estaba preparada; solo conseguiría asustarla.

Oí la voz de Paige a través de las cortinas:

—¿Puedes venir a ayudarme?

—¿Qué has dicho? —Tragué saliva. ¿La había oído bien?

—Necesito que me eches una mano.

—Claro. ¿Qué necesitas?

Paige respondió abriendo la cortina. Sentí un nudo en la garganta. Llevaba un vestido negro corto y ajustado. El corte era impecable: lo bastante corto para resaltar sus piernas perfectas, pero con la suficiente tela para dejar espacio a la imaginación. Nunca la había visto con un vestido así. Pese a ser uno de los elegidos por Bonnie,

Paige estaba deslumbrante. Iba a decirle que le quedaba muy bien, como había hecho con el resto, pero tenía la boca seca. Solo conseguí abrirla ligeramente: me había dejado sin palabras.

—Necesito que me ayudes a subir la cremallera —dijo con un gesto para que me acercara. Después se dio la vuelta dejando a la vista la cremallera, que estaba a medio cerrar—. ¿Podrías? —preguntó mirándome a través del espejo.

Me faltaban las palabras, aunque conseguí asentir con la cabeza, levantarme y acercarme hasta ella. Cogí la cremallera con cuidado y la subí despacio. Me pareció que se había estremecido ligeramente cuando la rocé con los dedos en la espalda. La cremallera se quedó enganchada, así que le coloqué la mano en la cintura para estirarla antes de continuar cerrándola hasta el cuello. Apartó el pelo para que no me molestara, embriagándome con su aroma a champú dulce. Cuando cerré la cremallera por completo, me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Suspiré decepcionado al apartar la mano. En cuanto se dio la vuelta, volví a quedarme sin aliento.

Esos ojos grandes y castaños me miraban de una forma que me dejó petrificado. Me dolía el pecho de lo que la deseaba. Llevaba tanto tiempo escondiendo mis sentimientos. Ya era hora de dejarlos salir.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —Tenía la voz melosa como si, tal vez, le afectara que estuviéramos tan cerca el uno del otro.

—Creo que si sigues con ese vestido un segundo más me voy a olvidar de que somos solo amigos. —Mi voz había sonado grave y ronca.

Cogió una bocanada de aire mientras surgían chispas entre nosotros, que crepitaban y restallaban como un incendio descontrolado. Me di cuenta de que seguía con la mano en su

cintura, pero, en lugar de retirar los dedos como si quemara, sentí el impulso de acercarme más.

—¿Es eso lo que querías oír? —musité.

Solo acertó a asentir con la cabeza.

—¿Todo bien ahí dentro? ¿Necesitas que te traiga alguna talla?

Una voz chillona rompió el silencio y los dos nos volvimos hacia la dependienta que acababa de entrar en la zona de los probadores.

—Uy —dijo al vernos tan juntos en la entrada del probador—. Esto… —Se detuvo y dibujó una sonrisa en los labios—. Perdón. Ya veo que tienes todo lo que necesitas.

Se dio media vuelta y desapareció tan rápidamente como había aparecido. Me volví hacia Paige, que había dado un paso atrás.

—Bueno, supongo que este vestido tiene la aprobación del sexo masculino.

Me sentía confuso y preocupado por si había dicho más de la cuenta, así que la imité y di un paso atrás.

—Supongo que sí.

Ella tragó saliva y asintió de nuevo con la cabeza antes de sonreírme.

—No me gusta tanto como el rosa, pero se lo he prometido a Bonnie, ¿no? Voy a comprar este y el conjunto de las estrellitas. Al fin y al cabo dijiste que los chicos se volverían a mirarme.

Volvía a mostrarse animada y dicharachera, como si se hubiera olvidado del momento que acabábamos de compartir.

—Suena bien —dije esforzándome por no mostrarme cariacontecido. ¿De verdad no había sentido nada? ¿Acaso no había sentido la chispa entre nosotros?

Desapareció en el interior del probador y yo volví a hundirme en la silla. ¿Por qué tenía la sensación de que cada vez que quería dar un paso adelante con Paige acababa reculando dos?

Esta era la última vez que iba de compras.

CAPÍTULO 18

PAIGE

—¿A qué te dedicarías si no pudieras jugar al hockey?

Estaba tumbada en el suelo de la habitación de Grayson terminando los deberes de matemáticas. Mi madre me había enviado una ristra de mensajes donde me recordaba que tenía que trabajar en las solicitudes universitarias, así que me estaba esforzando por mantener la mente alejada de ellas. También estaba tratando de olvidar que mi corazón seguía palpitando tras mi visita al centro comercial con Grayson.

Ya me costaba resolver ecuaciones una noche cualquiera, pero hacerlo cuando no paraba de recordar la forma en que me había recorrido la espalda con los dedos al subirme la cremallera resultaba imposible. Se me había cortado la respiración y había sentido la piel estremecida incluso después de que dejara de tocarme. Pero lo que ocurrió después fue aún más memorable: me había dicho que iba a conseguir que se olvidara de que éramos solo amigos. ¿Se trataba de un simple cumplido o había algo más? Tal vez Bonnie tenía razón: esto de que me ayudara era peligroso. Yo no era la única a la que le estaba afectando.

Tampoco ayudaba que Grayson acabara de salir de la ducha y despidiera ese aroma embriagador a gel. Estaba sentado en su

escritorio al otro lado de la habitación y aun así su aroma era mareante. Cuanto antes dejara Grayson de ayudarme y quitara el primer beso de mi lista, mejor. Tenía los labios hambrientos y estaba empezando a mirar a mi mejor amigo como si fuera un trozo de carne.

—No sé —contestó reclinándose en la silla—. Lo mío es el hockey.

Reed tenía los coches y Parker era el tipo de persona que siempre caía de pie, pero Grayson no era como sus hermanos: cuando se centraba en algo, iba a por todas, sin dejar espacio para nada más. ¿Actuaría del mismo modo si se enamorara de una chica? Me deshice de ese pensamiento con rapidez.

—¿Y si te volvieras a lesionar?

Se estaba frotando la rodilla mala con la mano, que apartó en cuanto lo mencioné.

—Esperemos que eso no pase.

—Ya —murmuré.

Su padre no había tenido tanta suerte. Sabía que lo mismo le podía ocurrir a Gray, aunque no lo culpaba por no tener un plan B. Yo ni siquiera tenía un plan A.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué harías si no pudieras ser cocinera?

Me eché a reír y él me dedicó una sonrisa.

—No sé. El mundo no sería igual sin mis *muffins* asesinos —dije con toda la seriedad de la que fui capaz. Suspiré y me tumbé de espaldas para mirar el techo—: Ojalá hubiera algo que me gustara tanto como a ti el hockey.

Oí movimiento y sentí el calor que despedía el cuerpo de Gray cuando se tumbó a mi lado en el suelo. Esto no me iba ayudar a ignorar ese aroma suyo…

—Ya encontrarás algo que te apasione —dijo en voz baja—. Puede que no juegues al hockey, pero nadie insulta al rival como tú. Creo

que amas el deporte tanto como yo.

—Bueno, aprendí mis mejores insultos de tu madre.

A Grayson se le escapó la risa, que recibí como un bálsamo. Ojalá se riera así más a menudo. Me iba a costar muchísimo volver a casa después de pasar tanto tiempo juntos. ¿Estaba mal que esperara que mi madre se liara con el trabajo y tuviera que prolongar su viaje? Tampoco me sorprendería que ocurriera.

—Ahora en serio. Tienes diecisiete años. No pasa nada si todavía no sabes qué quieres hacer con tu vida. Tienes toda la vida para eso.

—Eso díselo a mi madre.

—Los padres no lo saben todo. Además, estás destinada a hacer grandes cosas.

—Yo no lo tengo tan claro —musité.

—Yo sí. El cuidado que pusiste y el esfuerzo que hiciste para completar tu lista demuestran el tipo de dedicación y la pasión de la que eres capaz. Nunca haces nada a medias. Cuando por fin encuentres tu vocación, no habrá nada que te detenga.

Me coloqué de lado y le miré a los ojos:

—¿En serio es eso lo que piensas?

—No lo pienso, lo sé.

Lo tenía tan cerca y me miraba con tal certeza y admiración como si fuera una fuerza imparable. Tragué saliva. Ojalá yo creyera en mí misma tanto como él. ¿Cómo había sido tan afortunada de tener un amigo como Grayson? De verdad que no creía que lo mereciera.

—Debería irme a dormir —dije levantándome del suelo.

Él se quedó sentado.

—¿Ya? No son ni las nueve.

—Ha sido un día muy largo. —No estaba cansada ni lo más mínimo, pero no podía seguir ahí con Gray mirándome como si fuera

alguien especial. Solo lograría confundir todavía más lo que sentía en esos momentos. Cuando me miraba, me sentía mareada y se me aceleraba el corazón. Deseaba acercarme más a él para que me envolviera su aroma fresco. ¿Sabría igual de bien que…?

Vale. Definitivamente necesitaba salir de ahí cuanto antes.

—Buenas noches, Grayson.

—Buenas noches, Pidge.

Me escabullí de la habitación sin volver la vista atrás. Ya me había advertido Bonnie de los peligros que entrañaba que practicara con Grayson. Sin embargo, estos sentimientos nuevos y preocupantes habían surgido de la nada. Seguía queriéndole como le había querido siempre, pero mi cuerpo tenía otros planes. Llevaba toda la tarde deseando que me acercara a él y se encendía cuando lo tenía cerca. No cabía duda de que era por culpa de toda esa cháchara sobre besos y coqueteo. Tenía que ser eso. Jamás me habría esperado que me afectara de esta forma. Tenía que parar.

Cuando entré en la habitación de Cammie me la encontré durmiendo. No la culpaba por acostarse tan temprano. Se había levantado a las cinco de la madrugada para entrenar en la pista antes de ir a clase. También lo hacía después del instituto. No tenía ni idea de cómo era capaz de funcionar con una agenda tan apretada.

Entré con sigilo y me puse el pijama sin hacer ruido. Luego me tumbé en el colchón que había en el suelo. No paraba de dar vueltas tratando de dormirme. Intenté ignorar el repiqueteo de la lluvia en el tejado. Mucha gente encontraba el sonido de la lluvia relajante, pero yo no. La lluvia era señal de tormenta. Aunque esta noche no podía culparla de la ansiedad que iba creciendo en mi interior. No dejaba de inmiscuirse Grayson. Me sentía acalorada e inquieta e incómoda en mi propia piel. A lo mejor estaba incubando algo… Esa

explicación del calor y la agitación que estaba experimentando era mucho menos preocupante.

Al final debí de quedarme dormida, porque me desperté sobresaltada con un trueno que hizo temblar toda la casa. Ahogué un gemido. Respiré hondo y me recordé a mí misma que solo se trataba de una tormenta y que pasaría, que estaba segura en el interior de la casa. Pero se oyó otro trueno, ensordecedor y violento, como si hubiera partido en dos el cielo.

Una rama golpeó la ventana, haciendo que reviviera la noche en que un árbol había caído dentro de mi habitación. Me sentía abrumada. Me levanté de un salto, salí por la puerta y recorrí el pasillo antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo.

Entré como un huracán en la habitación a oscuras de Grayson, aunque dudé al darme cuenta de que estaba profundamente dormido. ¿Qué estaba haciendo? Solo se trataba de una tormenta. No debería sentirme tan asustada. Aunque el repiqueteo sobre el tejado de hojalata magnificaba el sonido. En el cielo retumbó otro estruendo, que sacudió las paredes. La ventana se iluminó con la luz cegadora de un rayo.

Chillé, me metí debajo de la colcha de Grayson y enterré la cabeza en su pecho.

—¿Paige? —La voz soñolienta y ronca de Grayson vibró a través de mí—. ¿Qué haces…? —Otro trueno respondió a su pregunta. Me rodeó con sus brazos, estrechándome contra su cuerpo—. No pasa nada. Estoy aquí.

Asentí con un leve movimiento de cabeza. Odiaba lo patética que era. Si hubiera estado en mi casa jamás se me habría ocurrido irrumpir en la habitación de mis padres de esta forma. Igual era porque solo pensar en despertar a mi madre me daba más miedo que cualquier tormenta. Sin embargo, Gray siempre me llamaba por

teléfono cuando había truenos y hablábamos hasta que pasaba la tormenta. No era perfecto, pero conseguía que no perdiera los nervios.

Respiré hondo cuando Grayson me estrechó en sus brazos, reconfortándome y tranquilizándome. Mantuve la cabeza apoyada en él mientras las ventanas vibraban con el viento, que rugía en el exterior. Así me imaginaba yo el fin del mundo. Estaba tan ocupada preocupándome que no me di cuenta al principio de que Grayson me estaba diciendo algo; recitaba de memoria datos aleatorios sobre tormentas.

—… ocurren cuando el aire caliente asciende a una parte mucho más fría de la atmósfera. Al enfriarse, se forman las nubes y la lluvia. Los relámpagos se forman en el interior de las nubes y calientan el aire, que se expande. Este es el proceso que forma el sonido del trueno.

Parecerá una tontería, pero escucharle reducir la tormenta a un compendio de datos científicos me ayudó a tranquilizarme y conseguí sonreírle.

—¿Sacaste toda esa información de mis fichas?

—Claro. Las memoricé todas. Estudiamos muchísimo para ese examen. ¿No te acuerdas?

—Tendrías que haber hecho tú el examen por mí.

Pese a la oscuridad de la habitación, podía ver que la expresión del rostro de Gray seguía siendo seria.

—No quiero que te asustes.

—Nunca me siento asustada cuando estoy contigo.

Resonó otro trueno en el aire que me hizo estremecer. Sonaba más distante que los anteriores, pero seguía sin poder relajarme: todavía no había terminado la tormenta.

—¿Te importa seguir hablando? —susurré.

—Bueno —contestó Grayson como si se dispusiera a contar una historia larga—, cuando el relámpago atraviesa el aire la temperatura puede llegar a ser cinco veces más alta que la de la superficie solar…

Continuó hablando. El sonido de su voz apaciguaba la tensión que sentía en el pecho y me distraía mientras el estruendo de los truenos se iba alejando, quedando reducido a las arremetidas del viento y el azote de la lluvia. Hasta que las gotas de lluvia se transformaron en un tamborileo y conseguí quedarme dormida.

* * *

Cuando me desperté me sentía acalorada, y no porque acabara de tener una pesadilla, ni porque estuviera incubando algo como había pensado, sino porque dormir con Grayson era como encender un fuego ardiente bajo las mantas. Espera… ¿Dormir con Grayson? Abrí los ojos como platos. Seguía tumbada a su lado con la cabeza apoyada suavemente sobre su pecho y su mano sobre la mía. Me incorporé como un rayo y casi me caigo de la cama del susto.

Me volví hacia Grayson por si le había despertado. Al verlo me quedé casi sin oxígeno. En la luz de la mañana se le veía tan guapo y tranquilo. Parecía un ángel caído al que había tenido la suerte de encontrar aún dormido. La línea que solía fruncir su ceño había desaparecido y tenía los labios ligeramente curvados en una incipiente sonrisa. Tuve que cerrar la mano en un puño para evitar la tentación de tocarlo.

Aquello me pilló por sorpresa. Cuanto más lo miraba más se me aceleraba el corazón por los nervios de la anticipación. Todavía perduraba el calor de sus brazos en los que me había estrechado toda la noche. Tenía tantas ganas de volver a deslizarme en ellos. Me abracé a mí misma para tratar de apaciguar ese impulso, para

tratar de ignorar el rumbo de mis pensamientos.

Gray era mi amigo. Solo mi amigo. ¿Por qué estaba empezando a pensar que había algo más?

El corazón acelerado me dolía en el pecho, pero era hermoso y trágico al mismo tiempo. Grayson era mío y a la vez no lo era. No podía permitirme sentir nada más, ni por un instante, porque, pese a la novedad, estos sentimientos me habían golpeado con la fuerza de un mazo y podían destruir nuestra amistad.

Gimió con suavidad y se estiró en la cama todavía dormido. Yo me aparté como pude para evitar que me tocara y, esta vez sí, me caí al suelo con un ruido sordo. Solté un gritito y me levanté rápidamente para comprobar si lo había molestado. Cuando me aseguré de que seguía dormido, salí rápidamente de la habitación. No podía controlar estos sentimientos. Deseaba a Grayson de una forma en la que no debería.

Entré corriendo al baño y me lavé la cara con agua fría a ver si así recuperaba el juicio. Me miré en el espejo y me sorprendió la chica que vi en él: mi expresión era de sorpresa y tenía la tez pálida y las mejillas sonrosadas. Parecía que acabara de ver un fantasma, uno atractivo, dulce, amable y hermoso.

—Vale. Igual no son imaginaciones mías —murmuré, pero eso no significaba que no acabara siendo un enamoramiento fugaz. Les pasaba a todas las adolescentes, ¿no? Era normal que mi estúpido cuerpo se hiciera una idea equivocada sobre su mejor amigo después de haber pasado la noche en sus brazos. Y Grayson era guapísimo y dulce y amable. Parecía un milagro que no me hubiera sentido antes así.

Tal vez solo necesitara un poco de tiempo para adaptarme a esta nueva situación en la que no podía parar de mirar los labios de mi mejor amigo. De ninguna forma iba a dejarme llevar por ese

impulso. Grayson era lo mejor que me había pasado en la vida y no quería hacer nada que pudiera dañar nuestra amistad.

Respiré hondo y exhalé el aire poco a poco.

—Todo va a salir bien —me dije a mí misma. Solo necesitaba lidiar con estos molestos sentimientos como con la tormenta de anoche. Vale que hubieran aparecido de la nada y que fueran ligeramente terroríficos, pero desaparecerían pronto, el sol volvería a brillar y todo regresaría a la normalidad.

El único problema era que eso era justo lo contrario de lo que quería.

CAPÍTULO 19

PAIGE

A pesar de mis buenas intenciones, decir que ibas a ignorar sentimientos indeseados era más fácil que hacerlo. No podía pensar en otra cosa mientras me preparaba para el instituto y estaba hecha un lío. Parker se rio de mí cuando aparecí en la cocina con la camisa del revés. Reed tuvo que advertirme de que echara los cereales al cuenco y no a la taza, y cuando por fin apareció Grayson, me levanté con tanta rapidez de la silla que derramé un vaso de zumo de naranja.

Maldije por lo bajo mientras él acudía en mi ayuda. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué andaba derramando bebidas?

—No pasa nada. Ya lo limpio yo —insistí, pero Grayson ya estaba de rodillas a mi lado ayudándome a fregar el zumo derramado.

—No me importa hacerlo —murmuró.

Me arriesgué a mirarle a los ojos. Me estaba observando con cara de preocupación. ¿Habría adivinado mis pensamientos? ¿Sabía que solo podía pensar en él? ¿Que le deseaba? ¿O pensaba que me había puesto nerviosa porque habíamos pasado la noche en la misma cama? No me había visto irme esta mañana, así que tal vez no supiera que había estado la noche entera con él.

Volví a prestarle atención al desorden que había causado. Cuando

el suelo estuvo limpio, me incorporé de un salto, golpeándome la cabeza con la mesa. Me quejé y me froté la parte golpeada mientras me levantaba.

—¿Qué te ocurre esta mañana? —preguntó Parker.

—Pues… —Busqué, nerviosa, una respuesta aceptable.

—Estará cansada porque la tormenta no le habrá dejado dormir, como a los demás —respondió Gray por mí Me aferré a la excusa sin pensármelo.

—Eso, la tormenta. No me ha dejado dormir. —No quería mirar a Gray para no levantar sospechas. Nos íbamos a meter en un buen lío si alguien se enteraba de que había dormido en su cuarto. Y sus hermanos no dejarían de machacarnos por ello. Tampoco me apetecía llamar más la atención. Ya estaba todo confuso en Villa Paige y temía que alguien se diera cuenta.

Por suerte, los chicos no se percataron de nada. Reed contestó perplejo:

—¿Hubo tormenta anoche?

—No me extraña que no la oyeras —murmuró Parker.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que duermes como un tronco —respondió Grayson.

—Los troncos también oyeron la tormenta —añadió Parker.

—Si vosotros lo decís… —Reed se encogió de hombros y se dio media vuelta—. Me voy a la ducha.

Parker estaba justo detrás de él. Me mostró una sonrisa malvada sobre el hombro de su hermano.

—Me apuesto cinco dólares a que llego antes al baño que él.

—Claro.

No tenía muy claro lo que acababa de apostar.

Parker asintió con la cabeza y salió disparado como un cohete. Los oí pelear por las escaleras.

Gray escuchaba todo, divertido. Se le veía de buen humor, sobre todo si teníamos en cuenta cómo era él, y no mostraba rastro de la extrañeza o la vergüenza que sentía yo. Supongo que porque no habían aflorado los sentimientos que tenía yo. Aun así, como había sucedido anoche, su tranquilidad tuvo un efecto relajante.

Le sonreí.

—¿Tan profundo tiene el sueño Reed?

—Sí. Mi madre cree que es porque cuando éramos pequeños compartíamos habitación. Por lo que cuenta, me pasaba la noche llorando y Reed aprendió a dormir con mis gritos de fondo.

—Eso tiene sentido, aunque no te imagino de bebé. ¿De verdad lo fuiste?

—Eso es porque llegué a este mundo con una altura de 1,93 y con el ceño fruncido.

Me eché a reír y él pareció querer hacerlo también. Me encantaba cuando Gray estaba a punto de echarse a reír, a punto de compartir una fugaz sonrisa. Me di cuenta de que volvía a mirarle con ojos soñadores, así que me aparté rápido y me puse a fregar lo del desayuno. Alguien tenía que hacerme entrar en razón. A lo mejor en el instituto podía pedírselo a Bonnie.

—En cuanto a lo de anoche… —musitó Gray acercándose al fregadero.

—Sí, lo siento. —Se me revolvió el estómago de solo pensarlo—. Gracias por estar ahí. Apuesto a que te alegrarás de que me vaya.

—Nunca me alegraría por eso.

No me permití malinterpretar sus palabas, darles un significado que no tenían. Gray lo decía solo como amigo. Me negaba a que mi fugaz enamoramiento me cegara tanto como para pensar que mis sentimientos eran correspondidos. Sobre todo cuando ni siquiera yo estaba convencida de que fueran reales.

—¿Pidge? —dijo Gray en voz queda—. ¿Estás bien?

Llevaba demasiado rato lavando el mismo cuenco, así que cerré el grifo. Levanté la cabeza con parsimonia y le miré a los ojos. Lo tenía tan cerca que todos los impulsos que estaba tratando de reprimir volvieron rápidamente a la superficie. Me miraba como me había mirado siempre. ¿Por qué me parecía mucho más intensa esa mirada ahora? ¿Por qué me afectaba de una forma tan visceral? Necesitaba un baño de realidad de Bonnie con urgencia. No podía esperar hasta el instituto.

—Será mejor que termine de arreglarme —dije esquivando a Grayson en dirección a la puerta—. Nos vemos en el instituto.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó en alto.

—No, gracias. Bonnie me pidió que pasara a buscarla. —Le sonreí desde la escalera antes de desaparecer. No me parecía buena idea quedarme a solas con Grayson en un sitio cerrado. En cuanto entré en el cuarto de Cammie, cogí el teléfono, que estaba cargando, y le mandé un mensaje a Bonnie.

Yo

Avisa a tu madre de que hoy te llevo yo al instituto.

Menos mal que Bonnie vivía con el móvil pegado a la mano y respondió de inmediato.

Bonnie

¿No vas con Grayson?

Yo

Hoy no. Necesito que me

abofetees a ver si así recupero el juicio.

Bonnie
Vaya, suena grave. Cuenta conmigo.

Todo el mundo necesita una amiga como Bonnie en su vida. Tenía la sensación de que estaba perdiendo el control y esperaba que una ración del amor sin pelos en la lengua que era tan típico de Bonnie bastaría para hacerme volver al camino conocido y seguro donde todo tenía sentido.

* * *

—¡Ay! —me sobrecogí cuando la mano de Bonnie me impactó en la cara. No se había cortado un pelo (o una bofetada más bien) y sentía que me ardía la mejilla—. ¿Se puede saber a qué ha venido eso?

—Me has pedido que te abofeteara.

—Era en sentido figurado, Bon. —Me froté la mejilla. Tuvo suerte de que su madre no nos estuviera vigilando o se habría replanteado seriamente nuestra amistad.

—Vaya. —Abrió los ojos sorprendida con cara de culpabilidad—. Pensé que lo decías literalmente.

—Claro… —me reí al tiempo que negaba con la cabeza—. Y ni siquiera has dudado. ¿Te has saltado el café de por la mañana o es que te has levantado con mal pie?

—¿Qué? No todos los días te pide alguien que le abofetees a ver si recupera el juicio.

—La próxima vez se lo pido a otra persona.

—Me parece justo. Se volvió para coger el abrigo de una percha que había en el interior de la casa—. Adiós, mamá —dijo en voz alta antes de cerrar la puerta.

Caminamos hasta el coche, que había dejado aparcado en la calle. Hacía muchísimo frío y, a pesar de que ya había dejado de llover, seguía soplando bastante viento. La sensación térmica no mejoró cuando nos metimos en el coche, aunque por lo menos estábamos protegidas del viento.

—¿Y bien? ¿Ha funcionado? —preguntó Bonnie mientras subía la calefacción a tope. Solo había parado el coche unos minutos, pero le había dado tiempo a congelarse.

—¿El qué?

—La bofetada. ¿Has recuperado el juicio?

No lo tenía claro. Lo único que sabía era que me ardía la mejilla. Tal vez cuando volviera a ver a Grayson podría comprobar si la bofetada de Bonnie había surtido el efecto deseado.

—Y a todo esto… ¿por qué necesitabas recuperar el juicio?

Me sorprendió que no me hubiera hecho esa pregunta antes de darme una torta.

—He estado dudando de todo esto. —No era mentira, simplemente impreciso.

—¿A qué te refieres con «esto»?

Al parecer no iba a colar ser tan imprecisa.

—A lo del primer beso.

—¿Te lo estás replanteando? —Enarcó una ceja—. Sabía que era mala idea abandonarte en el centro comercial. No te asustarían los modelitos que seleccioné para ti, ¿verdad?

—¿Qué? ¡No! No fue la ropa.

—¿Y entonces? Sigues queriendo besar a Damien, ¿no?

Debió de reflejárseme la duda en la cara, porque asintió con la cabeza como si ya supiera la respuesta. Después añadió:

—Pensé que te gustaba, pero podemos volver a la casilla de salida. ¿Hay algún otro candidato?

—Pues…

—¿O por fin estás de acuerdo conmigo y vas a hacer que Grayson te ofrezca sus labios?

Cogí una bocanada de aire.

—¿Qué? ¡No! Pues claro que no. —Esto no me lo creía ni yo, porque visualicé con pelos y señales el beso con Gray.

—Entonces ¿quién? —preguntó Bonnie—. La razón por la que elegimos a Damien, aparte de porque está buenísimo, era porque es el único chico del instituto a quien no ha aterrorizado tu amigo enorme y espeluznante.

Así planteado, no podía llevarle la contraria. Damien seguía siendo la mejor opción si quería tachar ese objetivo de mi lista. ¿Por qué me surgían tantas dudas? Tal vez tenía que ver con haber pasado la noche en los cálidos brazos de Grayson.

—Ya sé que la perspectiva de tu primer beso puede ser intimidante. ¿Por qué no le das una oportunidad a Damien? ¿Quieres que te vuelva a abofetear?

—¡No! —grité levantando el brazo para protegerme—. Creo que ha funcionado a la primera.

Ya no necesitaba que me dieran un tortazo para recuperar el juicio, sino que me reconfiguraran el cerebro. Igual lo conseguía besando a Damien. Igual el beso me reiniciaba el cerebro y me libraba de esta obsesión en la que se había convertido mi mejor amigo. Los sentimientos que empezara a sentir por la otra persona reemplazarían los que sentía por Grayson, que se estaban desmadrando con rapidez. Más me valía pensar que merecería la

pena, porque no podía seguir sintiendo esto por él.

—Tienes razón. Damien es el mejor candidato. Debería darle una oportunidad.

—Así me gusta. —Relajó los hombros, aliviada—. Estabas empezando a preocuparme.

—Ha sido un lapsus. Ya he vuelto. —Y si no, ya volvería.

—Genial. Cuéntame, ¿cómo fue lo de ir de tiendas de ayer? ¿Compraste algo?

—Sí, dos modelitos. —Sonreí, orgullosa de mí misma—: el vestido negro y los tejanos con el top de las estrellitas. Consideré cada conjunto en función de cuánto habían sorprendido a Grayson. Fue un poco mojigato con el asunto.

—Qué bien. Qué ganas tengo de vértelos puestos. —Tras esto me miró de arriba abajo para revisar lo que llevaba—. ¿No has querido ponerte uno hoy para el instituto y comprobar si funcionaba?

Me fijé en lo que llevaba puesto. Con las prisas por salir de casa esta mañana, me había vestido con lo primero que había encontrado: un par de vaqueros con unas florecitas bordadas muy monas y una camiseta extralarga de los Diablos de Ransom. Era de Grayson y casi se me tragaba por completo. Debería habérmelo pensado dos veces antes de cogerla, pues olía a él y así me resultaba todavía más difícil apartarlo de mis pensamientos. Además, si Damien me viera con ella puesta, se llevaría una idea equivocada. O tal vez solo pensara que me sentía muy orgullosa del instituto.

—Tenía prisa esta mañana. Me moría de ganas de que me abofetearas…

—Me alegro de que lo hayas encontrado emocionante. De hecho, yo también quería pedirte un favor, que, además, puede que te ayude con lo de Damien.

—¿Qué clase de favor?

Dio unas palmaditas con las manos, contenta, como si ya hubiera accedido.

—Estoy organizando el siguiente artículo para el periódico. Como preparación a las eliminatorias de hockey, quería escribir un perfil de los jugadores. Esperaba que pudieras ayudarme con eso.

—¿Quieres que escriba un perfil de los jugadores? Pensaba que ya le habías asignado deportes a alguien.

—¿Te refieres a Abby?

Puse una mueca al percibir su tono indignado. Casi se me habían olvidado los problemas que Abby le había causado ayer a Bonnie y al periódico.

—Perdona. ¿No ha mejorado mucho?

—Digamos que no le pienso dejar acercarse a la pista de hockey en lo que queda de año. De todas maneras, este encargo le queda demasiado grande.

—¿Por?

—Porque requiere entrevistar a los jugadores y ella se queda muda y no sabe qué decir en cuanto la mira un chico, así que no creo que pueda hacerlo. Esperaba que me ayudaras tú.

—¿Yo? ¿Qué te hace pensar que lo haría mejor que Abby? —¿Se había olvidado Bonnie de mi traumático episodio con Damien en la fiesta?

Desdeñó mi comentario con un gesto de la mano.

—¿No has estado practicando?

—Así es, pero no para esto.

—Te las arreglarás. Eres amiga de casi todo el equipo y conoces bien el deporte. Será coser y cantar.

—Pero escribo fatal y no sabría qué preguntarles.

—Eso de que escribes fatal no es cierto ni de lejos. En cuanto a

las preguntas, yo te ayudaré. Ya sé que nunca has hecho algo así, pero yo corregiré el artículo, así que no tienes nada de qué preocuparte. No pasa nada si no está perfecto a la primera.

—No sé, Bon…

—Tú piénsatelo. Aunque te limites a hacer las entrevistas y grabarlas ya me ayudas un montón. Va a ser un artículo alucinante, no las típicas estadísticas de los jugadores. Tú siempre andas probando cosas nuevas. ¿Por qué no lo intentas con esto?

Lo pensé mientras conducía. Solo pensar en escribir un artículo y que la gente lo leyera me agobiaba, pero Bonnie iba a apoyarme en cada paso del proyecto. Si ella se encargaba de las preguntas, las entrevistas tampoco serían tan difíciles. No era una de las tareas de mi lista, pero eso no era motivo para descartarla. Me había centrado tanto en lo del beso que me había olvidado del motivo por el que la había hecho. Solo había un pequeño detalle que Bonnie todavía no había aclarado.

—¿Y cómo va a ayudarme esto con Damien? —pregunté mientras entraba en el aparcamiento del instituto. Habíamos llegado temprano y solo había unos cuantos coches. Menos mal. Necesitaba un minuto antes de entrar en clase.

—Necesitas un pretexto para probarte tu ropa nueva, ¿no? Si hablas con Damien llevando uno de los conjuntos que te compraste, será él quien derrame la bebida.

—Pero ¿no se supone que debía ignorarle? Debería consultarlo con Grayson antes de actuar…

Bonnie puso los ojos en blanco.

—La táctica de Darling de que ignores a tu objetivo tiene sus límites. Además, Gray te dijo que flirtear con él delante de Damien había funcionado. Ha llegado la hora de rematar la faena. —Me guiñó el ojo para añadir énfasis.

—Supongo…

No estaba muy segura de que fuera el plan de ataque apropiado. Aparqué en uno de los muchos sitios libres y me recliné en el asiento. El motor seguía encendido y la calefacción a tope. A nadie le apetecía salir del coche y entrar en el instituto.

Al percibir mis dudas, Bonnie añadió:

—Si lo que te da miedo es que se repita lo que ocurrió la última vez que coqueteaste con Damien, entonces no hay motivo. Yo te daré un montón de preguntas para que puedas reconducir la situación. No puede fallar.

Eso sería de mucha ayuda. La última vez había quedado como una idiota delante de Damien por no saber qué decir. Si leía una lista de preguntas preparadas para la entrevista, puede que tuviera la oportunidad de llevar una conversación normal.

—Necesito saber si puedo contar contigo antes de que acaben las clases —dijo Bonnie—. El entrenador Ray me ha dado permiso para entrevistar a los jugadores esta tarde durante el entrenamiento.

—¿Hoy?

—Sí. ¿Importa? ¿Tienes otros planes?

—La verdad es que no.

Pensaba que disponía de un poco más de tiempo para hacerme a la idea.

—Creo que podrías hacerlo muy bien, Paige.

Suspiré y me incliné hacia delante para apagar el motor. Me costaba muchísimo decirle que no a Bonnie con todo lo que me estaba apoyando.

—Vale. Tú ganas.

—¿Yo gano? ¿Significa eso que lo harás?

—Cuenta conmigo.

—Genial —dio una palmadita con las manos—. Esto va a ser

increíble para las dos. Yo obtengo mi artículo y tú te acercas un poquito más a tu primer beso. Las dos salimos ganando.

—Eso espero.

Espero no echar a perder el artículo de Bonnie.

Espero no hacer el ridículo delante de Damien.

Y espero que me hayan dado mi primer beso antes de que acabe la semana.

La alternativa era avanzar a trompicones por la vida con sentimientos no correspondidos hacia mi mejor amigo. Eso no era una opción.

CAPÍTULO 20

GRAYSON

Durante todo el día me torturó el dulce recuerdo de haber dormido con Paige en mis brazos. La sensación de abrazarla se me había grabado a fuego en la piel. Ella se durmió tranquila una vez que terminó la tormenta, pero lo único que logré al cerrar los ojos fue pensar en la leve sonrisa que se asomaba a sus labios acurrucada en mi pecho.

Casi sentí alivio cuando, en el desayuno, Paige dijo que venía en su coche al instituto, porque yo empezaba a perder el control. Ya no sabía distinguir lo que era mero entrenamiento de lo que era real. Aun así, no me atrevía a pensar que mis esfuerzos comenzaban a dar sus frutos.

Una vez resuelto lo del cambio de imagen, nos habíamos quedado sin plan para entrenar ese día, así que no sabía qué proponer a continuación. Igual era buena idea darnos un respiro. Estaba a punto de perder los papeles. Cuanto más me insinuaba a Paige más me costaba no soltarle todo lo que llevaba guardando en mi corazón tanto tiempo. Me seguía pareciendo demasiado pronto y arriesgado; podía arruinarlo todo.

Milagrosamente, casi no la vi en todo el día. Se fue con Bonnie a ayudarla con algo del periódico a la hora del almuerzo, así que pude

evitar esa flecha con forma de Paige en la cafetería del instituto. Después tenía cita en el dentista, así que ya se había ido del instituto cuando sonó el timbre. La echaba de menos, pero agradecí pasar un rato a solas, a ver si así me tranquilizaba un poco.

—¿Qué está haciendo aquí Paige? —preguntó Parker mientras calentábamos antes de entrenar.

Me di la vuelta. Casi me caigo de bruces al verla junto al banquillo con el entrenador Ray. Se había cambiado de ropa. Llevaba los vaqueros ajustados y el top corto de estrellas que había comprado ayer. Todos los chicos se habían parado en mitad de la pista para admirarla, así que tuve que recordarme a mí mismo que no estaba permitido pelear con mis compañeros de equipo. El hockey era mi vida y necesitaba que todos en el equipo estuvieran enteros y sanos si queríamos seguir ganando partidos.

Al verla hablar, no me costó imaginarme por qué casi todos se habían detenido a observarla. Era hermosa, claro, y la ropa le quedaba genial, pero había algo en la forma en la que se le iluminaba el rostro al hablar que resultaba cautivador. Incluso a una persona tan seria como el entrenador Ray, la risa contagiosa de Paige conseguía arrancarle una sonrisa.

Por eso estaba tan enamorado de ella. Yo era como una gárgola de piedra encaramada en lo alto de alguna antigua iglesia; una estatua inescrutable que contemplaba el mundo desde arriba. Pero en el instante en que Paige me iluminaba con su luz, me despojaba de mi exterior pétreo y resurgía.

—¿Gray? —Aparté la mirada de Paige y me volví hacia Parker, que me recibió con su molesta sonrisa—. ¿Qué hace aquí?

—¿Y por qué iba a saberlo yo?

—Porque apuntas su agenda en tu diario.

—Yo no tengo ningún diario.

—Tienes un diario mental —dijo sonriente—, donde guardas los compromisos de Paige resaltados en rosa y con corazoncitos alrededor.

Pensándolo bien, si solo me deshacía de uno de los jugadores, tal vez el equipo siguiera ganando.

Parker amplió su sonrisa, consciente de que me molestaba, así que me marché patinando antes de que no pudiera resistir la tentación de borrársela de la cara. A Parker no le sentó bien que lo ignorara y me siguió.

—¿Qué tal va lo del entrenamiento?

—¿Quieres hablar más bajo? —dije, molesto.

—Disculpa. ¿Qué tal va lo del entrenamiento?

Apenas había bajado el volumen. Me planteé no contestarle, pero Paige estaba demasiado cerca y no me podía arriesgar a que Parker se pusiera a gritar la pregunta hasta conseguir su respuesta. Algo que podía pasar.

Para ser sinceros, no tenía ni idea de cómo iba lo del entrenamiento. Por lo que sabía, el objetivo de Paige seguía siendo besar a Damien Stone. Supuse que por eso había acudido al entrenamiento con la ropa nueva. Aunque también había pasado la noche en mi cama. No sabía cómo estaba afectando esto a Paige, pero lo único que había conseguido yo era enamorarme más de ella.

—Bien —dije sin contarle lo que pensaba—. Todo marcha sobre ruedas.

—Ah. No tan bien, por lo que veo. ¿Quieres que prepare una presentación para explicarte cómo resultarle atractivo a una chica?

—No.

—¿Y si la hago de cómo no espantar a una chica?

—No necesito ninguna presentación.

—Veo que no quieres que te aconseje.

—No es que me haya ayudado mucho hasta ahora.

—Puede que porque no me hayas dejado enseñarte mis mejores trucos.

—Si necesito de tus triquiñuelas para que Paige caiga rendida a mis pies, entonces ella no es para mí.

El silbato del entrenador resonó por la pista de hielo. Justo a tiempo. Estaba encantado de poder escapar de mi hermano. Seguí al resto del equipo hasta el banquillo, donde Paige continuaba junto al entrenador con una sonrisa nerviosa en los labios y un cuaderno abrazado al pecho.

—¡Escuchad! —gritó el entrenador—. El periódico escolar está preparando unos perfiles de los jugadores. Paige va a charlar con todos vosotros, de uno en uno. Por favor, no hagáis que me avergüence yo, ni vuestros compañeros ni os pongáis en ridículo. Recordad que vuestras madres podrían leer estas entrevistas. Grayson, tú serás el primero. Los demás, venid conmigo.

Volvió a tocar el silbato. El resto del equipo le siguió hasta el centro de la pista y yo me quedé solo en el banquillo.

Paige se había sentado. Seguía abrazada a su cuaderno, señal de que sentía ansiedad. No había apartado los ojos del hielo, así que supe que sus nervios se debían a entrevistar al equipo, no a que hubiéramos pasado la noche en la misma cama.

—Menos mal que el entrenador me ha dejado empezar contigo —dijo dando unas palmaditas en el banquillo a su lado.

—¿Te vas a encargar tú de las entrevistas? —pregunté al tiempo que me sentaba.

—Bonnie necesitaba ayuda. —Asintió con la cabeza y volvió a centrarse en la pista—. Pensó que sería una buena oportunidad para hablar con Damien. Y, bueno, presumir de uno de mis modelitos nuevos.

—Entonces ¿esto es parte de tu plan?

—Supongo. —Se encogió de hombros—. Antes de que digas nada, ya sé que no le he pedido opinión a mi entrenador de citas, pero es que es difícil decirle que no a Bonnie. Y es una buena idea, ¿no te parece?

—Sí… —¿Qué iba a decir si no? Estaba aquí, guapísima, dispuesta a entrevistarnos a todos. No podía decirle que recogiera su cuaderno y se marchara.

—¿Te parece una locura que vaya a escribir para el periódico?

Por lo que a mí respectaba, eso era lo más cabal de todo este asunto.

—Nada de eso. Seguro que haces muy bien las entrevistas. ¿Te acuerdas de aquella historia que escribiste sobre el cachorrillo que te regalaron tus padres? Tuvieron que devolverlo a la semana siguiente cuando se dieron cuenta de que no tenían tiempo para cuidar de él. Me conmovió muchísimo.

—No me lo recuerdes. Lo escribí cuando tenía ocho años.

—Fue el relato más desgarrador que he leído en mi vida.

—Bueno, porque la historia era desgarradora. Habría sido imposible escribir esa historia sin arrancar lágrimas al lector.

—Solo digo que entiendo que Bonnie te haya elegido a ti para ayudarle. Si hay alguien capaz de hacer el trabajo de un periodista deportivo, y hacerlo bien, eres tú.

—Gracias, Gray. —Se le había suavizado la mirada. Irguió la espalda y abrió el cuaderno—. Vale. ¿Estás listo para responder a mis preguntas?

—Claro.

Me recliné en el banquillo mientras esperaba a que empezara.

—¿Te importa que grabe las respuestas?

—Sin problema.

Preparó el móvil, después miró al cuaderno.

—Pregunta número uno: ¿Cuál es tu comida favorita? —No me dio tiempo a responder porque Paige dijo por lo bajo la respuesta ella misma—: Helado. Sobre todo el de chocolate. —Me había leído la mente.

»Siguiente pregunta —dijo tras anotar la respuesta—: ¿Qué película te sabes de memoria? —Volvió a responder por mí, como si estuviera haciéndose la entrevista a sí misma—. Vas a decir *El milagro* o alguna otra peli de hockey, pero los dos sabemos que la respuesta correcta es *Chicas malas*. —No llegó a despegar los ojos del cuaderno mientras escribía la respuesta.

—Eso no es culpa mía —protesté. Solo veía comedias románticas cuando quería verlas ella. Aunque tenía que admitir que no todas eran malas.

—Pues claro que no —dijo burlándose—. Vale, cuéntame algo que nadie en el instituto sepa de ti.

Esta vez escribió la respuesta sin decir nada. Estiré el cuello para ver lo que había escrito, pero no lo pude descifrar.

—Espera. ¿Qué estás escribiendo ahí? Si lo sabes tú, no cuenta.

Me miró riéndose.

—Te reto a que me digas algo que no sepa de ti.

Enseguida se me ocurrió algo: la forma en que se me aceleraba el corazón mientras la miraba a los ojos. Aunque no era algo que quisiera que publicaran en el periódico escolar.

—Por lo menos déjame verla. —Le indiqué con un gesto que me entregara el cuaderno y lo hizo con una sonrisa.

—Su nombre completo es… —La miré a los ojos rápidamente—. ¿Cómo lo sabes?

Volvió a reírse mientras me quitaba el cuaderno.

—Tengo mis métodos…

—No puedes publicar eso.

—¿Por? No es para tanto.

—¡Que no es para tanto! No quiero que la gente se entere de que mi segundo nombre es… —Me detuve. Era incapaz de decirlo en voz alta.

—¿Beauregard?

Lo dijo demasiado alto y, sin pensarlo, le tapé la boca con la mano. Notaba la sonrisa en la palma, provocándome chispas en la piel. Retiré la mano con rapidez.

—Vas a tener que borrar eso —dije frotándome la mano contra la pierna para deshacerme del hormigueo—. Tengo una reputación que mantener.

—Vale. Ya se me ocurrirá algo. ¿Hay alguien más que sepa que no sabes silbar? No, ¿verdad?

—¿No se supone que debería contestar yo a las preguntas?

—Pero ya sé las respuestas. —Se encogió de hombros—. ¿Se te ocurre algo mejor?

Esperó pacientemente, pero no se me ocurría otra respuesta que fuera a admitir de buen grado. Tendría que aguantar a Parker silbándome las dos semanas siguientes.

—Está bien. Siguiente pregunta. —Suspiré mientras esperaba a que continuase.

—¿Qué tipo de chica te gusta? —Se puso pálida y me miró nerviosa.

Me aclaré la garganta.

—¿Mi tipo?

Parecía tan sorprendida como yo. Revisó el cuaderno.

—Lo siento. Son las preguntas de Bonnie. Seguro que se trata de un error. Paso a la siguiente.

—Vale…

—¿Qué piensas de que una chica…? —Paige se detuvo—. Espera un momento. Esto no está bien—. Leyó rápidamente la página mientras murmuraba entre dientes las siguientes preguntas—: ¿Almas gemelas? ¿La cita perfecta? Pero ¿qué…? ¡Oh, no!

—¿Hay algún problema? —No había muchas preguntas sobre hockey en la entrevista.

Paige parecía confundida al pasar la página del cuaderno adelante y atrás.

—Voy a matar a Bonnie —musitó.

—Adivino que algunas de las preguntas de Bonnie no son como te esperabas.

—Ni de lejos. —Cogió el teléfono—. Dame un segundo.

Le hice un gesto para que continuara.

Deslizó los dedos con rapidez por la pantalla antes de llevarse el teléfono a la oreja. Un segundo después, dijo, molesta:

—Te has pasado, Bonnie.

No oí la respuesta de Bonnie, aunque supongo que se echó a reír.

—Ni de broma —saltó Paige—. No pienso hacer estas preguntas. Parece un perfil para ligar más que un perfil de jugador. —Hizo una pausa—. No me vengas con eso de «soy tu editora». No me importa para nada lo que quieran los lectores del instituto Ransom. No trabajo para ti.

Se mantuvo en silencio mientras Bonnie respondía. Intentó interrumpir unas cuantas veces, pero acabó por exhalar un suspiro.

—Vale. Lo haré. Pero, para que lo sepas, me debes una.

Colgó el teléfono con un bufido.

—Es una dictadora de manual. Según ella, con estas preguntas solo intenta «darle a la gente lo que quiere».

Paige se puso a rebuscar algo en su mochila hasta que sacó una bolsa de gominolas. Cogió un par de gusanos ácidos y les mordió la

cabeza, irritada.

—Debes de estar bastante enfadada si has tenido que recurrir a la droga dura.

Se metió el resto de los gusanos en la boca con mirada airada. Me habría reído de no haber estado convencido de que me mordería la cabeza a mí también. Era más seguro reclinarse y dar tiempo a que el azúcar actuara.

—No va a pasar nada —añadí—. Son solo unas preguntas.

—No has visto las que quedan —se quejó—. Se supone que se las tengo que preguntar a todo el equipo, Damien incluido. Si de verdad pensaba Bonnie que esto me ayudaría a hablar con él, está claro que no le importa que me muera de la vergüenza.

Procuré disimular los celos que me atenazaban la garganta. Estaba convencido de que Bonnie no quería que se avergonzara. Únicamente trataba de crear un momento bonito y proclive al coqueteo entre Damien y Paige. Pero había empezado por mí. Tal vez pudiera darle la vuelta a la situación para que me beneficiara.

—¿Por qué no me dejas juzgar a mí hasta qué punto esas preguntas son embarazosas?

Me miró a los ojos, sorprendida.

—¿Quieres que continúe con la entrevista?

—Claro —respondí—. Es lo mínimo que puedo hacer como tu entrenador de citas. Practica conmigo.

—¿De verdad no te importa contestar?

—Para nada.

—¿Seguro?

—Estoy empezando a preocuparme. ¿Tan atrevidas son?

—Supongo que no. —Me sonrió, agradecida—. No dudes en saltarte las que te hagan sentir incómodo. Y luego puedes ayudarme a vengarme de Bonnie si quieres.

Volvió a encender la grabadora del teléfono. Luego me miró a los ojos mordiéndose el labio inferior.

—¿Estás preparado?

—No.

—Yo tampoco. —Se echó a reír. Después carraspeó y me preguntó —: ¿Qué tipo de chica te gusta?

—Bajita, pelo castaño, ojos marrones, huele a azúcar…

Me apuntó con el boli con desaprobación.

—Tienes que contestar en serio, Gray.

Pese al tono de rechazo, curvó los labios en una sonrisa. No se imaginaba que no podía haber respondido más en serio.

—¿Qué opinión te merece que sea la chica quien dé el primer paso?

Bonnie no había intentado ser sutil con las preguntas. Aun así, todavía podía aprovecharme de ello.

—Me parece bien que lleve la iniciativa, pero solo si mide 1,65 y está secretamente obsesionada con los globos de nieve.

—¡Grayson! —Se le sonrojaron las mejillas—. Deja de hacer el tonto. Sabes que esto va a salir publicado en el periódico escolar, ¿verdad?

—Lo sé.

—¿Y te parece bien que publiquen eso?

Me encogí de hombros.

—No puedo evitar lo que encuentro atractivo.

No contestó, solo se me quedó mirando como si se preguntara si lo decía en serio.

—¿Qué más?

Leyó la siguiente pregunta.

—¿Crees que existen las almas gemelas?

—Claro.

—¿Qué? ¿En serio?

Apartó el cuaderno y se centró en mí. Esta pregunta la había intrigado más que las otras.

—Claro. ¿Por qué no iba a creer en ellas?

—No pensé que creyeras en esas cosas.

—Tal vez no lo sepas todo sobre mí.

Arrugó la frente, como si esa idea la hubiese defraudado.

—Vale. ¿Cómo sabes si has encontrado a tu alma gemela? —Lo dijo como si me retara a probar que hablaba en serio.

Me detuve, devanándome los sesos para encontrar una respuesta adecuada, pero era difícil saber el momento exacto en que me había dado cuenta de que mi alma gemela era Paige. Tal vez siempre lo había sabido. Siempre habíamos sido «nosotros». Mi vida no estaba completa sin ella. Aunque tenía la sensación de que estos sentimientos eran demasiado intensos para esta entrevista y decidí centrarme en el último recordatorio que había sentido de que Paige era mi chica.

—Supongo que llega un punto en que te despiertas por la mañana, miras a la chica tumbada a tu lado y todo tiene sentido. Nada importa más que ella…

Juraría que Paige había cogido aire de la sorpresa, aunque enmascaró su reacción y asintió con la cabeza. No habíamos llegado a hablar de lo de anoche. Cuando saqué el tema a la hora del desayuno se disculpó y se fue a otra cosa. La forma en que lo había mencionado ahora, por muy sutil que fuera, le había hecho reaccionar. Tal vez no la había dejado tan indiferente como había pensado al principio.

—Vale, bien. Siguiente pregunta… —Tartamudeaba mientras leía sus notas, buscando dónde se había quedado. Cuando encontró la pregunta, volvió a coger aire, aunque esta vez no trató de disimular.

—¿Qué ocurre?

—Esta pregunta…

—Dispara. Estoy en racha.

Se rio, nerviosa. Se recompuso después de la incertidumbre que le había causado mi última respuesta.

—Si insistes… —Puso un mueca mirando al cuaderno—. ¿Te gustan más las tetas o el culo?

Evitó mirarme a los ojos. Esto debía de estar matándole por dentro y a mí me estaba costando no reírme.

—De las almas gemelas a esto…

—Ya te avisé de que eran malas.

Estaba empezando a disfrutar con la entrevista.

—Me fijo más en los ojos y en la sonrisa —respondí.

Diría que le había gustado mi respuesta. Se relajó de hombros un poquito, aunque duró poco.

—¿Eres más de *slips* o bóxeres? —preguntó con una mueca.

—Bóxeres —Respondí con rapidez al percatarme de que Paige quería librarse de este tema—. Siguiente.

—¿Rubias o morenas?

—Creo que ya sabes la respuesta a esa pregunta.

Sonreí al verla apuntar la segunda opción sin atreverse a mirarme a los ojos. Tras esto continuó.

—¿Qué es para ti una cita perfecta?

—La que ocurre el 25 de abril.

Prorrumpió en una carcajada. Yo no pude evitar sonreír. Me había obligado a ver *Miss agente especial* hacía unas semanas. Al parecer esa comedia romántica había servido para algo. La tensión que se había ido acumulando entre nosotros se había disipado. Aproveché la situación para hacerle yo una pregunta.

—¿Y cómo es tu cita perfecta?

—Estas preguntas no son para mí —respondió.

—Finge que lo son.

—Supongo que algo romántico —dijo dubitativa, como si se lo estuviera planteando—. Aunque eso es obvio. Tal vez algo que no haya hecho nunca y que me sorprenda. —Se encogió de hombros y volvió a centrarse en mí—. ¿Cómo voy a saberlo? Nunca he tenido una. Con un poco de suerte, eso cambiará pronto…

Se volvió hacia la pista de hielo. Tuve que controlarme para no romper por la mitad el stick de hockey cuando Damien pasó patinando a nuestro lado y le guiñó un ojo a Paige, que miró con rapidez a sus apuntes. Leyó la siguiente pregunta:

—Cuéntame cómo fue tu primer beso.

Ahora me tocaba a mí sentirme incómodo. Se me cerró la garganta y empecé a sentir el rubor de la vergüenza subiéndome por el cuello. Me estaba bien empleado. De ninguna manera iba a contestar a esa pregunta.

Paige y yo nos miramos a los ojos y algo cambió en el ambiente, había vuelto la tensión, aunque esta vez era distinta. Me estaba mirando a los labios, como si se estuviera imaginando cómo sería besarme. Se me cerró la boca del estómago. ¿En serio podía estar pensando en eso? ¿O se estaría preguntando cómo sería besar a cualquier chico?

Me había quedado mudo. Al no responder yo, fue Paige quien habló.

—Tu primer beso, Gray. —La voz le salió en un susurro, algo seca.

—Yo no soy de los que van hablando de los besos.

Apartó la mirada de mis labios y volvió a centrarse en el cuaderno. Asintió con la cabeza, aunque luego volvió a mirarme. Seguían brillándole los ojos de curiosidad, como si quisiera seguir indagando, pero yo no podía arriesgarme.

—¿Cuál es la siguiente pregunta? —dije, cambiando de tema—. ¿Cuál es mi mejor frase de ligar? ¿Cuántos hijos querré tener en el futuro?

—No —dijo negando con la cabeza—. Por suerte esa era la última pregunta. No me puedo creer que tenga que repetírselas a cada uno de los jugadores.

—Bueno, espero haberte ayudado a calentar un poco. Si no, llama a Bonnie y dile que puede seguir ella con las entrevistas.

Sonrió.

—¿Y no podías haberme dicho eso antes de que te preguntara esas cosas tan embarazosas?

—Supongo que sentía curiosidad. Tampoco ha estado tan mal, ¿no?

—No, no ha estado mal. Arrugó la nariz. Parecía decepcionada por estar de acuerdo conmigo—. ¿Puedes decirle a Reed que venga? Tengo que darme prisa o no acabaré antes de que termine el entrenamiento.

Eso era todo. Había sobrevivido a la entrevista y solo me había saltado una pregunta, aunque seguía sin tener claro si mis consejos estaban sirviendo de algo. Paige había reaccionado a un par de mis respuestas, de eso estaba seguro.

—Sin problema. —Sonreí al apartarme del banquillo y volver a la pista de hielo—. Gracias por la charla, Pidge.

Noté un nudo en el estómago cuando me alejaba patinando. Ahora que ya había terminado mi entrevista, era cuestión de minutos que el plan de Bonnie echara a rodar. Paige tendría que entrevistar a Damien y hacerle todas esas preguntas. De repente, esos momentos que habíamos compartido durante la entrevista, fueran lo que fueran, no parecían suficientes. Damien había estado coqueteando con chicas desde su llegada a Ransom. No iba a poder competir

contra él.

Me esforcé por concentrarme en el entrenamiento e ignorar a mis compañeros, que iban acudiendo uno tras otro a Paige. Pensaba que se me daba bien disimular mi instinto protector y que no le había fruncido el ceño a nadie. Sin embargo, todo se fue al garete cuando Damien se sentó junto a Paige.

CAPÍTULO 21

PAIGE

Ya casi había terminado con las entrevistas. A pesar de mi reticencia inicial, no habían ido nada mal. Contra todo pronóstico, me había resultado mucho más sencillo hacérsela a los compañeros de equipo de Grayson que a él. Normalmente podía hablar de cualquier cosa con Gray, y él mismo había sugerido que lo utilizara para practicar, pero esa entrevista había parecido la principal.

Era consciente de que había estado bromeando conmigo, y había sido divertido, pero algunas de sus respuestas me habían dejado descolocada. Sobre todo la de las almas gemelas. Me había estado esforzando por no pensar en que me había despertado abrazada a él y tal vez seguía bromeando al contestar así a esa pregunta; sin embargo, la sola mención a lo de anoche había hecho que se me erizara la piel.

La última pregunta de la entrevista también me había dejado intrigada. Nunca hablábamos de chicas o de relaciones. Por lo menos antes de que empezáramos con lo del entrenamiento, pero sentía curiosidad. ¿Por qué se había mostrado tan reacio a dar detalles de su primer beso? No era la primera vez que me preguntaba con quién lo habría compartido.

Tras las primeras entrevistas, empecé a sentirme más relajada. En

esos momentos era el turno de Matt. Comenzó a reírse en cuanto las preguntas se volvieron más personales. Íbamos por la de los *slips* o bóxeres, pregunta que seguro que había incluido Bonnie como venganza por no haberle dejado husmear en los cajones de los chicos Darling.

—¿De verdad quieres saber qué tipo de calzoncillos uso? —preguntó antes de inclinarse hacia mí—. ¿Quieres que Gray me mate?

—Gray no está aquí… —Se encontraba al otro lado del hielo entrenando la defensa. Y no es que lo estuviera vigilando—. A ninguno le ha importado decírmelo.

—Yo no soy como los demás. No tengo tendencias suicidas.

—Vale. Apunto que no llevas ropa interior —dije sonriente.

Me miró con curiosidad.

—¿Cómo lo has sabido?

Me eché a reír y pasé a la siguiente pregunta.

—¿Rubias o morenas?

—¿Por qué hay que elegir?

—¿Cuál sería tu cita perfecta?

—¿Qué tipo de artículo estás escribiendo, Paige?

—Uno divertido —contesté con una sonrisa—. ¿Y bien?

—Ir de excursión.

—¿Esa es tu idea de la cita perfecta?

—Claro. Tienes tiempo de conversar, las vistas son geniales y puedes comprobar si la chica tiene resistencia. Si empieza a quejarse en los primeros dos kilómetros ya sabes qué tipo de relación te espera.

—Bueno, igual no le gusta ir de excursión.

—Entonces esa chica no es para mí.

Volví a reírme y negué con la cabeza, sorprendida por lo pensada

que tenía su estrategia para ligar.

—Última pregunta: cuéntame cómo fue tu primer beso.

—¡Madre mía! —Se frotó la barbilla mientras lo pensaba—. Fue en una de las primeras fiestas que monté en casa. Resulta que las chicas adoran al anfitrión…

—¿Ah, sí?

—Sin duda. ¿Por qué crees que he montado tantas fiestas desde primero?

—Y yo aquí pensando que solo querías celebrar la victoria con tus compañeros de equipo.

—Bueno, eso también —sonrió.

Al igual que los demás, Matt no había tenido ningún reparo en contestar la pregunta, haciendo que me planteara de nuevo por qué habría sido Grayson tan reservado. Supongo que había tenido años para hablarme de sus besos y nunca lo había hecho. ¿Por qué iba a empezar ahora?

—Bueno, eso es todo —dije—. Eres libre.

—Genial. Gracias, Paige. Ha sido divertido —comentó levantándose del banquillo—. No quiero ni contarte lo aburrida que fue la última entrevista que nos hicieron para el periódico.

Sonreí mientras lo observaba unirse a sus compañeros en el hielo, aunque noté que se me formaba un nudo en la garganta al ver a Grayson atravesar la pista detrás del disco.

De nuevo acudió a mi mente el recuerdo de despertarme en sus brazos. Estaba concentrado en el entrenamiento y no me pilló observándolo. La forma en que patinaba era hipnotizante. Se le veía tan fuerte y poderoso moviéndose por el hielo. Costaba creer que me hubiera estrechado en sus brazos con tanta delicadeza.

No habíamos llegado a hablar de ello, sin contar con la disculpa precipitada del desayuno y el comentario de Grayson sobre las almas

gemelas. Aunque tal vez eso último solo fuera una coincidencia. Y si no lo era, lo más probable es que estuviera bromeando, como con las otras preguntas. De lo que estaba segura era de que yo no podía reírme aún de ello. ¿De verdad se había quedado Grayson como si nada? Supongo que se había limitado a comportarse como mi mejor amigo, calmándome durante la tormenta. Había sido una idiota al irrumpir en su dormitorio de aquella manera. Necesitaba tomármelo con calma, igual que él.

—Hola, P.

Me sobresalté al oír una voz grave a mi lado. Aparté los ojos de Grayson. Damien había venido al banquillo para hacer la entrevista.

—Hola, Damien —le sonreí y él me devolvió el gesto.

—Me alegro de verte —dijo al sentarse—. Estás muy guapa.

Me miré el atuendo.

—Vaya, gracias.

Debería haberme alegrado de que se fijara en mi ropa, pero lo único en lo que podía pensar era en por qué no se había fijado Grayson. Era uno de los conjuntos que le habían dejado sin palabras en el centro comercial. Sin embargo, no lo había mencionado durante nuestra entrevista.

El susto que me había dado Damien al venir me había acelerado el pulso; sin embargo, me sorprendió lo rápido que recuperé la calma. Solo unos días antes, me había quedado muda y me había derramado una bebida por encima por su culpa y ahora, sentado a mi lado, me encontraba en perfecto control de la situación. Había esperado ruborizarme y sonar confusa, pero no ocurrió nada de eso. Tal vez toda esa práctica con mi entrenador estaba empezando a dar sus frutos.

Volví a mirar a Grayson. Noté que se me aceleraba el corazón cuando lo pillé mirando en nuestra dirección con el ceño fruncido.

Parecía querer decapitar a Damien. Debería haberme preocupado, pero sentí un chispazo de emoción en el pecho. ¿Estaba celoso? ¿O fruncía el ceño por costumbre? No había forma de averiguarlo.

—Vale —dije al tiempo que me giraba hacia Damien—. ¿Preparado para el interrogatorio?

Se rio, nervioso.

—¿Interrogatorio?

—¡Entrevista! Quería decir entrevista, claro.

Igual no estaba tan tranquila ni controlaba la situación como pensaba. Aunque no creo que Damien fuera el causante esta vez.

—Menos mal. No sabía que trabajabas en el periódico escolar.

—Normalmente no lo hago. Estoy ayudando a una amiga.

—Qué suerte tengo. Llevo queriendo quedar contigo desde que llegué para ponernos al día.

—¿En serio?

—Claro —sonrió ligeramente—. Solíamos ser amigos hasta que me fui de Ransom. Sé que he estado muy ocupado instalándome, pero ha sido muy raro estar aquí de vuelta y no quedar contigo.

—Bueno, siempre estoy dispuesta a quedar.

—¿Qué te parece el sábado por la noche? ¿Quieres ir a cenar algo?

—¿Cenar? —Casi me atraganto con la palabra. ¿Me acaba de pedir salir Damien Stone? Bonnie estaba segura de que mi ropa y la entrevista harían que se fijara en mí, pero no me había esperado que funcionara todo tan rápido. ¿De verdad me estaba pidiendo una cita? ¿O solo quería que quedáramos como amigos? ¿Cómo iba a distinguirlo?

—Claro. Tenemos un partido por la tarde y siempre me muero de hambre cuando terminamos.

—¿Quieres que cenemos juntos? ¿Es eso una cita?

—Exacto. Una cita —se rio—. ¿Te parece bien?

—Bueno…

No supe qué decir. Me preguntaba qué pensaría Grayson ¿Por qué me importaba su opinión? No necesitaba su permiso ni su aprobación para contestar a Damien. Debería haber sido la pregunta más fácil de responder de toda la tarde. Entonces ¿qué me detenía? ¿Por qué no le decía que sí?

—A no ser que ya estés comprometida —dijo Damien.

—¿Comprometida? —Volví a centrarme en él, que observaba la pista—. ¿Qué quieres decir?

—Tú y Grayson…

—Yo y Grayson…, ¿qué?

—Estáis muy unidos…

—Somos amigos. —Era la respuesta que daba siempre, pero, por algún motivo, esta vez me daba la sensación de que me había precipitado. ¿Por qué sonaba como si estuviera mintiendo?

—Ya lo sé. —Damien asintió con la cabeza—. Ya me lo ha dicho Grayson. Dejó muy claro que no había nada entre vosotros, pero se os ve tan unidos que quería preguntarte a ti también.

¿Grayson lo dejó «muy claro»? ¿Hasta qué punto? Que confirmara que sus sentimientos hacia mí eran platónicos debería haberme dado el empujoncito que necesitaba para aceptar la invitación de Damien, y aun así, dudé.

—No creo que pueda el sábado por la noche. Los chicos van a firmar la carta de intención después del partido…

—¿Mejor el domingo?

Me sorprendió que se mostrara tan interesado, aunque no tanto como mi reticencia. No era más que una cena que respondía a mis planes: quedar con Damien, besarle, tachar esa tarea de mi lista y acabar con este enamoramiento absurdo de mi mejor amigo. Se

supone que era lo que deseaba. Pero me quedé petrificada, incapaz de aceptar.

Damien debió de darse cuenta de mis dudas porque acabó por romper el silencio.

—O cuando quieras. Piénsatelo y me lo dices.

No había nada que pensar. La respuesta correcta estaba clarísima, y aun así asentí con la cabeza en señal de agradecimiento.

Me sonrió y señaló mi cuaderno.

—Creo que querías preguntarme algo.

Me sentía culpable por no haberle respondido de inmediato, pero la facilidad con la que cambió de tema me recordó el motivo por el que siempre me había caído bien Damien: de pequeño era tan despreocupado. Al parecer seguía siendo igual de alegre y confiado. Si era capaz de mantener la confianza en mí misma a su lado, sabía que una cita con él sería como un paseo.

—Cierto. —Carraspeé y retomé la entrevista, aliviada por cambiar de tema. Al menos por el momento.

Fuimos avanzando con las preguntas. Asentía con la cabeza con sus respuestas o me echaba a reír cuando hacía algún chiste. Se sabía de memoria la película *Supersalidos*, y su cita perfecta incluía la escalada. Admitió sin darle mayor importancia que prefería los bóxeres y las tetas, y que su primer beso había sucedido bajo las gradas después de un partido de fútbol. Había sido divertido hablar con él y había respondido a las preguntas más intrusivas sin ningún escrúpulo. La entrevista había sido entretenida, interesante y graciosa, como ponerse al día con un viejo amigo.

—¿Seguro que tienes todo lo que necesitas? —preguntó Damien al terminar. La entrevista se había pasado volando.

—Eso es todo. Gracias, Damien.

—Genial. Será mejor que me una al equipo. Me tengo que ganar

un puesto de titular.

Me sonrió amigablemente antes de alejarse patinando. Fue al verlo marchar cuando me di cuenta de que no había respondido a su invitación. Había tenido tiempo suficiente para pensarlo mientras hablábamos. ¿Cómo lo había dejado marchar sin darle una respuesta? ¿Qué me pasaba? ¿En qué estaba pensando? Había dejado pasar una oportunidad.

Necesitaba ayuda. Cogí mi teléfono mientras recogía el cuaderno.

—Sabía que seguiríamos siendo amigas —me saludó Bonnie al responder—. Me quieres demasiado para seguir enfadada conmigo.

—¿Quererte? En estos momentos no estoy muy segura ni de que me caigas bien.

—¿Cómo han ido las entrevistas? —dijo ignorando mi comentario —. No te has echado atrás, ¿verdad?

—No, no me he echado atrás. Sigo sin estar preparada para perdonarte por las preguntas.

—¿Qué dices? Si las preguntas eran geniales. Ya te dije que quería darles una chispa a los perfiles. Estoy intentando que la gente lea el periódico.

—La gente no quiere leer sobre los calzoncillos de los jugadores.

—Ay, Dios mío. ¿Les has preguntado eso?

—Pues claro. Estaba en la lista.

Su risa se oyó cristalina a través del teléfono.

—Genial. No me la podía sacar de la cabeza desde que me prohibiste cruelmente husmear en los cajones de los Darling. Pero sabes que la puse solo en broma, ¿no?

Lo había sospechado.

—La mayoría de los jugadores la contestaron. Igual no comparto sus respuestas contigo…

—¡No! Tienes que hacerlo, por favor. Hay que darle a la gente lo

que quiere, Paige.

—Me lo pensaré, aunque no he llamado por eso.

—¿Ah, no?

El entrenamiento estaba terminando y los chicos se habían arremolinado alrededor del entrenador Ray. Gray estaba mirando en mi dirección y le saludé con la mano para avisarle de que me marchaba.

Respiré hondo, me coloqué la mochila en el hombro y me dirigí a la salida.

—Damien me ha invitado a salir este fin de semana.

Bonnie chilló tan alto que tuve que separar la oreja del teléfono. Cuando me atreví a acercármelo de nuevo, oí a su madre siseando para que se callara.

—Vas a despertar al bebé.

—Lo siento —dijo Bonnie en voz baja. Después me preguntó—: ¿Por qué no has empezado por ahí?

—Porque no he aceptado.

—¿Qué? ¿Por?

—Me preguntó, pero yo dudé.

—¿Dudaste? ¿Y por qué hiciste eso? ¡Estamos hablando de Damien Stone!

Por mucho que repitiera su nombre no parecía emocionarme tanto como a ella.

—Ya sé cómo se llama, Bon. Es solo que, cuando me lo preguntó, me pilló por sorpresa y no supe qué contestar.

—¿De verdad te está entrenando Grayson?

—Pues claro que sí. Mira, ya sé que la he cagado, ahora lo que necesito es que me ayudes a arreglarlo. Damien me dijo que me lo pensara. ¿Debería esperar a que termine de entrenar para decirle que sí?

—Ni se te ocurra. Lo único peor que dejar a un tío a la espera es mostrarte desesperada. Espera hasta que te lo vuelva a pedir.

—¿Y si no me lo vuelve a pedir?

—Hazme caso, lo hará. —¿Cómo podía estar tan segura? De repente se puso seria—. ¿Puedo preguntarte por qué te sentías desconcertada?

Estaba cerca de la salida de la pista y me volví a mirar por encima del hombro al causante de todo. Gray estaba saliendo del hielo con sus hermanos, uno a cada lado, y se dirigían a los vestuarios. Su expresión seguía siendo tan estoica como siempre, aunque no podía dejar de pensar en ese lado juguetón que había salido a la luz mientras lo entrevistaba. Siempre habíamos bromeado entre nosotros, pero la forma en que se había comportado esta última semana me había calado hondo, me aceleraba el pulso y me llenaba de una energía nerviosa y electrizante con la que no sabía qué hacer. Aunque no era real. Él era mi entrenador y solo estábamos practicando. Por mucho que deseara que fuera diferente, necesitaba superarlo.

—Ya me conoces —respondí—. Puede que esté practicando con Gray, pero siguen sin salirme las palabras con Damien.

Era una mentira. No estaba preparada para contarle la verdad a Bonnie. Sabía cómo reaccionaría. Ya era yo consciente de que estos sentimientos podían echar a perder mi amistad con Gray. Tenía un plan para librarme de ellos, solo tenía que seguirlo.

El coqueteo de Grayson solo había conseguido que me resultara un poco más complicado pensar con claridad. Y la invitación de Damien me había pillado por sorpresa. Si, por algún milagro, me volviera a pedir salir, no cometería el mismo error.

—No sabía que me pediría salir —le conté a Bonnie—. La próxima vez estaré preparada.

—Bien. Deberíamos sentirnos agradecidas por que no tuviera una bebida en la mano.

—Ese es un punto a favor. —Salí por la puerta principal del pabellón, temblando al enfrentarme al frío vespertino—. Ya casi he llegado al coche, Bon. Tengo que irme. Voy a redactar las entrevistas y te las envío mañana.

—Me muero de ganas de leerlas. Tengo muchísima curiosidad por saber las respuestas del entrenador. Es archiconocido por su reticencia a las entrevistas.

—Espera. ¿Tenía que entrevistar al entrenador también?

Soltó un gruñido.

—¡Por supuesto! Anoté las preguntas para él en tu cuaderno a continuación de las del equipo.

—Esto… —Estaba casi segura de que no estaban ahí. Saqué la libreta y pasé las páginas. Se me escapó un suspiro cuando encontré la página con las preguntas para el entrenador.

—Estamos en las eliminatorias y me costó muchísimo convencer al director deportivo de que me dejara hacer las entrevistas —explicó Bon—. Le preocupaba que los jugadores se despistaran. La única forma que se me ocurrió para que sonara más serio fue entrevistar también al entrenador.

Había quedado agotada tras las entrevistas con el equipo entero, así que no me apasionaba la idea de volver a sentarme con otra ronda de preguntas para el entrenador. Pero no quería decepcionar a Bonnie, así que me di la vuelta y regresé sobre mis pasos.

—Vale, me vuelvo a hacer la entrevista.

—¡Gracias!

—Pero si encuentro alguna pregunta sobre la ropa interior en el cuaderno, que sepas que se acabó nuestra amistad para siempre.

Lo único que escuché fue el sonido de la risa malvada de Bonnie

antes de que colgara la llamada.

CAPÍTULO 22

PAIGE

Por suerte, la entrevista al entrenador Ray resultó ser de lo más normal, sobre hockey, sin preguntas incómodas. Hablamos de su experiencia como entrenador, sus reflexiones sobre la temporada y sus planes para la final del campeonato. De hecho, me pareció muy interesante, aunque menos divertida que el rato que había pasado con los jugadores.

Duró más de lo que había esperado y llegué a casa de los Darling bastante tarde. Me sorprendió lo tranquila que estaba la casa cuando entré. Normalmente era un hervidero y se me hacía extraño no oír ningún grito, ni peleas o risas. Ni siquiera se oía la tele a todo volumen ni los disparos de los videojuegos ni la música retumbando en la habitación de Cammie. Estaba todo tan silencioso que pensé que no había nadie más.

—¿Hola? —dije en voz alta.

—Estoy aquí —contestó Gray.

Me detuve un momento para apaciguar los nervios que se concentraban a la altura del pecho. No me sentía yo misma desde la entrevista con Grayson. ¿Cuánto tiempo podía seguir fingiendo que nada había cambiado entre nosotros? Y más cuando estábamos a solas.

Seguí el sonido de su voz hasta la cocina.

—Pensaba que te habías ido antes que yo —dijo al tiempo que entraba en la cocina—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Tuve que volver… —Se me fue apagando la voz al ver a Grayson junto a la encimera con un montón de ingredientes delante de él—. ¿Qué estás haciendo?

—La cena. —Su voz sonó brusca—. Al coche de mi madre se le ha pinchado una rueda, así que voy a prepararla yo. ¿Me ayudas?

Le contesté con un resoplido de incredulidad.

—¿De verdad quieres que cocine otra vez? No niego que disfrutara del proceso, pero los dos sabemos que el resultado fue desastroso.

—Bueno, puedes considerarlo como un taller de formación. Vamos a preparar pizza.

—No sabes cocinar —dije con sorna, aunque enseguida me entró la duda—. ¿O sí?

—Resulta que hay más de una cosa que no sabes de mí.

—Bueno, eso tendré que juzgarlo yo.

Creo que necesitaba verlo cocinar para creérmelo.

—¿Por qué tuviste que volver? —me preguntó al tiempo que sacaba algo de la nevera.

—Para entrevistar al entrenador. Bonnie se olvidó de decirme que también tenía que entrevistarlo a él.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Van a espantarse los alumnos del Ransom cuando lean los detalles de su primer beso…?

—No. —Tuve que reírme—. Las preguntas eran diferentes, menos mal. No hablamos del primer beso ni de la ropa interior. Supongo que Bonnie no me odia tanto.

—Supongo. —Grayson cerró el frigorífico y volvió a colocarse

delante de los ingredientes.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Mi padre sigue en el trabajo. Cammie estaba con mi madre y Parker y Reed han acudido a ayudarla con el pinchazo.

—¿Y tú no?

—¿Cuántos Darling se necesitan para cambiar una rueda?

—Supongo que con cuatro basta.

—Exacto. Además, Reed es el experto en coches. Creo que Parker se unió solo para verlo y reírse.

—Es muy probable —admití antes de fijarme en los ingredientes que había en la encimera—. ¿Cuándo aprendiste a cocinar? Adivino que no fue tu madre quien te enseñó. Y tu padre aún menos.

Danny se defendía en una barbacoa, pero la única vez que se había atrevido a preparar la cena del domingo en la cocina casi quema la casa. Básicamente le prohibieron volver a intentarlo después de eso. Ni siquiera le está permitido hacer unas tostadas.

—No. —Grayson se echó a reír—. ¿Recuerdas que solía cortarle el césped a mi abuela los domingos por la tarde antes de la cena familiar?

—Claro.

—Cuando terminaba, solía ayudarle a preparar la cena. Lo haría también con mi madre más a menudo si no entrenara tanto al hockey, pero no me queda tiempo libre.

—Ya veo.

No había duda de que la cena de los Darling había ido de mal en peor desde que la abuela de Grayson se había mudado a una residencia y su madre había empezado a encargarse de cocinar. El entrenamiento de Grayson era muy completo, así que no me extrañaba que no tuviera tiempo.

Me acerqué a su lado delante de la encimera.

—Vale, Gordon. ¿Por dónde empezamos?

—¿Gordon?

—Claro. Por Gordon Ramsey. Me da la sensación de que tenéis personalidades afines. Aunque espero que te guardes los insultos más crueles sobre mis dotes culinarias para ti mismo.

Casi podía sentir el calor que emanaba de su ceño mientras le sonreía y cogía la receta de la mesa. Le eché un vistazo y la volví a dejar.

—No parece muy difícil.

—No sé hasta qué punto puedo fiarme de ti. ¿Llegaste a mirar la receta de los *muffins*?

—Pues claro.

—¿Y la seguiste?

—Por supuesto. —No se le veía muy convencido, así que añadí—: Además, es solo masa de pizza y la receta tiene tres pasos.

Me reí al ver la mirada dolorida en sus ojos. Estaba claro que disfrutaba cocinando. Tendría que lidiar conmigo para que no lo echara todo a perder.

—A lo mejor debería limitarme a observar —sugerí mientras él calculaba con cuidado una taza de harina y la echaba en el cedazo.

—Me parece que alguien quiere librarse de mancharse las manos.

—Estás tamizando harina, Gray, tampoco es que te estés manchando las manos. Además, a lo mejor es que prefiero observarte a ti.

—¿A mí? —Me miró confuso. Tras esto se fijó en el letrero del delantal, donde ponía, a la altura del pecho: «Besa al cocinero»—. Es por el delantal, ¿a que sí?

Se me escapó una risita que era sorprendentemente parecida a mi risa nerviosa. Nunca había contemplado a Grayson el chef, pero tenía que admitirlo: le quedaba muy bien. Me sentía muy tentada de

hacerle caso al delantal.

—Supongo que sí —dije, provocando una mirada deslumbrante.

No tenía ni idea del efecto devastador que tenía esa sonrisa sobre mí. Grayson no sonreía a menudo y, cuando lo hacía, solía limitarse a un ligero arqueo de las comisuras. Y menos mal. Cuando sonreía abiertamente hacía que me flaquearan las piernas. La mayoría de los amigos no te ponían el corazón a mil por hora ni hacían que se te erizara la piel solo con mirarte.

Había pensado que los sentimientos confusos hacia Gray habían surgido de la nada, pero tal vez llevaban ahí, consolidándose desde la primera vez que nos vimos, cuando no supo decir mi nombre. Siempre le había querido muchísimo, pero había supuesto que era por esa amistad tan increíble que compartíamos. Al mirarlo ahora, con esa sonrisa, supe que había mucho más.

Me miró, ceñudo.

—¿Estás bien, Pidge?

No me extrañaba que frunciese el entrecejo. Lo estaba mirando alucinada, como si acabara de ver un arcoíris tras la lluvia: algo hermoso e inesperado que había surgido de la tormenta y me sentía incapaz de apartar la vista por miedo a que desapareciera.

—¿Pidge?

—Sí, sí. Estoy bien.

Solo con la forma en que pronunció mi apodo consiguió enternecerme.

—No lo parece. Ya sé que verme cocinar es como el fallo de Matrix, pero no se me da tan mal, te lo prometo.

—No es eso. Estoy bien.

No podía ser menos cierto. Tampoco se me estaba dando especialmente bien ocultarlo. No me lo estaba poniendo nada fácil. Tenía que hacer que dejara de sonreírme con ternura y de

arrullarme con la voz. Tenía que dejar de estar tan sexy con delantal, con la camisa arremangada, dejando a la vista sus musculosos antebrazos. Era incapaz de controlarlo, aunque tampoco iba a dejar que descubriera que, bajo mi erizada piel, estaba en ebullición. No podía dejar que se enterara de que había hecho lo peor que podía hacer una amiga. Necesitaba distraerme.

Sin pensármelo dos veces, cogí un puñado de harina y se lo lancé a la cara.

Se quedó con la boca abierta, sorprendido.

—¿A qué ha venido eso?

—Lo he hecho para que se te viera más metido en faena.

—¿Ah, sí? ¿Te atreves a tirarle harina al cocinero?

Parecía tan poco impresionado que no pude evitar echarme a reír. Había dejado de sonreír, consiguiendo romper la burbuja en la que estábamos inmersos. Por desgracia, seguía estando guapísimo, incluso con la frente arrugada. La harina que le moteaba el pelo y le manchaba la mejilla solo consiguió que me atrajera más.

—¿Sabes qué? Nunca te había tomado por el tipo de chica que ataca sin provocación.

—Y yo nunca te había tomado por el tipo de chico al que le molesta un poco de harina en el pelo.

—No estoy molesto —contestó—. Aunque eso no significa que no busque venganza. —Le brillaron los ojos con malicia y, un instante después, me lanzó un puñado de harina a la cara.

Grité mientras trataba de esquivarlo, pero no fui lo bastante rápida. La harina me golpeó y se esparció en una nube entre nosotros. Estaba por todos lados.

—¡Oye! Me has tirado mucha más de la que te he tirado yo.

—Yo no he dicho que la venganza fuera justa.

Sonrió agarrando otro puñado de harina del cuenco.

Dando un paso atrás, abrí el paquete de harina que había en la encimera y cogí el puñado más grande del que fui capaz.

—Sabes que esto no va a acabar bien para ninguno de los dos —amenacé.

—Deberías haberlo pensado antes. Nunca empieces una pelea con un Darling si no piensas acab…

Le lancé la harina antes de que pudiera terminar la frase y me escapé al otro extremo de la encimera. Pero Grayson era demasiado rápido y me atrapó antes de que pudiera escapar. Me rodeó con sus brazos y me levantó del suelo.

—No, no, no —me reía mientras una lluvia de harina nos cubría por completo.

—Sí, sí, sí —contestó Grayson riéndose con ganas y dándome vueltas. Cuando me dejó en el suelo, me volví a mirarlo, pero me tenía atrapada contra la encimera, con los brazos uno a cada lado de mí, apoyados en el mármol.

—Vale, me rindo —dije levantando las manos para demostrarle que no llevaba más harina.

—¿Y si no acepto tu rendición? —Le brillaban los ojos de placer.

Me retumbaba el corazón. Casi no había separación entre nosotros. Tenía la espalda apoyada en la encimera y él se inclinaba hacia mí, cerniéndose como una torre. Le caía el pelo sobre la frente al mirarme desde arriba. Notaba cada centímetro de mi cuerpo vivo y rebosante de energía, deseaba que se acercara todavía más. Deseaba que apartara las manos de la encimera y me las pusiera en la cintura. Yo me moría por levantar las manos y tocarle la mejilla y acercarlo hasta mí.

Su sonrisa era rebosante y luminosa. Contuve la respiración cuando nos miramos a los ojos. Contemplaba al chico que llevaba siendo mi mejor amigo tanto tiempo, pero las cosas habían

cambiado. No sabía si había pasado poco a poco o todo de repente, con una sonrisa o con un millón de latidos. Pero no podía negar que todo había cambiado. Justo cuando pensaba que sabía hasta dónde llegaban mis sentimientos por Grayson, me estaba enamorando de él. La forma en que anhelaba sus sonrisas, cómo disfrutaba de ese ceño fruncido, la admiración que sentía por la fortaleza de su corazón, su amabilidad tranquila. No había duda de que me había enamorado de Grayson Darling sin darme cuenta. Ya no me sentía confusa: estaba enamorada de mi mejor amigo. Y creo que llevaba estándolo muchísimo tiempo.

Lo miré absorta en mis pensamientos y Grayson dejó de sonreír. Se le había tensado la mandíbula y me observaba con detenimiento con ojos expectantes. Ay, Dios. Me acababa de dar cuenta de que estaba locamente enamorada de este chico y seguro que se me reflejaba en la cara. Mi maniobra de distracción había fracasado catastróficamente.

—Paige, yo…

—¡Damien me ha pedido salir! —dije casi gritando al entrar en pánico.

Había echado a perder el momento, pero al menos ahora que Gray se había separado un poco de mí podía respirar.

—¿Ah, sí?

Le respondí asintiendo con la cabeza. No podía hacer más. Mi cuerpo y mi cabeza estaban sumidos en el caos. No había querido decir eso, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba enamorada de Grayson. Le amaba. Lo que me moría de ganas de hacer era acercarme y besarle. Incluso ahora seguía sintiendo el impulso, la tentación. Había estado a punto de hacer volar por los aires nuestra amistad.

Aun así no podía sacarme de la cabeza la idea de que, por un

instante, Grayson me había mirado como si hubiera querido encender la llama. Seguro que se trataba solo de mi mente enamorada jugándome una mala pasada, ¿no? ¿Verdad?

Su expresión se había vuelto apesadumbrada. Iba a decirme algo, pero oímos a alguien coger una bocanada de aire a nuestra espalda.

—¡Pero qué desastre es este! ¿Qué ha ocurrido aquí?

Gray dio un sobresalto cuando su madre entró en la habitación y yo me puse colorada al volverme y encontrármela mirando a su alrededor con horror. Una capa de harina cubría todas las superficies y todavía había algo de polvo en suspensión flotando a nuestro alrededor. Gray y yo estábamos cubiertos de ella.

—Primero se me pincha una rueda y ahora esto. —Amy negaba con la cabeza sin dar crédito.

—Lo siento, Amy —dije—. Ha sido culpa mía. Yo lo limpio.

—No, no. Ha sido culpa mía —añadió Grayson—. Ya lo hago yo.

Amy suspiró, enojada.

—¿Por qué no lo limpiáis los dos? Y rapidito.

Sonaba frustrada, aunque le pillé una sonrisa cuando salía de la cocina, por lo que deduje que no estaba tan enfadada como aparentaba.

Cuando se hubo marchado, Grayson se acercó al armario de debajo del fregadero y sacó los productos de limpieza.

—La verdad es que lo hemos puesto todo perdido —dijo al contemplar la cocina.

Ojalá la harina fuera el único de mis problemas. Mi cabeza estaba en mucho peor estado que la cocina.

Me pasó una bayeta y se puso de rodillas para empezar con la limpieza. Yo me arrodillé frente a él. Seguía dándole vueltas a todo sin saber qué hacer. Mi plan había sido besar a Damien y esperar que eso borrara los sentimientos que tenía hacia mi mejor amigo,

pero eso lo había pensado antes de darme cuenta de la profundidad de mis sentimientos. ¿Cómo iba a hacer eso ahora?

—Así que tienes una cita con Damien, como querías —dijo Gray—. Eso es genial.

—¿Lo es?

Me retumbaba el corazón en los oídos. No quería que pensara que era genial. Quería que me dijera que me olvidara de Damien porque solo existía un chico con el que debía estar y lo tenía justo delante. Quería traspasar la línea que delimitaba nuestra amistad y adentrarme en el peligroso y desconocido terreno de convertirnos en algo más. Pero no me atrevía a arriesgarme. Me importaba demasiado.

—Pues claro —contestó—. ¿No es eso por lo que hemos estado trabajando?

—¿Hemos?

—Claro. ¿Acaso no sigo siendo tu entrenador?

—Cierto.

A veces deseaba que fuera más sencillo leer a Grayson. Su rostro permanecía impasible y no había forma de adivinar lo que estaba pensando. ¿De verdad se alegraba por mí? ¿Era cierto que quería que saliera con Damien? ¿O era esa mirada vacía señal de que le irritaba? Incluso cuando se sentía superemocionado por cualquier cosa seguía andando a zancadas con cara de pocos amigos. Normalmente no se me daba mal leer su estado de ánimo, pero en esos instantes estaba perdidísima.

—En ese caso supongo que seguirás necesitando mi ayuda —añadió.

Sentí un nudo en el estómago por la incertidumbre.

—¿Para?

—Supuse que querrías practicar antes de la gran cita… conmigo.

—¿Una cita? ¿Contigo?

—Sí, una cita de prueba.

—Ah, claro. —Se me escapó un suspiro. Me estaba costando mucho no mostrarme abatida. Grayson seguía empeñado en ayudarme a conseguir un novio. No tenía ni idea de que llevaba desde el principio persiguiendo al chico equivocado—. Suena genial. ¿Qué tienes pensado?

Antes de que pudiera responder, se oyeron más voces a la entrada de la casa. Reed y Parker habían llegado.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo Grayson mientras empezaba a frotar el suelo de la cocina—. Tú déjamelo a mí.

Menuda pesadilla. Grayson quería que saliera con Damien y estaba dispuesto a ayudarme a preparar la cita. Por lo menos no se había dado cuenta de lo que sentía por él en secreto, aunque eso también significaba que no podía dar marcha atrás, porque entonces le haría sospechar. Había entrado en pánico, había conseguido arrinconarme a mí misma y ahora tenía que preocuparme de dos citas.

Sabía cuál de ellas me ponía más nerviosa. Puede que fuera solo una cita de prueba, pero, por la manera en la que me sentía en esos instantes, mucho me temía que una cita con Grayson pudiera arruinar para siempre cualquier oportunidad de estar con otros chicos.

CAPÍTULO 23

GRAYSON

—A Damien y Paige se les ve muy cómodos juntos.

Matt estaba sentado en su pupitre, junto al mío, en clase de mates. Estábamos observando cómo Damien hablaba con Paige en la puerta. No me gustaba nada lo cerca que se encontraba de ella. También aborrecía la manera en que ella se había reído de algo que había dicho él. Sobre todo odiaba que tuvieran una cita.

Mis consejos debían de haber funcionado, pues a Paige se la veía confiada y cómoda hablando con él. Nada quedaba de esa chica supernerviosa que se había derramado la bebida por encima la última vez que habían estado así. Debería haberme sentido orgulloso; sin embargo, me sentía desgraciado.

—¿De qué crees que están hablando? —preguntó Matt.

—Ni idea.

—Igual le está preguntando si quiere que la lleve en su pulidora de hielo.

El lápiz que sujetaba entre los dedos se partió por la mitad. Escondí los pedazos rotos con rapidez para que nadie se diera cuenta, pero Matt prorrumpió en una carcajada.

—Lo he dicho en broma, tío. Necesitas controlar ese temperamento.

No era un problema de temperamento. El problema era Paige, aunque me esforcé por ignorar su comentario.

—Stone es un buen fichaje, ¿no crees?

¿Seguía hablando Matt? Como si pudieran empeorar las cosas. Estaba a punto de perder los estribos, sentado ahí totalmente indefenso, mientras otro chico flirteaba con mi chica.

—Entiendo por qué hay tantos ojeadores interesados en él.

A pesar de que no le estaba haciendo ni caso, Matt seguía hablando como si no cogiera la indirecta. ¿No se daba cuenta de que eso era lo último de lo que quería hablar en ese momento? Estaba demasiado ocupado deseando poder disparar rayos láser con los ojos.

Matt empezó a reírse.

—No te preocupes, Grayson. Reed y tú seguís siendo nuestros mejores jugadores. Ya tenéis atado el futuro en el equipo de hockey de la universidad. O lo tendréis una vez que firméis el sábado, ¿no?

El día de la firma; el entrenador Mercer acudiendo al partido; el dolor palpitante en la rodilla… No quería hablar ni pensar en todo ello.

Me volví hacia él con la esperanza de que si le contestaba me dejaría en paz.

—Así es.

Mi parca respuesta surtió efecto: me dio un golpe en el hombro y se dispuso a abrir su libro de texto.

Paige por fin había dejado de hablar con Damien y se dirigía hacia nosotros. Estaba preciosa esa mañana y su forma de sonreír traspasaba los oscuros nubarrones que circundaban mi corazón. No había nada que disfrutara más que verla feliz.

Entonces me acordé de que sonreía por Damien, que seguía de pie junto a la puerta, sonriente mientras la observaba dirigirse hacia

mí. Mi corazón contento se tornó amargo y de nuevo fantaseé con la idea de ser secretamente Superman y tener visión de rayos X con la fuerza suficiente para sacarle las tripas a un jugador de hockey engreído de un solo disparo.

Al acercarse, Paige y yo nos miramos a los ojos, pero enseguida apartó la mirada. ¿Le daba vergüenza algo? ¿Tal vez que la hubiera visto coquetear con Damien? Aceleró el paso y se sentó en su asiento, a mi lado, pero se tropezó con una de las patas de la mesa y trastabilló al pasar junto a mí.

—¿Estás bien? —Hice ademán de ir a cogerla, pero recuperó el equilibrio a tiempo y esquivó mi mano antes de que pudiera ayudarla.

—Estoy bien —musitó mientras se sentaba.

—¿Seguro?

No me preocupaba solo que se hubiera tropezado con la mesa. Llevaba mostrándose distante desde que habíamos embadurnado la cocina de harina el otro día.

—Ha dicho que está bien, Gray —intervino Matt—. Me preocupas más tú. —Se volvió a mirar a Paige—. Está de mal humor. Creo que tiene hambre.

—No tengo hambre.

Matt enarcó una ceja.

—Colega, le estás frunciendo el ceño a la clase entera como un animal hambriento.

—Yo no…

—Oh, tú sí. No sabría decir qué animal pareces. ¿Qué opinas tú, Paige?

Me miró de soslayo.

—¿Un puma tal vez?

—No, es demasiado temible.

—¿Un mapache?

—Es demasiado pequeño, aunque cuenta con los cercos bajo los ojos.

Paige me inspeccionó con mayor detenimiento antes de que se le iluminaran los ojos.

—¡Un oso panda! —soltó esperanzada.

—Justo eso. Un oso panda que se ha quedado sin bambú. Nadie querría meterse con él.

—Toma —dijo Paige sacando una barrita de granola de su mochila y pasándomela a mí—. Siempre llevo algo de comida para un panda hambriento.

Nuestros dedos apenas se rozaron antes de que apartara la mano. Abrí la barrita con un suspiro y le di un bocado. Hizo que me sintiera algo mejor.

—¿Qué quería? —farfullé mientras le daba otro bocado.

—¿Quién? —Se mostró confusa hasta que señalé con la cabeza en dirección a la puerta—. Ah, Damien…

Odiaba que pronunciara su nombre.

—Sí, él.

—Pues… —Estaba evitando mirarme a los ojos—. Solo estaba saludando.

—Parecía que había algo más —dijo Matt enarcando una ceja.

—Bueno, puede… —Se metió un mechón de pelo tras la oreja, fijándose en cualquier cosa menos en mí—. Puede que me haya vuelto a pedir una cita.

—¿Te ha vuelto a pedir una cita? —Casi me atraganto con la barrita de granola.

—Bueno, la otra vez no le respondí.

—Interesante —irrumpió Matt, salvándome de tener que contestar —. ¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho que sí. Hemos quedado el domingo por la noche. —Se giró hacia mí, pero no me miró a los ojos—. Lo siento. Supongo que no voy a poder ir a la cena de los Darling. Aunque mi madre vuelve el domingo, así que seguro que Amy no esperaba que me quedara.

—No te preocupes. Seguro que no le importa. —Hacía lo que podía por sonar despreocupado, pero había empezado a sudar ahora que había confirmado la cita.

—No nos deja mucho tiempo para entrenar. ¿Qué te parece el viernes para nuestra cita de prueba?

Se removió en su asiento, incómoda, y miró rápidamente a Matt, que hablaba con una compañera que estaba a su otro lado. Aun así, Paige se acercó a mí y habló en susurros:

—¿Mañana? ¿Sigues queriendo ayudar? ¿Has pensado en algo?

Tenía un montón de ideas, pero era bastante difícil no dudar de uno mismo cuando ella estaba tan obsesionada con Damien. Me había quedado despierto hasta tarde la noche anterior preparando la cita perfecta para Paige. Era la última oportunidad que tenía para conquistarla, pero estaba empezando a darme cuenta de la realidad: tenía una cita con Damien y le hacía ilusión. El objetivo de entrenar a Paige era hacerle ver que sentía algo por mí, pero había empezado a pensar que me había salido el tiro por la culata.

—Tengo unas cuantas ideas —contesté procurando no dejarme llevar por las dudas que me atenazaban—. ¿Estás libre el viernes?

—Vale. Quedamos el viernes.

Se había ruborizado y parecía emocionada. Hoy me estaba costando entenderla. Tan pronto se tropezaba con una mesa como parecía completamente normal y un momento después se mostraba avergonzada y tímida. Damien la había dejado desconcertada.

—Vale, tenemos una cita, pero si me vuelves a llamar panda

hambriento me lo tendré que pensar mejor.

Había vuelto a sonreír.

—Oh, pero es un mote tan mono y te queda tan bien…

—No quiero un mote que sea mono.

—Así que necesitas algo que suene más varonil. ¿Qué te parece panda quejica?

—No, no me parece…

—O panda malhumorado —sugirió Matt, que se había reenganchado a la conversación.

Paige dio unas palmas.

—Oh, ese me encanta.

—Gracias —contestó Matt—. Pensé que le pegaba con la arruga de la frente.

—Es perfecto. Podemos llamarlo PM para que sea más corto.

Coloqué la cabeza entre las manos y traté de ignorarlos. Pensé que oír a Paige hablar de quedar con otro era duro, pero esto era doloroso.

El profesor entró en la clase captando la atención de todos. Noté que me vibraba el teléfono en el bolsillo. Había llegado un mensaje al grupo que tenía con los chicos. Parker había cambiado el nombre de nuevo. Esta vez lo había llamado: «Los de la Friend Zone ». Sabía que me iba a arrepentir de abrir el mensaje, pero me pudo la curiosidad.

Reed

Estoy en clase con Damien. Dice que tiene una cita con Paige el domingo.

Parker

¿De qué te sorprendes? Estaba muy sexy cuando nos hizo la entrevista el martes por la tarde.

Matt
PM ya lo sabe. Casi se atraganta con una barrita de cereales.

Parker
¿PM?

Con un suspiro, tecleé:

Yo
Si contestas a eso, Cleaver, eres hombre muerto.

Matt me miró y me guiñó un ojo. Fruncí el ceño y volví a centrarme en el chat.

Owen
No te preocupes, Grayson. Va a darse cuenta de que no hay nadie como tú.

Parker
¿De verdad se ha atragantado PM con una barrita de cereales? Y lo que es más importante: ¿Lo habéis grabado?

Yo

No me llames PM.

Parker

Dime qué significa y dejaré de hacerlo.

Yo

No.

Reed

¿Quién ha cambiado la foto del grupo a un panda malhumorado?

Fulminé a Matt con la mirada, aunque él no apartaba los ojos del teléfono mientras deslizaba los dedos por la pantalla. No me hacía falta. Me imagina la sonrisilla que tendría en el rostro.

Matt

Pensé que animaría a Grayson.

Parker

¿Es porque los osos pandas no saben ligar?

Reed

¿De qué hablas, Parker?

Parker

Es cierto. En los zoos les tienen que dar porno para pandas. Los pandas van camino de la extinción porque no saben lo que hacen. Se les da casi tan mal como a Grayson.

Reed
Me preocupas,
hermanito.

Owen
Estoy seguro de que Grayson sabe lo que hace.

Yo
Creí que habíais creado este grupo para ayudarme. No lo estáis haciendo muy bien, por ahora…

Parker
Así que quieres que te ayudemos. Pensé que nunca lo pedirías. Solo nos reíamos de ti mientras esperábamos.

Respiré hondo. ¿De verdad quería su ayuda? Ya había conseguido la cita de prueba con Paige y todo dependía de mí. Aunque tampoco me vendrían mal unos consejos, ¿no? Nadie se enfrentaba a un partido importante sin apoyos. Pese a mi reticencia, comencé a

escribir.

Yo
Mañana por la noche. Vamos a practicar para su cita con Damien. Es mi última oportunidad. ¿Algún consejo?

Matt
Sé encantador.

Parker
Eso me gustaría verlo.

Owen
Mírala a los ojos todo lo que puedas.

Parker
Eso da miedo.

Reed
Sé tú mismo. Muéstrale lo que sería salir contigo de verdad.

Owen
Reed tiene razón.

Matt
Que sí, tío. Sé tú mismo. Tú puedes.

Parker
Me da la sensación de que voy a contradecir todo lo que he dicho estas dos semanas, pero, la verdad es que creo que tiene razón. Sé Grayson.

—Matt y Grayson. ¡Nada de teléfonos en clase!

Levanté la cabeza y vi al profesor mirándonos enfadado. No era habitual que un profesor se dirigiese a mí de esa forma. Al fin y al cabo, ellos también habían oído los rumores sobre los hermanos Darling. Reaccioné con rapidez y me metí el teléfono en el bolsillo, aliviado por poder escapar del chat de grupo.

Paige se rio entre dientes mientras el profesor volvía a centrarse en la pizarra.

—¿Qué era tan importante? —susurró.

—Nada, estaba comprobando unas estadísticas de hockey. —La mentira me salió casi sola. Tampoco es que pudiera contarle que habíamos montado un grupo centrado en mis sentimientos por ella.

Mientras escuchaba al profesor y miraba lo que había en la pizarra, pensaba en el consejo de los chicos. Todo dependía de esta cita de prueba. Era mi última oportunidad de mostrarle a mi mejor amiga que podíamos ser mucho más que eso. Ser Grayson no me había funcionado durante los últimos diez años, no tenía por qué ser diferente esa noche, pero tampoco es que tuviera alternativa. Debía tener confianza en que ser yo mismo podía ser suficiente.

CAPÍTULO 24

PAIGE

Bonnie me arrastró hasta el Hug in a Mug después de clase. Habíamos quedado para repasar las entrevistas a los jugadores de los Diablos de Ransom, pero estaba agotada e insistió en que necesitaba un *latte* decente para poder trabajar. No me sorprendió mucho, porque su adicción al café no había hecho más que empeorar tras las noches en vela de Tabitha. La cafetería se encontraba en el pueblo que había cruzando el río, pero era el único local que abría hasta tarde entre semana.

Sunshine Hills parecía de otro mundo si lo comparabas con Ransom. La gente era más adinerada y estaba repleto de tiendas de lujo y restaurantes de categoría. Hasta las calles parecían encontrarse más limpias. Pese a los nubarrones de ese día, todo parecía relucir en Sunshine Hills. Nunca me había sentido bienvenida allí, y eso que estábamos a cinco minutos en coche de Ransom. La gente te miraba por encima del hombro y tendían a proteger sus bolsos cuando pasábamos por su lado. Era consciente de que nuestro pueblo no era precisamente rico, pero que no tuviéramos mucho dinero no nos convertía en ladrones. Violet vivía en Sunshine Hills, pero era la excepción que confirmaba la regla. Me alegró verla trabajando detrás de la barra cuando llegamos a la cafetería.

—Hola, Paige. ¡Qué sorpresa!

No había casi nadie en el local. Igual porque era última hora y el tiempo estaba empeorando.

—Hola, Violet. —Le devolví la sonrisa—. Esperaba verte aquí. Bonnie necesita desesperadamente un chute de cafeína. Al parecer no puede sobrevivir a la tarde sin él.

—Va en serio —contestó Bonnie—. En estos momentos necesito un *latte* más que el aire que respiro.

—Bueno, entonces estáis en el lugar adecuado —dijo Violet sonriendo con amabilidad—. ¿Tú qué quieres, Paige?

—Una galleta. Prefiero que nadie vea cómo me afecta la cafeína.

—Es verdad. No quieres verlo —añadió Bonnie—. El año pasado se tomó un Red Bull y tuve que recordarle todo el tiempo que no le habían salido alas. Perdió los papeles.

Violet se echó a reír.

—Vale. Una galleta y un *latte*. Buscad una mesa y os lo llevo.

Nos sentamos en un reservado cerca de la ventana, donde Bonnie se desplomó en el asiento.

—No sé por qué no venimos más a menudo. Sunshine Hills es bastante agradable.

—Sí, cuando no hay nadie alrededor —dije—. ¿La gente de aquí no te hace sentir un tanto incómoda?

—Que les den. —Bonnie se encogió de hombros—. Además, no todo el mundo odia a los de Ransom. La novia de Reed parece maja.

—Violet es genial, pero ella no es de aquí.

—Ah, eso lo explica todo. También explica que no tuviera miedo de salir con Reed. A la mayoría de la gente la aterra hablar con uno de los diabólicos Darling, ni digo ya salir con uno de ellos. Yo desde luego no me imagino haciéndolo.

No estaba de acuerdo, pero asentí con la cabeza igualmente. La

verdad es que a mí no me costaba nada imaginarme saliendo con uno de los diabólicos. Se suponía que iba a hacer precisamente eso al día siguiente. Me estaba costando aceptar mis sentimientos por Grayson y trataba de evitarlos, pero eso iba a ser prácticamente imposible cuando estuviéramos en nuestra cita, por mucho que esta fuera de prueba.

—Supongo que te preocupa tu cita. Cuéntame cómo te suplicó Damien que salieras con él no una, sino dos veces.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza a Bonnie que la cita en que estaba pensando no era la de Damien.

—No me suplicó.

—Pero te arrinconó y volvió a pedirte salir —dijo con sonrisa de superioridad—. Creo que es una prueba de que está muy interesado. Tu primer beso te está esperando a la vuelta de la esquina.

Le sonreí sin ganas. Mi primer beso era la menor de mis preocupaciones. Por suerte, la conversación quedó interrumpida cuando vino Violet con el *latte* de Bonnie y mi galleta y los colocó sobre la mesa.

—Aquí tenéis, chicas.

—Gracias, Vi… —Me quedé a mitad de la palabra y comencé a reírme al ver la galleta. Tenía la forma de una camiseta de hockey y estaba decorada con los colores de los Santos de Sunshine Hills, que eran rivales de nuestro instituto—. Será mejor que no le cuentes a ningún Darling que me he comido esto.

Violet se llevó la mano a la boca al darse cuenta de lo que me había traído.

—Ay, no. Lo siento, Paige. No me he dado cuenta. Mi jefe tiene un hijo que juega en los Santos y está obsesionado con el espíritu escolar. ¿Quieres que te traiga otra cosa?

—No. No es más que una galleta.

—Vale. Plantéatelo de este modo: si te la comes habrá una camiseta de los Santos menos en el mundo.

—Buena idea. Pensaré en eso.

Me reí y le di un bocado bastante exagerado a la galleta, me comí un brazo de la camiseta. Estaba dispuesta a odiar la galleta por principios, pero se me derretía en la boca. Qué rica. Casi se me escapa un gemido de placer. Me habría planteado comprar una para Grayson, pero me negaría la palabra de por vida.

Mientras tanto, Bonnie bebía de su café.

—Mmm. Qué rico está.

—¿Ya te sientes mejor? —preguntó Violet.

—Mucho mejor —dijo Bonnie con una sonrisa.

—¿Vas a venir al partido el sábado, Violet?

Sabía que le gustaba ver jugar a Reed cuando tenía oportunidad, pero no siempre podía ir a los partidos por el trabajo.

—Sí, he podido cambiar el turno. Reed me ha contado que van a firmar las cartas de la beca después del partido y que el entrenador de la universidad también irá a verlos. Suena muy importante. ¿Vosotras vais a ir?

—Claro. No me lo perdería por nada.

Sabía que Gray iba a odiar la atención extra, pero me moría de ganas de verle firmar su carta de intención. Llevaba años esforzándose por esto y, aunque no lo dijera en voz alta, sabía que era un sueño hecho realidad.

Sonó la campanilla de la puerta de entrada cuando entró alguien y Violet se volvió hacia la puerta antes de decir:

—Será mejor que vuelva al trabajo. Avisadme si necesitáis algo más.

—Gracias, Violet.

Volví a centrarme en Bonnie mientras ella se dirigía a la barra.

Cogí aire al darme cuenta de que ya se había terminado el café.

—¿Dónde está tu *latte*?

—¿Qué? Lo necesitaba. —Se encogió de hombros—. Además, estaba riquísimo. Igual me pido otro…

—No lo dices en serio…

—Lo pediré corto de café.

—No necesitas más café.

—Pues claro que sí. Ya conoces el refrán, dos cafés al día recargan la batería.

—Eso no existe y si existiera, no se referiría a tomarse dos cafés en diez minutos. Te sentará peor que a mí el Red Bull.

—Cuando el café está tan rico como este, merece la pena el riesgo.

Me reí y traté de reconducir su atención poniéndole delante los perfiles de los jugadores en los que había estado trabajando.

—Bueno, ¿quieres ver esto o no?

—Por supuestísimo. —Le brillaban los ojos de la ilusión y prácticamente me arrancó los papeles de la mano—. Tengo muchas ganas de leer lo que has escrito.

—Bueno, recuerda que es la primera vez que lo hago, así que, si no te gusta, por favor ten clemencia. Como dijiste, puedes ayudarme a editarlo tanto como sea necesario.

—Vale, que sí…

Leyó la página en silencio, que solo interrumpió con algún murmullo que se le escapaba mientras leía. No tenía ni idea de lo que significaba eso, pero fruncía el ceño de forma preocupante.

Estaba muchísimo más nerviosa por la reacción de Bonnie de lo que quería admitir. Me parecía una tontería haberme esforzado tanto en un artículo que ni siquiera servía para nota. Incluso había pasado de los deberes las dos últimas noches para cerciorarme de que

estuviera perfecto.

—Bueno, ¿qué opinas? —pregunté cuando hubo pasado suficiente tiempo para que hubiera terminado de leer. No podía esperar más. Quería saber su opinión.

—Está bien. —Sonrió despacio—. Muy bien.

—No lo dices en broma, ¿verdad?

—¿Crees que me lo tomaría a broma?

—No, lo más seguro es que no.

—Segurísimo. En lo que se refiere al periódico, voy directa a la yugular. Si fuera una basura te diría que volvieras a hacerlo. Pero se te da genial, Paige. No me puedo creer que consiguieras que los chicos te contestaran a todo. ¿Cómo lo hiciste para que te contaran tantas cosas?

—No… No lo sé.

—¿Y el entrenador Ray? Ese hombre es como una tumba y nunca tiene tiempo para el periódico escolar. Suele responder con monosílabos. Sin embargo, contigo tuvo que sentirse cómodo. Vas a tener que hacer más de estas para mí.

Me dejó sin palabras. Me habían dado algo de ansiedad las entrevistas al equipo y había empezado un poco nerviosa, pero al final me habían sentido cómoda con el proceso. Me sorprendió lo que había disfrutado escribiéndolas. Últimamente había probado millones de cosas, y esta era la primera vez que hacía algo que encajaba conmigo, como si estuviera hecho para mí.

—¿En serio lo crees? —pregunté. No me había dado cuenta de lo importante que era para mí tener la aprobación de Bonnie hasta que me dio su opinión.

—En serio. Es divertido y desenfadado. Podría refinarse un poco, pero va a quedar genial cuando le demos los últimos retoques.

Sus halagos consiguieron que me ruborizara. Era todo un

cumplido partiendo de ella. A Bonnie no se la conocía por callarse sus opiniones. Eso lo sabía yo mejor que nadie, así que debía de haberla impresionado de verdad.

—En serio, la gente del instituto se va a volver loca con esta entrevista. ¿Te has planteado estudiar algo relacionado con esto en la universidad? Podrías estudiar Periodismo Deportivo. Tal vez acabes llevando las redes sociales de un equipo de hockey o algo así; ya sabes, entrevistas a los jugadores, escribiendo crónicas de los partidos… Se te daría genial.

Abrí y cerré la boca varias veces porque, la verdad, jamás se me había pasado por la cabeza. Siempre me había costado escribir y me frustraba que las palabras no fluyeran en la página. Pero las entrevistas habían sido muy divertidas, los jugadores habían dado respuestas magníficas, así que la parte de la escritura no había sido tan ardua como cabía esperar. El padre de Grayson me había dicho que se me daba bien hablarle a la gente. Igual eso servía para algo. ¿Podría dedicarme a algo así?

—Ya sabes que no se me da muy bien escribir.

—Pues parece que se te da bien cuando el tema te interesa. —Levantó los papeles como prueba—. Sé a qué te refieres, pero que no lo encuentres fácil no significa que se te dé mal. Esto está muy bien, Paige. No creo que ninguna otra persona hubiera sido capaz de hacer entrevistas tan buenas a los jugadores. Y queda patente todo lo que sabes de hockey. Tal vez esté ahí tu futuro.

—No se me había ocurrido.

—Pues dale una vuelta. Se te da bien probar cosas. Que nunca lo hayas pensado no significa que no sea perfecto para ti.

—Puede —murmuré.

No me acordaba de la última vez que me habían hecho una crítica tan positiva sobre algo que había hecho. Me hacía sentir bien haber

hecho algo acertadamente y digno de halagos. A lo mejor Bonnie tenía razón. Tal vez era perfecto para mí.

Me sacó de mis pensamientos el zumbido del teléfono en el bolsillo. Abrí el mensaje sin muchas ganas.

Mamá

Acabo de recibir otro mensaje preocupante de la orientadora. Te has vuelto a saltar la reunión. Sabía que no podía confiar en ti. No te preocupes, vuelvo un día antes. Nos vemos el sábado.

—¿Estás de broma? —musité.

Había estado tan metida en las entrevistas que se me había olvidado la cita con la orientadora del centro. Cerré los ojos y me pasé la yema del dedo sobre la nariz. No me alegraba que volviera el sábado. Ya tenía lo del primer beso, los sentimientos indeseados y dos citas con las que lidiar. No necesitaba añadir una madre enfadada a la mezcla.

—¿Qué sucede? —preguntó Bonnie.

Abrí los ojos. Se le veía preocupada.

—Mi madre me ha mandado un mensaje. Vuelve a casa un día antes.

—Ah. —Ladeó la cabeza—. Puede que esté bien que sea así. Debes de estar harta de dormir en un colchón hinchable en el suelo del dormitorio de Cammie Darling.

—Supongo que estará bien dormir en mi cama. —Me encogí de hombros—. No es nada preocupante. Empecemos con las correcciones.

Tal vez era mejor así. No tenía ganas de enfrentarme a mi madre enfadada cuando regresara, pero volver a casa me proporcionaría un poco de distancia de Gray, y lo necesitaba. Mis sentimientos por él se habían desmadrado durante mi corta estancia en su casa, así que tal vez hubiera tenido algo que ver. Solo debía superar la cita de prueba del viernes y a lo mejor todo volvía a la normalidad. O eso, o ya nunca nada volvería a ser como antes.

CAPÍTULO 25

GRAYSON

Estaba exigiéndome demasiado. Lo sabía y aun así me veía incapaz de parar.

Había oscurecido hacía horas y tenía que forzar la vista para ver el disco mientras patinaba en el lago helado que había cerca de casa. El brillo de las farolas de un parking cercano iluminaba lo justo para que no estuviera totalmente a oscuras, así que continué.

Iba a jugar el partido más importante de mi vida pasado mañana y debería estar descansando, pero tenía que saber hasta dónde podía forzar la rodilla fracturada. No me podía permitir jugar a medias con el entrenador Mercer en las gradas; no podía mostrarme débil ni darle razón alguna para que dudara de la decisión de Ryker de ficharme. Cuanto más entrenaba, más se resistía mi rodilla, aunque eso solo conseguía espolearme aún más, como si al patinar con más fuerza y velocidad fuera a hacer que desapareciera el dolor.

Tampoco tenía prisa por volver a casa. Paige estaría allí y no sabía cómo actuar con ella. Seguía planeando nuestra cita de prueba, pero estaba muy harto de jugar con arreglo a las normas que me había impuesto; muy cansado de ir a lo seguro, esperando que llegara el momento perfecto para demostrarle que estábamos hechos el uno para el otro.

Solo tenía que aguantar hasta mañana por la noche. Hasta entonces, tendría que librarme de la frustración en el hielo.

—Sabía que te encontraría aquí.

Me volví y vi a Reed acercándose. Se metió las manos en los bolsillos y caminó con cuidado sobre el hielo. Me detuve resollando. Me dolía un montón la rodilla. Ya sabía lo que había venido a decirme y no quería oírlo.

—Déjame en paz, Reed.

Estuve tentado de alejarme patinando y sumergirme en la oscuridad. No tenía ganas de escuchar un sermón de mi hermano, pero si no le atendía ahora, tendría que hacerlo después.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó cuando estuvo a mi lado.

—¿A ti qué te parece? Estoy entrenando.

—Esto no es entrenar. Ha oscurecido por completo y vas a acabar lesionándote.

—No me pasará nada —refunfuñé. Ya estaba lesionado, ese era el problema.

Exhaló un suspiro.

—Sé que estás preocupado por el fin de semana porque el entrenador Mercer va a venir al partido, pero no hay motivo. Vas a hacerlo genial.

Para Reed era fácil decirlo. Era la estrella del equipo. En quien se había fijado Ryker era en él. Yo no era más que un añadido, una ocurrencia, y por culpa de mi lesión ni siquiera era una idea acertada.

—¿Qué te preocupa? No va a echarse atrás con el fichaje. —Parecía que mi hermano me leyera los pensamientos.

—Tal vez lo haga.

—¡Qué va! —Levantó los brazos, frustrado—. ¿Por qué iba a hacer eso?

Reed se fijó en mi cara en busca de respuestas, pero evité la tentación de frotarme la rodilla malherida. Mi hermano sabía que me había dado problemas, pero también sabía que solo negaría que me los siguiera dando.

Me encogí de hombros. Él negó con la cabeza.

—A no ser que haya otro motivo para este comportamiento… ¿Es por Paige?

Puede que estuviera oscuro, pero para mi hermano yo era como un libro abierto.

—No es por Paige ni por Mercer —dije—. Lo único que hago es entrenar antes de un partido importante. A eso nos dedicamos.

—No nos dedicamos a esto —dijo señalando el lago oscuro—. Escucha, el partido de los Raiders está a punto de empezar. Ven a casa a verlo con nosotros. Si lo que quieres es torturarte, estoy convencido de que podremos encontrar mejores maneras de hacerlo.

Tenía los brazos cruzados con firmeza; no iba a marcharse sin mí.

—Venga, Gray. El equipo te necesita en forma y centrado este fin de semana si queremos derrotar a los Lobos. Yo te necesito. Montaremos un numerito para Mercer los dos juntos.

Estaba tratando de motivarme, pero yo me sentía presionado. Una parte de mí quería quedarse en el lago solo por fastidiarlo. Sin embargo, no importaba cuánto evitara decepcionarme a mí mismo, la sola idea de decepcionar a mi equipo y a mi hermano era mucho peor. El partido también era importante para él.

—Vale. Tú ganas. Voy contigo. —Tal vez por eso fuera Reed el capitán del equipo. Siempre encontraba la forma de que incluso el más obstinado volviera al redil—. Solo estaba entrenando.

—Si tú lo dices…

¿Hacía falta que sonara así de engreído?

Cuando llegamos a casa, el partido de los Raiders ya había comenzado y casi la familia al completo estaba sentada alrededor del televisor. A juzgar por la mueca en el rostro de mi padre, mi futuro equipo no estaba jugando demasiado bien.

—Has vuelto —dijo Paige, levantándose de un salto del lugar que ocupaba en el suelo. La forma en que sus ojos castaños brillaban de calidez mientras me sonreía me dio un mazazo al corazón. Supongo que había encontrado mejor manera de castigarme que machacarme en el lago.

—¿Qué me he perdido? —dije señalando hacia la tele con un gesto de cabeza.

—No mucho —contestó Paige.

—No quieres saberlo —añadió mi padre.

Tampoco es que me sorprendiera. Los Raiders estaban teniendo una mala temporada. De seguir así, Reed y yo íbamos a tener un montón de trabajo cuando nos uniéramos a ellos la temporada siguiente. La rodilla me palpitaba como recordatorio de que tal vez no llegara tan lejos.

Al lado de mi padre, en el sofá, estaba sentado Parker, que dio un resoplido cuando Ryker desperdició una oportunidad de marcar.

—¿Estáis seguros de que queréis jugar con ellos? Ya sé que fue el equipo de papá, pero no firmáis hasta el sábado, aún estáis a tiempo de cambiar de opinión…

Mi padre le dio un porrazo con el dorso de la mano.

—¿Qué? Es cierto…

—Nadie va a cambiar de opinión —contestó Reed lanzándome una mirada punzante mientras se acomodaba en al asiento que quedaba libre en el sillón.

—Me voy a la ducha —dijo Paige dándome un ligero apretón en el brazo al pasar—. Igual cuando vuelva van ganando.

La seguí como por instinto. Era como un imán. A menudo me daba la sensación de que la seguiría a cualquier parte.

—¿Qué tal ha ido lo de Bonnie?

—Bastante bien, la verdad —dijo cuando salimos al pasillo—. Quedó tan impresionada con mis entrevistas que quiere que haga más.

—Qué bien.

—Llegó a decir que pensaba que debería darle una oportunidad. Estudiar algo relacionado con ello en la universidad e incluso dedicarme profesionalmente.

—No me sorprende. Seguro que se te da genial.

Se le iluminó la cara. Las luces del techo parpadearon, aunque eso no tenía nada de nuevo en esta casa y casi no me di ni cuenta. Estaba demasiado ocupado observando a Paige. Esta miró con prudencia al techo antes de volver a centrarse en mí.

—No ha sido más que un comentario de Bonnie. Solo porque diga que un artículo está bien no significa que de repente se me dé bien escribir.

—Yo diría que significa mucho viniendo de Bonnie.

Paige se encogió de hombros y miró para otro lado, pero yo sabía que en el fondo estaba orgullosa de sí misma.

—Nunca me había planteado trabajar en algo relacionado con los deportes. A ver, que no sería capaz de golpear el disco ni aunque me fuera la vida en ello.

—El hockey no se reduce solo a los jugadores. Te estuve observando mientras hacías las entrevistas. A los chicos les encantó hablar contigo. Si esto te interesa, no dudo de que lo hagas bien.

—Gracias, Gray.

Cuando me sonrió sentí una sacudida en el corazón. Era evidente que saltaban chispas entre nosotros. Me miró con intensidad a los

ojos. Cuando se mordió el labio inferior quise desesperadamente saber qué pensaba.

Las luces volvieron a parpadear llamando la atención de Paige y deshaciendo el momento.

—¿Va a arreglar la luz tu padre en algún momento?

—Lo más seguro es que no. Creo que le gusta vivir al límite.

—Yo también lo creo.

Durante un segundo dudó, como si estuviera pensando qué decir a continuación, aunque luego se limitó a sonreír y se dio media vuelta hacia las escaleras. Volví sin ganas al salón y me derrumbé en una silla vacía justo cuando mi padre y mis hermanos soltaron una ovación. Los Raiders habían conseguido empatar a uno el partido, aunque yo no podía concentrarme en eso. No se me iba de la mente la forma en que Paige se había mordido el labio.

—Vale, a lo mejor podéis jugar con ellos —dijo Parker.

—Cuánto me alegro de que nos des tu aprobación… —dijo Reed con ironía.

Pese a ese recién recuperado optimismo de Parker, quedaba patente mientras veíamos el partido que a los Raiders les estaba costando mucho ponerse por delante. De vez en cuando la cámara enfocaba al entrenador Mercer, que gritaba a sus jugadores o miraba fijamente el hielo, claramente decepcionado con el juego de su equipo. El entrenador Ray tenía su genio, pero Mercer parecía llevar el enfado a otro nivel. El partido llegó al último tramo empatado, pero en los últimos minutos, uno de los jugadores de Ryker robó el disco y se deslizó con rapidez por el hielo. Los defensas lo siguieron desconcertados.

—Venga. Vamos —gritaba mi padre a la pantalla.

—Mueve el disco —dijo Reed—. Muévelo.

—Venga. Venga. Venga —rogó Parker.

—¡Dispara! —gritamos todos al unísono cuando el jugador pasó el disco a su compañero de equipo, que estaba bien colocado frente a la red.

Nos habíamos puesto de pie. Llevó atrás el stick y lanzó el disco por el aire hacia la portería…

Pero antes de que viéramos cómo acababa el lanzamiento, la casa se quedó a oscuras y se apagó la tele: habían saltado los plomos.

—¡No!

—Jolín, papá.

—¿Estás de broma?

Todos nos quejamos, pero por encima del alboroto escuché un chillido que provenía de la planta de arriba.

—¿Paige? —Salí corriendo de la habitación y subí las escaleras a toda prisa, de dos en dos, para llegar a ella cuanto antes. De alguna forma conseguí no caerme, a pesar de estar todo a oscuras. Cuando llegué arriba, oí un golpe seco que provenía del baño y un grito de dolor. Tiré con fuerza de la puerta y entré en el baño, donde me recibió Paige con otro grito.

—¡Grayson! ¡Estoy en la ducha!

Se me estaban empezando a acostumbrar los ojos a la oscuridad y pude vislumbrar a Paige sujetando una toalla a la altura del pecho. Casi me resbalo con la alfombrilla de baño al girarme rápidamente.

—¡Perdón! Te juro que no he visto nada. Te he oído gritar y quería asegurarme de que todo iba bien. Se ha ido la luz.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Vale, bien. Entonces me marcho…

—¿Qué? ¡No! No me dejes sola en esta oscuridad. ¿Me ayudas a buscar una luz?

—Claro. Mi madre suele guardar una vela aromática por el baño. —Me giré hacia el armario del lavabo, pero Paige gritó:

—¡Espera! —Después dijo en un susurro—: Todavía no. Tengo que colocarme la toalla.

No lograba sacarme de la cabeza la imagen de Paige solo con la toalla puesta, y que lo dijera en voz alta solo conseguía que me resultara más difícil.

—Sí, claro.

Oí el frufrú de la toalla al colocársela alrededor del cuerpo.

—Vale, ya está. ¿Dónde está esa vela?

—Suele estar junto al lavabo.

Me di la vuelta procurando no mirar directamente a Paige y empecé a buscar en la oscuridad. Veía cada vez mejor, pero no dejaba de estar oscuro y había tantas cosas en el armario del lavabo que me costaba diferenciar los objetos. Mientras buscaba la vela, me di cuenta de que Paige se había acercado a mí. Después…

—¡Ay! —se quejó. Me di la vuelta y se tropezó cayendo hacia mí. Abrí los brazos instintivamente y la sujeté con fuerza para que no cayera. Durante unos momentos nos quedamos quietos, con ella en mis brazos y con las manos apoyadas en la toalla suave. Solo interrumpía el silencio el latido de nuestros corazones.

Una vez me hube asegurado de que había recuperado el equilibrio, relajé los brazos, aunque ninguno de los dos se apartó. Me la quedé observando. Estábamos tan cerca el uno del otro que la oscuridad no me impidió darme cuenta de que ella me observaba a mí. ¿Había sentido alguna vez que me estaban torturando? No lo recordaba, pero estar así de cerca de ella era prácticamente insoportable. Seguía con las manos en su espalda y las suyas descansaban sobre mi pecho. Contuvo la respiración cuando nuestras miradas se encontraron; el aire entre nosotros parecía haberse electrificado.

Volvió a morderse el labio levemente. Esta vez parecía estar

lidiando con algo doloroso. Tal vez fuera por el apagón o igual había terminado por perder la cabeza por completo, pero ya no podía seguir ocultando mis sentimientos, que se abrían paso a tirones por las costuras que con tanta diligencia había sellado. Esto no formaba parte del plan, pero me había hartado de esconder un amor que había arraigado en lo más profundo de mi ser.

Subí una de las manos de la cintura y le aparté de la cara un mechón de pelo, que seguía húmedo de la ducha. Deslicé la mano hasta la mejilla y le quité con una caricia una gota de agua que había quedado allí. Me temblaba la mano de los nervios porque, por primera vez, me sentía preparado para decirle la verdad a Paige; preparado para arriesgarlo todo.

—Esa forma de mirarme… —murmuré—. No tienes ni idea de cómo me hace sentir.

Tragó saliva.

—Entonces dímelo.

—No puedo —contesté—. Aunque estás a punto de conseguir que me salte todas las reglas.

Me estaba resultando sencillo admitir todo esto en la oscuridad del baño. Era como si ese momento no perteneciera a la realidad, como si se hubiera detenido el tiempo o me encontrara en un universo paralelo donde tuviera una oportunidad.

—Tal vez valga la pena saltarse las reglas.

Me miraba a los ojos como si yo mereciera la pena. Como si, pese a todos mis defectos, fuera yo a quien deseaba, a quien necesitaba. Sentí el pecho henchido y me estremecí.

—Paige, yo…

La luz volvió a la habitación y ella apartó la mirada con rapidez. Se oyeron ovaciones y el sonido familiar del hockey en la televisión nos llegó desde abajo. La dura y brillante luz del baño hacía que me

sintiera desnudo. Había estado a punto de abrirle mi corazón a Paige, que descubriría la verdad solo con mirarme a los ojos.

Sin embargo, mantuvo la vista en el suelo y dio un paso atrás. Ese movimiento hizo más por que desapareciera el momento que la repentina vuelta de la luz. No importa lo que hubiera pasado en la oscuridad, eso se había acabado.

—Será mejor que me vista.

No esperó mi respuesta. Pasó por mi lado y salió al pasillo. La seguí. Justo antes de entrar en la habitación de Cammie me miró de soslayo. Había un brillo especial en su mirada. ¿Estaría emocionada? ¿Arrepentida? ¿Insegura? Desapareció antes de que pudiera decidirme. Había estado tan cerca de confesarle mis sentimientos… Pero no había sido mi última oportunidad. Lo que había pasado entre los dos en la penumbra me había dado algo de esperanza. La próxima no la iba a dejar escapar.

CAPÍTULO 26

PAIGE

Era una cobarde. Llevaba todo el día fustigándome por eso y me sentía aturdida mientras conducía a casa después del instituto. No había oído ni una palabra de lo que se había dicho en clase. Menuda suerte que no me hubiera coincidido con ningún examen, porque seguro que lo habría suspendido. En lo único que podía pensar era en cómo me había sentido cuando estuve a solas con Grayson en la penumbra del baño.

Había deseado besarle. Con desesperación. Incluso había intentado decírselo mientras duraba el apagón. No había sido más que un minuto, pero en ese momento todo pareció magnificarse. Era como si se hubiera abierto una puerta en mi interior y ya no estaba segura de poder cerrarla. Era innegable que me sentía atraída por Gray y había estado a punto de dejarme llevar por el deseo. Quizá si el apagón hubiera durado un poquito más, habría perdido el control. Pero cuando la luz volvió con tanta intensidad, la confianza en mí misma desapareció por completo.

No debería haber huido de él, pero me sentía aterrada por lo cerca que había estado de arruinarlo todo. Me escondí en la habitación de Cammie el resto de la noche, torturándome al revivir lo que nos habíamos dicho el uno al otro. Lo que más recordaba era

la forma en que me había mirado. Era como si sus ojos hubieran reflejado mis propios pensamientos, como si él me deseara tanto como yo lo deseaba a él.

Hoy solo le había visto dos veces: por la mañana se había ofrecido a prepararme el desayuno, así que yo agarré un plátano y salí disparada de la cocina. Después, a la hora de comer, había venido a buscarme a la sala de redacción mientras trabajaba en el artículo con Bonnie. Había venido a avisarme de que tenía una reunión con el equipo después de clase, pero que llegaría a casa a las seis para nuestra cita.

No tenía ni idea de lo que me esperaba. Gray no me había dado ninguna pista, así que tenía la sensación de estar al borde del precipicio y según hacia dónde caminara podía sentirme a salvo o ser desastroso. En el fondo sabía que esa noche descubriría de qué lado caería.

No había nadie en casa de los Darling cuando llegué. Era viernes por la tarde, así que tampoco era de extrañar. Lo más seguro era que Amy y Danny estuvieran aún trabajando, los chicos tenían una reunión de equipo y Cammie prácticamente vivía en la pista de hielo y casi nunca estaba en casa.

Entré en la casa preguntándome qué habría preparado Grayson para la noche. Yo no sabía nada de citas y él había mantenido en secreto sus planes. Supuse que se estaba tomando muy en serio su trabajo de entrenador y quería que experimentara lo que era una cita de verdad.

Subí despacio al dormitorio de Cammie. Mis problemas ahora eran otros: ¿qué me iba a poner? Pensé en toda la ropa que había traído para ver si había algo que pudiera servirme para la cita. Llegué a plantearme ponerme uno de los conjuntos que había comprado con Gray el día del cambio de imagen y que contaban con la aprobación

de Bonnie. Pero tampoco estaba segura de acertar con ninguno de los dos. Puede que Gray reaccionara en su momento al verme con ellos puestos, pero quería llevar algo con lo que me sintiera cómoda, que me hiciera sentir seguridad en mí misma y con el que me viera guapa. Quería algo perfecto para mi cita con Grayson.

Al entrar en el dormitorio de Cammie, me quedé de piedra: había un vestido colocado sobre la cama. Me acerqué despacio. Me sonaba de algo. Cuando lo levanté, reconocí de inmediato las florecitas delicadas estampadas en la tela color rosa palo.

—Es mi vestido —susurré.

Era el que me había probado cuando fuimos de compras; el que me había hecho sentir yo misma. El que no había comprado porque no pensé que fuera a atraer a ningún chico siendo así.

Venía con una nota: «El vestido perfecto para mi cita perfecta».

¿Había sido cosa de Grayson? Y yo que pensaba que no me podía enamorar más de él. Siempre había sabido que era un chico dulce, amable y generoso, pero había sido increíble la forma en que me había hecho sentir verdaderamente especial solo por ser yo misma. No cabía ninguna duda de que ya no había marcha atrás.

Mis sentimientos hacia Grayson habían arraigado. Habían comenzado siendo una ligera emoción, una semilla tan pequeña que pasaba desapercibida. Pero las raíces se habían extendido poco a poco tejiendo un camino hasta el corazón y mis pensamientos. Sin darme cuenta de lo que había pasado, habían echado raíces en mi interior, entretejiéndose con mi ser.

Quedaban un par de horas para la cita, así que me tomé mi tiempo en peinarme y maquillarme. Cuando por fin me puse el vestido, no podía sentirme más dichosa. Todo estaba saliendo mejor de lo que había soñado. Nunca había esperado sentirme de esta forma antes de una cita, esa mezcla de anticipación e incertidumbre,

aunque el vestido, sin haberlo esperado, me hacía sentir segura. Sabía que solo se trataba de una cita de prueba, pero para mí significaba muchísimo más.

Llamaron a la puerta justo cuando le daba los últimos retoques al maquillaje. Me quedé mirando la puerta de la habitación preguntándome si debería bajar a abrir. No era mi casa, pero tampoco había nadie, así que bajé deprisa para ver quién había venido.

Al abrir la puerta me encontré a Gray sonriendo. Tenía las manos a la espalda y le brillaban los ojos de nervios, como a mí. Llevaba unos pantalones caqui y una camisa que le quedaba ajustada a la altura de sus musculosos pectorales y en los brazos. Siempre había pensado que Gray estaba más guapo con la equipación de hockey, pero claramente no había pasado suficiente tiempo con él cuando se esmeraba en el vestir. La ropa le quedaba como un guante y su porte transmitía una fortaleza reposada; era como ver al hombre en que se convertiría en el futuro. Lo encontraba extrañamente atractivo.

Quise decir algo, pero no me salían las palabras. ¿Cómo se supone que debía reaccionar en una situación como esta? Era demasiado complicado fingir que no me impactaba verle así de guapo; o el detalle de llamar al timbre de su propia casa para que pareciera una cita de verdad. Tal vez me había sorprendido que se hubiera tomado tantas molestias o a lo mejor todavía no me había hecho a la idea de lo profundos que eran mis sentimientos. Seguían sin salirme las palabras. En lugar de hablar, me quedé ahí plantada boquiabierta como un pez boqueando en el agua.

—Estás muy guapa, Pidge.

—Y tú… —Se me apagó la voz cuando sacó de detrás de la espalda un ramo de flores—. ¿Me has traído flores?

Ya se había esforzado más que suficiente y esto había sido todo un detalle, así que hice lo que pude por enmascarar mi decepción. Los ramos de flores me ponían melancólica. ¿Para qué arrancar algo tan bello para que se marchite en un jarrón? Sin embargo, cuando se las cogí de la mano me di cuenta de que no eran de verdad: el ramo estaba compuesto de mis golosinas favoritas.

—Ya sé que la mayoría de la gente compra flores, pero pensé que preferirías esto.

—¿Caramelos? —dije—. ¿Me has traído flores de caramelo?

—¿Te importa?

—Me encantan —musité.

—Me alegro. —Esbozó una sonrisa—. ¿Estás lista?

Asentí con la cabeza y lo agarré del brazo que me ofrecía. La verdad es que no estaba lista en absoluto, pero confiaba en Gray y sabía que, pasara lo que pasara, todo iría bien.

Gray condujo hasta el centro. Se me aplacaron un poco los nervios cuando aparcó delante de Nino's. Era la mejor pizzería del pueblo y mi local favorito. También era el lugar perfecto para una cita de prueba. Habíamos estado aquí millones de veces y me sentía cómoda sabiendo que estábamos en un sitio conocido.

—¿Nino's? Buena elección.

—Espero que tengas hambre.

Pensé que iba a tener el estómago lleno de mariposas y no iba a poder comer, pero asentí con la cabeza y le sonreí.

—Siempre tengo hambre de pizza.

Salió de un salto de la camioneta, vino a abrirme la puerta y me agarró de la mano mientras bajaba. Sentía cada vez más mariposas en el estómago.

—Gracias, Gray —musité.

—No hay de qué —dijo con ternura.

Entramos en el restaurante, pero, tras guiñarle un ojo a Gray, el camarero nos condujo entre las mesas hasta llegar a una puerta que daba a la terraza y a un jardín. Me quedé en la puerta dudando. A todo el mundo le encantaba sentarse afuera, pero la terraza solo estaba abierta en verano. En cuanto cambiaba el tiempo, la cerraban.

—No podemos salir ahí, Gray.

—Confía en mí —contestó cogiéndome de la mano. Me la apretó ligeramente antes de abrir la puerta. Me quedé sin aire de la sorpresa cuando salí.

Toda la zona estaba cubierta de lucecitas que le conferían un tono anaranjado al jardín, cubierto de nieve. En el centro se levantaba una cúpula grande y transparente. Parecía un globo de nieve gigante. En su interior, podía verse una mesa de ambiente íntimo con dos sillas. Las reconocí al instante del carnaval de las maravillas de invierno que había organizado el instituto el año anterior. Habían instalado una docena de cúpulas y me había pasado la noche entera acurrucada en una de ellas con un chocolate caliente. Recordaba que no había parado de decir lo mucho que me habían gustado. No me habría imaginado que Gray también se acordaría.

—¿Han regresado las cúpulas invernales? —susurré.

—Solo por esta noche.

Lo miré, maravillada.

—¿Lo has organizado tú?

—Bueno, aunque sea solo de prueba quería que tu primera cita fuera especial.

—Pero ¿cómo lo has conseguido?

—Soy un diabólico Darling. Siempre conseguimos lo que queremos. —Puso la cara de pocos amigos que tan acostumbrada estaba a ver cuando se enfrentaba a un contrincante en el hielo.

Se me escapó la risa.

—En serio, Gray. ¿Cómo lo has conseguido?

Borró su expresión temible y se encogió de hombros.

—No es verdad que hubiera una reunión del equipo después de clase. Las cúpulas las guardan en un trastero que hay en el gimnasio. El entrenador me sacó una y algunos de los chicos me ayudaron a montarla. Tras eso solo tuve que convencer al supervisor de Nino's, lo que tampoco me costó mucho. A su hijo le encanta el hockey. Me bastó con decirle que llevaría a su hijo a patinar y me dio permiso.

Estaba impresionada y sorprendida. Gray había removido Roma con Santiago para que me sintiera especial en una cita que ni siquiera era real. Estaba empezando a preguntarme si Gray existía de verdad. No habría podido imaginarme a un chico mejor.

—Deja de mirarme así. Tampoco es para tanto. Vamos…

Me acompañó al interior de la cúpula de nieve y retiró la silla para que pudiera sentarme en mi sitio. Nuestra cita de prueba no había hecho más que empezar, pero no creía que una cita de verdad con otro chico se pudiera comparar a esto. Gray me había comprado el vestido perfecto, me había regalado mis golosinas favoritas y me había traído a cenar mi comida predilecta al lugar más bonito y romántico del pueblo.

Observé las luces que brillaban sobre nuestras cabezas. Era como si estuviéramos en el centro de un globo de nieve rodeados de estrellas.

—¿Es esto lo que haces cuando tienes una cita con otras chicas? —pregunté cuando se hubo sentado frente a mí.

—¿De qué otras chicas hablas?

No sabía si era parte de la actuación o si lo decía en serio.

—Sé que has tenido citas antes que esta.

—Creo que es una cuestión de educación no hablar de relaciones pasadas mientras estás en una cita.

—Entonces me alegro de que esta no sea una cita de verdad. —Sentía demasiada curiosidad para dejarlo pasar—. En serio, no me creo que sea la primera en disfrutar de una cita completa con Grayson Darling. Ha tenido que haber otras chicas.

¿Había disimulado bien los celos? Odiaba la idea de que Gray se hubiera esforzado de esta forma por alguien que no fuera yo.

—Como ya he dicho antes ¿de qué otras chicas hablas?

—Bueno, ¿qué hay de…? No… —La verdad es que no se me ocurría nadie. Nunca lo había sabido. Las chicas del instituto decían que Grayson las intimidaba, pero siempre estaban dispuestas a salir con él. Era fuerte y callado y lo consideraban uno de los chicos más guapos del instituto. Pero, pensándolo bien, no recordaba a ninguna chica diciendo que había tenido una cita con él.

—Seguro que ha habido otras. Lo que pasa es que no quieres aburrirme con los detalles.

—Juego al hockey y paso mi tiempo libre contigo. Te lo juro. No hay nadie más.

Sus palabras me impactaron y se me secó la boca, aunque no iba a darme por vencida tan fácilmente.

—Vale, no tienes citas. —Tampoco era tan extraño. Muchos chicos pasaban de las citas—. Pero seguro que te has encontrado a solas con alguna chica en un rincón oscuro de alguna fiesta, ¿no?

Gray se removió en su silla, incómodo, pero no tuvo tiempo de contestar porque apareció la camarera para tomar la comanda. No podía haber elegido peor momento. No era la primera vez que Gray evitaba una pregunta de este tipo. No solo quería saber la respuesta; la necesitaba.

Gray pidió lo que solíamos comer allí sin necesidad de consultar el

menú. Yo siempre pedía la pizza de pepperoni cuando venía a Nino´s. Estaba demasiado rica. Gray se decidió por su característica pizza barbacoa de pollo con extra de pollo.

En cuanto se fue la camarera, Grayson se puso a hablar antes de que pudiera seguir con mi interrogatorio sobre chicas.

—Creo que deberíamos practicar la conversación durante la cita.

—¿Practicar la conversación? —Me reí—. ¿En qué se diferencia de una normal?

—Yo te pregunto las típicas preguntas que te haría un chico en una cita.

—Suena muy aburrido. Ya lo sabemos todo el uno del otro.

—No lo sabes todo de mí.

—¿No te demostré que sí el otro día con la entrevista?

—Eso no es lo que recuerdo yo. Hubo un par de cosas que te sorprendieron, ¿o me equivoco? —Dibujó una leve sonrisa y me estremecí al recordarlo—. Seguro que tú también me sorprendes a mí.

—Lo dudo, pero vamos a comprobarlo.

—Dispara.

—Vale. ¿Dónde nací?

—Mineápolis. —Negó con la cabeza como si se hubiera decepcionado—. Si vas a ponerme a prueba, al menos pónmelo difícil.

Pensaba que lo había hecho. Había vivido allí antes de mudarme a Ransom, pero era tan pequeña que nunca hablaba de ello. Estaba convencida de que le había pasado desapercibido.

—Vale. ¿Cuál es mi color favorito?

—El rosa suave del amanecer.

—¿Mis vacaciones favoritas?

—La Navidad, otra fácil.

—¿Qué peli de Disney me hace llorar?

—¿Cuál no?

Vale, igual no se me daba muy bien improvisar preguntas difíciles. Me detuve un momento para pensar bien en la siguiente pregunta.

—Vale, si fuera un animal, ¿qué me gustaría ser?

—Una mariposa o un pingüino, depende de cuánto tiempo haga que no ves *Happy Feet*.

Se le daba mejor de lo que esperaba, aunque no dejaba de darme la razón.

—Ves, lo sabes todo sobre mí. No te sorprendo en absoluto.

—Seguro que guardas algún oscuro secreto ahí adentro. —Le brillaban los ojos—. Quizá no sea necesario que lo descubramos todo en la primera cita.

—Entonces en la segunda tal vez.

—Tal vez —aceptó con sonrisa tímida.

Cuando sonreía de aquella manera, me provocaba un suave aleteo en el pecho. Era como si las mariposas que sentía en mi interior me rozasen con sus alas el corazón. Grayson estaba en lo cierto: no nos lo contábamos todo. Pese a lo divertido de las bromas y el coqueteo, se palpaba una tensión silenciosa entre nosotros.

Nuestra amistad se encontraba en un terreno desconocido, aunque tampoco es que odiara ese lugar intermedio: estaba colmado de amor y optimismo. Parecía que podía pasar cualquier cosa. Era hermoso por sí mismo. Igual prefería vivir en esta tierra de nadie que era nuestra amistad para siempre que arriesgarme a destrozar la ilusión de lo que podía llegar a ser.

Carraspeé para apartarme de esos pensamientos.

—¿Cómo te sientes con lo de mañana? —pregunté—. ¿Estás emocionado con la firma?

Se encogió de hombros con mirada sombría.

—Será un alivio cuando por fin esté hecho. Pero no quiero hablar de hockey.

—¿No?

—No. —Se inclinó sobre la mesa recuperando la luz de su mirada —. Has hablado de nuestra segunda cita. ¿Qué habías planeado?

—¿Yo? —Me reí—. A lo mejor ignoro tus llamadas y tus mensajes.

—No te atreverías. Además, todavía no se ha acabado esta cita. De ninguna manera ignorarás mis llamadas cuando se acabe la noche.

—¿Eso crees? ¿Y por qué?

Me sonrió con ternura.

—Porque lo mejor está aún por venir…

CAPÍTULO 27

GRAYSON

Mientras llevaba en coche a Paige a nuestra segunda parte de la cita me sentía más nervioso que nunca, incluso que antes de un partido importante. Toda había ido sobre ruedas hasta el momento, pero quedaba mucha noche por delante; todavía tenía tiempo de echarlo todo a perder.

Tras salir del restaurante, nos dirigimos a nuestro puesto de helados favorito y pedimos un par de chocolates calientes. Luego salimos del pueblo. Conduje por la carretera principal unos minutos tras salir de Ransom, después me desvié por un camino de tierra cubierto de nieve.

—¿Adónde me llevas? —Paige miraba por la ventanilla con curiosidad, aunque estaba tan oscuro que costaba distinguir los altos árboles que bordeaban la estrecha carretera y que se cernían sobre nosotros.

—Ya lo verás.

Paige llevaba viviendo en Ransom casi toda la vida, pero sabía que nunca había estado por esta zona. Yo había venido algunas veces con los chicos. El abuelo de Matt era el propietario de estas tierras y había colocado carteles de PROHIBIDO EL PASO alrededor de toda la finca. Nosotros sabíamos que no lo decía en serio. Además, su granja era

tan grande que jamás sabría que habíamos estado allí.

La pista terminaba al final del bosque, donde se abría un gran claro. Detuve la camioneta cuando dejamos atrás los árboles. Paige se asombró al ver la panorámica. Estábamos en lo alto de una colina con vistas a Ransom. El sol ya se había puesto y el cielo nocturno mostraba tonos azulados aterciopelados. Desde nuestra posición en la cima, podíamos ver las luces refulgentes del pueblo, que quedaba a nuestros pies, con la luna a contraluz, destellando ligeramente sobre la nieve recién caída.

—Qué bonito —susurró Paige al admirar la vista—. ¿Cómo sabías que existía este lugar?

—He venido unas cuantas veces en verano con Matt y los chicos.

—¿Y nunca se te ocurrió invitarme?

—Era para hacer equipo.

—Tú odias hacer equipo.

—Cierto —me reí—. Prefiero con creces estar aquí contigo.

Una sonrisa le iluminó la cara haciendo que mi corazón latiera más deprisa.

Volvió a girarse hacia la ventanilla.

—No está mal para una primera cita, Gray.

Pensé que si solo tenía una oportunidad de salir con Paige, debía hacerlo bien.

—Bueno, no te anticipes; esa no es la vista que hemos venido a admirar. Ven.

Cogí los chocolates y salí del coche. Paige me imitó con cautela.

—¿Hay mejores vistas que esta? —preguntó mientras rodeaba el vehículo.

—Así es. —Estaba ocupado quitándole la cubierta al colchón de la furgoneta—, pero tienes que subirte aquí para verla.

Paige me miró confundida. Luego miró por encima del hombro

hacia la oscuridad del pasto que había a sus espaldas.

—No, no te he traído aquí para que contemples el pasto. Súbete, Pidge.

Paige dudó, pero enseguida la cogí con delicadeza de la cintura y la levanté del suelo.

Cogió aire de repente. Cuando la coloqué en la puerta trasera me miraba directamente a los ojos. Por unos instantes nos mantuvimos en silencio, notando la piel erizada por la cercanía. Solo pensaba en lo cerca que estaban sus labios de los míos.

Carraspeó sin apartar la vista.

—¿Qué se supone que tengo que ver desde aquí?

No tenía ninguna gana de moverme de donde estaba, pero sonreí y me senté junto a ella.

—Te lo mostraré.

Había colocado un colchón hinchable con almohadas y mantas en la parte trasera de la camioneta y me senté sobre él. Le hice señas para que me imitara. Enarcó una ceja, pero lo hizo. Cuando se sentó a mi lado, le pasé una manta por los hombros con mucho cuidado y coloqué otras sobre el regazo de ambos. Para la época del año en que nos encontrábamos era una noche templada, pero no quería que cogiera frío.

Me recliné en los cojines apoyados contra la cabina del conductor y miré hacia arriba. Paige me imitó, quedándose de piedra. El cielo nocturno, vasto y despejado sobre nuestra cabeza, estaba plagado de refulgentes estrellas que brillaban como si nos ofrecieran un espectáculo solo a nosotros.

—Me contaste que la gente no pasaba suficiente tiempo mirando a las estrellas. Esta noche tenemos todo el tiempo del mundo.

Se giró para mirarme.

—¿Hemos venido a contemplar las estrellas?

—Hasta que quieras.

Había visto sonreír a Paige miles de veces, cada una más hermosa que la anterior, pero la sonrisa que iluminó su cara en ese momento no tenía comparación. Exhaló un suspiro, se colocó el pelo detrás de la oreja, apoyó la cabeza en mi hombro y miró hacia las estrellas.

Perdí la noción del tiempo allí tumbados en un silencio cómodo. No habría sido suficiente ni aunque nos hubiéramos quedado allí para siempre. Estando ahí con Paige en mis brazos me sentía en paz con el mundo: todo era perfecto. Incluso los nervios que causaban mis sentimientos todavía secretos habían disminuido.

De repente Paige señaló al cielo.

—¡Mira. Una estrella fugaz!

Me percaté de que sus ojos brillaban más que cualquier estrella. Al observarla, se me volvió a acelerar el corazón. Sabía que no podía pasar un minuto más fingiendo que no significaba para mí mucho más que las estrellas del firmamento.

Se giró hacia mí con mirada esperanzada.

—¿La has visto?

Negué con la cabeza, cada vez más nervioso. Había estado demasiado ocupado mirándola a ella como para preocuparme por las estrellas.

—¿Te la has perdido? ¿Cómo es posible? Ha atravesado el cielo. Ahora no puedes pedir un deseo.

Cogí aire. Había llegado la hora de volar o de caer en picado.

—No necesito pedir ningún deseo. Todo lo que he querido en mi vida está justo aquí.

—Todo lo que… —Poco a poco se daba cuenta de lo que significaba.

—Lo eres todo para mí, Pidge. —Sentía el corazón desbocado en la garganta. La cogí de las manos; ya no había marcha atrás. No

podía permitirme dudar ni que se malinterpretara nada.

—Siento haber tardado tanto en decirte esto, pero en algún momento te convertiste en algo más que mi mejor amiga. Siento mariposas en el estómago cuando entras en la habitación y se me eriza el vello cuando nos tocamos. Estoy feliz cuando estás conmigo y, cuando me pongo triste, quiero tenerte a mi lado. Ya sé que te mereces a alguien mejor que yo y lo último que quiero es estropear lo que tenemos, pero siempre he pensado que nuestra amistad es capaz de resistirlo todo, incluido que… —me detuve un segundo— me haya enamorado de ti, Paige.

Pronunciar esas palabras tuvo un efecto liberador y espeluznante al mismo tiempo. Perduraban en el ambiente y la parte de mí que pensaba que jamás sería lo bastante bueno para Paige quería robarlas y hacerlas desaparecer. Sin embargo, no podía permanecer callado por más tiempo. Me había esforzado porque Paige me viera de forma diferente estas dos últimas semanas. No sé si había funcionado y ya no había nada que pudiera hacer.

—Mierda —murmuró.

Se me hundió el corazón.

—No sientes lo mismo…

—No es eso —dijo—. Creo que acabo de malgastar mi deseo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, o he malgastado mi deseo o las estrellas trabajan muy deprisa —contestó sonriendo tímidamente—. Mi deseo has sido tú, Gray. He deseado que esta cita fuera de verdad y he deseado que un día me vieras como algo más que una amiga. Y he pedido que tú seas mi primer beso, porque yo también estoy enamorada de ti, Grayson. Simplemente no me había dado cuenta hasta ahora. Pensaba que… nosotros éramos así.

—¿De verdad has deseado todo eso?

—Sí.

Le brillaban los ojos y tenía una sonrisa tan angelical. Solo contemplarla así, mirándome de esa forma, era muchísimo más de lo que habría esperado. Había conseguido acabar con los nervios e inseguridades y había levantado el peso de la duda, que se había cernido sobre mi corazón tanto tiempo. No podía dejar de sonreír.

—Le has pedido un montón de deseos a una única estrella —respondí—. Suena un poco codicioso.

Abrió la boca para protestar, pero me acerqué a ella y coloqué la mano en su mejilla mientras la miraba a los ojos.

—Yo habría pedido lo mismo.

Salvé los pocos centímetros que nos separaban hasta que nuestros labios por fin se encontraron. Había pasado muchísimo tiempo imaginándome lo que sería besar a Paige, pero mis ensoñaciones no tenían nada que ver con la realidad. Con solo rozarle los labios, habíamos acabado con nuestra amistad, le habíamos prendido fuego para construir algo nuevo.

Su sabor se asemejaba a su aroma: dulce y afrutado. Empezamos los dos con cautela, pero cuando noté el suave roce de su lengua en la mía perdí el control. Entrelacé las manos en su pelo y ella me cogió de la chaqueta para acercarme más. Sentía todo el cuerpo vivo y el corazón tan lleno que pensé que iba a explotar. No era un beso sin más. Lo sentía por todo el cuerpo, desde los labios hasta lo más profundo de mi ser. Su beso me dejó una huella indeleble, como si hubiera tatuado su nombre en mi corazón.

Al separarnos su mirada era tímida y se mordía el labio inferior.

—¿Ha estado bien?

—¿Que si ha estado bien? —Negué con la cabeza sin dar crédito. ¿Cómo podía pensar que no había sido trascendental?

—No tengo con qué compararlo, así que tendrás que decirme tú si

ha estado bien. —Estaba divagando, así que respondí deprisa para tranquilizarla.

—Créeme. Ha sido el mejor beso de mi vida.

—¿En serio? —Eso la animó—. Para mí también ha sido alucinante.

—Aunque tampoco deberías tomarte muy en serio mi opinión, porque yo tampoco tengo nada con que compararlo.

Pestañeó despacio como si estuviera tratando de entender lo que acababa de decir.

—¿Ah, no?

—No, Pidge. Este también ha sido mi primer beso.

—Pero… ¿Qué? ¿Quién? —Pestañeó de nuevo—. ¿Cómo es posible?

—¿Para qué iba a besar a otra? Te estaba esperando a ti.

Me sonrió sonrojada. Tras esto mudó la expresión de su rostro y me arreó un puñetazo.

—¡Te contraté como entrenador de citas cuando no habías besado a nadie!

—En primer lugar: ay. En segundo lugar: ¿qué quieres decir con contratar? No recuerdo que me pagaras.

—Eso son detalles. Has cometido un fraude. Debería denunciarte.

Parecía no decidirse entre besarme otra vez o volver a golpearme. Y si ya corría el riesgo de que me diera otro puñetazo, a lo mejor era el momento de sacar otra conversación incómoda.

—Ya que estamos hablando del entrenamiento, vas a tener que cancelar tu cita con Damien. No quiero ser un novio celoso, pero tampoco es que me apetezca verte salir con otro.

Me puse tenso por si me lanzaba otro puñetazo. En lugar de eso sonrió.

—¿Me acabas de llamar tu novia, Grayson Darling?

—Si me lo permites…

—Entonces será mejor que anule la cita con Damien.

Respondí con un gruñido ronco de satisfacción y ella me sonrió. Luego tiró de mí hacia ella para besarme de nuevo. No estaba seguro de si era cosa del azar, el destino, o la casualidad, pero tenía la sensación de que las estrellas me habían concedido deseos como para colmar el cielo, porque Paige por fin era mía.

CAPÍTULO 28

PAIGE

Por fin había sacado mi primer beso de la lista. Jamás se me habría ocurrido que sería con Grayson. Jamás habría soñado que se lo pediría como deseo a una estrella y que sería mío unos segundos después; que nos pasaríamos la noche contemplando las estrellas juntos hasta quedarnos dormidos el uno en brazos del otro, y que nos despertaríamos a la mañana siguiente para contemplar el amanecer, rosado y perfecto.

—La próxima vez que vea una estrella fugaz le voy a pedir un millón de dólares —dije al tiempo que aparcábamos frente a la casa de los Darling—. ¿Crees que aparecerá el dinero en mis manos como has aparecido tú? ¿O tendré que esperar algunos días para que llegue a mi cuenta corriente?

Gray sonrió y negó con la cabeza mientras aparcaba. Era temprano, pero siempre se veía movimiento en la casa de los Darling. Solo nos quedaba cruzar los dedos para que se levantaran todos tarde hoy.

Se volvió en mi dirección con un suspiro.

—Supongo que deberíamos entrar.

—Supongo. —No me moví. La cita había comenzado el día anterior, pero, aun así, no tenía ganas de que acabara.

—Vamos. —Abrió la puerta del vehículo y se bajó, decidiendo por los dos.

—Está bien. —Salí de la camioneta y me enfrenté al aire fresco de la mañana. Por algún motivo estaba más frío ahora que durante la noche, aunque acurrucarse junto a Grayson era como quedarse dormida en un horno.

—En una escala del uno al diez, ¿hasta qué punto nos hemos metido en un lío? —pregunté mientras rodeaba el coche e iba hasta él. No había sido nuestra intención pasar la noche fuera, pero seguro que a los padres de Gray no les había hecho ninguna gracia.

—No creo que mis padres se hayan dado cuenta. Será mejor que no se enteren, así que tenemos que entrar sin hacer ruido.

—Eso puedo hacerlo. Soy como la James Bond del sigilo.

—Claro que sí.

¿Me había creído? Me cogió de la mano. Era un gesto tan sencillo y aun así consiguió que mi corazón se pusiera a cantar.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando se percató de mi amplia sonrisa.

—Nada.

Sonreía mientras miraba nuestras manos entrelazadas como una tonta. Me recompuse. Lo compartía todo con Gray, pero igual era mejor no revelarle aún lo loquita que estaba por él.

Me miró con la mosca detrás de la oreja, pero, por suerte, lo dejó estar.

—Vale, agente 007. Entremos.

Procuramos no hacer ruido al rodear la casa para entrar por el jardín, pero al acercarnos a la puerta que daba a la cocina me resbalé en el hielo y di un chillido. Su eco resonó por todo el vecindario. Incluso los pájaros que se habían posado en la valla del jardín emprendieron el vuelo. Tuve suerte de que Gray me estuviera cogiendo de la mano, o habría acabado en el suelo.

—¿Es ese el sigilo del que hablabas? —se burló Gray.

—Vale, igual tengo que mejorar un poco mis habilidades de espía.

—¿Un poco?

—Vale, mucho.

Se rio. Llevaba sonriendo y riéndose abiertamente desde la noche anterior. Podía acostumbrarme a eso…

—Igual no lo ha oído nadie —dije mientras dábamos los últimos pasos hacia la puerta. Había sido demasiado optimista.

Entramos de puntillas en la cocina y nos encontramos a la familia Darling al completo sentada junto a la encimera desayunando. Todos se callaron y apartaron la mirada de su taza. Parker, Cammie y Reed nos miraron con complicidad. Danny parecía estar disimulando una sonrisa. La única persona que parecía molesta era Amy, pero cuando se dio cuenta de que Gray me cogía de la mano, pude percibir que la preocupación que transmitían sus ojos se derretía un poquito.

—¿Qué tal ha ido la carrera de esta mañana? —preguntó Reed.

—¿Qué carrera? —contestó Gray.

Le di un codazo con disimulo y enseguida se corrigió.

—Ah sí. Genial. Necesitábamos un poco de aire fresco.

—Eso —asentí con la cabeza—. Me encanta correr.

Parker se echó a reír, aunque enseguida disimuló la risa con una tos mientras me miraba la ropa con actitud crítica. Llevaba el vestido rosa de florecitas de anoche. La única diferencia es que ahora me había puesto por encima la sudadera roja de los Diablos de Gray. Quedaba patente que no era ropa de correr.

—Aunque lo de hoy ha sido más bien un paseo —añadí enseguida, como si así quedara explicado mi atuendo—. Para los dos.

—Hace muy buena mañana para dar un paseo —dijo Danny con una sonrisa antes de volverse a mirar a la madre de Gray—. ¿Recuerdas cuando íbamos a pasear juntos por la mañana, cariño?

No sé si que el padre de Gray estuviera intentando echarnos un cable era bueno o no. Era más que obvio que todos sabían que acabábamos de regresar a casa.

—¿Un paseo? —preguntó Amy.

—¡Lo siento! —salté, incapaz de controlar la culpa—. Hemos pasado la noche fuera.

—Paige —murmuró Gray.

—Fuimos a ver las estrellas y nos quedamos dormidos sin querer. Te prometo que nos hemos portado bien. Fue sin querer.

Estaba claro que jamás aguantaría una tortura.

Danny disimuló la risa tras la taza de café.

—No pasa nada, Paige.

Amy lo miró con seriedad y él carraspeó.

—Lo que quiero decir es que no está bien que paséis la noche fuera. Estamos muy decepcionados. —Volvió a mirar a Amy para cerciorarse de que esta vez había acertado.

—En efecto: muy decepcionados. —Asintió Amy con la cabeza, aunque la expresión de su rostro y sus palabras no parecían estar de acuerdo—. No lo volváis a hacer.

—No volverá a ocurrir —dijimos Gray y yo a la vez. Parecía que íbamos a librarnos con facilidad.

Todos volvieron a ocuparse de su desayuno. Los chicos seguían sonriendo mientras comían los cereales, aunque Amy seguía mirándonos a nosotros.

—Paige, tu madre me ha mandado un mensaje esta mañana para avisarme de que ya había aterrizado. Me parece que está preocupada porque todavía no la has llamado.

Puse una mueca al oír las noticias. ¡Ojalá no se hayan dado cuenta de mi reacción! Tenía el móvil muerto desde la tarde anterior. Lo más seguro es que tuviera decenas de mensajes sin leer con la

información del vuelo.

No estaba preparada para volver a casa aún, sobre todo después de lo de anoche. Por otro lado, Amy me acababa de dar la excusa perfecta para salir de la cocina.

—Gracias por avisarme. Me he quedado sin batería. Voy a poner el teléfono a cargar para mandarle un mensaje. También debería empezar a hacer la maleta.

Me daba miedo enfrentarme a lo que estaba a punto de suceder, pero me alegré de escabullirme de la cocina. Salí deprisa de allí y corrí al piso de arriba.

Entré a la habitación de Cammie y puse el teléfono a cargar. Empecé a recoger mis cosas mientras esperaba para poder encender el teléfono. Cuanto más pensaba en hacer la maleta menos ganas tenía de irme. Sobre todo porque me esperaba una reprimenda de mi madre por haberme saltado las reuniones con la orientadora y lo que eso significaba para mi futuro. Me encontraba en una nube esponjosa a la que me había subido Gray y no tenía ninguna gana de regresar a tierra firme.

—Creo que saben lo nuestro…

Sonreí y me giré. Grayson estaba apoyado en el marco de la puerta.

—¿En serio? —Me hice la sorprendida—. ¿Cómo ha podido ocurrir?

Gray se echó a reír y entró en la habitación. Me abrazó por la cintura. Noté los nervios a la altura del pecho cuando lo miré a los ojos. Las cosas habían cambiado muchísimo desde anoche; sin embargo, estar así en sus brazos me parecía lo más natural del mundo.

—¿Qué van a pensar los demás espías cuando vuelvas al cuartel general? —preguntó—. Primero das un grito mientras intentas colarte en la casa y después, con una sola mirada de mi madre, le

cuentas todo.

—Para empezar: me he resbalado. Eso puede ocurrirle a cualquiera. En segundo lugar: tu madre es una maestra de los interrogatorios.

—Maestra de los interrogatorios… ¿Estás segura?

—Bueno, vale. Sería una espía terrible, aunque tampoco es que fuera vestida para pasar desapercibida —señalé su sudadera rojo chillón.

—Pues yo opino que es la indumentaria perfecta para pasar desapercibida. También es perfecta para llevarla mientras comes, duermes, vas al instituto… Para todo, la verdad.

—Me da la sensación de que te gusta ver tu nombre en mi espalda.

—Siempre me ha gustado, aunque ahora esa palabra queda muy lejos de expresar lo que siento.

—¿Y qué palabra utilizarías?

—Digamos que hace que me entren ganas de escaparme contigo otra noche y no volver jamás.

—Entonces no puedo quitármela.

Gray podía desaparecer conmigo cuando quisiera, aunque la próxima vez tendríamos que tener más cuidado de que no nos pillaran.

Suspiré cuando miré las maletas. Vivir con un equipaje a cuestas era una mierda, pero recogerlo todo y separarme de Gray era mucho peor. Me encantaba quedarme en su casa con él y con el resto de su familia, aunque, pese a mis reticencias a volver a casa, también había echado de menos, a mi manera, a mi padre y a mi madre. Puede que no fueran fáciles de llevar, pero era extraño estar separada de ellos tanto tiempo.

—¿Lista para volver a casa?

—No, la verdad. Mi madre va a estar enfadadísima conmigo. Ha acortado su viaje por mi culpa y puede que me haya perdido un millón de mensajes desde esta mañana. Debería haber ido a hablar con la orientadora.

—Paige, no lo has hecho adrede. Tarde o temprano tu madre tendrá que darse cuenta de que se trata de tu futuro. Ella puede ayudarte, claro, pero eres tú la que tiene que tomar las decisiones.

—No creo que vaya a darse cuenta nunca. Quiere que lo tenga todo decidido ya.

—Bueno, si todo lo demás falla, cuéntale que estamos saliendo y que vas a ser la novia oficial de una jugador de hockey profesional.

Estallé en una carcajada.

—¿Crees que es buena idea?

—Claro —contestó Gray—. Lo único que tengo que hacer es sobrevivir a un último partido. Al final del día habré firmado con Ryker y estaré un paso más cerca de dedicarme a mi profesión soñada. Puedes decirle que tu intención es acompañarme.

—Ya, no creo que le guste oír eso.

—Exacto —dijo sonriendo con malicia—. Le preocupará tanto que no tengas aspiraciones propias que estará de acuerdo contigo en cualquier cosa que propongas.

Le sonreí.

—Y la gente piensa que no eres más que una cara bonita.

—Nadie piensa eso.

—¿Ah, no? Habría jurado…

Me dejó a media palabra con un beso. Le respondí con una sonrisa en los labios. A Grayson se le daba muy bien besar. Me costaba creerme que no lo hubiera hecho antes. Cuando me besaba hacía que me planteara si era eso lo que se sentía cuando regresabas al hogar. Todo él me resultaba familiar y estar en sus brazos me

reconfortaba de una forma que nunca había sentido en ningún sitio. Me hacía sentir en paz, segura y amada, como si hubiera llegado a un lugar donde siempre sería bienvenida, como si estuviera exactamente donde debía estar.

Sin embargo, sus besos no eran solo acogedores y cálidos. Enseguida me di cuenta de que, bajo su exterior serio, se escondía un lado muy apasionado. Si Grayson era mi hogar, entonces a veces nos dejábamos demasiadas velas encendidas y la casa estaba a punto de arder. Las cosas con Gray enseguida se volvían apasionadas. Cuanto más nos besábamos, más empezaba a descubrir una nueva versión del chico al que había entregado mi corazón. Sentía que podía pasarme toda una vida explorando a Grayson Darling.

Cuando nos separamos me faltaba el aire.

—¿Por dónde iba?

Sonrió. Al ver esa sonrisa de medio lado me entraron ganas de acercarlo a mí para besarle de nuevo.

—Qué asco —se quejó Cammie desde la puerta.

Traté de separarme de Gray, pero él me agarró con más fuerza sin dejar de mirarme a los ojos.

—Estamos ocupados, Cam.

—Sabes que tienes una habitación, ¿no?

La expresión de Cammie dejaba bien claro que no estaba de broma. Había conseguido pasar dos semanas sin enfadarla y no quería arruinarlo todo ahora.

—Ya nos íbamos —dije separándome de Gray—. Gracias por dejarme dormir en tu habitación, Cammie. Tengo algo para ti… —Me acerqué a la mochila y saqué su regalo.

Cammie cogió la caja y la abrió. Sacó un globo de nieve con una patinadora en el centro con una sonrisa en los labios. Me lo había

dado mi madre hacía años. La patinadora que había en el centro iba toda de negro y siempre me había recordado a Cammie.

—Gracias, Paige. No hacía falta que me regalaras nada.

—Es solo un detalle y de verdad que no sabes cuánto te lo agradezco. —Mientras hablaba, empezó a iluminarse el teléfono en la mesita, donde lo había puesto a cargar. No hacía falta que lo mirara para saber que era mi madre, probablemente para preguntarme dónde demonios me había metido—. Será mejor que me vaya.

Gray cargó con mi equipaje antes de que pudiera decirle que no se preocupara. Se acercó a mí mientras salíamos de la habitación de Cammie.

—Sabía que llevabas como mínimo un globo de nieve ahí metido.

Por supuesto que lo sabía. Me conocía demasiado bien. Por eso me parecía tan especial esta nueva relación con él. Teníamos algo que nadie más tenía. Siempre había sido así, pero ahora podíamos llevar nuestra relación, única como era, a un nuevo nivel.

No es que transformar nuestra relación en algo diferente estuviera exento de riesgos. Cuando me puse a pensar en todo lo que podíamos perder, empecé a preocuparme. ¿Y si esto no duraba? Era la primera vez que me planteaba esa posibilidad desde la cita de anoche y sentía una creciente ansiedad. Lo que teníamos Gray y yo estaba tan reciente que no quería hacer nada que lo estropease, pero, era demasiado importante para ignorarlo. Él era demasiado importante.

—¿Y si no sale bien? —dije cuando nos detuvimos frente al maletero de mi coche—. No quiero perderte.

Gray se puso serio. Dejó el equipaje en el suelo para poder cogerme de las manos.

—Nunca vas a perderme.

—Haces que suene fácil.

—Puede que no siempre lo sea, pero se me da bien luchar, y siempre voy a luchar por ti, por los dos.

—¿No crees que sería mejor seguir siendo solo amigos?

—Llevo mucho tiempo sintiendo esto por ti. Me costó muchísimo mantener esos sentimientos a raya y esconderlos de todo el mundo. Ahora que por fin te lo he contado y que sé que sientes lo mismo por mí, me he quitado un peso grandísimo de encima. Creo que si nos hacemos la promesa de ser siempre sinceros el uno con el otro respecto a nuestros sentimientos, no importará lo que pase, nada saldrá mal.

—¿Pase lo que pase? —Fruncí el entrecejo—. Así que, según tú, podríamos perdernos…

Cambió la expresión reflexiva por la sonrisa luminosa que le veía cada vez más.

—Eso no es lo que he dicho —se rio—. Vas a tener que aguantarme para siempre, Pidge. Te lo prometo.

—Pienso recordártelo.

—Así me gusta.

Me acercó a él para abrazarme y de nuevo me rodeó esa calidez de Gray, su aroma, y la fuerza de su abrazo. Eran sensaciones tan familiares que enseguida aliviaron mis preocupaciones. Seguíamos siendo nosotros y a la vez ya no lo éramos. Las cosas habían cambiado y estaba bien que fuera así. Mucho mejor que bien.

CAPÍTULO 29

PAIGE

¿Cómo podía Grayson llevar todo ese equipaje sin aparente esfuerzo? Cuando llegué a casa solo conseguí sacar una de las maletas del maletero y llevarla al interior. Estaba a reventar y pesaba una tonelada. Con las prisas por recoger mis cosas en casa de los Darling, puede que la hubiera llenado demasiado. Sabía que cada segundo que tardara en llegar mi madre se impacientaría más y más.

Al cruzar la puerta de mi casa, la costura de la maleta reventó y se desperdigó el contenido por el suelo. Solté un juramento por lo bajo. Incluso la maleta prefería apretar el botón de autodestrucción que estar en esta casa. ¿Debería estarle agradecida? Por lo menos había esperado a estar dentro para darse por vencida.

—Ya he llegado —dije en voz alta mientras me agachaba a recoger lo que había por el suelo.

Mi madre no respondió, aunque la oí carraspear desde la cocina. Ese sonido no presagiaba nada bueno. La maleta tendría que esperar; lo primero era lidiar con mi madre.

Estaba sentada a la mesa de la cocina como si llevara esperándome un rato. Me acobardé cuando retiró la silla y se puso de pie.

—Llevo en casa más de una hora. ¿Dónde estabas?

Directa al grano. Menuda sorpresa. Nada de «te he echado de menos, Paige», nada de abrazos ni de besos en la mejilla. Ni siquiera un «hola». A veces me preguntaba si mi madre no sería mitad robot.

—Estaba en casa de los Darling. Tenía que hacer las maletas.

Me cuadré de espaldas mientras hablaba por si decidía regañarme también por la postura. Por la forma en que se le tensaron los labios, formando una línea delgada, sabía que no iba a aceptar cualquier excusa.

—¿Qué tal el vuelo?

—Bien, aunque esperaba encontrarte en casa a mi llegada. He tenido que revolver todo el garaje para encontrar la llave de repuesto. Lo sabrías si hubieras leído los mensajes.

—Me he quedado sin batería en el teléfono. Pero ahora ya estoy aquí.

—Ya lo veo. Será mejor que te prepares…

—¿Para?

—Las solicitudes universitarias. —Dio unos golpecitos con las uñas perfectas de la manicura en la tapa del portátil que había frente a ella.

—¿Quieres que lo haga ahora?

—Por supuesto.

—Pero necesito deshacer las maletas y esta tarde es el partido de Grayson…

—No me importa. —Mi madre se cruzó de brazos—. Llevas aún más retraso ahora que cuando me marché. —Había empezado a levantar la voz, que era claramente una señal de alarma. Mi madre imponía siempre y rara vez necesitaba cambiar la expresión de su rostro para demostrar su enfado. Hoy las cosas eran diferentes.

—Mamá. —Intenté interrumpirla, pero ni siquiera se detuvo para

respirar mientras proseguía con su queja.

—Sabrías lo urgente que es todo si hubieras asistido a las jornadas de orientación universitaria. O si te hubieras reunido con la orientadora. No me puedo creer que volvieras a darle plantón. A veces me pregunto para qué me molesto.

Yo me preguntaba lo mismo. Tenía la sensación de que habíamos mantenido esta misma conversación cientos de veces y cada una de esas veces había asentido a todo lo que decía y prometido hacer lo que ella quería. Pero eso no había solucionado nada. Todavía no sabía qué hacer con mi futuro porque no sabía qué camino seguir. Y no pasaba nada. Obligarme a elegir algo porque a ella le parecía buena idea solo conseguía complicar más las cosas.

—Mamá… —Esta vez lo dije más alto, pero no había quien la parara.

—Algunas solicitudes ya están fuera de plazo. Otras expiran esta semana. No voy a permitir que destroces tu futuro, es muy importante. No voy a permitir que sigas posponiéndolo. No vas a salir de esta habitación hasta que hayas completado todas las solicitudes.

—¡No! —La palabra salió como un vendaval, encapsulando toda mi frustración. No era habitual que me dejara llevar por la ira y hasta yo me había asombrado de mi reacción. Pero ¿qué otra cosa podía hacer si se negaba a escucharme?

—¿Cómo que no? —A mi madre le falló la mirada severa, aunque enseguida se recompuso—. No está abierto a discusión, Paige.

—En eso tienes razón. Haré las solicitudes cuando esté lista, si es que llego a estarlo, no porque me obligues.

Mi madre me miraba como si estuviera a punto de estallarle la cabeza. Nunca me había enfrentado a ella de este modo. Era aterrador, aunque también me quité un peso de encima, como si

hubiera liberado algo en mi interior.

—Mientras vivas bajo mi techo harás lo que yo diga —dijo en voz algo más baja, pero igual de firme—. Siéntate y ponte a trabajar.

Apartó la silla para que me sentara, pero me negaba a ceder. Me negaba a dejarme enredar y convertirme en la niña bonita que quería mi madre. Había tenido mucho tiempo para pensar mientras ella estaba de viaje: ya era hora de que entendiera que yo podía tomar mis propias decisiones.

—Paige… —Me hizo un gesto para que me sentara.

—¿Para qué? —dije—. Puede que ni siquiera vaya a la universidad.

—No seas ridícula —se mofó—. Sabes que eso es lo mejor para ti.

—Lo que sé es que tú crees que es lo mejor para mí. ¿Qué hay de lo que quiero yo?

Guardó silencio un par de segundos antes de quitarle importancia a mis palabras con un gesto de la mano.

—Tú no sabes lo que quieres.

—No, no lo sé. Pero no pasa nada. Actúas como si fuera lo peor del mundo, pero no hay nada de malo en ello.

—No dirás lo mismo cuando te quedes sin opciones en la vida.

—Siempre será mejor que acabar como tú.

De repente se hizo el silencio. Había dejado a mi madre sin palabras. Yo también me había asombrado. ¿Había sido mi intención decirlo en voz alta? ¿Gritárselo a la cara? No estaba segura, pero aproveché la oportunidad para decírselo todo.

—Voy a encontrar mi propio camino, mamá. Lo creo de veras. Pero tienes que entender que no voy a seguir tus pasos.

Nunca había visto a mi madre así, sin saber qué decir. Pese a que me sentaba bien decirle lo que sentía, la sorpresa que se había leído en su rostro en un principio se estaba transformando en tristeza. No sabía qué pensar. ¿Seguía enfadada conmigo? ¿Estaba

decepcionada? ¿Herida? Fuera como fuera, había llegado la hora de decírselo todo. Llevaba presionándome tanto tiempo que ya no podía soportarlo más.

—Sé que quieres que me convierta en alguien importante —proseguí algo más calmada—, pero no soy como tú ni como papá, ni quiero lo mismo que vosotros. Mi camino no es recto y estrecho; es una pista sinuosa que atraviesa un bosque. Seguro que me pierdo en él de vez en cuando, pero acabaré llegando a mi destino. Tenéis que confiar en mí.

Mi madre se me quedó mirando a los ojos mientras esperaba su respuesta. Después hizo lo último que se me habría ocurrido: se echó a llorar.

—¿Mamá? —susurré al ver cómo se sentaba derrotada en la silla y hundía la cabeza en las manos. Me acerqué a ella despacio, con cautela. Nunca la había visto llorar. Ni siquiera sabía que fuera capaz de hacerlo. Me sentí culpable. Mi intención había sido defenderme, pero no quería hacerle llorar.

—Lo siento, mamá. No quería…

—No, Paige —dijo secándose las lágrimas—. No te disculpes. Tienes razón.

—¿La tengo?

—Sí. —Respiró hondo, aunque solo consiguió arrancarle más lágrimas—. No quieres acabar como yo.

—¿Qué estás diciendo?

Levantó la cabeza. La raya del ojo, que siempre estaba bien definida, se le había corrido y tenía la cara húmeda por las lágrimas.

—Me han echado —dijo en un susurro.

Me derrumbé en la silla que había a su lado.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Recortes. —Negó con la cabeza y tensó la mandíbula—. Han

echado a la mitad de los empleados. Todavía me cuesta creerlo. Era indispensable cuando me arrancaban del lado de mi familia durante semanas, pero en cuanto las cosas se han puesto un poco difíciles he sido una de las primeras a las que han hecho salir. —Se rio con amargura.

Me sorprendió más la vulnerabilidad que mostraba mi madre que el hecho de que la hubieran echado del trabajo. Siempre parecía tenerlo todo bajo control, por muy estresada u ocupada que estuviera. Ahora se veía desolada.

—Eso es terrible, mamá. Lo siento mucho.

—Soy yo la que lo siente, Paige. —Se irguió en su asiento y me miró a los ojos. No sabía por qué me estaba pidiendo perdón, aunque resultaba evidente que lo decía de corazón—. Siempre tuve muy claro que mi objetivo era entrar en la mejor universidad posible y conseguir el mejor empleo al que pudiera aspirar. En cuanto puse un pie en la escalera corporativa empecé a ascender y nunca he parado. Durante años he trabajado como una esclava para esa empresa. Me he perdido muchas horas contigo, con tu padre, con todo, y al final solo era un número para ellos. En cuanto no les han salido las cuentas… —Miró hacia el suelo y volvió a negar con la cabeza.

—¿Estarás bien? —pregunté.

Mi madre cerró los ojos y se tomó un segundo para responder.

—Me costará un tiempo. —Abrió los ojos y volvió a mirarme—. Pero lo estaré. Tú también estarás bien.

—¿Yo?

Asintió con la cabeza.

—A mí me marcaron el camino desde el instituto y mira adónde me ha llevado eso. Años de arduo trabajo que no han servido para nada. No quiero que a ti te pase lo mismo. —Inspiró profundamente

antes de continuar—. No tienes que ir a la universidad si no quieres. Puedes buscar tu propio camino entre la maleza. Descubrir lo que te apasiona.

Me la quedé mirando, sorprendida. ¿Me estaba dando la razón? Me miraba seria, con preocupación sincera. Se estaba mostrando vulnerable y abierta y, por primera vez, sentí que podía vislumbrar lo que escondía mi madre tras esos muros duros y fríos.

—Sé que he sido dura contigo con lo de la universidad y planear tu futuro. Lo único que quiero es que tengas opciones. Así, si te diera la sensación de que vas en la dirección equivocada, podrías redirigir tu camino. Ya sé que no quieres ser como yo. Y entiendo los motivos. Ahora sí. Necesitas encontrar tu camino y confío en que lo consigas. Solo quiero que sepas que estoy aquí si me necesitas.

Me quedé sin palabras. Mi madre nunca reculaba, jamás se rendía. Creo que su lema era «ganar a cualquier precio». Rendirse no era una opción. Sin embargo, en esos instantes, había izado la bandera blanca.

Tenía por costumbre dejar de atender a mi madre en cuanto salía con el tema de la universidad, pero esta vez la escuché. Por fin hablaba desde el corazón en lugar de decir lo que se suponía que debía contarme. Por fin parecía entenderme.

Era todo lo que siempre había querido de ella. Sin embargo, no dejaba de tener sentido lo que había dicho. No admitiría ni en un millón de años que tenía razón, pero mantener varias opciones abiertas no era tan mala idea.

—Y me has ayudado, mamá. Más de lo que piensas.

—¿Ah, sí?

—Claro. —Me encogí de hombros—. A ver, mi objetivo este curso ha sido llevarte la contraria en todo. De algún sitio habré sacado esa perseverancia.

Ya no había apenas lágrimas en sus ojos y pudo lanzarme una mirada fulminante.

Me reí.

—En serio. Puede que haya parecido que estaba tratando de evitar mi futuro estos últimos meses, pero lo cierto es que he estado reflexionando mucho sobre ello. Tal vez no te hayas dado cuenta, pero me has dado el empujoncito que necesitaba para probar un montón de cosas nuevas, para salir de mi zona de confort y buscar mi camino. Puede que todavía no lo haya encontrado, pero te prometo que ya queda poco.

—Qué bien, Paige. Me alegro.

—Supongo que tampoco pasa nada por enviar la solicitud a alguna universidad. ¿Quieres que empecemos a rellenar alguna ahora?

—Suena bien —dijo—. Gracias.

Me dedicó una sonrisa mucho más afable que la que estaba acostumbrada a ver, normalmente más tensa. Se secó una última lágrima de la mejilla al tiempo que se ponía de pie.

—Pero no hay prisa. Vamos a sacar las cosas del coche primero. Después me cuentas lo que ha ocurrido estas dos últimas semanas.

Me pregunté, al verla salir de la cocina, si haber perdido su trabajo no habría sido lo mejor que le podía haber ocurrido a mi madre. Igual se volvía un poco más humana, menos robótica, ahora que no tendría que trabajar tanto. Tal vez mejorara nuestra relación.

Entonces oí el gruñido y el grito que resonó desde el pasillo.

—¡Paige! ¿Qué demonios ha ocurrido aquí? Quiero que limpies esto ya mismo.

Vale, igual las cosas no habían cambiado tanto. Por lo pronto, habíamos dado un paso en la buena dirección.

Salí al pasillo y empecé a recoger mis cosas. De entre la ropa, los zapatos y libros desperdigados por el suelo rescaté la agenda

escolar. Al cogerla, se cayó la hoja rosa en la que había escrito mi lista de cosas que hacer antes de graduarme. La cogí en el aire antes de que planeara hasta el suelo.

Revisé todo lo que había probado y que no me había gustado. Me sorprendió no sentirme enfadada ni triste ni decepcionada. Había probado todas esas cosas porque mis padres me habían hecho sentir que necesitaba decidir qué hacer con mi vida ya mismo. Al contrario que ellos, yo me había propuesto dedicarme a algo que me gustara de verdad. Pero durante estas dos últimas semanas había descubierto que no era imprescindible tener un plan de inmediato. No pasaba nada por no tenerlo todo organizado. A veces la vida te ponía delante algo que no se te habría ocurrido imaginar. Mi primer beso era prueba patente de ello.

Mientras contemplaba la última entrada de mi lista, pensé en tacharla. Mis dedos se morían de ganas de coger un bolígrafo y completarla. En lugar de eso, con un rápido movimiento, la rasgué por la mitad. Sonreí al ver las dos mitades planear hasta el suelo.

Se habían acabado las listas y se había acabado buscar respuestas hoy mismo.

Estaba lista para ver qué me deparaba el futuro. Pero, antes que nada, iba a sentarme con mi madre a rellenar una solicitud universitaria.

CAPÍTULO 30

GRAYSON

Tal vez no debería haberme pasado media noche despierto antes de un partido tan importante, pero no me arrepentía de nada de lo que había ocurrido la noche que observé las estrellas con Paige. Ahogué un bostezo mientras me sentaba en el vestuario a atarme los patines, aunque sabía que en el instante en que pusiera un pie en la pista de hielo para jugar contra los Lobos de Waverley desaparecería cualquier resquicio de cansancio. Ojalá pudiera decir lo mismo del dolor de la rodilla.

Todavía no me dolía demasiado, aunque sabía que eso no iba durar cuando empezara a jugar. Ya lo había comprobado la otra noche en el lago. No quedaba más que un partido. Mi única esperanza era que, una vez hubiera acabado el día, pudiera relajarme sabiendo que al menos seguiría jugando un año más.

—Pensé que te vería más feliz cuando Paige y tú por fin estuvierais juntos. —Parker se sentó enfrente de mí, sonriente, en el vestuario.

—Parker… —Reed, que estaba a mi lado, le dio un aviso a nuestro hermano.

—Me alegro de que todo saliera bien —siguió Parker—. Gracias, por supuesto, a nuestro brillante plan. Aunque supongo que seguirás

siendo el mismo Grayñón de siempre. —Guiñó un ojo y se levantó de un salto del banco antes de que pudiera reaccionar, dirigiéndose a la otra esquina del vestuario a hablar con los compañeros.

Me lo quedé mirando hasta que entró Damien. Me sentí asombrosamente culpable cuando se acercó. Paige y él no habían llegado a quedar, pero, aun así, no había estado bien inmiscuirme y pedirle que fuera mi novia antes de que tuvieran su cita. Ni haber pasado la última semana socavando cualquier oportunidad que tenía con ella. Estaba claro que no iba a dejar que se la llevara sin luchar, pero tampoco me sentía bien conmigo mismo al haber ganado. Incluso sin saber que estábamos compitiendo, estaba convencido de que a Damien no le gustaba perder.

—Reed. Grayson. —Hizo una inclinación de cabeza y nos sonrió afable al pasar por nuestro lado.

Me lo quedé mirando sin saber cómo reaccionar. Actuaba como si no hubiera pasado nada. Y parecía sincero.

Paige le había contado lo nuestro, ¿no? Y si lo había hecho, tendría que estar molesto. Pero actuaba como si nada. Cuando llegó a su taquilla, se sentó junto a Owen y se pusieron a hablar. Parecía supercontento para un tío al que le acababan de cancelar una cita. Se trataba de Damien Stone. ¿De verdad se tomaba tan bien que le hirieran el orgullo?

Me volví a Reed.

—Paige habrá cancelado su cita con Damien, ¿no?

—Seguro que sí.

—¿Y si no lo ha hecho? Esta mañana tenía el teléfono sin batería. Después se ha ido corriendo a casa, donde ha tenido que enfrentarse a su madre. ¿Y si se ha olvidado de hacerlo?

—¿De verdad crees que no habrá cancelado la cita cuando por fin estáis saliendo juntos?

—Lo que creo es que tiene un montón de cosas en la cabeza. —Volví a mirar a Damien—. ¿Debería decirle algo?

—¿Cómo qué?

—No sé. Solo quiero dejarle claro que Paige y yo estamos juntos.

Reed negó con la cabeza.

—Y yo pensaba que era un novio posesivo. Lleváis saliendo unas doce horas.

—Yo diría dieciocho.

Se echó a reír.

—¿Quién lleva la cuenta?

—No sé.

—Paige no va a acudir a ninguna cita con Damien. —Intentó ser asertivo dándome un palmadita en el hombro—. Deja de preocuparte. Jamás te haría algo así. Escucha, tenemos que ganar este partido, tenemos que impresionar a un entrenador y una carta que firmar. Piensa en eso.

Era muy consciente de todo eso. Por no hablar de lo que me preocupaba la lesión, de la que Reed no sabía nada. Tenía que empezar a concentrarme, pero no podía dejar de mirar a Damien por si detectaba alguna señal de que hubiera recibido malas noticias de Paige, alguna sombra de decepción en su rostro. Pero nada. Estaba riéndose de algo con Owen.

Matt se sentó junto a mí al tiempo que me volvía hacia Reed.

—No creo que haya cancelado la cita todavía.

Reed me ignoró y se inclinó en dirección a Matt para explicarle mi dilema.

—Grayson por fin ha conseguido a la chica de sus sueños, pero está preocupado por si ella no ha cancelado su cita con Damien.

Matt me dio un codazo, juguetón.

—Al parecer nunca estamos felices, ¿eh, PM?

—No me llames así.

Sonrió con más ganas.

—Estoy seguro de que no tienes de qué preocuparte, pero mirarle con el ceño fruncido desde aquí no te va a dar una respuesta. —Matt se dio la vuelta para dirigirse a Damien y preguntó en voz alta—: Oye, Stoney, ¿qué hay entre tú y Paige? ¿Sigue en pie vuestra cita de mañana?

¿Se puede ser más indiscreto? Había llamado la atención todo el equipo.

Damien sonrió. ¿Se había dado cuenta de lo que me afectaba todo?

—Digamos que no solo voy a marcar un tanto en la pista este fin de semana.

¿Marcar un tanto? Me levanté de un salto sin poder controlarme. Reed corrió para interponerse en mi camino antes incluso de que me diera cuenta de que había dado dos zancadas hacia Damien. No estaba del todo seguro de cuál era mi intención, pero no iba a acabar bien para ninguno de los dos.

—Cálmate, Gray.

—Eso —añadió Matt uniéndose a mi hermano—. Solo estaba bromeando.

—Pues yo no estoy bromeando. Voy a matarle.

—No quieres pelearte con un compañero de equipo —dijo Reed—. Y menos hoy…

Claro que quería si ese compañero era Damien Stone. Llevaba con ganas de borrarle esa sonrisa de superioridad de la cara desde que había llegado al pueblo y por fin tenía un buen motivo para hacerlo. Nunca le había permitido a nadie hablar en esos términos de Paige y no iba a empezar a hacerlo ahora.

—Reed tiene razón —dijo Matt—. El entrenador Mercer está en la

grada y estás a unas horas de firmar con Ryker. ¿De verdad eres tan estúpido?

Apreté los dientes con más fuerza al oír el sonido de la risa de Damien desde el otro lado del vestuario. Miré detrás de Reed y Matt y le lancé mi mirada más letal. Estaba a punto de zafarme de Matt y mi hermano cuando Damien recuperó la compostura lo suficiente como para hablar.

—Tío, que estoy de broma. —Se puso de pie, extendiendo las manos delante del cuerpo como si estuviera calmando a una fiera—. Paige me ha mandado un mensaje antes. Ya sé que estáis juntos. Enhorabuena, por cierto.

—Enhora… —Sus palabras solo consiguieron enfurecerme más—. ¿Te ha parecido divertido?

Damien se encogió de hombros.

—No sé. No hay duda de que tu reacción sí lo ha sido.

—Es verdad que es divertido molestar al oso —dijo Parker con una sonrisa—. Sobre todo ahora que se ha puesto en plan novio.

Todo el mundo estaba sonriendo o riéndose abiertamente. Me percaté de que, con las manos levantadas de ese modo, parecía un oso a punto de atacar. Por lo visto era el único en el vestuario todavía nervioso.

—En serio, Grayson —dijo Damien acercándose hasta colocarse a la espalda de Reed y Matt—. Me alegro de que tú y Paige estéis juntos por fin. La verdad es que no dejaba de sorprenderme que no los estuvierais cuando regresé. Siento haberlo retrasado todo. Sin malos rollos. —Extendió la mano en mi dirección y Matt y Reed dieron un paso atrás.

Estaba igual de sorprendido que los demás cuando le di la mano.

—Gracias. Pero no tienes que disculparte por nada —dije con una ligera inclinación de cabeza—. No ha pasado nada, Damien.

—Menos mal. —Las palabras de Parker acabaron con la tensión que se había palpado en el ambiente—. ¿Podemos guardar un poco de esa ira para los rivales?

—Tiene razón —dijo Reed, dirigiéndose al resto del equipo—. Concentraos. Salgamos ahí y hagamos que los Lobos aúllen de dolor.

Como respuesta, todos comenzaron a aullar o a dar alaridos, compartiendo sonrisas y ovaciones.

—El calentamiento comienza en dos minutos —añadió Reed cuando descendió el nivel de ruido. Mientras todos se centraban en los últimos preparativos, mi hermano se giró hacia mí y me susurró:

—¿Seguro que estás bien?

—No voy a ir a la cárcel por el asesinato de Damien Stone si es eso lo que preguntas.

—Todavía no se ha acabado el día, Grayson —dijo en voz alta Damien de regreso a su taquilla.

Su respuesta me hizo reír. Al parecer me conocía mucho mejor de lo que había pensado. Y tal vez no fuera tan idiota como recordaba.

Reed asintió con la cabeza.

—Vale, salgamos ahí fuera y recordémosle al entrenador Mercer por qué quiere ficharnos para los Raiders de Ryker.

Seguí a mis hermanos a la pista de hielo con la cabeza hecha un lío. Pese a lo extraño de mi encontronazo con Damien, al menos me había distraído de las emociones que corrían por mis venas antes del partido. ¿Estaba nervioso por competir delante de Mercer? ¿Preocupado por si no me aguantaba la rodilla? ¿Recuperándome tras la ira que había sentido con el chistecito de Damien? ¿O estaba emocionado porque todo se acabaría enseguida y me aseguraría mi plaza en Ryker para la siguiente temporada?

Una vez me ponía la camiseta de los Diablos, casi nunca me dejaba llevar por las emociones. Jamás dejaba que los nervios me

detuvieran o que la ira me nublara el juicio cuando estaba en la pista. Sin embargo, ese día sentía un cóctel de confusión interior burbujeando bajo la superficie. ¡Qué ganas tenía de que se acabara el día!

Solo necesitaba jugar bien este partido sin dar señas de que me molestaba la rodilla, llegar hasta el último bocinazo que ponía fin al partido, firmar mi carta de intención y salir al atardecer. Sin presión…

¿Notarían los otros la misma ansiedad? A Reed se le veía tenso e incluso a Parker le habían traicionado los nervios y no paraba de recolocar la cinta de agarre de su stick. El entrenador Mercer estaba en las gradas, y mi hermano pequeño también se sentía presionado. Nosotros ya habíamos pasado esa parte e impresionado al entrenador de Ryker. Solo quedaba asegurarnos de que no lo estropeábamos. Parker, sin embargo, necesitaba brillar si quería unirse a nosotros en la universidad cuando se graduara. Era raro que un diabólico Darling estuviera nervioso antes de un partido importante, y más raro aún que lo estuviéramos los tres.

Los jugadores de los Lobos ya estaban calentando cuando salimos a la pista de hielo. Una buena parte de los seguidores de las gradas vestían sus colores: gris y negro. Se podía sentir la emoción en el ambiente. Los dos equipos nos pusimos a esquivar conos en el hielo, disparar a portería y pasarnos el disco.

Nuestros contrincantes eran la menor de mis preocupaciones. En lugar de en ellos, me centré en las gradas. Necesitaba ver la sonrisa de Paige para saber que todo saldría bien. La busqué por las gradas, pero no la encontraba. Seguía intentándolo cuando nos llamó el entrenador Ray y lo escuché solo a medias mientras nos daba la charla antes del partido. Solía encontrarla en cuanto salía con los patines a la pista, pero hoy no era capaz.

No apareció durante el calentamiento y noté un peso en el estómago cuando nos colocamos en posición para el inicio del partido. Seguía sin dar con ella y empecé a plantearme que tal vez hubiera pasado algo. Solía llegar temprano a los partidos, así que me preocupaba que aún no hubiera aparecido. Estaba muy nerviosa por ver a su madre y me inquietaba que se hubiera metido en algún lío. ¿La habrían castigado? ¿Le habría prohibido su madre venir al partido de hoy? Me había mandado un mensaje deseándome suerte hacía un par de horas. ¿Qué había cambiado desde entonces? Di por hecho que todo iba bien. ¿Debería haberla llamado?

Empecé a maldecir por lo bajo. Me maldecía a mí mismo, aunque un par de jugadores de los Lobos que estaban cerca me miraron extrañados y se apartaron. A la mayoría de los jugadores les costaba enfrentarse a Grayson Darling un día cualquiera y hoy iban a llevarse un buen susto. Solía ser una máquina sin emociones. En esos momentos, lo sentía todo y no sabía cómo me iba a afectar eso a mí, o a los desafortunados jugadores del equipo rival.

El disco tocó el hielo y entré en acción, ignorando el dolor que me atravesó la rodilla al deslizarme por el hielo, intentando bloquear el mundo y centrarme en el juego.

El partido se nos puso de cara enseguida con un tanto de Reed, y Matt consiguió marcar también unos minutos después. A los Lobos les estaba costando seguir el ritmo, aunque se habían acercado a nuestra portería en un par de ocasiones. Uno de sus atacantes era especialmente rápido. La rodilla prácticamente me gritaba que bajara el ritmo cuando lo perseguía para evitar que se escapara. Después tuve que lanzarme al hielo para bloquear un disparo que iba directo a la red, haciéndome más daño en la rodilla.

No dejaba de decirme a mí mismo que podía jugar con dolor, pero era cada vez más difícil convencerme de que era posible. Sobre todo

después de chocarme contra un jugador de los Lobos y mandarlo por los aires. Se me dobló la rodilla con el contacto, aunque mantuve el equilibrio lo suficiente para controlar el disco y pasárselo a Parker para que marcara el tercer gol del partido. Mientras mis compañeros de equipo lo celebraban, yo me acerqué casi cojeando al centro de la pista para el *face-off*.

Por suerte durante el partido nadie pareció darse cuenta del dolor que soportaba. Mis compañeros de equipo estaban demasiado ocupados destrozando a los Lobos. Incluso me había impresionado Damien con sus habilidades. Por primera vez, me vi en posición de admitir que era un jugador decente. Cada vez que placaba a un contrincante o hacía un bloqueo a la desesperada allí estaba él para recibir el disco mientras recuperaba la posición.

Todavía no había visto a Paige en las gradas al comienzo de la segunda parte. No era la primera que faltaba a un partido, pero, conforme iba pasando el tiempo, su ausencia me distraía cada vez más. En cuanto disponía de un segundo volvía a buscarla entre el gentío.

Estaba mirando en dirección a las gradas cuando el disco se deslizó hacia mi posición. Reaccioné medio segundo tarde al ir a buscarlo. No había sido nada muy llamativo, pero seguro que el entrenador lo había notado y estaría cabreado. No importaba lo rápido que patinara para compensar mi lapsus momentáneo, seguro que me gritaba por haber perdido la concentración durante el partido. ¿Se habría dado cuenta también el entrenador Mercer?

Ese error debería haber sido suficiente aviso para concentrarme, pero, al tiempo que iba a toda velocidad a por el disco que había quedado suelto, vi un destello rojo en las gradas. Sabía que no debía mirar, pero sentía en las entrañas que por fin había llegado Paige.

Pese a la velocidad con la que me desplazaba por el hielo, levanté

la mirada. No pude evitarlo. La atracción que sentía hacia ella era irresistible. Aparté la mirada del disco que tenía delante y encontré a Paige, como sospechaba, sonriéndome. Me sorprendió que no llevara puesta la camiseta de los Diablos que llevaba siempre, sino la sudadera roja que le había prestado la noche anterior. Comencé a sonreír. Esa mañana le había dicho que verla con ella puesta hacía que me entraran ganas de escabullirme con ella de nuevo. Era como si me estuviera mandando una señal, que ella también quería escabullirse conmigo.

Sentí una nueva dosis de energía. Por fin encajaba todo. Pero en esos momentos vi otro destello de color, solo que esta vez era el gris y negro de la camiseta de un jugador de los Lobos que venía en mi dirección a toda velocidad. Se trataba del mismo jugador al que había hecho un placaje al principio del partido. Y no iba detrás del disco, iba a por mí. Antes de que pudiera reaccionar, me golpeó de lado. Noté que se me despegaban los patines del hielo. Me estremecí de dolor al sentir el impacto hasta en los huesos, enviándome por los aires. Abrí los ojos a tiempo de ver los tableros y el hielo cada vez más cerca. Después…

CAPÍTULO 31

PAIGE

Nada. Ni un solo movimiento. Grayson seguía sin moverse tirado en la pista de hielo mientras los espectadores contenían la respiración o se susurraban al oído. Me retumbaba el corazón en los oídos haciendo que el ruido que había en el estadio se convirtiera en un murmullo apagado. ¿Por qué no se levantaba? ¿Por qué no se movía?

Los jugadores de los Diablos patinaron hasta él y el entrenador y el equipo médico se apresuraron a saltar al hielo.

—Levántate, Grayson —le pedí. Mis palabras eran una exigencia y un ruego. Reed y Parker y los demás jugadores habían formado un anillo en torno a él y los médicos, así que no veía lo que ocurría. Los jugadores de los Lobos habían apoyado una rodilla sobre la pista y observaban con cara de solemnidad.

No era la primera vez que presenciaba cómo golpeaban a Gray en el juego, pero siempre se había levantado acto seguido. Esta vez tardaba demasiado. La gente que lo rodeaba estaba igual de preocupada que yo. Alguien me puso la mano sobre el hombro y me estremecí al notar el contacto repentino. Levanté la mirada al tiempo que Violet me agarraba. No dijo nada, pero el terror que transmitían sus ojos era muestra de que estaba tan preocupada como yo.

—¿Por qué no se levanta? —pregunté.

—No lo sé, Paige. —Le temblaba la voz de la emoción—. Ha sido una entrada muy dura…

—¿Y si le han lesionado de gravedad? —dije, atreviéndome a expresar mi miedo.

—Tratemos de mantener la calma.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Sobre todo cuando no podía ver lo que sucedía. Todavía había mucha gente alrededor de Grayson.

Sentí un pánico creciente al ver que sacaban una camilla al hielo y la colocaban junto al corrillo que se había formado. Pude entrever a Grayson unos instantes cuando el gentío que lo rodeaba dio un paso atrás, pero no llegué a distinguir si se había movido ni si tenía los ojos abiertos. Me moría de ganas de correr hasta él, pero me había quedado congelada en el sitio.

El tiempo se había parado y a la vez todo estaba sucediendo con mucha rapidez. Contuve la respiración cuando por fin alzaron la camilla y vi que habían inmovilizado a Grayson. Tenía la cabeza y el cuello sujetos con algo parecido a unos tirantes. El corazón me dio una sacudida, impulsándome gradas abajo. Violet salió detrás de mí. Tenía que llegar hasta Grayson. Tenía que saber si se encontraba bien.

Salimos corriendo al vestíbulo y, al doblar la esquina, estuve a punto de chocar con Cammie, que corría en dirección contraria.

—Paige, gracias a Dios, te estaba buscando —dijo jadeante.

—¿Dónde está Grayson?

—Camino del hospital. Mi madre va con él en la ambulancia.

—¿Está bien?

—No lo sé.

—¿Está… consciente?

—No lo sé.

Nos miramos con pánico. Cuando un ser querido jugaba al hockey eras consciente de que existía el riesgo de que se lesionara, pero una cosa era saber que era posible y otra muy distinta afrontar la realidad.

—Se pondrá bien —dije—. Tiene que ser así.

Era incapaz de imaginarme un mundo sin él.

—Mi padre nos está esperando en el coche. ¿Quieres venir con nosotros?

—No hace falta. Tengo mi coche aquí.

—Vale, nos vemos allí —asintió con la cabeza antes de darse la vuelta y salir corriendo.

Violet y yo la seguimos hasta el aparcamiento. Agarré el bolso con torpeza buscando las llaves, pero se me resbaló de la mano y cayó todo al suelo. El ruido que hizo al caer casi consiguió que diera rienda suelta a las lágrimas que se me iban acumulando en los ojos. Me limpié la mejilla con la mano y me arrodillé para recoger lo que se había caído. Me estaba esforzando mucho por guardar la compostura, pero en el fondo estaba más alterada que los objetos esparcidos por el frío hormigón. Debería haber aceptado la oferta de Cammie…

Violet se agachó para ayudarme a recogerlo todo.

—¿Por qué no dejas que conduzca yo? —sugirió.

Asentí con la cabeza mientras procuraba contener el llanto. Violet me cogió las llaves de la mano. No sabía cómo actuar en una crisis, sobre todo si se trataba de un accidente de Grayson. Era tan fuerte e imparable. Jamás pensé que nada pudiera derribarlo. Llegué hasta el coche temblando y seguí así durante todo el trayecto. Me daba golpecitos con el dedo en la pierna mientras veía pasar las calles. No me relajaría hasta que viera a Gray, hasta que le oyera decir que estaba bien.

—Tienen que ser muy precavidos —decía Violet—. No te preocupes. Ya casi hemos llegado al hospital y enseguida averiguaremos lo que pasa.

Sus palabras de aliento eran lo único que me animaba.

Por fin llegamos a urgencias y entramos a toda prisa. No se veía por ningún lado a Grayson, a su madre o a su padre. Sin embargo, Cammie estaba junto al mostrador de admisiones discutiendo con una enfermera.

—¿Quieres que espere? —se sorprendió Cammie—. ¡Ni siquiera sabemos si está consciente!

Me coloqué a su lado y le toqué el brazo.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está tu padre?

—Ha entrado con Gray. —Cammie hizo un gesto hacia una puerta doble que había detrás de la enfermera—. Al parecer yo no tengo permiso para entrar y tampoco me dicen cómo está.

—¿No nos puede decir nada? —pregunté a la enfermera. Estaba tan nerviosa que me entraron ganas de vomitar. Necesitaba saber que se encontraba bien.

—Entiendo que estéis preocupadas —contestó la enfermera—, pero la prioridad de los médicos en estos momentos es darle al paciente el cuidado que necesita.

—Debe de haber algo que pueda decirnos —dijo Violet—. Por favor.

—¿Son familiares del paciente?

—Es mi hermano —respondió Cammie—. Ya te lo he dicho.

La enfermera asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Voy a ver si consigo hablar con un médico cuanto antes.

—Eso. Haz tu trabajo —dijo Cammie.

No entendía cómo la enfermera no temblaba ante esa mirada

fulminante de Cammie. La gente solía decir que Grayson daba miedo, pero jamás lo había visto mirar a nadie ni la mitad de amenazante de cómo acababa de hacerlo Cammie.

—¿Por qué no se sientan? —sugirió la enfermera señalando la hilera de asientos de plástico a nuestras espaldas.

Cammie se disponía a gritar a la enfermera de nuevo, así que le pasé el brazo sobre los hombros y me la llevé con suavidad.

—Eso haremos, gracias.

—Esto es ridículo. No me puedo creer que no nos cuenten nada ni nos dejen verle.

—Ya lo sé.

Miró por encima del hombro.

—¿Y si entramos las tres a la vez? No nos pueden detener a todas.

—Esto… —Por un lado quería colarme en urgencias, pero por otro no me apetecía que me echaran del hospital.

—Démosle un minuto a la enfermera a ver si se entera de algo —dijo Violet, más tranquila que Cammie o que yo.

—Vale, le doy un minuto. Después va a tener que oírme de nuevo.

No me cabía la menor duda.

De camino a los asientos, observé a la gente que poblaba la sala de espera. Supongo que eran todos familiares de algún paciente. ¿Debíamos estar aquí Violet y yo? La enfermera quiso saber si éramos familia del paciente y, técnicamente, solo Cammie lo era. De repente me preocupé por si estábamos entrometiéndonos y me giré hacia la hermana de Grayson.

—No te importa que estemos aquí, ¿verdad?

Me miró extrañada.

—¿Y dónde demonios ibas a estar si no?

—Bueno…, es un asunto familiar, y la enfermera quería saber si éramos familia. No quiero meterme donde no me llaman.

—¡Pues claro que no! Tú eres parte de la familia. Aquí es donde se supone que tenéis que estar. Las dos. —Se dejó caer en uno de los asientos de plástico y le lanzó otra mirada fulminante a la enfermera que había tras el mostrador—. A quién le importa lo que piense ella.

Violet y yo nos sentamos una a cada lado de Cammie, que no le quitaba ojo a la enfermera. Por suerte, Parker y Reed llegaron antes de que empezara la segunda ronda o se le ocurriera otro plan disparatado para llegar hasta Gray. Estaba tan de los nervios que si lo hubiera propuesto otra vez igual la habría acompañado.

—¿Hay noticias? —preguntó Reed.

—Todavía no —respondió Cammie—. Mamá y papá están con él. Se supone que la enfermera nos contará algo cuando lo averigüe. La he cabreado tanto que tal vez nunca nos diga nada. ¿Cómo lo habéis visto en el hielo?

—Se despertó cuando estaba en la camilla —dijo Reed, que se derrumbó en el asiento contiguo a Violet.

—¿Ah, sí? —El corazón me empezó a latir con normalidad por primera vez desde la caída. Se me formaron lágrimas en los ojos—. No estábamos seguras. No sabíamos si…

Parker alargó el brazo y me agarró de la mano.

—No tenemos más información, pero sabemos que estaba consciente.

Me sequé una lágrima de la mejilla que se me había escapado y cerré los ojos un instante para no derramarlas todas. Grayson estaba consciente. Tenía que confiar en que eso significaba que se encontraba bien. Cuando volví a abrir los ojos, me percaté de que Parker y Reed habían venido directos desde la pista.

—Todavía lleváis puesta la equipación de hockey.

—¿No habéis acabado el partido? —añadió Violet.

Reed negó con la cabeza.

—Ninguno de los dos podría haber seguido jugando. Nos marchamos detrás de Grayson. Los chicos tendrán que arreglárselas sin nosotros.

—¿Y qué hay del entrenador de Ryker? —pregunté—. La firma…

—Eso no tiene importancia.

Parker asintió con mirada seria. Creo que era la primera vez que lo veía así. Normalmente era quien hacía los chistes para distender el ambiente, pero ni siquiera él encontraba un motivo para reírse ahora.

Reed se acercó a Violet y le dio un apretón en la mano.

—Me alegro de que estés aquí.

—Yo también —dijo ella.

Sentía la ausencia de Grayson más que nunca. Debería estar con él, cogiéndole de la mano. En lugar de eso sentía frío. Parker se sentó enfrente de mí cuando Cammie se levantó a hostigar un poco más a la enfermera a ver si le podía decir algo.

—Todo va a salir bien, Paige.

Intenté sonreírle, mostrarle que estaba de acuerdo con él, pero no me salió. Me estaba costando muchísimo mantener una actitud positiva.

—Grayson es bastante duro —añadió Parker—. Hace falta más que un pequeño golpe en la cabeza para acabar con un Darling.

—Es solo… —respiré hondo—. ¿Y si ha sido culpa mía?

—¿Culpa tuya? —Parker consiguió soltar una carcajada—. No me había dado cuenta de que estabas pluriempleada de extremo de noventa kilos. ¿Nos has estado ocultando cosas?

Tal vez no fuera todo tan terrible si a Parker todavía le quedaba energía para hacer algún comentario desdeñoso.

—No, pero he llegado tarde al partido porque me entretuve en casa. Le había prometido a mi madre que rellenaría una solicitud

universitaria con ella y me llevó más tiempo del que pensaba. Gray me estaba buscando por las gradas. Se distrajo por mi culpa.

—Si por algún motivo Grayson no estaba concentrado en el partido, eso es culpa suya y de nadie más. Él sería el primero en decírtelo.

Me abracé la cintura con los brazos. Yo no lo veía así. Esto no habría pasado nunca de haber llegado a tiempo al partido.

—Seguimos sin noticias —dijo Cammie sentándose junto a Parker —. La enfermera me odia.

—Lo más seguro es que no supiera nada —dijo Reed.

—Ya, bueno. Estamos hablando de mi hermano. Debería saber lo que ocurre ahí dentro. ¿No podéis ir uno de vosotros y ver si os dicen algo? ¿De qué sirve tener la mala reputación de un diabólico Darling si no la puedes usar en tu beneficio en caso de emergencia?

—Si tu mirada fulminante no ha surtido efecto con ella, no tenemos nada que hacer nosotros —respondió Parker—. Tú impones más que nosotros, Cam.

Le miró con frialdad, demostrando que tenía razón.

—Y entonces ¿qué? ¿Nos limitamos a esperar?

—No tenemos otra opción —dijo Reed.

Nos quedamos todos callados al ver que tenía razón. No podíamos hacer nada, pero cuanto más tiempo pasaba allí sentada, más oscuros se volvían mis pensamientos. Cada minuto que transcurría parecía durar más que el anterior y el peso que sentía en el pecho se volvía cada vez más pesado.

Las luces fluorescentes del techo deslumbraban y el olor estéril del desinfectante era demasiado fuerte. Me colocara como me colocara en el asiento de plástico, no lograba estar cómoda. No era la única. Los chicos no paraban de levantarse y dar paseos arriba y abajo de la sala. La tensión era insoportable, hasta que se rompió cuando

apareció la madre de Gray por las puertas de urgencias.

Nos levantamos de un salto y fuimos corriendo hasta ella.

—¿Cómo está? —dijimos todos al unísono.

—Tiene una conmoción cerebral. Por lo demás está bien —dijo Amy con alivio, aunque la forma en que se retorcía las manos traicionaba sus nervios—. Han tomado muchas precauciones y le han hecho muchas pruebas para descartar que no tuviera nada más serio.

Se me alivió ligeramente la presión que sentía en el pecho. Amy sonaba positiva, pero no creía que pudiera relajarme hasta ver a Grayson con mis propios ojos.

—¿Están seguros de que no hay nada más serio? —preguntó Parker.

—En efecto. La médica nos ha dicho que se recuperará por completo.

Casi me pongo a llorar al oír esas palabras.

—¿Podemos entrar a verle? —preguntó Cammie.

—Podéis, aunque todavía está un poco adormilado —respondió Amy—. Será mejor que no entremos todos de golpe. Parecía muy preocupado por ver a su mejor amiga. ¿O debería decir novia?

Amy me sonrió, consiguiendo que me ruborizara. No estaba acostumbrada a que me llamaran la novia de Grayson, y menos su madre.

—¿Por qué no entras tú primero, Paige? —Amy señaló en dirección a las habitaciones—. Es la segunda puerta a la derecha.

—Igual prefiere ver a su familia antes —dije.

Pero Parker me dio un empujón hacia la entrada.

—¿Estás de broma? Creo que estaremos todos de acuerdo en que Grayson preferiría no verme el careto.

Cammie se echó a reír.

—Ya, la verdad es que es muy feo. Te juro que no puedo entender cómo es capaz de atraer a una chica nueva cada semana. —Se giró en mi dirección y añadió—: Entra, Paige. Quiere verte a ti.

Todos los Darling me alentaban a entrar, así que tampoco es que tuviera elección. Ya era bastante duro llevarle la contraria a uno de ellos. Cuando se ponían todos de acuerdo era imposible. Así que respiré hondo y me dirigí a la habitación de Grayson.

CAPÍTULO 32

GRAYSON

Me dolía todo. Tenía moretones por todo el cuerpo, que estaba machacado, como si me hubieran metido en una lavadora y hubieran encendido el programa de centrifugado. Ya me habían hecho algún placaje violento con anterioridad, pero esta era la primera vez que había perdido el conocimiento.

Me costaba acordarme de lo que había pasado justo antes del choque, y el traslado al hospital seguía algo borroso. Lo que sí que recordaba era el terror que había sentido al despertar, atado a una camilla, sin poder moverme con la cabeza y el cuello inmovilizados.

Los médicos me habían hecho un somero resumen de lo que había ocurrido: un jugador de los Lobos me había golpeado en una maniobra ilegal y me había dejado inconsciente. Me trasladaban en un tablero espinal como medida de precaución. No habían conseguido tranquilizarme. Temía por mi salud, por mi futuro en el hockey, pero sobre todo me daba miedo pensar en cómo se sentirían Paige y mi familia al haberlo presenciado todo desde el hielo o desde las gradas.

No conseguí relajarme hasta que llegué al hospital y me examinó la médica. No tenía nada roto y, aparte de una conmoción cerebral, me iba a recuperar sin problemas. Querían que pasara la noche en

observación en el hospital, pero iba a salir de allí sin secuelas.

Debería haberme sentido aliviado y agradecido de que no hubiera ocurrido nada grave, pero allí, en la cama, solo podía pensar en Paige. Cuando mis padres me contaron que estaba en la sala de espera con los demás, me di cuenta de que era a ella a quien quería ver primero. Quería decirle que todo iba a salir bien.

Estaba mirando el techo cuando se abrió la puerta de la habitación y alguien se acercó con paso apresurado. Sonreí al ver a Paige, que todavía llevaba puesta mi sudadera. Se le notaba la preocupación, pero en lo único que podía pensar yo era en por qué los médicos no la habían traído enseguida. Habían sido un poco tacaños con los calmantes, pero verla era la mejor medicina. Su presencia había conseguido aliviar el dolor punzante de cabeza, así que el único repiqueteo en ese momento procedía de mi pecho. Mi corazón tenía que aprender a tranquilizarse cuando me miraba.

—Qué guapa —musité.

—¿Cuántos calmantes te han dado?

Se sentó en la cama a mi lado y me cogió de la mano. Me miró con cara de preocupación. ¿Lo había dicho en voz alta? Mi intención había sido decirle algo tranquilizador nada más verla, pero a mi cerebro le estaba costando dar instrucciones precisas a mi boca. A lo mejor la médica tenía razón y la contusión había sido severa.

—Me están monitorizado por si hubiera alguna complicación, así que, para mi desgracia no me han dado calmantes —contesté—. Aunque tienes razón: no pienso con claridad. Debería haber dicho hermosa. Guapa se te queda corto.

Insinuó una sonrisa, aunque contrastaba con su mirada de preocupación. Estaba claro que no quería bromear con la situación.

—¿Cómo te encuentras?

—Enfadado. Nunca le había permitido a nadie que me

despedazara de esa forma.

—Lo digo en serio, Gray. Estaba muy preocupada. Has pasado mucho tiempo tirado en el hielo y ni siquiera te movías. Después te han traído aquí y no sabíamos qué estaba ocurriendo ni nos dejaban venir a verte. Estás bien, ¿no? Tienes buena pinta. Por favor, dime que estás bien.

—Estoy bien. No ha sido más que una conmoción, ninguna lesión duradera, aunque puede que me pierda algún partido. —Levanté la mano y le acaricié la suave mejilla con el dedo pulgar. Odiaba ver la ansiedad marcada en sus rasgos, sobre todo sabiendo que yo era el causante—. Siento haberte preocupado.

—No tienes que disculparte —dijo tratando de controlar la emoción—. Seguro que estás de vuelta en el hielo enseguida como si no hubiera pasado nada.

De vuelta en el hielo, tal vez, como si no hubiera pasado nada… Eso sí que no. Puede que no fuera el motivo por el que estaba en el hospital ahora, pero nunca me había dolido tanto la rodilla como en esos momentos. La mayor parte de la temporada me había estado reservando, jugando los partidos sin esforzarme mucho para evitar que se agravara la lesión. Pero como estaba viendo el partido el entrenador Mercer, no pude permitirme jugar a medias. Darlo todo en la pista había puesto de manifiesto el mal estado de mi rodilla.

—De eso no estoy tan seguro —murmuré.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo la rodilla destrozada, Paige. Me duele muchísimo. Lleva meses doliéndome.

Contuvo la respiración mientras me miraba a los ojos.

—Sabía que te estaba molestando. ¿Tan mal está?

Se me cerró la garganta al asentir.

—Fatal.

Sus ojos reflejaban mi propio miedo. Trató de mantener la calma por mí. Sabía a la perfección lo funesta que podía ser una lesión de rodilla para mi futuro.

—Bueno, tal vez ahora puedas cogerte unos días para descansar —dijo—. Nadie va a meterte prisa para que vuelvas a la pista después de lo que ha ocurrido hoy.

—No creo que descansar unos días vaya a solucionar el problema.

Respondió casi en un susurro.

—¿Y cuál es la solución?

—Tengo que contárselo a alguien. Necesito ayuda.

—¿Y qué hay de Ryker? Tu carta de intención…

Sabía la respuesta a su pregunta. Los dos la sabíamos, aunque eso no me lo ponía más fácil.

Si revelaba el verdadero alcance de mi lesión, los Raiders podían retirarme la beca que me habían ofrecido. Y si me lo callaba, el entrenador Mercer se daría cuenta en cuanto llegara a Ryker. Jugar contra universitarios con una lesión en la rodilla sería una carnicería y acabarían por echarme del equipo. No podía seguir negando la realidad.

—Una vez se enteren de lo mal que tengo la rodilla, es posible que no haya carta que firmar —admití—. Pero estoy cansado de evitar lo inevitable y no puedo seguir jugando en estas condiciones.

—Gray… —susurró.

—No pasa nada. Asumo los riesgos. Además, si lo de la liga universitaria de hockey no funciona, siempre puedo abrir una pastelería cutre con mi novia.

Paige no se rio con el chiste. En lugar de eso, negó con la cabeza. Le salían chispas de los ojos.

—No puedes darte por vencido. No pienso permitírtelo. Es tu sueño. No van a retirarte la beca por una lesión de nada.

—Solo que no es una lesión de nada. Estoy dañado.

—Qué vas a estar dañado. Estás recuperándote. —Estaba cada vez más exaltada y gesticulaba con una mano enfrente de ella mientras me seguía agarrando la mía con la otra.

—Yo estaba ahí cuando el entrenador de Ryker os llamó a ti y a Reed. ¿Recuerdas lo que os dijo?

—¿El qué?

—Que hacía años que no veía tanto talento.

—Hablaba de Reed.

—No, hablaba de los dos. —Lo dijo con firmeza, como si se hubiera enfadado conmigo por pensar lo contrario—. Siempre actúas como si no fueras tan bueno como Reed, pero tienes el mismo talento, si no más. La única diferencia entre los dos es que Reed cree en sí mismo. No puedes darte por vencido.

—Solo trato de ser realista.

—A la mierda ser realista —respondió—. No dejes de perseguir tus sueños hasta que te fallen las piernas, se rindan los brazos y no puedas ni arrastrarte.

Esa fe ciega en mí de Paige hizo que me enamorara un poquito más de ella. La conversación no podía ser más seria, pero me costaba no sonreírle cuando me miraba como si fuera un superhéroe derrotado a punto de levantarse y seguir luchando para ganar la batalla final.

—A ver, Pidge —asentí con la cabeza despacio—. Incluso aunque tuvieras razón, eso no cambiaría el hecho de que es hora de que me sincere y me enfrente a las consecuencias. A veces hay que arriesgarse y confiar. Mira lo que ocurrió la última vez que hice algo así.

Me incorporé en la cama, la cogí de la otra mano y me la acerque.

—Durante años estuve ocultando lo que sentía por ti porque me

aterraba lo que podría ocurrirle a nuestra amistad si te enterabas. Ahora de lo único que me arrepiento es de no habértelo contado antes.

—Ha merecido la pena esperarte —susurró.

—A ti también —le contesté juntando mi cabeza a la suya—. Necesito librarme de este secreto o sé que me arrepentiré.

—Vale. Hagas lo que hagas, yo te apoyaré. Siempre. Y si las cosas no salen bien, ya se nos ocurrirá algo juntos. Si tenemos que abrir una pastelería cutre, haremos lo que esté en nuestra mano para que triunfe. Aunque tenga que quemar un millón de *muffins* hasta que descubra cómo hacer algo comestible. Todo saldrá bien. Estoy segura.

Al mirar a Paige me sentí abrumado por lo afortunado que era de tenerla a mi lado. Contarles la verdad a los entrenadores no me intimidaba tanto si ella iba a acompañarme en la caída.

—Te quiero tanto, Paige Price.

—Y yo te quiero tanto a ti, Grayson Darling.

Se acercó y me besó en los labios. Fue un beso suave, nervioso, como si le diera miedo lesionarme si me lo daba con más fuerza.

Puede que estuviera en una cama de hospital, pero mis labios no estaban rotos. La acerqué más a mí, la rodeé con mis brazos y la estreché con fuerza, hasta fundirnos en el beso. Sentía el cuerpo entero electrificado. La conexión entre nosotros era un incendio forestal que avanzaba por la piel: rápido, ardiente, completamente indomable. Me mantuve alerta por si la alarma de la mesita empezaba a sonar, porque tenía las pulsaciones aceleradas.

Habría seguido besándola eternamente, pero nos interrumpieron alaridos y silbidos que procedían de la puerta. Paige se puso colorada al separarnos y volverse a mirar.

—Intenté detenerlos. —Apenas se oía la voz de la enfermera por

el ruido del equipo de los Diablos al completo, que habían irrumpido en la habitación con gritos y ovaciones.

—Pues a mí me parece que no está nada mal.

—Debe de ser parte de la terapia.

—Si es así como tratan aquí a los pacientes, ¿puede alguien dejarme inconsciente?

Negué con la cabeza sin poder reprimir una sonrisa. A mis compañeros de equipo no parecía preocuparles mucho mi salud, aunque supongo que no estaba tan mal si me apetecía besar a Paige en una cama de hospital.

Reed, Cammie, Violet y Parker entraron detrás de los chicos, que seguían llevando la equipación de los Diablos. Parecía el camarote de los hermanos Marx.

—No te preocupes, hermanita —dijo Parker con una sonrisa—. Me parece que solo trataba de reanimarlo.

Todos se rieron disimuladamente y les puse mala cara. Al parecer no los intimidaba tanto desde una cama de hospital.

Matt encabezaba el grupo y me guiñó un ojo antes de levantar las manos para llamar la atención del equipo.

—Tranquilizaos, chicos, a no ser que queráis acabar en la cama al lado de Grayson.

Algunos murmuraron, de acuerdo con él.

—¿Cómo te sientes, Gray? —preguntó Reed. Todos guardaron silencio para oír mi respuesta.

—Todo irá… —No tuve tiempo de responder al ver con el rabillo del ojo movimiento junto a la puerta. Mis padres entraron en la habitación con los entrenadores Ray y Mercer. Se movían con tranquilidad, como si trataran de pasar desapercibidos, pero todos nos habíamos vuelto a mirarlos. La expresión de su rostro era inescrutable, por lo que era difícil predecir lo que pensaban.

—Espero que no te moleste que entremos —dijo el entrenador Ray al darse cuenta de que todos en la habitación los miraban a él y a Mercer—. Queríamos comprobar cómo estabas.

Noté un retortijón de incertidumbre en el estómago, pero asentí con la cabeza. Lo más seguro es que mis padres les hubieran avisado de la contusión, pero no sabían que tenía peores noticias. Probablemente estaba a punto de sabotear mi carrera, todo mi futuro, y no quería que hubiera testigos, aunque mis padres y el resto del equipo no parecieron darse cuenta. Guardaban silencio como si esperaran que así no me diera cuenta de que seguían en la habitación. Solo les faltaba un cuenco de palomitas y podrían haber estado en el cine.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Mercer.

—Bastante bien, gracias. Aún sigo un poco mareado.

—Claro. Ya hemos hablado con tus padres y con la médica. Ha sido una entrada muy dura y las conmociones cerebrales no hay que tomárselas a broma.

—Por supuesto —dijo el entrenador Ray—. Necesitarás descansar un par de semanas. Después ya veremos.

Tras esto se volvió a Mercer y compartieron una mirada, antes de que el entrenador de Ryker prosiguiera.

—Se supone que ibas a firmar hoy la carta de intención, pero puedo esperar hasta que salgas del hospital. O podemos retrasarlo unos días. Como prefieras.

—Me parece bien —dije— si todavía quieres que firme.

—¿Qué quieres decir? —Mercer arrugó la frente y se oyeron murmullos de confusión en la habitación.

Cogí aire y agarré la mano de Paige con más fuerza, que me miró sonriente y me devolvió el apretón. Había llegado la hora. Sin arrepentimientos. Había llegado la hora de dar otro salto de fe.

—Hay algo que quiero decirle. Deciros a todos. He estado jugando lesionado. Mi rodilla no ha vuelto a ser la misma desde que me lesioné hace un par de años. Nunca llegó a recuperarse del todo y esta temporada ha estado peor que nunca.

El silencio ante mis palabras se prolongó más de lo que habría deseado. ¿Estaban esperando a que continuara? ¿O se habían quedado sin palabras?

—Me duele demasiado. No puedo seguir jugando. De seguir así, me temo que el daño sería irreparable. Dejando a un lado la conmoción, creo que no podré jugar en una buena temporada.

—¿Por qué no dijiste nada, Gray? —Mi padre fue el primero en hablar. Estaba a todas luces intentado asimilar lo que acababa de decir, seguramente porque le recordaba a su propia carrera en el hockey, truncada por una lesión de rodilla.

—Me preocupaba que Ryker no me quisiera si no podía jugar esta temporada. Por eso jugué lesionado. Pero ya no puedo seguir así. —Me dirigí al entrenador Mercer—. Lo entiendo si quiere retrasar la firma de la carta más que unos días.

Mercer asentía con parsimonia con la mandíbula tensa, como si estuviera masticando lo que acababa de contarle.

—Vaya, chaval. Siento mucho todo esto. Valoro que me lo hayas contado. Es de vital importancia saberlo todo de los jugadores que fichamos para Ryker, sobre todo en lo que se refiere a lesiones pasadas y presentes. Esta información no la teníamos. —Se detuvo y miró en derredor. La habitación seguía repleta de mirones que contenían el aliento de emoción—. Pero, en mi opinión, no veo que cambie nada.

—¿No se lo parece? —No lo había oído bien seguro.

—No. —Se encogió de hombros—. Si acaso solo ha conseguido emocionarme un poco más con la firma. Si lo que he visto hoy en la

pista lo has hecho con la rodilla lesionada, qué no harás cuando estés bien. Si estás dispuesto a esforzarte para recuperarte, Ryker te apoyará.

No sabía qué decir. Seguía queriéndome en el equipo. Mi sueño seguía vivo.

—Tú descansa —añadió Mercer—. Que te revisen la rodilla y céntrate en tu recuperación. Ya buscaremos otra fecha para la firma. ¿Te parece bien la semana que viene si ya estás mejor?

—Yo también espero —dijo Reed, que estaba junto a la cama, antes de que pudiera decir nada—. No voy a firmar sin Grayson.

—Me parece bien. —El entrenador Mercer hizo una inclinación de cabeza primero hacia mi hermano y luego a mí con sonrisa afable—. Será mejor que descanses. Me pondré en contacto con vosotros pronto.

Los dos entrenadores se despidieron y se marcharon, y la enfermera, que llevaba un rato queriendo demostrar quién estaba al mando de la situación, aprovechó la oportunidad para echar a mis compañeros de equipo.

—Venga, vosotros, fuera de aquí. Vuestro amigo tiene que descansar.

Los chicos se quejaron, pero empezaron a salir de la habitación. La mayoría dio un golpecito a los pies de la cama conforme se marchaban, me guiñaron un ojo o me desearon que me recuperara pronto. Mis padres, Cammie y mis hermanos se quedaron un poco más.

—No hacía falta que retrasaras la firma por mí —dije mirando a Reed.

Desdeñó mi comentario con un movimiento de la mano.

—Ryker puede esperar. No voy a dar este paso de vital importancia sin ti, Gray.

Asentí con la cabeza. Las emociones estaban a punto de romper mi pétreo exterior.

—Siento no haberos contado nada de la rodilla —dije mirando al resto de mi familia—. Debería haber hecho que me la mirasen antes.

—Estamos felices de que estés bien —comentó mi madre.

—Eso —añadió mi padre, acercándose a la cama y poniéndome la mano en el hombro—. Fue muy valiente contárselo al entrenador Mercer el día de la firma. Estamos muy orgullosos de ti.

—Gracias, papá.

—Durante unos segundos nos temimos lo peor, la verdad.

—Yo no —insistió Parker.

—No mientas, tenías más miedo que nadie —dijo Cammie muerta de risa, aunque se pasó el dedo por la mejilla mientras lo decía. ¿Se estaba secando una lágrima? No podía ser…

—Venga, vámonos todos —dijo mi madre—. Dejemos a Grayson descansar.

Empezaron a salir de la habitación y Paige se levantó de la cama para salir tras ellos, pero la agarré del brazo.

—Oye, oye, oye. ¿Adónde te crees que vas?

—La enfermera ha dicho que necesitas descansar. —Señaló por encima del hombro a los demás, que salían al pasillo.

—Descansaré de ellos, no de ti. De ti, nunca.

Levanté el brazo cuando Paige volvió a la cama y se recostó a mi lado, acurrucándose conmigo.

Me sonrió mientras la abrazaba.

—Ya te dije que Ryker seguiría interesado.

—Sí, no debería haber dudado de tus dotes psíquicas.

—Tampoco había que ser adivina. Estaba claro que el entrenador habría sido un idiota si hubiera renunciado a ti. —Tras esto curvó los labios en una sonrisa—. O tal vez tengas razón. Igual debería

dedicarme a la telepatía. Tendré que añadirlo a la lista.

—Por favor, no.

Se rio, divertida, y negó con la cabeza.

—Deberías verte la cara. Ya he tirado la lista, Gray. La rompí por la mitad.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Estaba intentando encontrar algo porque lo querían los demás. Por fin me he atrevido a decirle a mi madre que voy a buscar mi propio camino.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza. Se la veía decidida y orgullosa. No tuvo que ser fácil enfrentarse a su madre ni romper la lista en la que tanto había trabajado. Aunque tenía la sensación de que todo le iba a salir bien sin ella.

—No todo en la lista estaba mal. Estamos juntos gracias a ella.

Paige se ruborizó y se acurrucó más contra mí.

—Tienes razón. Besarte es la única entrada de la lista con la que no me cuesta nada comprometerme a largo plazo.

Si hubiera quedado algo de sitio en mi acelerado corazón, la gratitud que sentía en esos momentos lo habría desbordado. Pese a todo lo que había ocurrido, jamás me había sentido tan afortunado. Todavía tenía que recuperarme de la lesión y firmar la carta de intención, y sabía que los próximos meses no iban a ser nada fáciles. Pero también sabía que no tendría que enfrentarme a ello solo. En esos instantes, mi futuro brillaba más que nunca, porque había conseguido a la chica que hacía que mereciera la pena luchar por todo.

Epílogo

GRAYSON

Tenía razón en lo que respectaba a mi rodilla. Me apartó del deporte mucho más tiempo que la conmoción. El entrenador Ray, junto a mi padre, pidió cita con un especialista, que recomendó que me operara si quería recuperarme por completo y llegar a tiempo a la siguiente temporada con los Raiders de Ryker. Tuve que andar con muletas unas cuantas semanas antes de empezar la rehabilitación, que duró un mes, para fortalecer la rodilla. Por eso, en lugar de estar en el hielo, me encontraba sentado en el banquillo viendo cómo mis compañeros jugaban contra los Santos de Sunshine Hills en la final del campeonato estatal.

La mayoría de la gente se habría sentido desolada en mi situación, incluso envidiosa. Mi carrera como jugador de hockey escolar había terminado antes de tiempo en el último minuto y me estaba perdiendo el que habría sido el partido más importante de mi vida hasta ese momento. Me estaba perdiendo la última oportunidad de competir con los Diablos de Ransom; con mis amigos y mis dos hermanos.

Pese a todo eso, lo llevaba bien. Hacía unos meses me dolía la rodilla a todas horas, pero la ansiedad que sentía cada vez que me ponía los patines había sido mucho peor que el dolor físico. Me daba

pavor que se me rompiera la rodilla y que se acabara mi carrera como jugador de hockey para siempre. Le había ocultado ese temor durante mucho tiempo a cuantos me rodeaban.

Sin embargo, al haber contado lo de la lesión, el dolor físico y la angustia habían desaparecido. Lo único que permanecía era la emoción por ver qué me deparaba el futuro. Jamás me habría imaginado estar en el banquillo un día como hoy, pero si hubiera jugado con la lesión en la rodilla, estaría muchísimo peor.

El hockey no era el único motivo por el que miraba al futuro con optimismo. La razón principal estaba sentada a mi lado viendo salir a jugar a los Diablos.

Paige vino al hospital todos los días mientras me recuperaba de la conmoción cerebral y me sostuvo la mano durante todo el proceso que duró la operación de rodilla. Y ni que decir tiene que fue la primera persona a la que quise abrazar cuando por fin firmé la beca de Ryker.

Sabía que contar lo de la rodilla era la decisión correcta, pero no tenía comparación con la de revelarle mis sentimientos a Paige. Eso sí que había sido un acierto.

Como siempre, estaba guapísima esa noche con la camiseta roja de los Diablos. Llevaba el pelo recogido, aunque algunos mechones se le habían soltado de la coleta y le caían a la cara. Se daba golpecitos con un boli en los labios sin perder detalle del inicio del partido, y garabateaba en su libreta de vez en cuando para su próximo artículo en el periódico escolar.

Por fin había encontrado algo que la apasionaba y no había tardado en convertirse en la mejor periodista deportiva de Bonnie. Sus desenfadadas entrevistas al equipo se habían ganado una sección propia en el periódico y el alumnado del instituto las esperaba con emoción, sobre todo durante las eliminatorias. Llevaba

todo el torneo estatal con nosotros escribiendo artículos y grabando vídeos para las redes sociales del equipo, donde se había ganado un puesto honorífico. Había sido alucinante contemplar a mis compañeros ganarse una plaza a pulso en la final del campeonato, pero hacerlo con Paige sentada a mi lado en el banquillo de los Diablos lo había convertido en algo verdaderamente especial.

Cuando el disco golpeó en el hielo y dio comienzo el partido, dejé de mirarla a ella y me centré en la pista. Había sido un comienzo frenético, ya que los dos equipos no se podían ni ver. Al ver a Reed, Parker, Matt, Owen, Damien y los demás, me asolaron las ganas de saltar las barreras y unirme a ellos. Deseaba desesperadamente ayudarles a luchar contra nuestros mayores rivales, pero no había nada que pudiera hacer.

Me había involucrado con el equipo esas últimas semanas, asistiendo a los entrenamientos y a los partidos siempre que podía, convirtiéndome en una especie de segundo entrenador. Ayudaba a Ray a dirigir los ejercicios, animaba al equipo cuando lo necesitaba y aconsejaba y motivaba a los más jóvenes. Pese a la lesión, mi reputación no había salido dañada, así que me aseguré de hablar con seriedad o lanzar una mirada fulminante a quien se saltaba las normas o perdía de vista el disco. Estaba tan acostumbrado a centrarme en mi propio juego que agradecí el cambio. Aun así, no había nada comparado a vestirse con los colores del equipo y saltar al hielo.

Me relajé un poquito cuando Parker marcó un gol en la primera mitad del primer tiempo, y un poquito más cuando un gol de Reed subió al marcador de los Diablos. Incluso celebré el tercer gol de Damien, un disparo impresionante que consiguió minar la confianza de los Santos. Al final, jugábamos demasiado bien para ellos y salimos ganadores por cinco goles a uno.

Los chicos lo celebraron por todo lo alto en los vestuarios tras la bocina que marcaba el final del partido, haciéndome sentir como si hubiera jugado con ellos. La victoria no había sido cosa de un partido y todos lo sabíamos. Ganar el campeonato estatal en mi último curso, con mis hermanos, llevaba fraguándose cuatro años; era muy especial.

Al final dejé que los chicos se ducharan y se cambiaran de ropa. Ellos iban a volver a Ransom en el autobús del equipo mientras que yo regresaría en coche con Paige. Ya habría tiempo de celebrarlo en la fiesta de la victoria en casa de Matt. En ese momento, Paige era la única persona con la que quería estar. Estaba inclinada sobre sí misma escribiendo algo en la libreta, con mirada reflexiva mientras sonaba una música tranquila de fondo.

Suspiró al ver el cartel de BIENVENIDO A RANSOM delante de nosotros. No pude evitar sentir la misma animadversión por nuestra vuelta a casa. No estaba preparado para que se terminara esta parte de la noche.

Paige volvió a concentrarse en la libreta y yo me centré en la carretera. Pese a la oscuridad, entreví un desvío y se me ocurrió una idea. Salí de la carretera y cogí un camino sin asfaltar cubierto de nieve y flanqueado por árboles gigantescos que conducía al mirador al que habíamos ido en nuestra cita de prueba. Supongo que podría llamarla nuestra primera cita.

Paige levantó la cabeza cuando aparqué el coche. Cuando se fijó en las luces parpadeantes de Ransom, pestañeó. Había estado tan inmersa en su trabajo que no se había dado cuenta de que nos habíamos desviado.

—¿Qué hacemos aquí, Gray? —Sonaba cansada.

Yo también lo estaba, pero necesitaba detenerme un momento antes de volver a casa para apreciar lo lejos que habíamos llegado los dos este año antes de ponernos a pensar en el futuro.

—¿Te apetece contemplar las estrellas?

Esbozó poco a poco una sonrisa.

—¿Contigo? Siempre.

Salí de un salto de la camioneta y la rodeé para ayudarla a salir. Tras esto nos subimos al remolque. Le cubrí los hombros con una manta y nos pusimos a observar el cielo.

Tenía la sensación de que era la primera noche en semanas que estaba lo bastante despejado como para ver estrellas y, pese al frío, había en el aire fresco un presagio de la primavera que estaba a punto de llegar.

—Es el fin de una época —dijo Paige apoyando la cabeza en mi pecho. Al abrazarla, me invadió una sensación de calma que no conseguía de ninguna otra forma. Ella era mi refugio, la tranquilidad y la calidez que siempre había anhelado.

—Supongo que sí, aunque estoy emocionado por lo que está por venir.

—Yo también. —Se incorporó y empezó a buscar entre las hojas de su libreta. Pensaba que se la había dejado en la cabina. Al fin encontró la página que buscaba y sacó un sobre que había guardado en su interior. Se lo quedó mirando, leyendo lo que ponía en la parte delantera antes de entregármelo a mí.

—¿Qué es esto?

—Lo que está por venir. Al menos eso espero…

Le cogí el sobre de la mano. Contuve la respiración al reconocer el logotipo de la Universidad de Ryker impreso en él. Era una carta dirigida a Paige.

Me senté recto.

—En serio, ¿qué es esto?

—Bueno, ya sabes que mi madre acabó por convencerme de rellenar la solicitud de admisión para algunas universidades.

—Lo sé.

—He empezado a recibir las respuestas.

Me estaba sonriendo, aunque, a pesar de la tenue luz, me di cuenta de que se encontraba nerviosa por esa forma de mirar el sobre y luego a mí. Le cogí la mano y entrelacé mis dedos con los suyos. Necesitaba calmar mi acelerado corazón tanto como el de ella.

—¿Solicitaste plaza en Ryker? —lo dije muy bajito, como si no estuviera seguro de decirlo en voz alta.

Asintió con la cabeza.

—No te había dicho nada porque no quería que te emocionaras demasiado. La carta llegó la semana pasada, pero eran las eliminatorias y temía que nos distrajera… —Se me quedó mirando a los ojos con preocupación—. No te importa, ¿verdad? No es solo que quiera estar cerca de ti el año que viene. Obviamente lo quiero, pero he descubierto que quiero hacerlo por mí también. Su programa de Periodismo Deportivo es alucinante y desde el mismo instante que envié la solicitud no me imagino en ninguna otra universidad.

—Por supuesto que no me molesta. —Mis nervios iban en aumento al mirar la carta que me había entregado. Desde que estábamos juntos, había intentado no preocuparme mucho por nuestro futuro el año próximo. Sabía que Paige tenía sus propios sueños que cumplir. No me había imaginado que esto fuera una posibilidad. Y ahora estaba aquí la carta y no era capaz de imaginarme un futuro diferente a este.

—¿Y si no me han aceptado? ¿Y si es una carta de rechazo? ¿Y si todas las universidades me rechazan? —La voz sonaba cada vez más nerviosa—. Rellené las solicitudes muy tarde y las hice muy rápido. Mi madre tenía razón. Necesito tener opciones. Pero ahora lo único que quiero es que me admitan en Ryker.

—No pasa nada, Pidge. —Me acerqué a ella y la rodeé con mis brazos—. Pase lo que pase se nos ocurrirá algo. Haré todo lo que sea necesario para estar contigo, incluso si tengo que dejar el hockey y abrir Cutricakes.

Se echó a reír.

—No sabía que teníamos nombre para nuestra pastelería cutre. Me gusta.

A mí también me gustaba cómo sonaba y cada vez me gustaba más el chiste de abrir una pastelería. Casi toda mi vida mi prioridad absoluta había sido el hockey, pero perderme la segunda mitad de la temporada me había permitido dar un paso atrás y pensar en otras cosas. El hockey seguía siendo importante para mí y seguía siendo mi plan de futuro, pero tampoco era obligatorio. Sabía que sería feliz si tenía a Paige.

—No creo que podamos ponerle ese nombre —dijo.

—¿Por?

—Porque nadie entraría a comprar allí.

Asentí.

—Cierto, pero eso puede ser un punto a favor si eres tú la cocinera.

Me reí cuando me clavó el codo en las costillas y me arrancó la carta de Ryker de un tirón.

—Recemos porque esto salga bien.

—Vale. ¿Vas a abrirla?

Respiró hondo, asintió y rompió el sobre como si se estuviera arrancando una tirita. Tuvo más cuidado al sacar la carta de su interior. Se puso a leerla en silencio.

La observé sin decir nada, esforzándome por mantener una expresión neutral mientras me preparaba para lo que tuviera que decir. Cuando estuve seguro de que la habría leído al menos una

vez, no pude aguantar el suspense.

—¿Y bien? ¿Qué dice?

Paige permanecía inmóvil, sin apartar los ojos de la carta, como si estuviera en estado de shock. ¿Era eso una buena o una mala señal?

—Me han aceptado —murmuró antes de levantar la cabeza para mirarme a los ojos—. ¡Me han aceptado!

Se lanzó a mis brazos y la estreché con fuerza, sumergiendo la cabeza en su cuello. Sentí un gran alivio y me puse a sonreír.

—Estoy muy orgulloso de ti, Pidge —dije apartándola un poco para poder mirarla a la cara.

—Yo también lo estoy. —Le brillaban los ojos y su expresión era de esperanza—. ¿Puedes creerte que por fin tenga planes de futuro?

Sonrió y volvió a mirar la carta de admisión como si necesitara leerla de nuevo para asegurarse de que era real.

Me recliné, aliviado y emocionado por lo que estaba por venir. Cuando levanté la mirada, una estrella atravesó el cielo. Paige seguía leyendo la carta y estuve tentado de avisarla. En lugar de eso, dejé que la estrella se desvaneciera sin decírselo. Ese deseo sería para otra persona. Nosotros dos ya teníamos todo lo que deseábamos.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido posible gracias al apoyo de mucha gente, que me ha acompañado en este camino. Sin embargo, me gustaría empezar por agradecértelo a ti, lector. Gracias por elegir la historia de Grayson y Paige. Gracias por reseñarla, subirla a las redes y compartir tu amor por la serie. Y gracias por darme una oportunidad. Espero que hayas disfrutado de pasar más tiempo con los diabólicos Darling.

El primer libro de la serie, *Mi querido rival*, fue el vigésimo lanzamiento que hacía de un libro, en esa ocasión autopublicado. Jamás me habría imaginado que tantos lectores amarían el libro. Cuando HarperCollins se enamoró también de la historia, fue como un sueño hecho realidad. Ha sido un verdadero placer trabajar con cada uno de los integrantes de Electric Monkey y Avon A para relanzar *Mi querido rival* y darle vida a *Mi querido gruñón*. Muchísimas gracias a Liz Sellen-Bankes, Lindsey Heaven, Amanda Maciel, Olivia Carson y todos en HarperCollins por su entusiasmo con la serie y por ayudarme a alcanzar nuevas cotas.

Un enorme agradecimiento a mi agente, Lauren Spieller, por el arduo trabajo que has desarrollado entre bambalinas (incluso cuando se suponía que estabas de baja). Me siento muy afortunada de contar contigo, y con el resto del equipo de Folio, sobre todo con Hannah Teachout. Has sido una gran ayuda durante todo el proceso.

A la absurdamente talentosa Andra Murarasu, quien creó la preciosa cubierta de este libro. Tu trabajo siempre me deja sin palabras. Este puede que sea mi diseño favorito hasta el momento.

A mis amigos: gracias por apoyarme desde el principio. Soy muy afortunada de estar rodeada de gente inspiradora, que me hace reír y siempre me recibe con champán, con una soga, o me escuchan cuando lo necesito.

A mi familia: gracias por vuestro amor tenaz y por vuestro apoyo. Mike y Jo: siempre os desvivís por facilitarme la vida. Jen y Hen: gracias por ayudarme a mantener la cordura y por cubrirme las espaldas. Y a mis padres, la gente más amable que conozco, gracias por animarme a creer en mí misma y darme la fuerza necesaria para perseguir mis sueños.

A mi desvergonzado Whistler: siento que te perdieras tantos paseos mientras terminaba el libro. Eres muy buen dogo y te mereces todas las palmaditas y los mimos extra.

Archie, Ava y Harry: ocupáis tanto espacio en mi corazón, que me sorprende que quede algo para otras cosas. Todo esto lo hago por vosotros.

Por último, a Pete. Eres la razón por la que ya no le pido deseos a las estrellas. Eres el mejor marido, el mejor padre y el mejor apoyo que se podría tener para esta aventura libresca. Soy muy afortunada de que estés conmigo.

Vuelven los hermanos Darling.

Vuelve el *sports romance* que te dejará sin respiración.



Paige lo ha tachado todo en su lista de cosas que hacer en el último año de instituto, excepto una cosa: nunca ha besado a nadie. Y la culpa la tiene su mejor amigo, Grayson Darling.

Grayson es el tipo duro del equipo de hockey de la escuela y tiene sus propios planes: besar a Paige. A él también se le está acabando el tiempo. Entrenar a Paige para que tenga citas podría ser su última oportunidad de demostrarle lo bien que estarían juntos.

Después de todo, la práctica hace la perfección, ¿o no?

Alexandra Moody es una autora australiana que escribe novelas románticas para jóvenes. Vive en Adelaida (Australia) con su marido, sus tres hijos y su travieso perro. Es una autora independiente, que da su gran salto a la publicación editorial con su serie «Darling Devils».



Título original: *Grumpy Darling*

Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Alexandra Moody
Publicado originalmente en inglés por Farshore,
un sello de HarperCollins Publishers Ltd
bajo el título The Darling Devils: Grumpy Darling
La autora reivindica el derecho moral a ser reconocida como tal.
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Miriam Lozano y Amaia Zorriqueta, por la traducción
Traducción publicada por acuerdo con HarperCollins Publishers Ltd

Diseño de portada: adaptación de Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten

adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87741-03-7

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Mi querido gruñón
1. Grayson
2. Paige
3. Paige
4. Grayson
5. Paige
6. Grayson
7. Grayson
8. Page
9. Paige
10. Grayson
11. Grayson
12. Paige
13. Grayson
14. Paige
15. Grayson
16. Paige
17. Grayson
18. Paige

19. Paige
20. Grayson
21. Paige
22. Paige
23. Grayson
24. Paige
25. Grayson
26. Paige
27. Grayson
28. Paige
29. Paige
30. Grayson
31. Paige
32. Grayson
Epílogo. Grayson
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Alexandra Moody
Créditos